

CÉSAR ALTOLAGUIRRE VÁZQUEZ

CORONA DE FLORES



Ediciones
Alfilzar

Corona de Flores

César Altolaguirre Vázquez



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Beta Reader: Antonio Torres Rodríguez

Maquetación: Antonio Torres Rodríguez

Autor portada: Enrico Pitton

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

Este libro está dedicado con todo mi amor a mis tres personitas, nunca podré agradecerlos todo lo que me dais sin pedir nada a cambio. Del mismo modo quiero dar las gracias por el apoyo y ayuda en los malos momentos a mi madre y a mis hermanas. Ya ti, papá.

ÍNDICE

Personajes

PRIMERA PARTE

En la granja (1)

La Prueba

Del campamento al bosque

En lo profundo del bosque

La Partida

Comienza el viaje

Por el río

Rumbo a Elknok

Elknok

En la granja (2)

Rumbo a Paukhorn (1)

SEGUNDA PARTE

Paukhorn (1)

Paukhorn (2)

Axtara

Rumbo a Paukhorn (2)

Rumbo a Paukhorn (3)

Rumbo a Paukhorn (4)

Paukhorn (3)

Paukhorn (4)

Paukhorn (5)

Paukhorn (6)

La Playa

EPÍLOGO

Personajes

REIM

Patrick	Padre
Beth	Madre
Héctor	Hijo mayor
Ana	Hija mediana
Sofía	Hija pequeña
Sra. Frank	Vecina y maestra
Aarón	Trampero amigo de Patrick
Jonas	
Logan	
Lu	
Hwgart	
Brast	
Phillip	
Francis	
Jairo	Soldados compañeros de Patrick
Roy	Trampero y compañero amigo de Patrick
Burk	Leñador
Penélope	Hija de Burk
Señor Rorl	Jefe leñadores
Chico	Gato
Douglas	
Johanna	
Cathy	
Nelson	Ambulantes
Pen	
Devon	Pastores
Zswick	Maestro de La Lanza
Caleb	La Lanza
Taghart	Un Elegido
Djavo	Otro Elegido
Emil	Coronel Guardia Imperial

Shartzar II Emperador
Duiwel Chambelán

AXTARA

Lacuisha Princesa de Axtara
Mersha Dama de compañía de Lacuisha
Mikkel Rey de Axtara
Molgard Ayudante de cámara de Mikkel
Mahau Jefe de la Guardia de Axtara

ZINOS

Micah Embajador de Zinos

DIOSES

Titre Deidad bondadosa en Reim
Gatral Deidad malvada en Reim
Uhunoma Deidad absoluta en Zinos

PRIMERA PARTE

En la granja (1)

Los ojos las miraban desde los arbustos. Oscuros y silenciosos realizaban movimientos lentos y estudiados para no ser descubiertos por las niñas que recogían flores en el prado entre risas. Un gesto afirmativo fue suficiente y, sin mover ninguna hoja, desaparecieron en la espesura.

* * * * *

Mostrando una a la otra las flores que habían cogido, miraron hacia la casa y corrieron hacia ella antes de que la madre pudiera salir a llamarlas. Ana, la mayor de las dos, esperó a Sofía y le ayudó a subir la pequeña cuesta que ocultaba las flores de la vista. Riendo y tropezando, Sofía intentó adelantar a Ana cayendo al suelo y soltando las flores que llevaba sujetas con sus pequeños dedos.

—¡Ana! —gritó aguantando el llanto—. Espérame. Se me han caído.

Con cuidado las recogió y guardó usando la falda como bolsa. Ana le dio la mano para llegar juntas cuando su madre se asomó a la puerta y las llamó para que volvieran.

—¿De dónde venís con esas flores tan bonitas? —les preguntó cuando llegaron a su altura.

—Son para Héctor. Vamos a hacerle... —comenzó Sofía

—¡Calla! Era una sorpresa. Ya la has fastidiado.

—No le grites, Ana —le reprendió Beth, su madre—. Si es para Héctor, como no está en casa todavía, no ha oído nada y seguro que le encanta la sorpresa. Pero no tardéis que volverán enseguida.

—Son del prado —respondió Sofía mirando retadora a su hermana mayor—. Me ha dicho Ana que podíamos ir a cogerlas.

—Chivata.

—Tonta.

—¡Niñas! —las interrumpió Beth aguantando la risa— Sabéis que no nos gusta que os alejéis de casa. Pero bueno, haced las paces e id a la habitación a hacer... lo que sea que habéis pensado.

Gritando y empujándose, las dos pequeñas pasaron como balas ante su madre y se metieron en la habitación que compartían con su hermano mayor. Beth las miró sonriente antes de girar la mirada hacia el prado que se extendía tras su casa. Tendría que hablar con Patrick para explicar entre los dos a las niñas por qué no debían estar solas lejos de casa. Por el momento eran rumores... pero no le gustaba.

Sacudió la cabeza agitando su larga melena rubia, se limpió las manos con el trapo que colgaba de su delantal y siguió preparando la cena. Por la posición del sol, faltaba poco para que volvieran los dos hombres de la casa. Y vendrían cansados de recorrer el camino de todos los días para llevar el pan a la gente de la zona, lo que suponía un gran madrugón para ambos, aunque Patrick siempre intentaba que Héctor aguantara un poco más en la cama, a pesar de que el chico protestara.

Probó el guiso y, con mirada de concentración, le añadió un par de hojas de una hierba. Al ver cuánto le quedaba, recordó que no le había dicho a su esposo que le trajera más. Se lo recordaría al acostarse. Al no gustarle el silencio que reinaba en la casa estando Ana y Sofía en ella, se acercó a la habitación para ver qué pasaba.

—Niñas ¿qué hacéis? —preguntó desde el pasillo.

—¡No! ¡Fuera! ¡No entres! —gritaron las dos—. Romperás la sorpresa. ¿Vienen ya?

—No. Aún tardarán un rato, así que si necesitáis ayuda...

—Casi está —respondió Ana—. Gracias mamá.

—Súper bonito —susurró Sofía—. ¡Le va a gustar!

—No grites.

—No he gritado.

Riendo, las dejó discutir y salió hasta la puerta de casa. Desde allí se veía perfectamente cuándo llegaba el carro tirado por el viejo burro. Entornó los ojos y por fin vio el polvo que indicaba, como una bandera, que ya llegaban.

—¡Niñas! —llamó— Ya llegan.

—¡Vale! Ya lo hemos terminado —respondieron saliendo con ella a la puerta.

Despacio, el polvo del camino dejó ver un pequeño carro de madera tirado

por un borrico. Sujetando las riendas, Héctor se veía casi tan alto como su padre. Las niñas, nerviosas, daban saltitos junto a su madre esperando que se detuvieran para correr hacia ellos, abrazar a su padre y, probablemente, agobiar a su hermano, al que adoraban, contándole lo que habían aprendido en casa de la Señora Frank, lo que habían hecho y, hoy además, el regalo misterioso.

Obedeciendo una palabra de Patrick el burro se detuvo y los dos bajaron al suelo, una palabra mágica que hacía también que las niñas corrieran hacia ellos. Sonriendo, Beth vio cómo las dos volaban en brazos de su padre, antes de corretear alrededor de Héctor y parlotear sin piedad mientras él trataba de hacerse el duro, sin poder evitar sonreír y abrazar a las dos y acompañarlas a la habitación, cada una tirando de un brazo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Beth a su marido tras besarle.

—Bien. Creo —respondió él cogiendo unos sacos del carro—. que traigo de todo.

—Ya sabes a lo que me refiero, Patrick.

—Parece que sí que han desaparecido. En el pueblo hay nervios.

—Entonces, luego hay que hablar sin falta con las niñas. Han ido al prado a por flores sin avisarme.

—Lo haremos, pero tampoco las vamos a asustar más de lo necesario. Ni tú deberías...

—Yo hago de madre y eso va en el lote. Si no te gustaba, no haberme hecho... ya sabes —respondió ella con un guiño.

Al entrar en casa, con los gritos de las niñas de fondo, sacaron de los sacos lo que obtenían de sus vecinos a cambio del pan: carne, verdura, fruta, harina y lo fueron colocando en los lugares correspondientes.

—¿No tengo que preocuparme?

—De momento no —mintió él, que ya temía lo que podía estar sucediendo de nuevo—. Mañana, que iremos más tranquilos, me informaré mejor de todo. ¿Qué cuenta la señora Frank?

—Nada. Tiene a los mismos niños de todos los días.

—Pues ya está.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritaron las dos niñas interrumpiéndoles— Mirad a Héctor.

Ana y Sofía, sin saber qué hacer con las manos e incapaces de estarse quietas, se las cogieron entre ellas mientras su hermano salía de la habitación con una cinta en la cabeza, donde las niñas habían sujetado las flores del prado.

—¿Estoy guapo? —preguntó él con su media sonrisa.

—¡Sí! —gritaron las pequeñas— ¿A que sí?

—Bonita... corona —opinó Patrick.

—Es mi corona de flores —afirmó Héctor con la cabeza bien alta.

—Claro —dijo Sofía muy seria—. Para ser el rey del corazón de Marga.

—¡Oye! —gritó Héctor mirándola muy serio— ¡Calla!

—¿Quién? —preguntó Beth divertida por la reacción de su hijo.

—La chica que le gusta —continuó Sofía si hacer caso a los codazos que le daba Ana—. Es del pueblo ¿verdad Héctor?

—Pero... pero... —balbuceó él— ¡Os voy a...!

Empezó a perseguirlas alrededor de sus padres y luego hacia la habitación dónde los ruidos, las risas y los gritos dominaron todo lo demás.

—Las adora —dijo Patrick suspirando—. Se hace el duro, pero las quiere con locura.

—Y ellas lo saben y se aprovechan de él. No quiero imaginarme cuando crezcan y tengan pretendientes lo que va a ser de ellos. Le van a temer más que a ti.

—Me parece bien. Así, si hay que correr detrás de alguno, él es más joven.

—¡Qué tonto eres!

—¿A que sí? Pero me quieres.

—Bastante. ¿No se harán daño? —preguntó ella mirando hacia la habitación.

—Lo dudo, tiene mucho cuidado cuando juegan. Oye, eso huele estupendo y me muero de hambre. ¿Cenamos?

Fueron a avisar a los niños y los encontraron amontonados en el suelo, las niñas sobre Héctor, que se rendía entre risas y les daba la razón en lo que fuera que ellas le exigieran.

—No puedo con vosotras —les dijo mientras se sentaban para cenar sin quitarse su corona de flores.

—Sin peleas en la mesa —pidió Beth mirando seriamente a los tres niños

—. Por cierto Patrick, ¿no tenías que hablar con ellas?

—Sí —respondió el aludido tragando de golpe—. Me ha dicho vuestra madre que hoy habéis estado en el prado.

—Claro. Para coger las flores de Héctor.

—Bueno, por lo que sea. Tenéis que hacernos un favor, ¿vale? No vayáis allí solas. Cuando os deje la señora Frank aquí, venís directas a casa, aunque mamá no os oiga llegar.

—¡Jo, papá! Es que es muy bonito —protestó Ana.

—Y está lleno de flores de colores —terminó Sofia.

—Da igual. Mamá se asusta.

—¡Y tú también! —añadió ella repartiendo la responsabilidad.

—Yo también —dijo Héctor sentado entre ambas—. Y no queréis que me preocupe, ¿verdad? —les preguntó poniendo cara de pena.

—Vale. No lo haremos más. Pero acompañadas ¿podremos?

—De acuerdo —concedió su madre.

Hablando de todo un poco, terminaron de cenar y los tres niños se fueron a acostar mientras sus padres recogían y Patrick además dejaba todo preparado para hacer el pan antes de que saliera el sol.

Un rato después también ellos se acostaron muy apretados bajo las sábanas y unos susurros después, él dormía cómo un niño. Beth, en su lado de la cama, daba vueltas a las preocupaciones hasta que decidió que no arreglaría nada así, por lo que se dio la vuelta, abrazó a su esposo y se durmió.

Siendo el sol todavía una promesa futura, Patrick terminó de cargar el pan en el carro ayudado por Héctor bajo la atenta mirada del burro, acostumbrado ya a ese ritmo de vida.

—¿Así que te la llevas?

—Sí. Me hace... distinguido.

—No es para impresionar a nadie ¿verdad?

—¡Papá! —exclamó Héctor sonrojándose—. Me lo han regalado mis hermanas y me gusta, por eso me lo llevo.

—Vale, vale —respondió Patrick levantando las manos—. Pero oye, Marga me parece una chica muy apropiada para ti.

Con un leve movimiento de las riendas y un chasquido de la lengua, el

burro se puso en marcha para iniciar el reparto del día. Primero la granja de la señora Frank, una viuda que desde hacía muchos años hacía las veces de maestra de los niños de toda la zona. Ya fue profesora de Héctor antes de que éste comenzara a ayudar a su padre y ahora enseñaba a sus hermanas a leer, escribir y hacer cuentas básicas. Después de ahí iban a otro par de granjas donde recibían a cambio huevos y gallinas o pollos para comer, verduras y fruta. Más allá una aldea y finalmente el pueblo, al que solían llegar casi a la hora de comer. No es que no hubiera panaderos en el pueblo, pero la gente, ya por costumbre ya por calidad, seguía prefiriendo el pan que Patrick traía todos los días.

* * * * *

Después de desayunar y discutir entre ellas dos o tres veces, Beth logró sacar de casa a las niñas para llevarlas a casa de la señora Frank. Un paseo de algo más de media hora que fue más que suficiente para desarmar las preciosas trenzas rubias de las dos niñas que había logrado hacerles. Luego volvería para hacer las tareas de la casa y a media tarde las traería de vuelta la propia maestra, igual que al resto de los niños. Desde que había enviudado se había hecho cargo de la educación de los niños ya que con su marido había perdido los únicos ingresos que llegaban a la casa. No habían tenido hijos que se pudieran hacer cargo de ella en esos momentos difíciles, así que se volcó en los de los alrededores. Y al igual que hacía la familia de Beth, ella canjeaba sus servicios por los productos que necesitaba. Todos los vecinos la apreciaban por lo que hacía.

A Beth le había costado un rato convencer a las niñas de que Héctor se había llevado puesta la corona de flores como les había prometido el día anterior que iba a hacer. Al final y tras rebuscar por toda la casa, se habían convencido y aceptado irse.

Media hora de carreras, risas y gritos después llegaron a la granja. Ésta era bastante grande y se encontraba muy próxima al bosque, tanto que los primeros árboles parecían ganar terreno en el lateral de la entrada. Allí les esperaba la maestra.

—Les llevo oyendo venir bastante rato —dijo cuando las niñas entraron en la casa a toda velocidad.

—Están emocionadas con un regalo que le han hecho a Héctor. Pero les

regañé porque fueron a coger flores a un prado que no se ve desde casa y me asusté al no verlas. Ya hablamos con ellas en la cena pero una ayudita por su parte no nos vendría mal.

—Desde luego Beth. Tranquila, que hablaré con ellas.

—Me voy ya. Muchas gracias. Hasta luego.

Desde la puerta de la granja vio cómo Beth desaparecía por la curva que hacía el camino y, mirando al bosque, hizo un asentimiento con la cabeza antes de entrar en la casa.

* * * * *

La llegada al pueblo de Héctor era motivo de alegría para un grupo de chavales con los que se reunía a diario alrededor de una fuente. Sonriendo al verle correr hacia ellos, Patrick recordó el primer día que le acompañó a repartir el pan.

Al parar el carro le había señalado esa misma fuente y a los chiquillos de su edad, por lo que Héctor fue hacia allí. Nunca le había costado relacionarse con la gente y conocer niños nuevos, así que se acercó al grupo que, desde el carro, parecía formar una piña. En el centro, como le había contado su hijo en el camino de vuelta, el niño más grande del grupo, Jan, empujaba a otro. Era mucho más pequeño y estaba terriblemente asustado, lo que no hacía sino aumentar el nivel de burla y abuso que estaba sufriendo. Al verlo, Héctor no había podido evitarlo y se había metido en medio para proteger al pequeño, animándolo a irse de allí mientras él se encaraba con el abusón, que veía peligrar su posición. Le había amenazado y ordenado que se fuera, pero Héctor no sólo no se fue, sino que se dispuso a pelear con él.

Desde el carro, bajando pan y atendiendo a la gente, Patrick no pudo ver cómo Jan se lanzaba a la carrera contra su hijo ni como éste se dejaba caer en el suelo provocando la caída de bruces del abusón cuan largo era partiéndose dos dientes con el impacto. Tampoco se enteró hasta más tarde de que su hijo había hecho eso porque él le había dicho en una ocasión que debía luchar siempre con honor, pero que si no era posible, ganara. Héctor había aprovechado el momento de confusión para poner boca arriba al abusón y se había sentado sobre él dándole dos puñetazos para que entendiera que se había acabado el abuso.

Ese día, cuatro años después y luciendo su corona de flores, Héctor corrió hacia el grupo y saludó a su mejor amigo desde aquella vez: Jan. E igual que aquella vez, Patrick atendió a hombres y mujeres, se interesó por los problemas de unos y otros, respondió a las preguntas que le hacía a él y guardó los productos que intercambiaba por su pan.

Poco a poco la afluencia de gente disminuyó y Patrick decidió ir a la taberna a comer algo rápido. Hizo un gesto a Héctor para que supiera dónde iba a estar y se encaminó al establecimiento, no sin antes fijarse en que Marga le hacía gestos a su hijo señalando su corona de flores mientras él negaba insistente con la cabeza manteniendo los brazos cruzados.

—Lo llevas claro si la quieres para ti —murmuró riendo—. Siendo como es un regalo de sus hermanas, no se la quitará hasta que se le caiga a pedazos.

—¿Qué pasa viejo? —preguntó alguien tras él—. ¿Ya hablas solo?

—Hola Aarón —saludó—. No sabía que habías bajado al pueblo. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de días. Te has enterado, ¿no?

—Sí —Patrick resopló—. ¿Quieres beber un trago? Sí, claro, que cosas tengo.

* * * * *

Casi había terminado la clase y los niños ya estaban cansados de estar sentados. Se removían inquietos en las sillas y murmuraban entre ellos sin prestarle atención. Sonrió y miró por la ventana la posición del sol.

—¿Qué tal si acabamos por hoy? —preguntó la señora Frank ganándose una ovación—. Ana y Sofía, esperad un momento.

Salió de la casa tras el resto de niños y les dijo que jugaran un rato, que se iban enseguida porque a Ana y a Sofía las vendrían a buscar sus padres más tarde. ¿Quién iba a dudar de su palabra? Al fin y al cabo ella era la señora Frank.

Volvió a entrar en la casa donde la pequeña casi se había dormido.

—¡Uy! ¿Qué te pasa Sofía?

—Está cansada porque ayer hicimos un regalo a Héctor y fue emocionante porque fuimos a por flores y luego las colocamos en una cinta de cuero y tuvimos que esperar mucho rato para dárselo y casi fastidia la sorpresa al

contarlo. Y luego llegó y se la dimos y le gustó y estuvimos jugando pero nos regañaron —respondió Ana.

—¿Por qué? —le preguntó la profesora acostumbrada al modo de hablar atropellado y sin pausa de los niños.

—Porque las cogimos en un prado —respondió Sofia cargada de razón.

—¡Ya sé qué hacer para que os perdonen!

—Ya les prometimos que no lo haríamos más —repuso Ana preocupada—. ¿Por qué nos tienen que perdonar?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, he hablado con vuestra madre... y me ha dado la impresión de que ellos también querían una.

—¿Se han enfadado con nosotras por eso? —preguntó Sofia casi llorando.

—Sólo digo que tal vez si cogierais flores de ese prado para ellos...

—Pero les prometimos que no.

—¿Y si no se enteraran de que habéis ido? Sé una manera pero tenéis que esperar a que vuelva.

—Vale —respondieron las dos niñas.

Saliendo de la casa sonriente miró al bosque y se juntó con los niños para subirlos al carro y llevarlos a sus casas.

—“No me enorgullezco” —pensaba mientras cantaban ya en el camino—. “Los niños me gustan, pero el oro...”

* * * * *

Pasaron juntos a la taberna, llena a esas horas y pidieron la comida y la bebida con un sencillo gesto hacia la camarera, lo que era una de las ventajas de estar ahí casi a diario y que fueran clientes suyos.

—A lo que me has preguntado antes: sí —dijo Patrick ya con el vaso en la mano—. Y me trae recuerdos que no quiero... recordar.

—Lo imagino, amigo mío. Cuando lo oí la primera vez admito que lo primero que pensé fue en ti. Pero me dije: “Bah, ¿para qué preocuparle?”. De eso hace tres meses.

—¿Tanto?

—Espera. Me informé un poco... son años.

—¿Igual que entonces? Porque Beth está acojonada y yo le digo que esté

tranquila.

—Es lo mismo que me contaste hace ya ¿cuánto? ¿Diez años más o menos cuando te encontré cruzando las montañas con ese bebé en brazos?

—Y nunca te podré agradecer lo suficiente...

—¡Déjalo ya! —le interrumpió Aarón— Me jugaría una mano a que es lo mismo.

Patrick enterró la cabeza entre las manos y se quedó callado hasta que se abrió la puerta de la taberna y Héctor entró. Guiado por la mano de Aarón llegó hasta su mesa.

—Hola trampero —saludó—. No sabía que habías abandonado las montañas.

—Sólo para que tu padre me invite a un trago —se abrazaron—. ¡Cada vez que te veo estás más alto! Vas a pasar a tu padre... ¡Eh! Bonitas flores.

—Regalo de mis hermanas.

—Y un éxito, por lo que he visto —dijo su padre— junto a la fuente.

—¿Tú te crees? Quería que se la diera.

—¿Quién? —preguntó Aarón divertido ante el tono ofendido de Héctor.

—Eh... una amiga.

—Supongo que algo te ofrecería a cambio.

—Me da igual lo que pudiera ser. No se lo voy a dar a nadie.

—¡Juventud! —exclamó Aarón haciendo reír a Patrick—. Dentro de no mucho te arrepentirás de no tener cincuenta cómo la que llevas.

La expresión de Héctor, que no entendía el comentario, hizo que los dos hombres rieran más todavía. Sacudiendo la cabeza los dejó unos momentos para acercarse a pedir y volvió para sentarse con ellos a comer. Aarón les contó las novedades sobre otros lugares del Imperio, sin volver a sacar el tema que tanto preocupaba a Patrick. A cambio, Héctor le contaba anécdotas sobre sus hermanas y aunque trataba de sonar hastiado y desesperado, se le notaba todo lo que las quería y lo que se divertía con ellas.

Patrick se mantenía en silencio y sólo cuando uno de los dos se dirigía a él directamente parecía volver al mundo. Pasado un rato se golpeó los muslos con las palmas y se puso en pie.

—Hora de irnos. Me alegro de haberte visto, Aarón.

—No vemos mañana, ¿vale? Estaré por la plaza cuándo lleguéis.

Padre e hijo salieron de la taberna en silencio y fueron hacia el carro. Mientras Héctor aseguraba los productos para que no cayeran al suelo, Patrick se fijó en unos soldados que no había visto otros días. Paseaban tranquilos saludando a los vecinos. Suspiró y preparó al burro para el trayecto de regreso.

Sin tocar apenas las riendas, el carro avanzaba tranquilo. El animal que tiraba de él conocía el camino y Héctor miraba a su padre que no había abierto la boca desde que salieron de la taberna.

—Papá —dijo al fin—. ¿Qué te pasa?

—¿Cómo?

—Eso. Estás callado y pensativo. Pareces preocupado.

—¿Sí? Tu madre lo notará ¿verdad?

—¿Con esa expresión que tienes? Lo estará notando ya.

—¿Has oído algo de los niños que han desaparecido?

—Dice Jan que son demonios de Gatrál alimentándose.

—Siento llevar la contraria a tu amigo, pero sé que no es así. Son personas como nosotros que ya habían estado por aquí. ¿Sabías que de joven no quería ser panadero? — Preguntó sin venir a cuento.

—No.

—Claro que no. Mi padre y el suyo lo eran.

Volvió a quedarse callado y Héctor lo miraba extrañado sin atreverse a decir nada porque, de repente, lo veía más viejo que nunca, muy cansado y podría ser que asustado.

—Quería ser soldado como los de los cuentos —continuó un rato después en voz baja—. De esos que salvan a las princesas, se casan con ellas y viven felices. Soñaba con que harían canciones sobre mis gestas, que lideraría ejércitos contra terribles invasores que caerían bajo mi espada. Pero mi padre no quería eso: yo debía aprender a hacer pan y seguir con el negocio familiar dejándome de tonterías. Por eso, todas las tardes me iba a las puertas de los peores tugurios de mi ciudad para empaparme con las historias de los veteranos que siempre estaban allí ansiosos de encontrar un oído dispuesto a escuchar sus farfulleos. Y un día decidí que debía cambiar la harina por el acero, así que me escapé de casa...

—¡No! —exclamó Héctor sin que Patrick, perdido en sus recuerdos le

hiciera caso.

—... y corrí hacia el cuartel de la ciudad. En la puerta topé con el hombre más desagradable que había conocido. Me dijo que creciera y me dejara de tonterías, que iba a preocupar a mi padre. Me enfadé tanto que, a través de los veteranos borrachos, tuve conocimiento de un cuartel bastante lejos de casa. Y allí me fui.

La mirada de Patrick se fundió con el pasado y empezó a contar su historia.

La Prueba

Nunca supo si sus padres le buscaron. Jamás volvería a esa ciudad. Desde el momento que averiguó el camino para llegar a ese campamento se lanzó sin pensarlo llevado por sus sueños de gloria.

Viajó durante muchos días sin descanso. Preguntaba en las aldeas y ayudaba en algunas granjas a cambio de comida y cama. Más de una noche se acostó pensando que no empezaba con buen pie su aventura pero, ¿a qué héroe le había salido todo bien desde el principio? Así que, siempre buscando el lado positivo, siguió adelante hasta llegar a su destino.

Cruzó un largo puente y pudo ver la puerta vigilada por un guardia. Unos muros contruidos con altos troncos formaban una muralla de, como supo más tarde, quinientos metros de largo. Se acercó al centinela y preguntó por el oficial al mando.

—¿Quién eres y qué quieres de él? —le preguntó.

—Quiero alistarme, unirme a vosotros.

—¿A sí? Entra y sigue recto. Cuando pases las barracas y la letrina lo encontrarás. Si no, pregunta. En cuanto pongas un pie dentro no te faltará gente a la que preguntar.

Parecía que su sueño se resistía a llegar porque cuando habló con el capitán, al saber que era aprendiz de panadero, lo mandó directo a la cocina como ayudante del cocinero. Y así pasó los dos primeros años en el ejército. Lo que más se acercaba a tocar armas era cuando cogía el cuchillo para picar cebolla o el hacha para trocear la carne que les traía del pueblo con regularidad Adil.

Un día, cansado y viendo esas ilusiones cada vez más lejanas, se plantó frente al capitán en el comedor para reprocharle que no estaba haciendo nada útil.

—No es así, Patrick —respondió el interpelado—. Dejando aparte que la comida ha mejorado ostensiblemente, ahora tienes la altura de un hombre y has desarrollado músculos que antes no tenías. Ahora sí puedes empezar a entrenar con todos. Bienvenido al cuerpo.

—Gracias —respondió Patrick.

—¡Gracias, señor! —gritó el capitán sobresaltándole—. Y la próxima vez

que me hables así, más vale que sea por un tema urgente o pasarás una temporada en el calabozo.

—Sí, señor —dijo Patrick cuadrándose como veía que hacían los demás.

—Otra cosa que no se me olvide: seguirás en la cocina. Por lo menos hasta que otro aprenda.

A partir de ese día entrenó con sus compañeros el manejo de las armas, la escalada, la natación, el rastreo... Al estar el cuartel localizado entre montañas y bosques con un río tan cerca, el entrenamiento era muy duro y exigente, pero Patrick nunca se quejó.

Así pasaron otros cuatro años sin novedades hasta que una mañana llegó a la puerta un jinete con el emblema Imperial acompañado de un Elegido. Cuando fueron presentados al capitán, se encerraron con él en sus dependencias.

—¿Vendrá a recordarnos los escritos de Títre? —preguntó Patrick a sus compañeros en el patio de armas.

—No seas blasfemo —le amonestó Logan—. Tampoco nos viene mal un recuerdo de la Fe de vez en cuando.

—Pero —intervino Hwgart— el soldado Imperial ¿por qué?

—Dejad de cotillear —gritó el sargento— que no oigo las espadas.

La comida del capitán y sus invitados fue llevada al mismo lugar y a última hora de la tarde, los dos visitantes partieron de vuelta al lugar del que vinieran. Todas las miradas del cuartel cayeron sobre el capitán quien, con gesto cansado, dio la orden al sargento para que formaran todos.

—Señores —comenzó—, parece que hemos sido elegidos para algún tipo de juego por parte de... los que mandan. Esos dos hombres me han informado de que se dirige hacia aquí una comitiva con un enviado del Emperador, el coronel de su guardia y La Lanza en persona —levantó las manos para acallar las voces—. Estarán aquí en un par de días y nos explicarán lo que sea que a mí no me han querido explicar. Eso significa que tenemos día y medio para dejar este cuartel, las armaduras y las armas como si bajara el propio Títre del cielo. Ya, Logan —dijo antes de que pudiera decir nada—. Así que como haya un sólo botón en el que no me vea reflejado...

—¡Al calabozo! —respondieron noventa gargantas a la vez.

Al final del segundo día, cuando el sol se ponía y los últimos rayos atravesaban el bosque, entró la comitiva en el cuartel. Los soldados, en perfecta formación, se mantenían en silencio tras su capitán. Casi todas las miradas escapaban inevitablemente hacia el hombre que representaba a Títre en la tierra, el máximo poder de la iglesia. Era un hombre joven con pelo largo y, al desmontar y ceñírsele los ropajes, se percibía un principio de barriga. Los miró mientras paseaba ante ellos dando tiempo a desmontar al resto.

—Las mayores bendiciones de Títre caigan sobre todos y cada uno de vosotros en estos tiempos revueltos y oscuros que vivimos. Se os ha elegido... bueno, eso os lo explicarán ellos —dijo señalando a los militares—. Sólo espero de vosotros que respetéis la fe —terminó dando un paso atrás.

—Caballeros —saludó el coronel—. Sé que es tarde y estarán cansados, así que estarán de acuerdo conmigo en que será mejor hablar mañana por la mañana. Nuestro viaje también ha sido largo y duro así que, con el permiso de su capitán: ¡Rompan filas!

Se habían acondicionado unas dependencias para los invitados y hacia allí se dirigieron junto al capitán, tras emplazarles para el día siguiente a la salida del sol.

—¡Qué bárbaro! —dijo Logan desde la cama— La Lanza en persona.

—¿Qué querrán?

—¿Habéis visto el paquete que llevaban con tanto cuidado?

Los cuchicheos duraron mucho más tiempo de lo habitual en los barracones. Todos estaban nerviosos ya que estar tan temprano preparados sólo podía significar que algo muy importante iba a suceder. La cabeza de Patrick regresó a sus sueños de juventud sobre aventuras y grandes peligros de los que salía victorioso. Sonriendo se quedó dormido.

El sol comenzaba a asomar en el desfiladero por el que avanzaba el río cuando el coronel pasó revista. No les había permitido izar la bandera del cuartel, lo que no había gustado nada al capitán. Pero debía obedecer las órdenes de su superior y así lo hizo.

Frente a los hombres se situaron los tres representantes del poder en el Imperio: militar, religioso y, por parte del Emperador, su escriba, que ya llevaba un rato tomando notas sin quitar la vista de los soldados, lo que los ponía nerviosos.

El coronel hizo un gesto y dos de los militares que le habían acompañado acercaron al capitán el paquete del que habían hablado por la noche en los barracones.

—Esto —comenzó— es una bandera especialmente diseñada para que no pueda ser falseada ni manipulada. La van a izar sobre la suya propia y así permanecerá, sin bajarla, durante treinta días. Pasado ese plazo, volveremos para comprobar su estado. ¿Cuál es el fin de este... juego? Deben defenderla —levantó la mano para evitar la pregunta del capitán—. deben defenderla, decía, de cualquier ataque. Este ejercicio lleva gestándose desde hace meses, por lo que es importante que sepan que, desde que salgamos de aquí, en cualquier momento, por cualquier lugar pueden venir elementos hostiles contra ustedes. Elementos cuyo único objetivo es dañar —señaló— esa bandera. No es un ejercicio a muerte. No tema por sus hombres, capitán. La información que se ha dado a sus enemigos es clara en ese punto. Y del mismo modo debe quedar claro para sus hombres. ¿Alguna pregunta?

—A ver si he entendido bien, coronel —dijo el capitán con tono poco respetuoso—. Un número indeterminado de elementos hostiles pueden estar dirigiéndose hacia aquí, desde cualquier lugar, o tal vez estén ya en el bosque o cruzando el río o viéndonos desde las montañas, para estropear de cualquier manera esa bandera suya. Si lo hacen, perdemos. ¿Y si logramos que nadie la dañe?

—Eso lo hablaremos a nuestro regreso cuando veamos el resultado. Ahora mismo no les vamos a explicar nada más.

—¿Para eso tanta pompa y personalidades? —casi explotó encarándose con el coronel— El jinete de hace dos días podía haber dicho lo mismo y llevaríamos dos días de preparativos.

—Mantenga la calma, capitán. Es más serio de lo que puede creer.

—En ese caso, aceptamos el reto. ¡Izad la bandera! —ordenó.

Era una bandera inimitable. Bordada con hilos dorados para poder darle forma del halcón de Tíre junto al escudo Imperial. Superaba con creces el tamaño de la suya, que se veía empequeñecida por el tamaño de la nueva. Cuando llegó al punto más alto y se desplegó con la brisa, los visitantes recogieron sus pertenencias y atravesaron la puerta.

Nadie movió un músculo mientras salían. Sólo el capitán levantaba la mirada hacia la bandera y negaba con la cabeza. Finalmente se situó frente a

sus hombres con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Juego? Una mierda —dijo escupiendo al suelo—. Es una prueba seria para algo serio. No se toman tantas molestias para pasar el rato. Debemos pensar rápido qué hacer, así que, venga, todos a dar ideas, aunque os parezcan ridículas.

—Patrullar el bosque.

—Poner vigías en la empalizada.

—Quitar la bandera y volverla a poner cuándo vuelvan.

—No podemos patrullar todo el bosque. Pero sí debemos aprovechar que nosotros lo conocemos. Hwgart —llamó—. Eres el mejor arquero. ¿Desde dónde acertarías a la bandera?

—Es grande —respondió—. también depende del viento... pero podría coger a dos buenos tiradores y calcular un perímetro de seguridad.

—¿Cómo lo harías?

—Lo primero, tirando a fallar. No vayamos a estropear esa preciosidad haciendo pruebas. Despejaría el patio e iría lanzando flechas cada cierto tiempo cada vez más lejos. En el momento en que un observador vea que la flecha no llega, avisa con un silbido o una flecha con fuego. Así tenemos la zona que patrulla contra arqueros.

—Pero —objetó Logan— no sólo serán arqueros. Puede ser cualquier cosa. Quiero decir cazadores, soldados, etc. ¿si nos quitan las ropas a alguno y entran hasta aquí?

—Tres hombres fijos bajo la bandera —ordenó el capitán.

—Bien —continuó Logan—. Pero ¿cómo reconocerlos si de algún modo llegan hasta ellos?

—El pelo —dijo Lu—. Nos lo cortamos todos rapado mientras Hwgart hace sus pruebas....

—... Para aprovechar el tiempo —finalizó la frase el capitán satisfecho—. Cuando esté el perímetro calculado haremos dos círculos concéntricos de hombres alternos. Uno en la línea exterior otro en la interior. Así podemos estar separados pero cubrir más área con menos hombres.

—Habría que cubrir el río —opinó Francis.

—¿Cómo propones? —le preguntó el capitán.

—Parecido al perímetro que ha dicho. En ambas orillas poner hogueras alternas con dos hombres en cada una por la noche y otros dos fijos en el puente.

—Poner una barrera en el camino no estaría mal —dijo otro.

Y así, poco a poco, establecieron la defensa de la bandera dándose cuenta de que durante ese mes era poco lo que iban a poder descansar, ya que no había hombres suficientes para hacer todas las guardias y los relevos.

Marcaron en el bosque los puntos por los que debían pasar las guardias, establecieron el modo de relevarse, cortaron leña para las hogueras junto al río, bromearon con los cortes de pelo, explicaron a Adil por qué ya no sería tan sencillo llevarles las provisiones y comenzaron a pasar los días.

* * * * *

Diez pares de ojos controlaban el cuartel desde las montañas. El que llevaba la voz cantante, con una cicatriz que le cruzaba el rostro, buscaba el modo de llegar allí. Había controlado los movimientos de los soldados de día y de las antorchas por la noche por lo que hacían y deshacían planes según lo que iban viendo.

El cartel que habían visto en la taberna les había llamado la atención, sobre todo por la cantidad de dinero y el perdón de sus pecados por parte de La Lanza. Ladrón de profesión junto a sus compañeros de correrías decidieron probar suerte. Ese premio les permitiría vivir un poco mejor y, para que negarlo, no estar toda la vida pendientes de caer en manos de Gatrál al morir, tampoco era una tontería.

Uno de sus hombres, que había sido soldado hacía años, consideraba que la mejor opción era dividirse en dos y atacar de golpe rompiendo las dos líneas de defensa y dejar a otro para que pasara por la brecha.

* * * * *

Desde una cueva junto a un meandro del río, cuatro pescadores que habían perdido sus barcos hacía tiempo, dibujaban sobre el suelo la disposición de las hogueras de los defensores. Eran expertos nadadores y creían poder llegar hasta el puente sin ser vistos. Una vez allí acababan sus opciones, ya que no tenían experiencia en el combate. Dependían del factor sorpresa y el amparo de la noche, pero sin saber todavía cómo atravesar la puerta que quedaba cerrada por las noches.

Podrían escalarla ayudándose entre ellos, pero la duda era: qué encontrarían al otro lado.

* * * * *

Un trampero solitario miraba el bosque que había frente a él. Unos kilómetros por delante estaba esa bandera y un futuro más tranquilo. Consciente de su inferioridad frente a los soldados, buscó el modo de hacer lo que mejor sabía: acercarse sin ser visto. Observó los árboles durante horas hasta que decidió trepar al más cercano. Afortunadamente eran todos viejos y fuertes con grandes ramas que se entrecruzaban. Lentamente comenzó a avanzar dejando lejos el suelo.

* * * * *

Adil volvió enfadado al pueblo. Le habían tenido horas para comprobar que su carro era el de siempre y no ocultaba a nadie. Casi un día perdido y le habían dicho que era un mes así. Menos mal que sólo les repartía cada tres o cuatro días, si no, podía olvidarse de trabajar para sus vecinos.

No tenía ganas más que de llegar a casa a acostarse, pero lo que encontró fue una docena de hombres esperándole. Le preguntaron todo lo que sabía sobre el cuartel: las defensas, número de hombres, preparativos, etc. Y él tuvo que contestar ya que le mostraron una orden firmada por La Lanza obligándole a ello y a guardar silencio. Todo el tiempo que pasó detallando lo que querían saber, no dejó de escupir mentalmente sobre la bandera que ahora ondeaba en el centro del cuartel de sus amigos.

* * * * *

De momento y mientras pasaban los días no habían dejado que nadie pasara del círculo interior de defensa. Como decían los carteles, una vez que eran reducidos o interceptados deponían las armas y se entregaban, por lo que habían tenido que acomodar uno de los barracones para los apresados.

El cansancio comenzaba a hacer mella en los defensores, pero nadie se quejaba y todos intentaban que no se les notara. Aprovechaban todos los instantes de descanso para dormir, aunque fuera sin quitarse la ropa y las

protecciones metálicas.

Cada día, el capitán recorría todos los puntos que consideraba más sensibles y escuchaba las opiniones e ideas de sus hombres para mejorar el sistema. Les daba las gracias y les animaba aceptando y tolerando las bromas que hacían sobre “el trapo”, cómo llamaban a la bandera. De igual modo se interesaba por el estado de los detenidos a los que trataba de sacar información aunque no tenían conocimiento sobre otros grupos o posibles ataques.

* * * * *

Desde su refugio en las ramas, el trampero se dio cuenta de que los soldados se habían rapado las cabezas. Apoyado cómodamente comía una fruta con cuidado de que no le cayera al suelo. En esa posición sólo veía a uno de ellos, pero sabía dónde estaban los más próximos. Le había gustado la forma en que cubrían el bosque aprovechando sus recursos. Algo llamó su atención, un sonido en el suelo a su espalda. Se giró y vio llegar corriendo a tres hombres con las espadas en la mano. El soldado les dio el alto pero ellos no le hicieron caso y se lanzaron a por él. En el tiempo que les costó llegar a los refuerzos y reducir a los asaltantes, el soldado yacía en un charco de sangre.

Eso había estado mal. Las instrucciones eran muy claras en ese respecto y el trampero supo que eso podría traer consecuencias.

* * * * *

Decidieron que unidos con los pescadores podían tener más posibilidades de éxito. El hombre de la cicatriz modificó su plan lo suficiente para dar cabida a esos cuatro hombres y usarlos cómo distracción. Parte de los defensores irían hacia el río y sus hombres abrirían la brecha que diera paso al premio.

Sólo faltaba decidir la fecha porque los días pasaban y tenían un límite para hacerlo. El momento estaba claro ya que en la madrugada el efecto sorpresa sería mayor y mayor también la confusión.

* * * * *

Habían encerrado a los tres hombres en la letrina. Ninguno de ellos había reconocido haber sido el que matara al defensor, por lo que los mantendrían allí hasta que llegara la comitiva y decidieran qué hacer con ellos. Al capitán le había costado mantener la calma y evitar que los mataran allí mismo. Hubo discusiones, gritos, proclamas sobre demonios por parte de Logan y amenazas. Pero finalmente logró controlar a sus hombres.

Cada vez le tenían más asco a la bandera y al juego que les habían impuesto. Pasaban los días sin más ilusión que verla bajar de una vez y olvidarla. Dormían dos o tres horas al día y rotaban entre el bosque, el río, las atalayas o el patio de armas. Cualquier cosa provocaba peleas entre ellos y les costaba menos perder la concentración.

* * * * *

Llevaba un par de días en la linde del bosque y le dolía todo el cuerpo de aguantar posturas forzadas sobre los árboles. Sabía que los soldados estaban cansados y nerviosos, pero había tomado la decisión de entregarse. Ansiaba una comida caliente y una cama. Cuando asomara el sol y viniera el cambio de guardia bajaría al suelo y listo.

* * * * *

El carro de Adil avanzaba por el camino hacia la barrera un poco más pronto que otros días. Pero no era un día como los demás ya que hoy entre los sacos llevaba dos hombres ocultos, otros dos en los bajos y a ambos lados del camino, ocultos por los árboles, el resto del grupo avanzando al mismo ritmo. Se sentía una especie de traidor a sus amigos, pero trataba de calmar su conciencia pensando que a él no le afectaba en nada el resultado.

Dos, tres soldados esperaban que llegara a la barrera mientras el cuarto dormitaba en la sombra. Le saludaron y él levantó la mano a modo de respuesta mientras golpeaba con el tacón en la madera y los hombres bajo el carro se dejaban caer al tiempo que soltaban la sujeción que habían preparado en la rueda delantera haciendo que se soltara.

Sorprendidos y pendientes del estado de Adil, los soldados se acercaron al carro y fueron reducidos por los asaltantes en unos segundos. Los ataron y

amordazaron dejándoles en la sombra. Arreglaron la rueda y se pusieron sus ropas antes de encaminarse hacia la puerta y ver salir a los soldados que iban a relevar a los del perímetro.

* * * * *

El estornudo le despertó ya que se había quedado dormido mientras esperaba. Se desperezó y escuchó al que se acercaba: volvió a estornudar.

—¡Salud! —dijo.

—Gracias... ¿Quién ha sido?

—Estoy arriba. Voy solo y me rindo a ti.

Patrick miró hacia arriba y vio aparecer una cara entre las ramas. Un hombre unos años mayor que él se descolgaba con agilidad hasta llegar a su lado.

—Soy Roy —se presentó—. Trampero.

—Patrick... soldado. ¿Te entregas?

—Sí. Llevo muchos días ahí arriba. Lamento lo de tu compañero el otro día.

—Gracias. ¿Tus armas? —preguntó Patrick estirando la mano.

—Un cuchillo. ¿Lo quieres?

Iba a entregárselo cuándo escucharon los gritos. Se volvieron los dos a la vez hacia el origen y Patrick, sacando la espada corrió hacia allí.

—Te acompaño —gritó Roy tratando de correr tras tantos días sin pisar suelo firme.

* * * * *

Igual que unos minutos antes, Adil saludó al soldado de la puerta, pero éste reaccionó a tiempo. Le había extrañado que le acompañaran los vigilantes de la barrera, pero cuando vio que llevaban el pelo largo dio la voz de alarma. Pero doce hombres atacándole a la vez eran demasiados, por lo que dejó caer el arma y vio cómo los primeros entraban en el cuartel.

Sus gritos habían alertado lo suficiente al resto de compañeros y eso retrasó su entrada.

Se desenfundaron armas y el sonido del acero contra el acero dominó sobre lo demás. Tres atacantes abandonaron su posición y corrieron hacia la parte trasera de la muralla. Se ayudaban a trepar cuando Patrick llegaba hasta ellos. Uno logró saltar y los otros dos se encararon al soldado con las armas ya en la mano. Aprovechando la velocidad, Patrick saltó sobre el primero dejándolo inconsciente con el tiempo justo de parar una patada del otro.

—¡Soldado! —gritó el trampero— ¡Uno ha entrado! ¡Agáchate!

Patrick hizo lo que le decía Roy sin saber por qué y sintió cómo un pie se apoyaba en su espalda para impulsarse y le hacía caer al suelo. Se retorció ante el avance del atacante que, distraído por el salto del trampero, no pudo evitar caer al ser trabado en las piernas. Patrick le golpeó con la empuñadura en la frente y corrió hacia la puerta.

Allí, los atacantes estaban ya arrodillados con las manos en la nuca rodeados de soldados y Patrick avisó a sus compañeros de que uno había saltado. Lo encontraron inconsciente junto al mástil, con el trampero sentado sobre su espalda y buscando a Patrick con la mirada.

—¿Quién eres? —le preguntó el capitán.

—Soy el prisionero de ese hombre. A él me he rendido y ante él respondo.

—¿Patrick? —llamó el capitán— Los demás encerrad a esos, revisad sus heridas y volved a vuestros puestos —suspiró—. Una semana...

—Señor —acudió Patrick—. Dice la verdad. Se ha rendido a mí allí en el bosque cuando volvía de ser relevado. Si lo que quiere saber es por qué nos ayuda, deberá preguntárselo a él.

—Bien... no conozco tu nombre.

—Roy.

—Bien Roy. ¿Por qué?

—No sé, no me parece justo lo que les están haciendo —respondió—. Cualquier cosa en la que ande metida la Iglesia no me gusta.

—Por cierto —le interrumpió Patrick estrechándole la mano—. Gracias.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el capitán.

—Si aceptan mi opinión —dijo Roy—. No tengo intención de hacerles ningún daño ni de estropear esa bandera. Muy bonita por cierto. Si me permitieran estar con ustedes, les ayudaría.

—Patrick, ¿te fías? Todo esto está empezando a superarme.

—¡Uf! —se quedó pensativo mirando al trampero—. De hacerlo sería el

responsable de sus actos, ¿no? Espero no equivocarme contigo.

—¿Volvías de la guardia? —preguntó el capitán.

—Así es.

—Enséñale esto, preséntale a los demás y descansa. Ah, no olvides que era, ahora no lo sabemos, un elemento hostil y tú eres su responsable directo. Espero no ofender y si es así... me da igual.

Roy acompañó a Patrick al comedor y a las barracas. El resto de compañeros no reaccionaron del mismo modo, pero respetaban la responsabilidad que había aceptado.

El paso de los días demostró que era de fiar. Ayudó en la defensa del perímetro cuando asaltantes provenientes de dos direcciones trataban de romper la línea. Fue él el que se mantuvo en la brecha y entretuvo al hombre de la cicatriz y su compañero cuándo intentaban pasar. Más tarde se enteraron de que por el río, al mismo tiempo que ese asalto, debía haberse producido otro para separar más las fuerzas, pero la lluvia de los últimos días les había obligado a salir de su escondite por la subida del cauce.

Esas lluvias duraron toda la semana. Los hombres empapados, cansados y de mal humor veían con placer cómo la bandera quedaba casi enrollada al mástil. Y sólo quedaba un día.

El primero en llegar, a media mañana, fue el mensajero para avisar que a última hora de la tarde estarían allí los emisarios del emperador. Con satisfacción, el capitán ordenó a sus hombres que volvieran al cuartel y se relajaran. Fueron regresando poco a poco de todos los puntos e inevitablemente miraban a lo alto y sonreían orgullosos por haber mantenido “el trapo” intacto. Los detenidos en los barracones también recibieron aliviados la noticia ya que para ellos significaba salir de allí y volver a sus vidas.

Encendieron antorchas para guiar la comitiva ya que el cielo estaba negro y cuándo ya se les veía llegar cruzando el puente, comenzó la tormenta.

Patrick, Roy y Hwgart permanecían apoyados en una pared intentando no mojarse mientras entraban en el cuartel La Lanza y sus acompañantes. Logan permanecía bajo la lluvia para ayudar a Su Pureza en lo que pudiera necesitar.

Un rayo iluminó la escena y Roy golpeó a Patrick en el brazo.

—He visto algo.

—¿El qué?

—Me ha parecido que La Lanza soltaba algo, como si sacudiera el brazo.

—¿Qué decís? —preguntó Hwgart cuándo otro rayo cruzaba sobre sus cabezas.

—¡Allí! —gritó Patrick—. Algo volando.

Los tres levantaron la vista y Hwgart preparó el arco porque con ese tiempo no era habitual que ningún ave estuviera al descubierto. Otro rayo le permitió localizarlo. Lo vio a cámara lenta bajando hacia la bandera con las garras extendidas. Antes de que desapareciera el resplandor soltó la cuerda del arco mientras a su lado Patrick y Roy corrían hacia el capitán.

—¡Señor! ¡Cuidado!

Logan se lanzó para proteger con su cuerpo a La Lanza de lo que fuera que advertían sus compañeros y lo vio mirando satisfecho hacia la bandera hasta que un sonido húmedo sonó junto a ellos haciendo que le cambiara el semblante. En un instante todos los soldados rodeaban a su capitán y a los viajeros en perfecta formación y con las armas listas.

—Un halcón —gritó Roy sobre el sonido de la tormenta llegando al lugar en el que había caído el ave con una flecha en el corazón.

—Se lo advertí coronel —dijo La Lanza en un tono que se escuchó por todo el patio—. Hasta Titre ha enviado a su halcón...

—No es momento Su Pureza —le interrumpió el aludido—. Capitán, traigan la bandera y vamos a comprobarla dentro. Espero que mañana el tiempo sea mejor. A primera hora quiero a sus hombres formando aquí fuera.

Arriaron las dos y recogieron “el trapo” para que fuera comprobado. Dos hombres permanecieron en las puertas y el resto fue a acostarse.

—Os digo que ha sido él —afirmaba Roy.

—No tiene sentido.

—O sí —replicó Hwgart—. No sabemos por qué era esta mierda y que un halcón aparezca al final, lo suelte quien lo suelte...

—¡Vamos, hombre! —le cortó Patrick—. Has oído como todos que La Lanza decía que era un enviado de Titre. Si hubiera sido una parte de la prueba no habría dicho nada. ¿Qué opinas Logan?

—Su Pureza no se equivoca. Él cree que hay algo equivocado y está en contacto directo con Titre ¿Quiénes somos para dudar de él?

—Va Logan, abre la mente un poco.

—Ese es el camino para abrir la puerta a Gatrál.

—¡Oh, calla! Somos todos mayorcitos. Mañana nos explicarán lo que sea que hemos ganado.

—Y se llevarán a esos tres y espero que los cuelguen —dijo Lu con rabia—. Aunque preferiría que nos dejaran hacerlo a nosotros.

—Lo mismo que todos —respondió Patrick— pero no depende de nosotros y debemos confiar en nuestros superiores.

El día amaneció despejado pero el barro cubría los pies de los hombres que formaban en silencio. El escriba, como la vez anterior, tomaba notas en silencio aunque en esta ocasión miraba alternativamente al coronel y a La Lanza. Parecía que había tensión entre ellos.

—Enhorabuena caballeros —comenzó el coronel—. La bandera no ha sufrido ningún daño —permaneció en silencio hasta que finalizaron los vítores y gritos—. Supongo que no ha sido fácil y lamento la pérdida de su compañero. Tienen mi palabra de que esos hombres pagarán caro lo que han hecho. Se preguntarán el motivo de esto a lo que hemos llamado juego durante estos días. No es sencillo de explicar... están desapareciendo niños bastante lejos de aquí y lo único que hemos averiguado es que tiene relación con un bosque cercano...

—Un bosque maldito —le interrumpió La Lanza.

—¡Por favor! —continuó el coronel apretando los dientes— Pero todos los hombres que hemos enviado han desaparecido dentro y no hemos sabido nada de ellos. Consideramos que, por la preparación que tienen aquí rodeados de bosques y montañas, puede ser que estén en mejor disposición para esta tarea que el resto de nuestro ejército. Debe quedarles claro que no es una orden si no una búsqueda de voluntarios al no saber a quién o a cuántos nos enfrentamos.

—Si me permite —intervino La Lanza aprovechando una pausa del coronel—. Sé que su mente organizada y obediente a las normas es incapaz de ver más allá de los hechos. Pero si el Emperador ha accedido a que yo le acompañe, es porque no ha descartado que en ese bosque haya fuerzas que no respondan ante las armas. Es probable que demonios de Gatrál estén actuando con impunidad. Nadie ha visto nada en las aldeas, pero los niños siguen desapareciendo y sus soldados no vuelven. Estos hombres —señaló a los

soldados— merecen conocer la verdad y de lo que ha dicho, sólo coincido en un punto: no sabemos quién porque no es quién, es qué. Yo he venido como consejero espiritual ya que sobre ustedes no tengo autoridad, pero como ha dicho él, es una misión voluntaria. No se deben preocupar porque no habrá represalias de ninguna clase para los que no acepten.

Todos permanecieron en silencio, roto solamente por el sonido de la pluma del escriba que apuntaba las últimas palabras de La Lanza.

—Muchachos —habló el capitán—. No se sabe qué o quién está atacando al Imperio, además a los más débiles e indefensos, lo que es peor todavía. Piden voluntarios, lo que está bien. Creo que tenemos todo el día para decidirnos pero yo llevo muchos años aquí metido y sé que ya es hora de que salga de aquí. Me presento voluntario.

Se acercó al escriba y al coronel para que no quedara duda y fueron juntos a las dependencias del capitán para tratar los detalles. La Lanza, por su parte, buscó un lugar más o menos retirado dentro de las posibilidades del lugar para atender a los fieles, Logan el primero.

—¿Tenéis algo mejor que hacer? —preguntó Patrick viendo ante sí la aventura soñada.

—La verdad es que no —respondió Roy—. Alguien tiene que cuidarte.

—Vamos —se apuntó Hwgart—. No sabéis lo hartos que estoy de estos muros.

Del campamento al bosque

Con la puesta del sol, veintiún hombres partieron ante la mirada de sus compañeros. El sargento fue el último en entrar antes de que las puertas se cerraran. Sus firmes creencias le habían impedido acompañarles en esa misión. Se mantendría en su puesto hasta el regreso de su capitán. Si es que volvía, como había afirmado La Lanza de Titre. Ellos habían salido esa mañana de regreso a informar al Emperador del resultado del ejercicio y de las decisiones de los hombres implicados. Acompañándoles habían ido cuatro hombres para unirse a la Guardia de la Ciudadela y otros diez habían abandonado las armas para regresar a sus hogares.

Antes de partir, La Lanza había bendecido a los veintiún hombres y les había recomendado y casi suplicado que no partieran hacia los bosques si no querían ofender a Titre y hacer que sus demonios, con Gatral a la cabeza, cayeran sobre ellos.

Cuando se habían alejado unos kilómetros del que había sido su hogar durante tanto tiempo, el capitán los hizo detenerse y preparar el lugar para pasar la noche.

—A partir de este punto —les dijo ante las dos hogueras que habían preparado— nos valemos de nosotros mismos. Y como hicimos para defender la bandera, no vamos a contar con nada ni con nadie. No sabemos a qué o a quiénes nos vamos a enfrentar cuando lleguemos. Ni si, de ser cierto lo que nos explicó de los demonios, nos estarán esperando. Creo que sería buena idea que todos usemos el mismo tipo de tienda y hagamos turnos de vigilancia por igual.

—Pero señor —dijo Logan— usted es nuestro capitán...

—Escucha Logan y todos vosotros. Lo soy, sí, pero desde que salimos de esos muros y nos hemos expuesto a la ira de Titre, somos todos iguales. Sólo espero de vosotros que me obedezcáis en las órdenes que pueda daros en caso de batalla. Vamos a tratar de funcionar por instinto.

—¿Instinto? —preguntó Hwgart.

—El mismo que le hizo acertar al halcón. Por lo que estuve hablando con el coronel, puede que el fallo de las misiones que enviaron a esos bosques fuera que eran militares rígidos y obedientes. Por eso insistió ante el emperador en buscar algo como lo que teníamos nosotros.

—Los bosques y montañas alrededor del campamento. Ya lo dijo.

—No Patrick —respondió el capitán girándose hacia él—. Nuestro fuerte comenzó siendo para los deshechos de todos los cuerpos, para gente que no se adaptaba o buscaba estar lejos del mundo. De cualquier aldea nos separan cuatro días y las condiciones eran durísimas. Pero poco a poco fue juntándose un buen grupo de gente y fuimos haciéndonos un nombre. Cuando tú llegaste con tus ideales y tus sueños... no teníamos nada que ver con lo que un día fuimos.

—¿Usted conoció esos tiempos? —pregunto Roy sin dejar de despellejar uno de los conejos que había cazado esa noche.

—Demasiado bien. Podríamos decir que cuando yo llegué comenzó el cambio. —ante el silencio que siguió a sus palabras continuó—. Llegué de chaval, no mayor que Francis. Era mi tercer destino y en los otros me habían echado por pelearme y desobedecer. No tenía más oportunidades, lo siguiente hubiera sido un juicio en la Ciudadela. Como la muerte de ese modo no me resultaba en absoluto buena idea, decidí cambiar. Y lo logré durante unos meses. No voy a negar que fue difícil, pero avancé mucho. El problema fue que el capitán que había allí entonces consideraba que esos muros eran su territorio. Suyo y de sus sargentos. Cada noche había apaleamientos: una mirada que ellos no vieran con buenos ojos se transformaba en golpes en un instante. Cuando enterramos al séptimo compañero y me di cuenta de que a ese rincón no llegaba ningún tipo de justicia, decidí ajustar cuentas.

“Vuestro sargento y yo encabezamos una revuelta cuando al llegar un chiquillo, el capitán les dijo a sus hombres que lo llevaran a sus dependencias y lo prepararan. Esa noche la pasamos hablando del modo mejor de hacerlo. Pero cuando por la mañana vimos la expresión de ese... niño, esos ojos muertos en vida mientras avanzaba por el comedor y tras él, el capitán riendo, no me pude controlar. Salí de la formación y golpeé al sargento que nos hacía formar, le quité la espada y seguí corriendo hacia el capitán. Dos de sus hombres se interpusieron en mi camino y comencé a luchar con ellos. Según me contaron después, cuando el sargento iba a atravesarme con su daga por la espalda, mi compañero cayó sobre él y le rompió el cuello con sus manos, cogió la daga y se puso a mi lado.

“Aunque ya éramos dos contra dos, el capitán seguía sonriendo, pero el resto de compañeros comenzaron a luchar también. En pocos minutos todos los que defendían al capitán estaban muertos o malheridos en el suelo junto a

muchos de los nuestros y el hombre que centraba nuestro odio se había encerrado en sus habitaciones. Echamos la puerta abajo a hachazos. Imaginad la furia que nos consumía. Le molimos a palos hasta que no pudo moverse. Sangraba por todo el cuerpo cuando nos hicimos todos a un lado para dejar pasar al niño. Se acercó a él, le escupió en la cara y le clavó la espada entre las piernas. Aun así, esa misma noche se suicidó.

“Quemamos los cadáveres y culpamos a una enfermedad de todas las muertes. Luego todo cambió. Con el tiempo llegué a capitán y la gente que nos enviaban ya no era lo peor del ejército. El final... ya lo conocen.

Cuando el capitán terminó la historia ya habían acabado de cenar y se fueron a sus tiendas dejando sólo la guardia que se relevaría a mitad de noche.

Cada mañana el capitán buscaba en los mapas que le habían proporcionado el coronel y La Lanza de Titre las rutas señaladas para llegar a su destino, aunque las cambiaba de forma que mantenían el ritmo pero evitaban las zonas más pobladas. Cuando se acercaban a alguna aldea, sólo dos o tres de ellos se acercaban como viajeros y se mezclaban con los lugareños para adquirir información sobre las desapariciones y conseguir algunos alimentos que no podían obtener por sus medios. Normalmente eran Logan, Patrick y Roy los que se encargaban de esas visitas.

Los primeros días, la información que conseguían era poca. Sólo rumores de otros viajeros, protestas por los impuestos y cada vez más miedo hacia los demonios de Gatal. Pero al cabo de unas semanas, raro era el pueblo en el que no se conocía algún caso.

Francis intentaba sacar información de los Elegidos para evitar enfrentamientos en vista de lo que les había contado La Lanza y cada vez era mayor el disgusto y el enfado de la gente con el ejército y mayor el fervor hacia la Ciudadela.

—Señor —dijo Patrick una noche—. Si alguno de ellos conoce nuestro propósito, temo que todos caigan sobre nosotros.

—¿Tan mal están las cosas?

—Yo diría que peor —respondió Roy—. Es nombrar al ejército y todos hacen el signo para alejar el mal de ojo. Y hablan del Emperador como un enemigo que les ha traído todos sus problemas.

—No lo entiendo.

—Es todo lo que nos explicó Su Pureza —explicó Logan—. Es un castigo por aceptar a todas esas religiones del otro lado del mar. Está haciéndoles daño en lo que más quieren: los niños. Y lo único que se ha hecho ha sido enviar soldados que no sólo no han evitado que desaparezcan, sino que esos mismos soldados han desaparecido en los bosques para no volver a aparecer.

—¡Venga por favor, Logan! —intervino Jonas— ¿Tú crees eso?

—Sabes que soy un hombre de fe, pero soy fiel a este grupo. Si no, no estaría aquí ahora. Pero no puedo evitar cada noche encomendarme a Títre y tener preocupaciones. ¿Dónde están esos niños? ¿Cómo nadie ha visto nunca nada? ¿Cómo es posible que sigan desapareciendo? Y los soldados ¿qué? No me dirás que son casualidades ¿no? O que los padres ocultan la verdad o que todos mienten.

—Por favor señores —cortó el capitán—. Todos hemos sido educados en la Fe y conocemos el poder de Títre. Nadie puede saber por qué pasan las cosas, pero debe haber una explicación lógica.

—¡Señor! Atraerá la ira de Títre si dice esas cosas. Bastante nos estamos arriesgando viniendo aquí para además decir eso.

En el siguiente pueblo en el que intentaron entrar fueron recibidos con hostilidad y expulsados por el Elegido sin que se les permitiera poner un pie dentro de los límites de la población.

—Lo ve, señor. Títre les ha advertido de nuestra llegada aun cambiando las rutas.

—Roy —llamó el capitán—. Quiero hablar a solas con usted.

—Dígame señor.

—No sé —comenzó a decir ya apartados del resto— cómo te has criado, pero al no formar parte del ejército puedo preguntarte, y espero una respuesta sincera, qué opinas de todo esto.

—Bueno. Ya sabe que vivo de la naturaleza hace mucho tiempo. Conozco la Fe y esas cosas, pero creo que es exagerado culpar a los demonios de nada de lo que está pasando. Si quiere sinceridad, creo que son hombres los que secuestran a esos niños. Hombres habituados al bosque o a esconderse y trabajar en silencio, posiblemente para venderlos o usarlos como esclavos. Y hasta ahora, siempre he considerado al ejército como un puñado de hombres lentos y torpes cuando no están en campo abierto. Con las armaduras dentro de

un bosque serían un blanco perfecto para cualquiera con malas intenciones. No harían falta demonios para acabar con ellos.

—Francis...

—Exacto. Lo único que no puedo imaginar es quién lo está haciendo y dónde los lleva.

—Eso si es como dices.

—Por algo me ha llamado aparte del grupo.

—Sí. Y no porque no confíe en ellos, pero son temas muy delicados.

—Otra cosa que he observado a medida que nos acercamos a esos bosques es que los Elegidos están rodeados por hombres armados.

—¿Cómo sus defensores?

—Más parecen un ejército particular.

—No pinta bien. A partir de ahora evitaremos las aldeas por pequeñas que sean. Si es cierto que saben que venimos... podemos tener problemas. Y no son esos los que buscamos.

“En una semana estaremos en el principio del bosque. Te quiero por delante por si acaso. Ahora volvamos, tengo que dar algunas órdenes.

Una vez reunidos les explicó que había decidido enviar a Roy por delante para vigilar y que esa noche cavarían agujeros donde enterrar las armaduras hasta que volvieran a recogerlas después de la misión. A los caballos también los soltarían. De eso se encargaría Logan. Se los llevaría a todos lejos atados para que no les delataran. Se quedarían sólo con el que le trajera para ayudarles con las provisiones.

* * * * *

El humo de las velas y el incienso cargaban la estancia y no se veía con claridad. Uno de los presentes paseaba detrás de la única mesa. Intentaba sonar tranquilo y confiado, pero se notaba el enfado.

—¿Cómo pueden seguir adelante? ¿No entienden que Titre ha hablado?

—No siguieron el camino indicado y...

—¿Y? ¿Y? —golpeó la mesa con las dos manos— Si le hacemos enfadar hará cosas peores. Fue muy claro cuando nos indicó su plan. Todos tuvimos dudas pero al final nos pusimos en sus manos.

—Sí, Su Pureza. Y tuvimos miedo.

—Como siempre que Titre nos habla —respondió La Lanza—. Debéis avisarles de cuándo llegarán y por dónde. Gracias le sean dadas porque nos ha ido informando de sus pasos, aunque haya sido lento.

—Están preparados para salir en cuanto nos lo indique, Su Pureza —dijo el capitán de su guardia—. Y hace un rato han partido hacia las aldeas.

—Por lo que nos cuenta, no se acercan a ellas hace días. No los quiere nadie cerca de sus tierras. Tampoco yo querría acercarme a ellos. Están señalados por Titre allí donde van y no acabarán bien. Sólo falta saber a cuántos arrastrarán en su caída. Debéis tenerlos presentes en vuestros rezos ya que Titre puede ser piadoso.

* * * * *

—Señores —dijo Roy—. Ahí está el famoso bosque. No parece tan aterrador como se debería suponer, ¿no, capitán?

El camino que les acercaba al bosque se desviaba después de la última curva para rodearlo atravesando todas las zonas pobladas.

—Ya creía que no llegábamos nunca —dijo Patrick—. ¿Qué hacemos con el caballo, Señor?

—Soltadlo y que busque un hogar. Pero coged primero las cosas, no lo perdamos todo ahora.

—Si, Señor —respondió Logan descargando los petates.

—Qué buen humor tiene hoy ¿no, Patrick? —comentó Roy.

—Son las ganas de acción. No puede con la espera. Estos días vas a ver cómo es de verdad el capitán, Roy. Olvida todo lo que has visto en este viaje. Así, de buen humor es normal, pero más normal es de malo. Pero así, con vida en los ojos.

—¿Ya has acabado de parlotear, Patrick? —preguntó el capitán detrás de él—. Pues prepara todo para pasar aquí la noche. Y descansa bien, que te toca el último turno de guardia.

Entre las risas y las burlas de sus compañeros, preparó las hogueras, cavó la letrina, levantó las tiendas y despellejó los conejos que traían desde la mañana. En ningún momento protestó o dejó de sonreír. Por fin sentía que su

destino, sus sueños de grandeza estaban próximos. Si no era en este bosque, sería aquí donde por fin comenzaría su gran carrera hacia el palacio del Emperador y las grandes aventuras.

—A cenar todos —llamó Brast.

—Démonos prisa. Mañana temprano debemos estar entrando ahí.

—¿Cómo nos organizaremos? —preguntó Logan.

—Entraremos unos cien metros bosque adentro y seguiremos a lo largo buscando alguna señal de movimiento. Se supone que todos los que hemos venido sabemos rastrear ¿no? No debería resultar difícil.

—Pero puede llevarnos semanas hacerlo ¡y eso si encontramos rastros útiles que seguir!

—¿Tienes algo mejor que hacer, Jonas? Seré claro: no tenemos ni puta idea de lo que vamos a encontrar una vez pasemos esos árboles —dijo señalando hacia el bosque—, a qué o a quiénes nos podemos tener que enfrentar, qué armas tendrán, cómo lucharán o cómo serán. Es algo que no puedo decirlo porque no lo sé. De momento los únicos que pueden haberlo averiguado son los soldados desaparecidos... y los niños.

“Si alguno se ha pensado mejor lo que va a hacer, debe decirlo ahora. La respuesta es la misma que cuando salimos del campamento. No habrá castigos para nadie. ¿Sí, Patrick?

—¿Puede bajar la voz? Querría acostarme para hacer la última guardia y así no hay quien duerma.

En lo profundo del bosque

—¡Ha caído Brast!

—Cubrios en los árboles —gritó el capitán.

—Son diez por lo menos —avisó Hwgart.

—Pero ¿Dónde demonios están?

—¿Sigue vivo?

—Creo que respira.

—¡En todas partes!

—¡Maldito sea Logan y toda su estirpe! —gritó Patrick mientras las flechas saltaban trozos de corteza a su alrededor.

Logan había sido el primero en caer bajo las flechas negras. El segundo día en el bosque, cuando habían empezado a encontrar alguna señal de paso, se había lanzado a correr hacia el interior gritando que estaban ahí, pidiendo perdón a Titre y clemencia a Gatrál. Corrían tras él cuando calló de golpe. Lo encontraron con una flecha en el corazón.

Hwgart y dos de sus arqueros cubrieron el área mientras los demás se acercaban al cadáver.

—Un disparo perfecto en un blanco en movimiento —dijo el capitán.

—No había visto este diseño nunca. ¿Puedo sacarla? —preguntó Roy

—Claro, no creo que le importe. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Qué esperaba?

—No reconozco la madera. ¿Y tú Hwgart?

—Nunca la había visto. Ni estas plumas —respondió girando la flecha entre sus dedos—. Son suaves, pero muy duras. Como la madera. ¡Fíjate lo que cuesta partirla! —exclamó doblándola por sus dos extremos.

—¿Creéis que se volvió loco?

—Siento decir esto, pero creo que más bien estaba dejando claro por donde veníamos —dijo Roy.

—Claro que sí. Y quien sea ha aparecido por esta zona por embrujo.

—Pensad un momento —casi gritó Roy—. Vosotros mismos os habéis dado cuenta de que a medida que nos acercábamos parecía que nos estaban esperando. En los primeros días, la gente nos trataba bien, como a otros viajeros. Y casi siempre iba él. Y yo también, lo reconozco. Sé que entraba a orar siempre que podía antes de buscar las cosas que nos hacían falta, pero

estos últimos días hemos esquivado las aldeas porque nos salían al paso y nos amenazaban. Usted —dijo al capitán— nos indicó que cambiáramos de rumbo, dimos rodeos y aun así, como mucho en dos días estaban ahí. ¿Quién nos dice que no les avisa... avisaba él?

—¿A quién? —preguntó Brast— Si fuera cierto, claro.

—No lo sé. Sólo le busco un poco de lógica a ésto.

—Pero si fuera así —dijo Jairo—. ¿Para qué matarlo?

—¿Para que no hable?

—Él fue el último en usar el caballo, quiero decir que lo descargó conmigo y luego lo dejó ir —recordó Patrick—. Creo que le dejó una bolsa en la grupa y dijo que estaba vacía.

—Coged lo que lleve que nos sirva y enterradlo —ordenó el capitán—. No quiero seguir más tiempo del necesario. Quien lo haya matado puede estar todavía por aquí.

—Se han vuelto a ir —dijo el capitán.

—Ha muerto. Titre lo tenga en su gloria.

—¿Titre? Mierda para Titre y sus devotos seguidores. Ni son demonios ni un castigo divino. Son asesinos ¡Asesinos!

—Sí. Y también sabemos que sangran y que es probable que mueran.

—Señor —dijo Roy—. No soy el mejor arquero, pero si me permite subir a los árboles puedo hacer como hice entonces y pasar de rama en rama. Son muy altos y densos así que es fácil esconderse. Atrinchérense aquí un par de días y volveré.

—¿Y si no lo haces? ¿Si no vuelves?

—Cuando me encontréis podéis coger lo poco de valor que llevo encima. Ya han muerto ocho hombres y no hemos encontrado rastros fiables. Cada vez estamos más dentro del bosque y no mejora nada. No perdemos nada por intentarlo, ¿no?

—¿Te ves capaz de hacerlo de noche?

—Sin problema. Y volvería igualmente.

—De acuerdo. Cavaremos un agujero que podamos cubrir con hojas húmedas para que no ardan. Encenderemos una hoguera y esta noche subiremos todos. Esperaremos lo más alto posible de aquel árbol —dijo señalando—. Desandaremos el camino y luego subiremos para volver aquí. Intentaremos dejar por la noche el fuego encendido para que puedas orientarte.

Al llegar la noche, como ya había hecho, hacía lo que parecía una eternidad, Roy volvió a trepar a la copa de un árbol. Sólo que en lugar de como enemigos, Patrick y los demás eran sus compañeros ahora.

Con el mayor sigilo y usando las estrellas para orientarse fue avanzando toda la noche. Cuando llegó el día se afianzó en una rama para dormir un rato. Enseguida cayó en un sueño inquieto. En él, las caras de sus compañeros caídos le miraban con desprecio por seguir vivo. Las flechas negras caían del cielo transformándose en sangre al tocar el suelo, con lo que pronto todo fue rojo. Y Brast, Jairo, Logan, Phillip, todos le acusaban de sus muertes pisando ramas.

¿Pisando ramas?

Se despertó y miró abajo. Alguien se movía despacio. Cuatro hombres vestidos con trajes verdes manchados de negro. No hablaban si no que se hacían gestos. Todos llevaban arcos y espadas. Cortas todas las armas. Manejables y cómodas en distancias cortas. Lo entendió.

—Tahn.

—¿Tahn? —preguntó el capitán.

—¿Qué es eso?

—¿Aquí? ¿Estás seguro Roy?

—Esas armas son inconfundibles. Por eso no reconocíamos las flechas ni las plumas.

—¿Que qué es eso de Tahn? —volvió a preguntar Hwgart.

—Piratas, asesinos.

—Un cuento de viejas —dijo Patrick.

—No te equivoques, chico —respondió el capitán—. Son tan de verdad como que Lu murió ayer. Llevan muchísimos años asaltando todo tipo de barcos. Los saquean, matan a todos los que no encuentran uso y dejan los barcos a su merced. Raro es el que ha logrado escapar.

—¿Encontrar uso?

—Como esclavos o madres de sus hijos. Se cree que viven al oeste de los Grandes Acantilados, en islas. No se sabe si una o varias. Nadie ha llegado a verlas y luego ha regresado para explicar cómo son.

—Sí, pero hace meses que desaparecieron —dijo Roy—. Dejaron de asaltar barcos. Estuve un tiempo en una ciudad portuaria y llegaban naves de

todos los lugares. Nadie los había visto en bastante tiempo.

—¿Qué les pasa a sus armas?

—Son para luchar dentro de un barco en un abordaje. Un arco como el que usamos nosotros no podríamos tensarlo con un enemigo viniendo hacia nosotros. Sin embargo, los suyos son casi la mitad de largos. No pesan, como sus espadas. No les estorban sobre un barco, donde pueden chocar con velas, mástiles o cuerdas.

—Y ¿qué hacen aquí? —preguntó Patrick.

—Pues no se me ocurrió preguntárselo —respondió Roy con sorna—. Me pareció más importante volver lo antes posible y contároslo.

—¡Sh! No seáis niños —les regañó el capitán—. ¿Venían hacia aquí?

—No. Parecían patrullar y esperar.

—Sí. A nosotros. De acuerdo —el capitán esbozó una sonrisa— jugaremos su juego.

—¿Cómo?

—No saben que lo sabemos. Podemos coger por sorpresa a esos y sacarles información.

—Supongo que nosotros tres bien colocados —opinó Hwgart— podríamos acertarles.

—¿Qué necesitáis? —les preguntó el capitán.

—Una rama que aguante el peso, tres segundos para disparar y que Roy nos guíe.

—Llévalos Roy. Es hora de cogerles ventaja.

Con mucho cuidado e iluminados por la luna fueron subiendo hacia la parte más alta que podía soportar el peso de los hombres. Siguiendo las instrucciones de Roy fueron pasando de rama en rama y de árbol en árbol. Al cabo de un par de horas Hwgart ya distinguía qué rama le servía de apoyo y cuál podía ceder.

Cuando el sol llevaba dos horas en el cielo, Roy les hizo un gesto de silencio y todos se detuvieron. Ahí estaban. Con esa ropa casi podían confundirse con el bosque. Los cuatro llevaban el pelo largo y blanquecino cogido en coletas, igual que la barba. Estaban tras unos arbustos entre los árboles. Lo que les haría invisibles desde el suelo, por donde ellos deberían llegar.

Con un gesto Hwgart señaló a tres de ellos y los condenó a muerte. El otro

era para Roy y sólo debía herirlo para atraparlo. Todos prepararon las flechas y se acomodaron en las ramas. Tras mirarlos a todos, levantó la mano, respiró hondo, preparó su arco y dispararon. Cuatro flechas cruzaron el aire entre los dos grupos y en apenas un segundo los cuatro cayeron al suelo sin ningún ruido.

—Si realmente son demonios lo sabremos ahora —dijo Roy en voz baja dejándose caer al suelo—. Hwgart, preparad otra flecha y esperad. Voy a comprobar si han muerto.

—Lo están, Roy.

—Entonces son hombres, no demonios —dijo el capitán cuando se reagruparon—. Y no llevan mucha comida ni agua, así que no deben de estar lejos de su campamento.

—No es de extrañar que no haya vuelto ningún soldado. Para dar con estos cuatro hemos perdido a ocho. Y eso que no vamos equipados para la guerra. Con armaduras nos oirían desde el otro extremo del bosque.

“Buscad algún rastro de su origen. Si lo encontráis haremos lo mismo. Nosotros esperaremos y Roy irá por delante. Coged sus armas, si os interesan y tratad de subir los cuerpos a lo más alto de algún árbol. Si alguien los viene a buscar no nos interesa que los encuentren.

Así avanzaron otros cinco días. Cuando Roy encontraba algún Tahn, avisaba a los demás y le daban caza. Acabaron con otros veinte. Hwgart y sus hombres practicaban con los nuevos arcos ya que eran más manejables entre las ramas que los suyos.

Habían intentado hablar con uno de ellos, pero les resultó imposible comprender su idioma y cuando comenzó a gritar le degollaron, así que sólo bajaban al suelo para recoger flechas y ocultar los cadáveres.

Uno de los días, Roy apareció muy agitado.

—Creo que ya hemos llegado capitán —dijo.

—¿Dónde? —preguntó éste.

—A su campamento.

—Por fin —dijo Jonas—. Me duele todo el cuerpo de estar aquí arriba. ¿Tendrán camas?

—Seamos serios, por favor. ¿Qué has visto?

—No me he acercado demasiado, pero me parece que han talado un claro y están en él. He visto humo y he oído voces.

—¿Muy lejos?

—A unos quince árboles de aquí se empieza a ver.

—Es la hora, pues. Hemos llegado hasta aquí. Creemos que de algún modo les avisaban de que veníamos. Podemos volver, explicar lo que hemos visto y esperar a ver qué pasa o seguir adelante hasta las últimas consecuencias.

—Ni lo dude señor —respondieron.

—Vamos para allá.

Con mucho más cuidado que antes siguieron avanzando y en pocas horas pudieron ver el campamento.

Como había dicho Roy, habían talado un claro en el que ardían siete hogueras y cerca de un centenar de hombres se dedicaban a diferentes tareas. Algunos preparaban flechas, otros entraban en tiendas y permanecían dentro un rato. Otros peleaban sin armas para luego, una vez terminada la pelea, darse la mano. No parecía haber ningún orden hasta que de una choza salió un hombre con el pelo hasta la mitad de la espalda y cuatro trenzas en la barba. Gritó una orden y dos de los hombres fueron a otra tienda. Quitaron una barra para abrir la puerta y entraron riendo. Al momento aparecieron arrastrando a una joven. Volvieron a cerrar sin dejar de reír y, a golpes y empujones, la llevaron con su jefe, que la metió en su choza y entró después cerrando la puerta.

Poco a poco iban reconociendo los diferentes ruidos del campamento: las voces de los hombres en ese idioma que no entendían; los sollozos de la mujer y lloros de niños; golpes de metal contra metal y otros que no querían saber lo que eran.

—Ese es mío —dijo el capitán—. Aunque tenga que matar a cada uno de los que hay ahí abajo, es mío.

—¿Qué hacemos señor? —preguntó Patrick.

—Esperemos a ver cómo se organizan por la noche y mañana actuaremos. No quiero que nos precipitemos y acabemos todos muertos.

Así que esperaron. Vieron cómo sacaban a otras dos mujeres y las llevaban a otras chozas; cómo uno de ellos apuñalaba a otro por una mujer sin que a ningún otro Tahn le importara. Vieron cómo salían hacia el bosque algunos grupos de tres o cuatro hombres y otros volvían. Era imposible calcular el número exacto de enemigos en el bosque.

Por la mañana mientras comían algunas frutas, el capitán expuso el plan.

—Personalmente no puedo permitir que estos hombres sigan aquí. Es mi

obligación y no sólo como militar, bajar ahí y dejar mi vida defendiendo a la gente buena que está sufriendo por su culpa. Tengo la intención de llevarme por delante a todos los que pueda antes de mirar a Titre a los ojos.

“Si estáis conmigo, creo que lo mejor sería que Patrick y yo fuéramos hasta la choza del jefe y lo matáramos ahí mismo. Hwgart y sus dos arqueros desde aquí, mientras sea posible, que hagan tiro al blanco. Los demás intentad sacar a esos niños que oímos llorar y a esas mujeres al bosque. Roy, creo que tu encontrarás el mejor camino para ello. Los demás, a muerte con los Tahn.

El silencio cayó sobre el grupo. Ninguno miraba a nadie, hasta que Roy rompió el silencio.

—El mayor honor de mi vida ha sido conoceros a todos y cada uno de vosotros. Mientras viva estaréis en mi corazón. No os voy a defraudar.

Sin decir una palabra más, todos se saludaron con la cabeza. Entregaron todas las flechas a Hwgart y sus hombres, Patrick y el capitán bajaron tras la choza del jefe y los demás se prepararon para el combate. Al cabo de un rato, el capitán hizo un gesto a Hwgart y las flechas comenzaron a caer sobre los Tahn.

A medida que les acertaban y caían gritando el desconcierto creció. Se miraban entre ellos sin saber al principio lo que pasaba, lo que les hacía presas fáciles. Con los gritos salieron más soldados de todas las chozas y tiendas buscando el origen de la lluvia mortal y comenzaron a disparar ellos también.

Fue entonces cuando a pie y espada en mano Roy, Jonas y los demás entraron en acción. Nuevamente sorprendidos cayeron muchos pero seguían saliendo. Con un grito, uno de los arqueros de Hwgart cayó del árbol mientras desde detrás de unos troncos seguían disparando los Tahn. El sonido del acero contra el acero dominaba el claro. Mientras Roy abría las puertas de las chozas, Jonas mantenía lejos a los Tahn junto a sus compañeros.

Llegó un momento en el que se acabaron las flechas y Hwgart y su compañero bajaron del árbol y se lanzaron al combate. Del bosque, alertados por los gritos, volvían los Tahn que habían salido a patrullar, obligando a los atacantes a agruparse. Hwgart llegó junto a Jonas cuando su compañero caía con un hacha en la espalda. Roy no intentaba abrir la puerta, luchaba por su vida cada vez con más enemigos cerca. Cuando vio a Patrick salir de la choza

del jefe con un bulto entre los brazos corriendo por su izquierda, corrió tras él sin mirar atrás. Jonas había caído hacía un rato y a su alrededor todo era sangre y flechas en el suelo.

Contando hasta tres con la mano para entrar en la choza del jefe, el capitán detuvo a Patrick.

—“Escucha” —le dijo por señas.

—Su Pureza está muy satisfecha. Están cumpliendo con lo acordado —decía una voz.

—Y esos soldaditos —respondió otra con el acento Tahn muy marcado — que vienen no lo le deben preocupar. A estas alturas no debe de quedar ninguno en el bosque. Gracias por avisar, pero les habríamos detenido igualmente.

—¿A éstos os los llevaréis con la próxima luna nueva?

—Sí. Sin la luna no nos ve nadie. Seguimos siendo demonios. Pero no olvidéis que además de esclavos, nos prometió oro y armas.

El capitán hizo el gesto a Hwgart y Patrick y él se lanzaron al interior de la choza. Con la velocidad de un rayo, el jefe Tahn sacó la espada y fue al encuentro del acero del capitán. Patrick no podía creer lo que estaba viendo: un Elegido le miraba desde detrás de una daga y dudaba entre atacarle o coger a la chica que le miraba desde el suelo con un bebé en brazos.

Del exterior empezaron a llegar gritos de dolor y sorpresa, lo que despertó a Patrick. Mientras los otros lanzaban golpes y maldiciones, toda su furia por los amigos que había perdido cristalizaron en una furia roja y sorda contra el Elegido. Sujetando bien la espada fue hacia él.

—No lo hagas, hijo. Titre te castigará.

Más veloz de lo que parecía, el Elegido esquivó la estocada y lanzó un ataque con su daga que le hizo un corte en el pecho a Patrick. Endurecido por la furia, arremetió contra el Elegido, detuvo la puñalada con el brazo y hundió su espada hasta la empuñadura en el abdomen de su enemigo. Se giró hacia su capitán. Ambos oponentes sangraban por muchos cortes, pero su capitán estaba en desventaja. El Tahn era más joven y fuerte y estaba acostumbrado a luchar en espacios estrechos. Cedía terreno y mientras Patrick se acercaba a ayudarlo, el Tahn le acertó en el cuello haciendo caer de rodillas al capitán.

Gritando, Patrick saltó sobre el Tahn que desvió su espada sin problema. En el suelo, el capitán miraba sin ver el combate mientras la sangre salía de su boca y de la herida del cuello.

El Tahn golpeaba a Patrick, que a duras penas podía detener los golpes. Tropezó con el cuerpo del Elegido y cayó de espaldas sobre el cuchillo. Con un arma en cada mano, tras ponerse en pie de nuevo, se abalanzó a por el Tahn. Mientras lanzaba ataques con las dos manos vio a cámara lenta como la cara de su capitán daba con el suelo. Redobló esfuerzos hasta que en uno de ellos atravesó el pecho del Tahn dejándolo clavado en un tronco de la pared.

Con la daga en la mano izquierda y sangrando por varios cortes se giró hacia su capitán. En su cabeza se arremolinaban imágenes y voces: lo que había oído ahora, la charla de La Lanza de Titre, los gritos de Logan, las caras de la gente de los pueblos... entre lágrimas, vio cómo el pequeño daba pasos hacia él llorando. Se le acercó y notó un golpe en el brazo. Todavía tenso por el combate se giró rápidamente y vio primero a la madre del niño que le miraba asombrada, luego a su pecho donde él le había clavado la daga del Elegido. En un acto reflejo sacó el arma, cogió al niño en brazos y salió corriendo de la tienda sin mirar dónde iba.

Con la cabeza del niño apretada contra el pecho corrió durante horas. La adrenalina seguía bombeándose por su cuerpo. Sólo deseaba alejarse de tanta muerte.

Intentando no perderlo de vista y volviendo la mirada atrás cada pocos minutos, Roy corría en pos de su amigo llamándolo hasta quedar sin voz. Necesitaba alcanzarle y oírle hablar. Los oídos le dolían por los choques del hacer de la batalla y en ellos solo había gritos de dolor de los que habían sido sus amigos.

Poco a poco ganaba terreno a Patrick y pudo ver que corría moviendo solamente un brazo. Temiendo por la salud de su amigo, volvió a gritar su nombre con más fuerza.

Como parecía que se detenía, alargó el paso hasta tocarle el hombro. Pero el hombre que se giró no se parecía en nada al que se había separado de él hacía unos días, horas, sólo minutos. Le miraba enloquecido protegiendo un bulto con el brazo derecho y apuntándole con una daga.

—Patrick, amigo, soy yo, Roy. Me reconoces ¿verdad? Roy —dio un paso atrás—. Hemos venido desde lejos Patrick. ¿Qué llevas en el brazo? Te

acuerdas ¿verdad? ¡La bandera!

—¿Bandera? —parpadeó repetidamente y cayó sentado en el suelo—
¿Roy? ¡Oh, Roy! —miró la daga y poniéndose a llorar la lanzó a los pies de su
amigo.

Pasando sobre el arma, se acercó a su amigo y se agachó a su lado para
abrazarle.

—Pero ¿qué tienes aquí? —preguntó mirando el bulto.

—¿Dónde? Ah... es un bebé. He matado...

—Venga levanta. Me lo contarás luego. No debemos estar mucho rato
parados —giró sobre sí mismo mirando el cielo y señaló en una dirección —.
Hacia allí. Puedes seguir ¿verdad?

—Sí. Coge la daga y te sigo.

Salir del bosque fue más fácil que entrar. El segundo día estaban fuera,
pero sin saber dónde ir.

—No podemos aparecer en ningún pueblo de por aquí con el bebé. Creerán
que somos ellos.

—Escucha Roy. Te lo he dicho, no lo voy a abandonar. Maté a su madre y
le debo algo. Voy a llevarlo conmigo donde vaya. Lo más lejos posible de
aquí.

—¿Crees que podrás huir lo suficiente? Lo que oíste ahí y esa daga que no
tiras te lo recordarán siempre.

—Debimos hacerte caso cuando nos intentaste avisar sobre el halcón.

—Ahora ya lo sabemos. Nos ha salido caro pero lo sabemos. No podemos
solucionar nada. ¿Dónde vas a ir?

—Hacia el sur. Intentaré cruzar las montañas. Padre e hijo juntos —dijo
mirando al bebé—. Su madre murió de unas fiebres y queremos empezar de
nuevo.

—Ojalá pudiera ir contigo —respondió Roy extendiendo la mano— pero
algo debo intentar. Oculta ese cuchillo, el halcón es muy llamativo. Y cuida
del pequeño.

La Partida

—¡No soy hijo vuestro! —exclamó Héctor.

—No —le respondió Patrick llorando—. Lo siento.

—No lo entiendo. Todo lo que me has contado...

—Escucha, hijo. Quería explicarte lo que creo que está pasando ahora aquí. Pero cuando empecé a hablar... no había forma de parar.

—Y ¿Cómo termina?

—Crucé las montañas contigo. La gente creía la historia y nos ayudaban. A los dos años conocí a tu madre, nos vinimos aquí y empecé a trabajar de lo que más odiaba de joven. En otras circunstancias podría ser gracioso.

—No lo creo... no sé cómo llamarte... ni si quiero seguir aquí sentado contigo.

—Perdóname, Héctor. Cuando lleguemos a casa hablaremos los tres, ¿vale? Tu madre, tú y yo.

—Pero... ¿Cómo me llamo? ¿Cómo era mi madre? ¡Oh!... me duele la cabeza. Me voy a tumbar atrás. Avísame al llegar a casa.

—¿Recogemos a tus hermanas?

—Prefiero que vayas tú solo. Quiero dormir.

—Claro, hijo —respondió Patrick llorando—. Descansa.

Los recuerdos habían llegado con tanta fuerza que no había podido detener la tormenta. Ahora sentía que después de tantos años había fallado a ese bebé al que había dejado sin madre.

Miró atrás y lo vio sentado mirándose las manos y sintió un vacío en el pecho como no había sentido nunca. Pensaba, estaba seguro, que lo había perdido para siempre. Nunca había dudado de que un día acabaría contándole la verdad, pero había imaginado que sería de otra manera. No de esa forma tan violenta. Hacía años que no sentía tantas cosas y hasta le costaba ver el camino. Se detuvo un rato y se apartó del carro para llorar sin molestar a Héctor. Ya era suficiente por un día.

Intentó bloquearlos, pero seguían llegando, como si hubiera sido el día anterior. La primera vez que contó la historia, la lástima que daban a la gente, todo lo que le costó llegar a las montañas. Ver cómo la gente se acercaba cada vez más a los Elegidos. Por las noches miraba el cuchillo a la luz de las

llamas. Cómo brillaba el halcón de Titre en la empuñadura y luego al bebé. Cómo crecía cada día... El día que le contó la historia a Beth lloró abrazado a ella como el bebé al que había criado.

Al cabo de un rato se lavó en un arroyo cercano y volvió junto a su hijo. Seguía sentado, pero ahora por lo menos, le miraba.

—¿Has llorado? —preguntó.

—Sí. Lo siento.

—Vámonos o se va a preocupar mamá. Hoy vamos muy lentos.

Siguieron en silencio avanzando hacia la casa mientras el sol bajaba en el horizonte. Sorprendiendo a Patrick, Héctor preguntó.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿A cuál de todas las preguntas que puedes hacerme?

—No me dejaste ahí. No escapaste sin más. ¿Por qué?

—Me lo pregunté durante mucho tiempo. Y no sé por qué. También me lo preguntaba Roy en aquel bosque. No pensé, sólo lo hice.

—Por lo menos no inventas nada.

—¿Para parecer mejor? Sería imposible.

—¿Crees que habría muerto si no me llevas contigo?

—Puede que sí y puede que no. No sé cómo funcionaba esa gente.

—Vale.

—No pretendo justificar...

—Vale —le interrumpió—. Ella también lo sabe.

—Pero nadie más Héctor.

—Por eso ellas son rubias y yo no. ¿Cuántos años tengo?

—Prácticamente trece.

—Vale, he perdido tres años de golpe. Por eso soy más grande que los niños de mi edad.

—Espero Héctor, que algún día puedas perdonarme...

—Y por eso —siguió Héctor— nunca nos has llevado a los rezos de los Elegidos.

Quería acercarse a él y acariciarle el pelo. Decirle que no pasaba nada y que pronto sería todo como siempre. Pero sabía que no era verdad. Sabía que estaba en el límite de perderlo. Con cuidado le miró intentando que no se diera cuenta y le vio moviendo los labios pero sin emitir sonidos, jugueteando con

su corona de flores, húmeda de las lágrimas que caían sobre ella.

—¿No os persiguieron? —preguntó un rato después.

—No lo sé. Cuando nos separamos no volví a mirar atrás ni una sola vez. No sé qué pasó en ese bosque ni lo que hizo Roy. Todo eso quedó muerto para mí...

—¿Como mi madre? —preguntó Héctor encarándosele— ¿Qué se supone que debo sentir ahora por ti? ¿Y por ma... Beth? ¿Son ellas mis hermanas? ¿Tengo que odiarte o seguir queriéndote? ¿Qué soy para vosotros? ¿Qué soy?

—Siempre serás nuestro hijo.

—Vale. Y así todo está bien. ¿No?

—No. Y no sé si volverá a estarlo. Mira allí está mamá.

—¿Nos hace señas?

—Algo le pasa.

—Pues ve más rápido.

—¿No traéis vosotros a las niñas? —preguntó en cuanto se juntaron— ¿No habéis ido a casa de la señora Frank? No están aquí y creí que las traíais vosotros. Estoy asustada.

—Ahora mismo vamos a buscarlas. Quédate aquí por si están jugando y no te han avisado de que han vuelto. Héctor ¿vienes?

—Sí.

Dieron la vuelta al carro y azuzaron a el burro para que se diera prisa. Si conseguían una buena velocidad, cuando se pusiera el sol estarían de vuelta.

—Tranquilo —decía Patrick—. Se habrán entretenido jugando.

—No es el mejor día para estar tranquilo.

—Ya llegamos. No veo a nadie fuera.

—Ni se les oye discutir.

Cuando el carro llegaba a casa de la señora Frank, ella salió del interior sin saber quién llegaba. Al ver quiénes eran, respiró hondo y les saludó sin llegar a salir.

—Buenas noches nos dé Titre —les saludó—. ¿Qué hacéis aquí a estas horas?

—Estamos... hemos venido a buscar a las niñas, señora Frank.

—Eh... ¿cómo? ¿No están en la casa?

—De ahí venimos y Beth nos esperaba para ver si venían con nosotros.

—Yo las he llevado —respondió atropelladamente—. Esta tarde como siempre.

—No estaban en casa y su madre no las ha visto.

—Habrán ido a por más flores para hacer collares y pulseras.

—No, se lo prohibimos ayer.

—Bien, sí, claro. Pero ya sabe cómo son estas niñas.

—¿Se encuentra bien señora Frank? —preguntó Héctor— Parece nerviosa.

—Em... sí claro, esto que... me estáis contando.

Entonces desvió la vista un instante hacia los árboles y Héctor miró en la misma dirección.

—¡Ahí hay alguien, papá! —gritó.

Patrick miró también y salió corriendo al ver que la figura desaparecía entre los árboles.

—¡Vigíla! —gritó.

Héctor vio cómo se alejaba y cómo en la mano derecha algo apareció reflejando la luz del sol. Nunca le había visto correr así.

—No sé qué crees haber visto, pequeño, pero ahí no había nadie.

—Enseguida lo sabremos. Siéntese, por favor.

—Claro, pequeño, pero ¿puedo coger un poco de agua? Eso que me habéis contado de tus hermanas me ha puesto muy nerviosa.

—Sí, sí — respondió distraído vigilando el lugar por el que había desaparecido su padre.

Al ver que la señora Frank no salía, empezó a ponerse nervioso. No sabía qué hacer. Su padre le había dicho que la vigilara, pero tampoco quería dejar de mirar por donde había salido corriendo él. Al final decidió entrar a buscarla. Se acercó a la puerta llamándola sin obtener respuesta. Como estaba abierta, entró hasta el final del pasillo. Empezaba a asustarse cuando oyó un ruido a su espalda.

—Lo siento.

Fue lo único que escuchó antes de que los ojos le estallaran en miles de estrellas por el golpe que recibió. Cuando llegó al suelo estaba ya inconsciente.

—¡Oh no! Por favor no.

Patrick corrió hacia donde yacía su hijo llevando el cuchillo en la mano izquierda sucio de sangre. Se dejó caer en el suelo y le cogió de la cabeza.

—¡Ay! —gimió Héctor— ¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—¡La señora Frank! —gritó intentando ponerse en pie.

—Espera, espera. Voy a por un trapo. Se ha ido, pero antes te ha dado un buen golpe.

—¿Papá?

—Dime.

—¿De dónde ha salido ese cuchillo?

Se quedó paralizado con un trozo de tela limpia en la mano y un cubo con agua en la otra. Ahí estaba ese niño con la daga del Elegido en el suelo. En su mente se superpusieron las dos imágenes. La madre cayendo al suelo y Héctor sangrando por la cabeza.

Le lavó la herida y pusieron rumbo a casa.

—¿Es ESE cuchillo? —lo seguía teniendo en la mano—. ¿El que mató a mi madre?

—Sí, lo es.

—¿Quién era esa sombra que vi?

—Justo lo que creíamos Aarón y yo.

—¿Esos Tahn de los que me has hablado antes?

—Sí. Esos son.

—Y ¿mis hermanas? —preguntó con voz temblorosa.

—Las vamos a recuperar.

—¿Cómo?

—Primero vamos a casa a decírselo a tu madre. Luego lo discutimos.

En la cocina de la casa, Patrick abrazaba a Beth. Seguía llorando pero estaba más calmada. Ya conocía de nombre a los Tahn. Héctor se mantenía un poco aparte con el cuchillo en la mano y la corona de flores en la otra. Ya era de noche y la luz de la luna creciente no llegaba a iluminar lo suficiente para ver en la oscuridad. Héctor salió fuera y se quedó mirando la luna unos minutos antes de volver a entrar.

—Patrick —dijo—, les oíste hablar de la luna nueva, ¿verdad?

—Sí. Luna nueva.

—¿Cómo, qué Patrick? —preguntó Beth— ¿qué pasa con la luna?

—Me voy a por ellas.

—¿Qué? —preguntaron los padres a la vez.

—Les oíste decir que con la luna nueva sus barcos parten con los esclavos.

No se las van a llevar.

—Ay hijo mío, no sabes lo que dices —respondió Beth volviendo a llorar

—. Eres sólo un niño.

—No soy tu hijo y ya tengo trece años.

—Se lo he contado cariño —le explicó Patrick abrazándola—. Todo.

—Aunque vosotros no seáis mis padres ellas sí son mis hermanas —apretaba con fuerza la corona que le habían regalado—. No puedo permitir que les pase nada.

—¡No digas tonterías! —exclamó Beth. Pero la mirada de Héctor le hizo callar en un instante— Patrick, por favor, di algo.

—Pero no te irás antes de mañana.

—¿Qué? —gritó Beth mirando horrorizada a su esposo— ¿Estáis locos? Oh dios, oh dios. He perdido a dos y ahora el otro quiere desaparecer.

—Mamá —susurró Héctor acercándose—. Hoy papá me ha contado muchas cosas en poco tiempo y luego han desaparecido mis hermanas. Ahora mismo no puedo pensar en quedarme aquí sin hacer nada.

—Pero puedes morir, o no conseguir nada, o perderte, o... Patrick —suplicó— no le dejes.

—Si voy yo, Patrick estará contigo. Puede buscar más ayuda mientras yo voy a buscarlas.

—¡Estás loco! No sabes lo que dices. Por favor Patrick, ¿Lo vas a dejar ir?

—¿Le vas a cortar el cuello para impedirselo? Está decidido.

—Ellas me hicieron este regalo ayer —dijo mostrando la corona—. No puedo no hacer nada.

Beth miró las flores, las cogió y se fue hacia el dormitorio cerrando la puerta tras ella.

—Déjala. Ha sido un golpe muy duro.

Se sentaron en la mesa y Patrick sirvió dos vasos de vino ante la atenta mirada de Héctor.

—Pregunta. ¿Qué quieres saber?

—Todo lo que puedas contarme sobre los Tahn.

—Poco más. Son piratas, ladrones. Si tuvieras un perro que te robara comida en casa y lo echaras, buscaría otra casa para seguir haciéndolo una y otra vez, así son. Por lo que yo sé, no tienen orgullo ni respeto por nada. Sus barcos se acercan las noches de luna nueva para no ser vistos. Imagino que entonces cogen a los que han secuestrado o apresado y se los llevan hacia sus tierras.

—Debo llegar a la costa, pero ¿cómo?

—Si sales de casa y viajas hacia el oeste, acabarás dando con un río. Hay dos así que no te preocupes. Acaban uniéndose y ahí hay una gran ciudad. Si sigues el río que forman, llegas al mar. Si no me equivoco habrás rodeado todos los bosques que ellos deben cruzar.

“Tienes que viajar de día porque ellos lo harán de noche. Si lo haces así y tienes algo de fortuna podrás ir más rápido que ellos. Cuando llegues al mar, a tu derecha estará el punto donde los puedas encontrar.

“Más de esto no te sé decir.

—Vale. El límite es la luna nueva. ¿Cómo sabré si los adelanto? Cuando llegue al mar ¿cómo los busco?

—No lo puedes saber todavía. Deberás escuchar a tu corazón.

—¿Qué me llevo?

—Lo indispensable. No puedes ir muy cargado porque eso te retrasaría. Tienes que pensar que lo que lleves no sea tan importante que si lo pierdes fracasas.

Mientras hablaban, casi habían terminado la botella. La noche había avanzado y no se escuchaba ningún ruido fuera.

—¿Qué harás tú? —preguntó al rato Héctor.

—Iré a avisar en las aldeas y el pueblo. Hoy he visto soldados así que les explicaré lo que ha sucedido, pero... tengo experiencia en lo que puede suceder.

—No dejes a Beth, te va a necesitar.

—Y tú ese cuchillo. Quédatelo.

—Eso quería preguntarte ¿De dónde ha salido esta tarde?

—Siempre lo llevo. Mira —se dio la vuelta y levantó la camisa—. Esta funda la hice mientras viajaba hacia aquí contigo. Llévatela para que no lo pierdas. Para comer no creo que tengas problemas por el camino y monedas no

puedo darte para el viaje.

—Pero puedes llevar esto —interrumpió Beth volviendo de la habitación—. Así no estarás solo en el camino.

Mientras ellos habían estado hablando, Beth había cosido la corona que le habían hecho sus hermanas a una cinta de cuero. Se acercó a Héctor y le levantó el brazo izquierdo.

—Ahora es una pulsera —le explicó mientras se lo ataba— que llevarás en la mano del corazón. Hagas lo que hagas a partir de ahora, debes escucharlo siempre. Y nunca dejes de ser tú mismo. Pienses lo que pienses ahora, nunca jamás vas a dejar de ser nuestro hijo. Suceda lo que suceda.

Las últimas palabras las dijo llorando y Héctor la abrazó intentando aguantar sus propias lágrimas para no parecer débil.

—Llora Héctor —dijo Patrick— Es posible que sea la última vez que puedas hacerlo a gusto en mucho tiempo.

Prepararon algo para cenar aunque ninguno de los tres tenía hambre y así dejarle algo para el comienzo del viaje. Su padre le metió dos mudas en una bolsa para llevar en bandolera a la espalda desde el hombro derecho.

—Así me es incómoda —dijo Héctor— No soy muy hábil con el brazo izquierdo.

—Pero tienes el acceso libre a la daga. Debes practicar como sacarla lo más rápido posible. La mayoría de las veces eso será suficiente para evitar una pelea, pero si va a más, es mejor que la uses sólo como defensa y golpes con el puño izquierdo.

“Si tuviéramos más tiempo podría enseñarte algo, pero no lo tenemos. Cuando llegues a la ciudad ten cuidado. No has estado nunca en un lugar así. Te asombrarán el tamaño de los edificios, la cantidad de gente que hay y el ruido te volverá loco. Si puedes, obsérvala desde lejos antes de entrar. Maravíllate o sorpréndete o disgustate cuando nadie te vea, porque si no serás una presa fácil para cualquiera.

“Estás solo hijo mío. No puedo decirte que confíes en nadie. Con los Elegidos ya sabes mi experiencia. Y los soldados... hace doce años que lo dejé. No sé a quién sirven ahora. Con la gente que conozcas en el camino, como dice tu madre, haz caso a tu corazón. Sé que eres capaz de no

equivocarte.

—Tengo miedo.

—Es normal y bueno. Significa que estás alerta y preparado. Si no lo tuvieras, no te dejaría ir.

—Son mis hermanas y no voy a abandonarlas. ¿Lo entendéis? Y si no, no creo que me importe.

—Ahora deberías dormir un poco Héctor —le aconsejó su madre—. Puede que sea la última noche en mucho tiempo que duermas en un colchón.

—¡Beth! Por favor.

—¿Es que no os estáis oyendo? —preguntó ella llorando—. Parece que habláis de que se va él solo al pueblo a ver a sus amigos. ¡Estáis planeando su muerte! ¡Los dos! Os juro que he intentado comprenderlo y luego sólo aceptarlo, pero no puedo. Hace un rato han desaparecido Ana y Sofia, no sabemos dónde o cuándo y ahora organizáis cómo perder al único que me queda. No puedo más —se levantó—, no puedo perder mi familia en una noche. No puedo.

Y se volvió a ir a su habitación dejándolos solos y en silencio por segunda vez esa noche. Patrick miró a su hijo, pero no lo veía. En unas horas había cambiado totalmente. Siempre sonreía y bromeaba, pero desde que había empezado a contarle la historia no había reído ni sonreído una sola vez. Su mirada estaba ausente y no hacía otra cosa que jugar con la pulsera.

—Me arrepentiré de esto mientras viva —le dijo—. Pero creo que deberías partir ahora.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más tiempo pase más difícil va a ser dejarte ir.

—Y más ventaja sacarán.

—Buena suerte hijo. Cuando calme a tu madre iré a dar el aviso. Luego iré tras de ti.

—No. Cuida de Beth... de mamá.

Se abrazaron en la puerta mientras el cielo empezaba a teñirse de azul. Faltaba bastante para que saliera el sol.

Héctor miró el camino que tenía por delante. Besó la pulsera y se puso en marcha.

Comienza el viaje

Héctor sabía que calmar a su madre era algo que Patrick no lograría por más que se esforzara. Ni él mismo estaba un poco más calmado desde que habían estado en casa de la señora Frank. Tocó la funda de la daga.

—Trece años —pensó—, tengo trece años. Y esta daga mató a mi madre. Y ahora la tengo yo para intentar salvar a mis hermanas. ¿Qué ha pasado hoy? ¿A qué dios he enfadado para que me pase esto?

Andaba sin saber muy bien hacia dónde. Su vida siempre se había movido en la zona que quedaba a su espalda. Cada vez más lejos. Sólo sabía lo que le había indicado su padre: ir hacia el oeste, buscar el río, dos ciudades, viajar de día. Ahora le parecía una locura todo. ¿Qué podía hacer él si de verdad eran esos Tahn que decía su padre? Eran adultos y sabían luchar. Eran piratas como en los cuentos de su abuela. Eran secuestradores de niños. ¿Eran aliados de la Iglesia? Y qué era él... sólo un niño.

A paso vivo cruzaba campos arados y de cereales intentando no pensar. Aún no. Era pronto. Tenía más de veinte días para pensar hasta la llegada de la luna nueva y hoy no era el más indicado. Sólo el hambre hizo que se detuviera. Buscó un árbol que diera sombra y se sentó. Como los pies le estaban matando, se quitó los zapatos y les echó un poco del agua que llevaba.

—Cómo me duelen y sólo llevo un rato. Será mejor que tenga suerte y encuentre a alguien que me lleve. Pero claro, alguna historia tendré que pensar. No puedo ser un niño a la caza de los malos para salvar a mis hermanas... Ja, ja, ja... ¡Es de locos!

Se cogió la cabeza con las manos y comenzó a llorar. Al principio sólo sollozos, pero poco a poco fue cogiendo fuerza y era incapaz de parar. Cada vez que intentaba respirar hondo, volvía a empezar. En su mente se agolpaban recuerdos de sus hermanas e imágenes inventadas de la historia de su padre. Se acurrucó junto al tronco y se quedó dormido, por primera vez en su vida, lejos de la seguridad de su hogar.

Tuvo sueños y en ellos sus hermanas le llamaban desde dentro de un bosque en llamas. La voz de cada una de ellas venía de una dirección diferente y él no sabía hacia dónde ir primero. Gritaba sus nombres mientras corría hacia los

árboles y entonces sus pies se comenzaban a hundir en un fango oscuro y viscoso del que a duras penas podía sacarlos, mientras el humo se enroscaba alrededor de su cuello asfixiándolo. Se despertó sudando y con la bolsa de las provisiones enroscada al cuello. Los ojos le escocían de todo lo que había llorado, así que se echó agua en la mano y se los frotó.

Quedaba ya poco rato de sol así que decidió seguir andando un rato y detenerse en algún lugar agradable. No tenía sueño, pero no quería no seguir los consejos de su padre. Sí, a fin de cuentas era su padre. Le había salvado la vida arriesgando la suya. Le había criado mientras cruzaba tierras, montañas y ríos para, finalmente, darle una familia.

—No le he dicho nada agradable antes de irme —pensó—. Volveré, volveremos los tres juntos y entonces se lo diré.

* * * * *

—¿Cómo has podido dejarle ir? ¡Te odio!

—Escucha Beth, no podíamos hacer otra cosa —intentaba abrazarle mientras hablaba—. O le facilitábamos el modo, o habría hecho una locura.

—¿Irse? Ya lo ha hecho.

—Pero se va con ropa, comida y un arma.

—Y así ya es invencible... trece años y le mandas...

—No Beth. No le he mandado a ninguna parte.

—¿Por qué le has contado la historia?

—No era mi intención. Pero como estaba empezando a preocuparme todo lo que está pasando otra vez, he comenzado a hablar y una cosa me ha llevado a la otra... y... no sabes cómo me miraba. Si no hubiera sucedido esto, se habría ido igualmente.

—¿No querrás decir que te alegras?

—¡No! Desde luego que no. Pero por lo menos tiene un objetivo.

—Vaya objetivo. No volver y yo perder en un día a mis tres pequeños.

Pero la conversación no fue seguida. Cada frase que conseguía decir Beth era seguida de un rato llorando o golpeando a Patrick. Había intentado que durmiera o que comiera un poco.

—¿Vas a ir tras él? —preguntó cuando el sol ya estaba alto en el cielo.

—No cariño. Le he prometido cuidar de ti. Voy a ir al pueblo porque ayer

vi a unos soldados.

—Ja ja ja. ¿Y les vas a decir que has dejado a tu hijo ir tras unos fantasmas de tu pasado, eso sí, con un cuchillo, para rescatar a sus hermanas? Haz lo que quieras, lo vas a hacer de todos modos. Yo voy a acostarme. Cuando vuelvas avísame, o no lo hagas. No lo sé. Tengo que pensar.

Se volvió hacia su habitación pero se detuvo al llegar a la puerta de la de sus hijos. Apoyó la mano en el marco y rompió a llorar otra vez. Él la miró y salió de casa.

Montó en el carro y puso rumbo al pueblo intentando que la mula fuera lo más rápido posible. Al no detenerse para vender pan ni en las granjas ni en las aldeas, llegó relativamente pronto a su destino. Éste se encontraba casi vacío ya que era la hora de comer. Buscó con la mirada alguna cara conocida pero no la encontró.

—¿Qué haces aquí, panadero? —preguntó una voz tras él— Cuando he visto el carro llegando a esta hora me he temido algo malo.

—Hola viejo —respondió Patrick— . ¿Dónde están los soldados que vimos ayer?

—¿Los grandullones esos? No los veo desde la salida del sol.

—Escúchame y sobre todo, créeme. Ayer, al volver a casa, nos encontramos con que los Tahn se habían llevado a mis hijas. Espera. Le conté por el camino a Héctor todo lo referido al pasado.

—¿Todo? —preguntó el trampero.

—Sí. Todo. Ha ido tras ellos —se le quebró la voz.

—Eh, tranquilo —dijo Aarón subiendo al pescante.

—No sabes cómo está Beth y cómo estoy yo... aterrados.

—Pero ¿cómo llegó a eso, a irse él solo?

Patrick le contó todo lo sucedido desde que se habían separado después de almorzar. Luego se quedó en silencio.

—Una reacción muy madura por su parte —opinó—. Y valiente. Me gusta la idea de que cuides de Beth. Espero que le hagas caso.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Aarón? Quería hablar con los soldados y explicárselo a ellos.

—No quiero echar leña al fuego, pero... te irás igual que has venido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrick temiendo la respuesta.

—No van a creerte desde el momento en el que digas que has enviado a tu hijo. Ni les puedes contar tu pasado —sacudió la cabeza—. Ya lo aprendiste hace años.

—Fabuloso, Aarón —dijo Patrick saltando al suelo—. No tengo modo de buscar ayuda para mis hijas, mi esposa me odia, Héctor me odia y yo me odio. No puedo hacer nada... nada —y por enésima vez, rompió a llorar.

—Patrick, amigo. Hace muchos años os ayudé a tu hijo y a ti cuando os encontré en ese paso entre las montañas. ¿No creerás que ahora os voy a abandonar? Vuelve a casa con tu mujer que es donde tienes que estar. Ten confianza.

* * * * *

En contra de lo que pensaba hacía un rato, estaba cansado a pesar de haber dormido tantas horas. Mientras andaba, probaba a desenfundar la daga como le había explicado su padre. La mayoría de las veces se tenía que volver a recogerlo del suelo.

Acostumbrado al bullicio que organizaban sus hermanas en casa, el silencio del campo le sobrecogía. Un silencio que no era tal, porque la brisa hacía sonar las ramas, innumerables insectos se dejaban escuchar alrededor de él y, a medida que caía la noche, las aves nocturnas y algún aullido lejano que le recordaba que no estaba solo aunque lo pareciera, fueron envolviéndole.

Antes de darse cuenta había anochecido totalmente y no había buscado un lugar donde pasar la noche. Intentó recordar por qué le había explicado su padre que no fuera por los caminos, pero tenía la cabeza embotada y no podía concentrarse en nada. Buscó un árbol o algún muro viejo junto al que acostarse, pero la noche era oscura y no veía nada.

—Tranquilo —pensó—. Sólo es de noche. Pronto saldrá la luna y algo podré ver con ella y las estrellas. Tampoco mucho, la verdad. Nunca había estado con tan poca luz. Si al menos tuviera una vela. Sí, claro. Una vela para iluminarme en el campo. ¡Seré tonto! Bueno, algo veré ¿Eso que es? Parece una granja y no hay luz. O sea que, o duermen o no vive nadie. Podría acercarme un poco... pero si tienen perro... no, habría ladrado ya y tampoco me voy a meter dentro. Sólo acercarme un poco. Y mañana por la mañana, cuando salga el sol me iré. No voy a comer nada para no hacer ruido. Allí es buen sitio. Me dará la luz del amanecer y me pondré en camino. Pero antes de

llegar voy a mear por aquí, así no me despertaré incómodo ni dejo rastros... poco agradables. Sí, mejor.

Un rato después se encontraba acurrucado con la bolsa bajo la cabeza como almohada y dormido. Ningún ruido le había aclarado si vivía gente en la granja o no, ni él había hecho ninguno.

* * * * *

—Tenías razón Beth. No he hablado con los soldados y ahora mismo me considero una mierda de padre. No he podido protegeros de esta desgracia. Ayer maté a un hombre y no siento lástima ni remordimientos y te juro que si tuviera delante a esa puta bruja de señora Frank la desollaría viva. Total, no me podría decir nada útil. Ahora tú me odias también, ¿a que sí? Lo sé. No hay que ser un genio para darse cuenta, pero no podíamos hacer otra cosa. Si hubiera ido yo tras ellos, Héctor no se habría quedado contigo y estarías totalmente abandonada. Y no pretendo justificarme. Es la verdad. Se lo prometí y lo voy a hacer. No te voy a dejar sola. Además, ahora no podemos hacer nada. No podemos ir tras ellos porque cuando vuelvan tenemos que estar aquí. Mientras, voy a seguir trabajando como todos los días. Y cada uno de ellos te suplicaré que me perdones. Sigue durmiendo Beth. Descansa, porque vamos a necesitar todas las energías que podamos juntar entre los dos. Y como no estemos unidos vamos a pasarlo muy mal. Te amo Beth y a los niños también.

Se apartó del marco de la puerta desde donde había estado susurrando a su mujer mientras dormía. Al volver del pueblo no había podido hablar con ella. Con el cuidado que le daba la experiencia, fue encendiendo el horno y preparando las masas. Decidió que no iba a contarle a nadie más lo que había sucedido con sus hijas, ni lo de la señora Frank. Era necesario mentir ya que no quería la caridad ni la lástima de nadie. Héctor no iba con él a repartir porque estaba cuidando de sus hermanas. Aparentar normalidad fuera de casa y dentro... dentro... orar. Y estar unidos.

* * * * *

En la oscuridad del bosque los sonidos de la noche eran rotos por el llanto de los niños que, atados, llenaban una mísera choza. Estaban amontonados como fardos tirados sobre el suelo y se apretaban para darse calor. De vez en cuando alguno de los guardias golpeaba las paredes para hacerles callar. Ninguno era mayor de ocho años. Todos llamaban a sus padres entre hipidos.

—Apoya la cabeza en mi pecho —susurró Ana a Sofía.

—¿No te hago daño?

—Apóyala y calla. Mañana te pellizcaré como venganza. Duerme ¿vale?

—No dejarás que el hombre malo vuelva —no era una pregunta—. Prométemelo.

—Si tonta. Te lo prometo.

* * * * *

Cuando el sol empezó a molestarle se dio la vuelta y se sobresaltó con la humedad del césped. Estaba cubierto de rocío y le dolían todas las articulaciones. Abrió los ojos asustado sin recordar qué hacía en el suelo del campo. Mientras los recuerdos del último día llegaban a él, un golpe en las costillas le hizo gemir.

—¿Qué haces aquí? Sal de mi granja —gritó una voz.

—Perdón —consiguió decir antes de girar, dolorido hacia la voz — Discúlpeme, me pilló la noche aquí cerca y no tenía dónde dormir. Vi la granja, pero como no sabía si estaba habitada o no, me quedé aquí para no molestar.

Delante suyo había un hombre enorme, con la piel oscurecida por el sol, los músculos marcados por la dura vida del campo. Llevaba una espiga en la boca y dos piedras de gran tamaño, una en cada mano.

—Y ¿estás tú solo?

—Sí señor.

—¿A dónde vas?

—Hacia el río y luego a seguirlo para llegar a la ciudad.

—¿De dónde vienes? —preguntaba sin dar tiempo casi a responder.

—Del norte.

—¿Por qué solo?

—Mi madre murió hace unos días y me he quedado sin nadie.

—¿Y tu padre?

—Nos abandonó hace muchos años —le tembló la voz—. No tengo más que una tía, pero no tenemos ningún trato desde hace muchos años. Así que cogí cuatro cosas y me puse a andar.

—Y ¿hacia dónde tienes pensado ir? —el tono de voz se suavizó.

—No lo sé. Me dijeron que siguiendo el río se llega a una ciudad grande. Allí, creo, tendré posibilidades de encontrar algo que hacer. Y si no, seguiré hacia el mar —al decir esto, comenzó a llorar ya que no era mentira.

—Venga chico, levanta y ven dentro a desayunar.

Dicho esto, dejó las piedras en el suelo y le ayudó a ponerse en pie.

—No puedo ofrecerte gran cosa porque también estoy solo en este mundo, pero Titre nos enseñó que la hospitalidad mejora el mundo y nuestras vidas. Mientras te lo preparo puedes lavarte y quitarte el polvo de encima. Allí está el pozo. Usa el agua que necesites y bebe tranquilo. Es la mejor de esta zona —añadió con orgullo.

Héctor se lavó y llenó la cantimplora. Limpió la ropa que llevaba y la puso a secar sobre una piedra junto al pozo. Volvió a asegurar la daga y entró en la granja.

Su anfitrión había preparado té, pan tostado, leche fresca, patatas cocidas y tocino.

—No es mucho, pero espero que te guste.

—Muchas gracias. Es más de lo que podría desear.

—De momento y por la gracia de Titre, comida es lo que no me falta. Lamento haberte golpeado antes, pero son tiempos extraños.

—¿Extraños? —preguntó Héctor extendiendo la patata en el pan y cubriéndolo con una tira de tocino— ¿Qué ha sucedido?

—¿Cuánto tiempo llevas caminando, hijo? Los Elegidos de Titre van recorriendo todas las aldeas y pueblos.

—A decir verdad, mi madre no era muy creyente.

—Espero que tú lo seas.

—Yo sí —mintió—. Eso nos hacía discutir. Ya sabe, por lo de mi padre y esas cosas.

—No te preocupes. Ahora que está en Su palacio, verá que estaba

equivocada y se llenará de dicha. Parece, como te decía, que Gatrál — hizo el signo para ahuyentar el mal de ojo —está enviando a sus huestes para corrompernos.

—¡No!

—Así es. y es muy difícil reconocerlos. Sólo pueden hacerlo los Elegidos porque han sido tocados por Titre.

—¿Entonces?

—Si vemos comportamientos extraños, gente diferente o entre nuestras propias familias y amigos cosas raras, debemos comportarnos igual, pero buscar al Elegido más próximo. Por lo que nos dijeron, todos ellos tienen a su disposición espadas de la guardia de La Lanza.

—Resulta increíble que no haya escuchado nada. Aunque la verdad, no me acercaba a los lugares poblados. Era como si una voz —inventó— me advirtiera que no era seguro. Pero con esta granja no me sucedió, por eso me quedé dormido.

—Entonces es probable que te haya elegido Él para alguna misión. ¡Deberíamos avisar a los Elegidos!

Tenía que pensar algún modo de quitar esa idea de la cabeza del granjero. Si le llevaba junto a ellos, jamás llegaría a tiempo de rescatar a sus hermanas. Y si se negaba, este hombre podía tomarle como un enemigo de Titre.

—¿Por qué esta granja? —preguntó tras apurar el vaso de té.

—Buena pregunta, chico.

—Podría haberme guiado en cualquier dirección.

—Es cierto —el granjero se levantó de la mesa excitado ante el rumbo que tomaba la conversación, por lo que Héctor hizo lo mismo—. Has debido de pasar cerca de montones de ellos.

—Pero no fui educado totalmente en la Fe —con cada frase, trataba de guiar al granjero en su delirio.

—No quiere que veas a los Elegidos y provienes de una familia que ha sufrido mucho —se volvió hacia él— ¡Este viaje es una prueba!

—Pero... soy muy joven, soy un niño.

—Claro. Y tu madre no tenía fe y tu padre os abandonó. Es como sucedió con la primera Lanza. Su padre era militar y hacía la guerra creyendo en esos falsos dioses. Un día una voz le llamó. No lo sabía aun, pero era Titre y dejó atrás todo buscando el origen de esa voz.

—Conozco la historia, nos la contaron en la escuela. Ese muchacho creció y, al frente de los primeros Elegidos de Titre, acabó con el ejército de su padre expulsando a los falsos dioses. ¿Quieres decir que debo seguir mi camino? —ahí estaba la clave.

—Tal vez sí. Tal vez nos haya juntado hoy aquí para que aclare tu mente y te ayude a ver la senda que debes seguir.

—¿Tú crees? Me da miedo.

—¿Miedo? No debes tenerlo. Él te está protegiendo. Va a hacer que tu Fe sea gloriosa y algún día hagas algo grande.

—Y será gracias a ti —le asustaba el fervor del granjero. Empezaba a entender partes de la historia de Patrick.

—¿Cómo estás ahora?

—La verdad es que me encuentro repuesto, fresco, descansado y... tranquilo. Gracias. Por todo.

—Pero —dijo el granjero bajando la voz— este viaje es secreto ya que puede haber enemigos en cualquier parte. No pueden hacerte daño, pero sí a tu Fe. Debes tener cuidado. ¿Más té?

—Un poco más gracias. Creo que debo partir enseguida y seguir hacia donde tenga que ir.

—Tómalo tranquilo que te voy a preparar algunas cosas para que comas en el camino y no te falte de beber, por lo menos un par de días.

Mientras el granjero extendía un paño limpio e iba colocando cosas sobre él, Héctor pensaba en cómo había ido cambiando la conversación y la cara del hombre a medida que avanzaba. En cuestión de minutos había pasado de la pena por su mala suerte a ser un ferviente creyente que había organizado él solo una historia increíble. Tan necesitados estaban de creer en algo esta gente, se preguntaba viendo como llenaba una calabaza con agua y otra con vino aguado. Realmente era algo que daba miedo. Y sería así todo el camino o éste era un caso aislado. Más preocupaciones. Como si tuviera pocas ahora mismo en la cabeza, aunque realmente era importante que no le afectara en el viaje. Sólo saber cómo tratar a la gente. Y eso, gracias a Patrick, sabía cómo hacerlo. Aun le costaba pensar en él como “papá” y no sabía si podría. Realmente hacía unas horas de todo. ¡Unas horas! Y estaba solo, en la casa de un loco que le estaba preparando comida para el viaje, haciéndole creer que era una especie de elegido en un viaje santo. Como dentro de unos minutos

estaría fuera de esa casa, empezó a eliminar ese problema de su cabeza.

—Tienes todo preparado ya —dijo el granjero interrumpiendo sus pensamientos—. Creo que pesará un poco los primeros días, pero a la vez te reconfortará ese peso, ya que te ayudará a llegar más lejos.

—Muchísimas gracias —respondió Héctor levantándose de la mesa—. Uf, realmente pesa. Ja ja ja.

—Pues así irás lento pero seguro. No es un viaje para precipitarse —le acompañó hasta la puerta—. ¿Sabes qué camino debes seguir?

—Sí. El mismo que me ha traído hasta ti. Y espero que a otros como tú.

—Titre te escuche y aleje a siervos de Gatrál de tu camino —respondió haciendo el gesto para alejar el mal de ojo—. Ve en paz y sin miedo amigo mío.

—Adiós y gracias.

Se despidieron con un abrazo. Héctor se cargó la nueva bolsa en el hombro para no revelar la existencia de la daga y comenzó a andar.

El sol ya estaba alto, pero el descanso de la noche y la comilona con el granjero le habían dado alas. Cuando consideró que estaba lo bastante lejos, se colocó la bolsa bien y continuó haciendo pruebas de desenfundar el cuchillo.

* * * * *

Al llegar el sol a lo más alto terminó de vender el pan que había hecho esa mañana. No había visto a Beth más que desde la puerta. Sabía que se había despertado porque la había oído llorar, pero no podía entrar a consolarla porque le culpaba de lo que había pasado. Además, el mejor modo de cuidarla era seguir con su vida normal y dejarle espacio para que respirara. Estando encima de ella constantemente no conseguiría nada, al contrario, podrían terminar peor, discutiendo entre ellos. Debía darle unos días. También él dudaba de su decisión, pero haber intentado evitar que se fuera no habría servido de nada. Conocía a su hijo y sabía que no iba a quedarse de brazos cruzados por sus hermanas. De ninguna manera.

Por eso mismo a nadie le extrañó que se hubiera quedado en casa cuidando de ellas y de su madre siendo que estaba enferma. Bastantes se habían ofrecido a ir a su casa para echarles una mano. Amablemente les había dicho

que no a todos. Ofendería a Héctor y su confianza en él si empezaba a llegar gente. Creería que no le consideraban capaz de hacer las cosas él solo. Ese simple argumento les convenció. Todos en la zona les apreciaban. Lo que no sabía era cuánto tiempo aguantaría la mentira aunque de eso se ocuparía más adelante. Ahora debía volver a casa con Beth y cuidar de ella.

Sin darse cuenta de lo que hacía, había llegado a la casa de la señora Frank. Allí había comenzado realmente la pesadilla dos días antes. Había revivido todo su pasado al contarle la historia a Héctor y luego se había enfrentado a ella. Cuando corrió tras el Tahn, toda su formación militar volvió a él de golpe. Vio por donde había desaparecido corriendo y mentalmente buscó un recorrido que lo llevara hasta él guiándose únicamente por el sonido que hacía al correr, al pisar las hojas y apartar las ramas. Poco a poco reducía la distancia, lo sentía. Ya podía escuchar su respiración. Al cogerle de improviso había tenido ventaja sobre el Tahn desde el principio. Cuando lo entrevió colocó la daga con el filo hacia abajo y aceleró golpeándose con las ramas hasta que cayó sobre él. El secuestrador se volvió un segundo antes del impacto, lo que evitó que lo derribara, pero trastrabilló golpeándose con un árbol.

—¿Dónde están? —preguntó Patrick jadeando.

—Ja, ja, ja. ¿Qué importa tú? —respondió con acento extranjero.

—No te equivoques —continuó Patrick acercándose—. Una vez lo hice y puedo volver a hacerlo. Te lo voy a preguntar una vez más ¿dónde están?

—Olvida ellas igual que van a olvidar tú.

Se lanzó sobre Patrick sacando una espada corta y la cruzó con la daga. Saltaban, atacaban y defendían iluminado los árboles con los reflejos del sol sobre sus armas.

—Curioso cuchillo —dijo el Tahn en un momento de pausa.

—Fíjate bien en él porque es lo último que verás en tu vida. Lo conseguí en un campamento vuestro.

—Sé historia sobre esa. Tus amigos todos muertos ¿sí? Pero tu robas y escapas. Un héroe.

Durante un rato siguieron igualados buscando un error en sus defensas hasta que por sorpresa Patrick lanzó un izquierdazo que derribó al Tahn.

—¿Dónde las habéis llevado?

—Olvida ellas.

—Entonces no me sirves —dijo Patrick hundiendo la daga en el pecho de su enemigo matándolo instantáneamente.

Sacudió la cabeza para alejar los recuerdos y fijarse en el camino. No quería pensar en lo que había pasado con demasiada fuerza. No quería derrumbarse, ya que tenía que ayudar a su esposa y desear con todas sus fuerzas que por lo menos Héctor volviera. Las probabilidades de que llegara a conseguir algo eran nulas. ¿Qué posibilidades tenía de encontrar a unos hombres que vivían ocultos? Tenía trece años y ninguna experiencia fuera de casa y menos aún con armas.

Deseó con todo su corazón que cuando llegara la luna nueva se encontrara todavía lejos del mar. Es más, no le importaría que en unos días apareciera en la puerta de su casa triste y abatido. Era un sentimiento egoísta, pero prefería tener a uno que a ninguno de los tres, aunque no fuera de su sangre.

Perdido en sus pensamientos llegó a casa. Asombrado vio como Beth estaba tendiendo las sábanas de los tres.

—Hola —saludó al terminar—. He dejado todo limpio y preparado para cuando vuelvan los niños. Y he estado guisando desde que te has ido esta mañana. Así puedes comer algo y acostarte a descansar. Ayer me porté mal, tal vez como una egoísta ya que sólo pensé en mí, no en la familia y mucho menos en ti, Patrick. Hablo totalmente en serio —añadió ante la mirada de éste—, no fue culpa tuya. Esta noche he estado pensando mucho, y te he visto velar mi sueño. Si no le hubieras contado esa historia, habríais llegado más rápido y no habríais sabido quien o cuando se llevó a las niñas. Ahora mismo no tenemos a ninguno de los tres, pero existe la posibilidad, remota, lo sé, de que vuelvan. O por lo menos Héctor. Antes o después volverá. Con sus hermanas o sin ellas, pero volverá.

—Venía pensando en eso mismo, Beth. En que no me importaría que apareciera en la puerta de casa dentro de una semana, dos días o diez, sucio y cansado.

—¡Oh Patrick! Estoy a la vez tan asustada y tan orgullosa.

Y se fundieron en un abrazo llorando juntos pensando en sus hijos pero sin saber qué pensar, intentando enviarles fuerza y amor para que supieran que seguían ahí, que no les iban a olvidar.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Beth.

—Que estás enferma y se ha quedado a cuidaros.

—¿Alguien va a ayudarnos?

—Hablé con Aarón y me dijo que él se encargaría de hablar con los guardias. Creyó que sería mejor eso a que yo fuera a explicarles lo que había sucedido.

—Agradéceselo cuando le veas. Tiene razón. Podrías verte en apuros por hacerlo. Si te preguntan demasiado... No quiero imaginarlo. ¿Quieres comer algo?

—Sólo si tú me acompañas —respondió Patrick tendiendo la mano hacia ella que no dudó en cogerla.

Entraron juntos en casa y después de comer estuvieron, hasta bien entrada la noche, hablando, como hacía tiempo que no lo hacían, de cómo se sentían, del miedo que tenían los dos por sus hijos y de las posibilidades que tenía su hijo de llegar siquiera hasta el mar.

* * * * *

Había pasado el día entero sin detenerse más que para hacer sus necesidades y darse un baño en una pequeña acequia. A media tarde había visto cómo en la palma de la mano derecha le empezaba a salir un callo de sujetar la daga con fuerza, pero había seguido haciendo el ejercicio como le había dicho su padre.

—Queda poco para que se ponga el sol —pensó— y tengo un hambre del carajo. Donde sea me pararé ya o mañana va a andar quien yo te diga. ¿Cuánto faltará para llegar al dichoso río? ¡Oh! ¿Eso qué es? Qué grande. Parece una rueda enorme. A ver, nadie a la vista. Y eso son carros. Debe de haberse ido a casa ya. Mmm... casa. ¡No! Nada de casa. No me voy a volver sin nada. Parecen... sí, son carros para cereales y dentro qué hay ¡Gracias a Titre! Están llenos de heno. Aquí voy a dormir como un rey.

Se aseguró de que no hubiera nadie cerca y se sentó en la parte trasera de uno de los carros. Comió sobre todo fruta seca y queso con vino aguado del que le había preparado el granjero. Después se quitó la ropa y la utilizó como almohada, colocó un poco la carga sobre él para pasar desapercibido a

miradas indiscretas, se abrazó a las bolsas, e instantáneamente se quedó dormido.

—Pero ¿Por qué? —preguntó una voz femenina.

—Ya te lo he explicado.

—Que seas mi padre no me parece razón.

—Cada te vez te pareces más a tu madre. Quieren esto para alimentar a sus bueyes. Cuanto antes lleguemos mejor nos lo pagan.

—Y ¿por qué tengo que ir yo? Estaba durmiendo.

—Como todos. Hemos dormido un rato y ahora llevamos esto. A la vuelta limpiamos atrás y duermes ahí. Pero no te dejes en casa sola.

—No es justo —dijo ella cruzando los brazos. Una espesa melena negra cubría su rostro de ojos grandes y labios finos pero bien definidos. Al cruzarlos enfadada sobre el pecho, su padre vio con pena que ya no era una niña. Era casi una mujer bien proporcionada para su edad y eso, sabía él, le costaría más de un quebradero de cabeza al no contar con la ayuda de su madre fallecida hacía ya un año.

—No. No lo es. pero aun mando yo en casa ¿Todos listos? —preguntó a los conductores de los otros carros — Pues vámonos.

Fruto de la experiencia, habían enganchado los carros a cuatro bueyes cada uno y estaban en marcha en poco más de cinco minutos. Los seis carros comenzaron a moverse en fila quedando el último en el que Héctor dormía profundamente sin enterarse de nada.

Avanzaban por los caminos a buena velocidad rumbo al este, hacia un campamento de taladores en las orillas del río.

Mientras el hombre mantenía los bueyes detrás del carro que le precedía, la muchacha comenzó a cabecear hasta quedarse dormida. Tenían tiempo por delante hasta que llegaran al bosque y entregaran la carga. Después comenzarían el viaje de vuelta antes de que el sol llegara a lo más alto el segundo día.

Durante toda la noche avanzaron sin detenerse para nada. Alguna vez se gritaban algo de uno a otro carro y bromeaban provocando risas, lo que no despertaba a la muchacha, ni tan siquiera la hacía cambiar de postura de tan acostumbrada que estaba a esos viajes. El paisaje cambiaba a medida que avanzaban. Los campos sembrados de cereales se iban transformando en

sombras oscuras cada vez más grandes. Bosques que poco a poco eran talados para enviar la madera hacia Elknok, donde era preparada para construir barcos o muebles tanto para ellos mismos como para enviar a Paukhorn. Entre los árboles se veían los tocones que habían ido cayendo bajo las hachas de generaciones de taladores. Pero muchos de esos falsos cadáveres ya tenían ramas que alcanzaban los dos metros de altura, lo que prometía que no faltaría madera.

El brillo del amanecer, un bache y un gemido de la muchacha entraron a la vez en la cabeza de Héctor. Asustado, desorientado y desnudo se puso en pie entre el heno, haciendo que el conductor despertara a la chica, que no perdió detalle del cuerpo desnudo que había aparecido ante ella.

—Eh... Eh... ¿quién? ¿dónde? —preguntó Héctor.

—Hooola —saludo ella.

—¿Quién demonios eres y de dónde sales? —pregunto el conductor y padre de la muchacha.

—Eh... —repetía Héctor incapaz de hablar y mirando alternativamente al padre y la hija, visiblemente divertida ante su desnudo.

—Lo primero —dijo el hombre tratando de mantener el control del carro y apartar la mirada de su hija— vístete o lo hago yo a palos.

Entonces reaccionó. Miro hacia abajo y luego a la chica, que no le quitaba ojo a pesar de los esfuerzos de su padre. Sintió cómo se ruborizaba y volvió al fondo del carro oyendo como el hombre regañaba a la chica por ser tan descarada.

Se vistió, pero a pesar de ello, no volvió a ponerse en pie.

—¿Estás bien chico? —preguntó el hombre.

—¿Necesitas ayuda? —añadió la chica riendo

—¡Pero tú! Calla ya, anda. Y mira de una vez hacia delante. Ya hablaremos luego.

—Que tampoco he visto nada —protestó ella.

—De ropa. No has visto nada de ropa —dijo el padre, y girándose hacia atrás—. ¿Sigues vivo? No te vamos a comer ¡ninguno! —añadió ante la risa de su hija.

—Estoy bien, gracias —respondió Héctor al fin—. Ahora si eso salgo. En cuanto encuentre la vergüenza que se ve que he perdido.

—Si quieres te ayudo a buscarla —dijo ella.

—Déjalo ya, Penélope. Lo está pasando mal y no le ayudas nada. Yo soy Burk y esta es mi hija Penélope.

—Un placer. Yo soy Héctor y estoy, ahora mismo, muy perdido. ¿Eso es el sol?

—Sí claro. ¿Cuándo...? Anda chico sal de ahí, que parece que estoy hablando con un fantasma y no me gusta nada.

—Eh... si no le molesta salgo, pero me quedo aquí atrás quietecito.

—Como quieras. Pero tienes cinco minutos para explicarme qué haces ahí atrás en mi carro y, sobre todo, convencerme.

—Claro. Le voy a contar la verdad y si la cree o no, es cosa suya. Pero luego le agradecería enormemente que me dijese donde estoy. Mis padres murieron hace un mes y unos días y desde entonces estoy viajando hacia el oeste. Creo que tengo familia en Elknok. Panaderos como lo era mi padre. Ayer anduve hasta tarde y me estaba asustando al no encontrar dónde dormir cuando vi su carro y me pareció un lugar maravilloso para dormir una noche. Ya sabe qué hago aquí. Ahora, ¿dónde estamos?

—Eso es verdad —respondió Burk casi riendo—, conocemos casi demasiado de ti ¿verdad Penélope? Deja de reír pequeña y saca un poco de café para el chico. Pues ahora mismo llevamos toda la noche avanzando hacia el este. En un rato verás el sol de frente.

—¿El este? ¿Toda la noche? —preguntó Héctor poniéndose de pie y casi cayendo del carro al volver la vista atrás— ¡Oh mierda! Perdón.

—Vuélvete a sentar o te caerás. Bueno, desde el campamento de leñadores puedes seguir el curso del río. No has perdido más un par de días o tres de camino. Bebe el café, te sentirás mejor. Mi esposa también falleció hace un año. Sé por lo que estás pasando y también Penélope. Bueno ella mejor que yo. No pongas esa cara, seguirán en la ciudad aunque tardes unos días más.

—Sí claro. Gracias por el café. Muy bueno.

—Lo hago yo —dijo Penélope encantada de participar en la conversación— ¿Tú también eres panadero?

—Sí. Bueno, algo sé, pero no lo soy como tal. Aún soy joven y estaba aprendiendo.

—Papá, no nos vendría mal alguien que supiera hacer pan en condiciones.

—¡Penélope! Perdona a esta niña...

—¡No soy una niña!

—... pero tiene la mala costumbre de hablar sin pensar. ¿No ves que tiene su familia? —levantó la vista— creía que para estas tonterías tendría que esperar más tiempo.

“El sol saldrá en unos minutos y poco después llegaremos a nuestro destino donde desayunaremos como campeones, pasaremos el día, cargaremos los carros y volveremos.

—¿Mañana? —preguntó Héctor tratando de no sonar desquiciado.

—Sí. Si quieres puedes pasar el día con nosotros. Te dejaremos allá donde subiste y puedes seguir tu camino.

—Claro. Muchísimas gracias y perdón por las molestias que les estoy causando. Y por haberles asustado.

—Je, je. Más te has asustado tú, Héctor —dijo Penélope.

—Sí, un poco la verdad. —respondió Héctor volviéndose a ruborizar. “La verdad es que es preciosa” pensó “He quedado como un idiota delante de ella y me ha visto totalmente desnudo. ¿Cómo recupero yo ahora tantos días?”.

—Espero que no te duela la cabeza, porque cuando pasemos por ese bosque el ruido es atronador.

Y así fue. Atravesaron unos árboles jóvenes y por primera vez se vio el río. Una banda azul verdosa cubierta de espuma ahí donde el agua chocaba con las piedras haciendo que las salpicaduras llegaran a dos metros de altura. El rugido se unía a los golpes de las hachas que quitaban las ramas de los troncos que, sin descanso iban acarreando bueyes para luego llevarlos a otro lugar. Boquiabierto, Héctor miraba alrededor de él. Nunca había visto tanta actividad. Docenas de hombres se movían de un lado para otro, todos sabiendo qué hacer en cada momento. Se hablaban a gritos y reían sin dejar de trabajar. Uno de ellos se acercó al carro de Burk y le saludó.

—Has llegado pronto esta vez. —gritó el leñador.

—Sí. Un viaje tranquilo.

—¿No habéis visto nada extraño? Hay muchas historias sobre desapariciones y cosas extrañas.

—¡Bah! Cuentos de viejas. ¿No tendrás un poco de aguardiente de ese que guardas para los amigos?

—Sí, claro. Vamos a mi tienda. Hola Penélope. Cada vez estás más guapa.

—Gracias señor Rorl —respondió ella—. Y usted más adulator. ¿Qué tal su familia?

—La última vez que la vi, bien. Cuando vuelva a casa tendrá otro niño que alimentar —saludó a Héctor y se giró hacia Burk—. ¿Pariente tuyo?

—No. Le hemos encontrado por el camino. Va hacia Elknok. Mañana nos lo llevaremos hasta casa y seguirá su camino.

—Se le ve fuerte. ¿No querrás talar árboles?

—No puede —respondió Burk—. Va a buscar a su familia. Es su historia así que si quiere te la contará. Vamos a por esa botella que estoy seco de tanto hablar.

—¿Podemos dar una vuelta, papá? —preguntó Penélope.

—Poco rato. Y que cuando salga os vea, porque como os tenga que buscar —miró a Héctor a los ojos— llegar a Elknok va a ser el menos de tus problemas. Aunque pareces de fiar. Tened cuidado.

Se fueron los dos hombres juntos hacia la tienda del jefe de los leñadores para beberse el aguardiente mientras el sol subía en el cielo.

—Vamos, corre —dijo Penélope a Héctor cogiéndole la mano—. Esto es una pasada.

—Eh... vale —y se dejó llevar, sorprendido por la naturalidad en el trato de ella. Que él recordara, era la primera vez que una chica le cogía de la mano y era una sensación muy agradable.

—Tienes que tener cuidado porque puedes pisar astillas como puños o tropezarte con hachas o cualquier herramienta. Son muy desordenados pero son buena gente. Llevo viniendo aquí desde pequeña y siempre me ha gustado ver cómo trabajan. Y ahora —dijo acercando su boca al oído de él como si fuera un secreto entre ellos— me gusta más porque trabajan sin camisas y están fuertes y morenos. Mira, allí nos darán agua fresca y dentro de un rato empezarán con los desayunos.

—¿Cómo trabajan sin desayunar?

—No, no. Estos pararán ahora y se irán a dormir, pero vienen otros.

—¿Cortan árboles de noche?

—No, bobo. Pero no paran de limpiar troncos y toda la zona. Dejan preparado lo que se llevarán las yuntas por la mañana. ¿Ves ese polvo de ahí? Son los bueyes que ya vienen a por troncos. Si crees que ahora hay ruido, espera a dentro de dos horas.

—Me gustaría bañarme un poco y cambiarme de ropa, Penélope. ¿Dónde puedo? Sin que me arrastre la corriente.

—Vamos por ese camino. Río abajo, pero cerca, hay un remanso y ahí puedes lavarte sin que se te lleve el agua —y se fue corriendo sin mirar si le seguía.

Andando tras ella pero sin perderla de vista se fijó en como saltaba su pelo de un lado para otro a medida que corría y se paraba a mirar cosas. No tenía nada que ver con las chicas que había conocido. No porque fuera más bonita ni nada así, sino por el comportamiento. Las que conocía, a las que había visto hasta hacía tres días, no le habían tocado nunca, ni se les habría ocurrido. Y mucho menos le habrían hablado al oído.

Lo esperaba sobre una piedra. El aire que movía la corriente del río hacía que bailara su falta dejando ver los tobillos y los pies descalzos de Penélope.

—Es ahí mismo. ¿Lo ves? Y nadie del campamento podrá verte.

—Gracias, Penélope. Ya he tenido suficientes espectadores por hoy — dijo Héctor ruborizándose.

—¡Oh! ¿No quieres que esté aquí contigo? —preguntó ella haciendo pucheros— No voy a ver nada nuevo ni te voy a hacer daño. Pero es que me gusta hablar contigo.

—A mí también —respondió Héctor pensando “Pero ¿cómo me quito la daga contigo mirando?”—. Date la vuelta y te aviso cuando esté dentro. O mejor, cuenta veinte a ver quién es más rápido.

Mientras ella contaba riendo, Héctor se quitó la camisa y la daga terminando de guardarla en la mochila justo cuando ella se volvía.

—He ganado —dijo Penélope— porque aún llevas los pantalones.

—Sí. Se me ha enganchado la camisa —terminó de desnudarse y entró al agua.

—¿Qué tal está?

—Fría de narices. Pero da gusto —respondió Héctor frotando la ropa contra una gran piedra desgastada por el río.

—Cuéntame cosas sobre ti —pidió ella sentándose frente a él con las piernas cruzadas—. Pero que sean verdad.

—¿Eh? —exclamó Héctor sorprendido dejando caer al agua lo que estaba lavando— ¿A qué te refieres con verdad?

—Estás muy tranquilo para haber perdido a tus padres hace un mes. Y la reacción que has tenido cuando mi padre te ha dicho el tiempo que ibas a perder no ha sido normal —respondió Penélope metiendo los pies en el agua y

subiéndose la falda hasta las rodillas para no mojarla—. Ahora estás en desventaja conmigo. Estás desnudo y en el agua. Si cojo tu ropa y empiezo a correr hacia mi padre, no llegarás a Elknok nunca.

—No lo harías —dijo Héctor poniéndose tenso y dando un paso hacia ella.

—No me pruebes.

Se levantó como un rayo y cogió la bolsa de él dando unos pasos hacia atrás. Héctor salió del agua goteando mientras la ropa que había estado lavando iba deslizándose corriente abajo. La distancia que los separaba era de unos dos metros. Los ojos de ella brillaban divertidos por el juego y él jadeaba mirando ahora la bolsa donde ocultaba la daga, ahora los ojos de Penélope.

—Por favor, Penélope, no estoy jugando. —dijo Héctor mientras daba un paso a la derecha y ella otro a la izquierda marcando un círculo invisible.

—Si la quieres, ven a por ella —canturreó.

—Venga, no me obligues, por favor.

—Ya sabes la condición...

Al decir eso Penélope, Héctor saltó sobre ella derribándola sobre las hojas que rodeaban al río. Rodaron hasta que ella quedó sobre él con la melena sobre la cara.

—¿Qué ocultas? —preguntó jadeando— Algo hay en la bolsa...

—Devuélvemela.

—... que no quieres que vea. ¿Qué será? ¿Qué será? No voy a quitarme de aquí hasta que lo vea — dijo soltando los nudos de la bolsa que no había perdido en el forcejeo.

—De acuerdo, me rindo. O lo que quieras que diga.

—¿A sí?

—Sí —“Estoy desnudo debajo de ti”, pensó—. Me siento, no sé, incómodo. Sigo jadeando aunque estoy quieto.

—Tampoco yo estoy como otras veces que juego con mis hermanos.

—Si nos viera tu padre ahora... creo que no me daría tiempo ni de parpadear.

—¿Te importa si me tumbo junto a ti?

—Claro que no —respondió Héctor poniéndose de lado para intentar cubrir la erección que tenía hacía unos minutos. Puso la cabeza sobre el brazo

y le enseñó la pulsera—. “Hace tres días o cuatro, estoy un poco confuso, iba con mi padre...”

Le contó la historia completa. Lo que escuchó su padre, por lo que le mostró la daga; lo que había encontrado al llegar a casa y el comienzo del viaje que se había echado a perder por meterse a dormir en el carro la noche anterior.

—Eres muy valiente. Ojalá te hubiera conocido de otra manera —dijo ella antes de darle un rápido beso en los labios—. Vístete rápido y volvamos antes de que se haga más tarde.

—Gracias, Penélope. Llevo dos días dudando qué mentiras contar a la gente e inventando tonterías cuando llega el momento. Ahora debo pensar cómo recuperar ese tiempo. ¿por qué me has besado? —preguntó cuando terminaba de vestirse.

—Creo que me gustas, tonto.

—¿Aunque no sea leñador? ¡Mierda! He perdido la ropa.

—Tranquilo, tienes más ¿Qué tiene que ver lo del leñador? —preguntó Penélope extrañada.

—Tú lo has dicho antes. Están morenos y no llevan camisa.

—Ja, ja, ja —rio ella—. ¿Te has puesto celoso?

—¿Celoso? No ¿Por qué? ¿Debería?... También tú me gustas. No había conocido nunca a nadie como tú.

—¿Morena? ¿Guapa? ¿Divertida? —preguntó ella mientras recogía flores y le miraba disimuladamente.

—Sí. Quiero decir no. Claro que conozco chicas así, pero... No sé cómo explicarlo. Es... da igual déjalo. Seguramente me entiendes.

Siguieron andando en silencio y sin darse cuenta entraron en el campamento cogidos de la mano.

—¿Cómo aguantan tanto ruido? —preguntó Héctor.

—Supongo que ya no lo notan ¿Quieres desayunar?

—Pues sí. Tengo hambre —dijo riendo mientras se daba golpecitos en la tripa—. No sé cuánto llevo sin comer.

—Verás qué bueno todo. Y en un rato vendrá mi padre. No te asustes, pero cuando bebe aguardiente del de aquí... se pone un poco pesadito. Pero negaré haber dicho eso en esta vida y la siguiente.

Se sentaron en una mesa rodeados de leñadores para comer huevos y tocino con pan. La cocina parecía una fábrica de comida, pues a los segundos de sentarse, todos tenían delante la comida y la bebida. Un regimiento de camareras reía y hablaba a la vez creando una cacofonía al mezclarse con el ruido de hachas, bueyes, troncos cayendo, que podía volver loco a cualquiera. Ajenos a todo, Penélope y Héctor charlaban y bromeaban dejando ratos de silencio que ninguno se esforzaba en llenar. Cuando estaban a punto de levantarse, llegaron Burk y el señor Rorl. Ambos con la nariz y los carrillos rojos por efecto del alcohol.

—Hola chicos —saludó Burk cogiendo a los dos por los hombros —. ¿Habéis aprovechado la mañana?

—Hemos dado una vuelta —respondió Penélope.

—¿Te ha gustado? —preguntó el jefe— ¿Quieres que te lo enseñe? Así hacemos tiempo hasta la hora de la comida.

—Claro. ¿Viene usted, Burk?

—No. Yo voy a ver cómo llevan los carros. Y Penélope también viene. Ya vale de tontear los dos. Pero lo de la comida me parece bien. ¿Nos vendrás a buscar?

—Sí, claro —respondió el señor Rorl.

—Hasta luego, Penélope.

—Adiós Héctor.

Cuando estaban a una distancia prudente, el señor Rorl golpeó en la espalda a Héctor con la mano y empezó a reír.

—No podrías haber elegido un suegro peor, muchacho.

—¿Perdón? —preguntó Héctor sorprendido.

—Por favor. Os mirabais como dos corderitos cuando hemos llegado. Y ahora ha parecido que os separábamos para siempre. Tardaremos un rato, así podrás pensar en si aceptar mi oferta. ¿Sabes montar a caballo?

—Nunca lo he intentado.

—Es fácil: si te caes vuelves a subir. Tengo que echar un ojo por ahí, así iremos más rápido y se me despeja la cabeza. ¡Cómo bebe el viejo! Te dejaré un caballo pequeño. No me gustaría que te rompieras la cabeza... ni a ella. Ja, ja, ja... —agregó dándole un nuevo golpe en la espalda.

—Pues no crea que a mí me haría gracia tampoco.

—Así que vas a Elknok. Hace años que no me dejo caer por allí.

—¿Cómo es?

—Inmensa. Todo lo que puedas pedir lo tienes con sólo chasquear los dedos. Espera aquí un momento —le dijo al llegar a la puerta de su tienda— mientras cojo unas cosas.

El estruendo allí superaba al que se escuchaba en el comedor. Bueyes enormes como nunca había visto arrastraban árboles enteros desde el bosque hasta el lugar donde les quitaban las ramas para seguir llevándolos más allá.

—¿Listo? —preguntó desde detrás.

—Sí. Tengo curiosidad por ver todo esto.

Le prepararon un caballo más pequeño que el que llevaba Rorl, pero aun así le causó una gran impresión subir. Le ayudaron a hacerlo y le explicaron cómo debía llevar las riendas. Teóricamente no debería tener problemas ya que no iban a correr, pero aun así, toda precaución era poca.

Avanzaron por el camino cruzándose constantemente con troncos tirados por bueyes. Hasta llegar donde los taladores trabajaban sin descanso no dejó de preguntarle por su familia y cómo había perdido a sus padres. En esta ocasión tuvo cuidado de que se notaran sus sentimientos al hablar de ellos, sólo tenía que mirar la pulsera para que las lágrimas acudieran a sus ojos y se le quebrara la voz.

Al poco rato pudo ver como cada diez minutos, caía un árbol que era enganchado a los bueyes para llevarlo al campamento.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rorl al cabo de un rato.

—Impresionante. ¿Es así todo el día?

—Sí. Por la noche paran, pero aun así quedan troncos para que a primera hora de la mañana, los bueyes no dejen parar a los limpia-ramas, como ya habrás visto. Pero creo que no has visto lo mejor.

—¿Lo mejor? No puedo imaginar lo que puede ser. Llevo desde esta mañana sin dejar de asombrarme.

—Ya imagino que despertarte desnudo frente a una chica como Penélope tiene que dejar huella.

—Aún no sé cómo me ha hecho sentir eso —respondió Héctor ruborizado — pero sí sé que ha sido un mal rato. ¿Cómo lleváis la madera hasta la ciudad?

—Buen cambio de tema, chico. Eso vamos a ver. Ja, ja, ja. Ella te gusta, se te nota. No te culpo. Te aseguro que si tuviera un hijo, la querría para él. Ya basta de tonterías, parece que vas bien a caballo ¿Quieres correr un poco?

—Me apetece, pero...

—Tranquilo. No cruzaremos el campamento sino que daremos un rodeo, así si te caes no lo verá nadie. Ja, ja, ja.

—¿Qué tengo que hacer?

—Sujétate fuerte, pero sin agobiar al animal, con los muslos. Seguirá al mío y no iremos demasiado rápido. ¿Listo? Vamos allá.

Aterrorizado al principio, notó cómo los músculos del animal bajo sus piernas se transformaban en hierro subiendo de temperatura. Pero al poco rato, fijándose en la posición de su guía, se acomodó y empezó a disfrutar del viento en la cara. Nunca en su vida había ido a esa velocidad y desde lo más profundo de su pecho surgió un grito mezcla de la emoción del momento y la rabia, el miedo y todo lo que llevaba sintiendo desde que su padre le contó la historia. Sorprendido, Rorl se giró temiendo que hubiera caído, pero vio la cara más relajada que había visto en mucho tiempo, así que aceleró un poco más al caballo antes de detenerse en un prado.

—Has disfrutado, ¿eh?

—Como un gorrino en el barro... perdón. Ha sido maravilloso.

—Pues ahora desmonta. No dejes de tocar el cuello del caballo e intenta apoyar tu frente con la suya. Muy bien. Acaríciale y susúrrale cosas. Después te pondré una manzana en la mano y se la das.

Así lo hizo y cuando el caballo se la había comido, Héctor se volvió llorando hacia el señor Rorl.

—Gracias —le tendió la mano—. Gracias. Necesitaba... no sé cómo decirlo. Tenía tanto dentro de mí sin salir. Siento el pecho más ancho, como si respirara mejor, más hondo.

—Eres muy valiente haciendo este viaje tú solo. Nunca habías salido de tu entorno, ¿verdad? Y sin saber dónde vas —le cogió del hombro—. Me gustaría poder ayudarte, pero no sé cómo podría.

—Este rato ha sido más de lo que podré agradecerle en la vida. Y estoy seguro de que nunca lo olvidaré.

—¿Seguimos? Pero ahora con calma.

—Claro. Me empieza a doler el culo. No creo que aguantara otra carrera así.

—Antes me has preguntado cómo llevábamos los troncos hasta Elknok. Ahora lo verás.

—Deben de ser unos carros enormes.

—No exactamente. Pronto lo verás, impaciente. Ahí está el río.

—Pero no suena igual que antes.

—No. En esta zona se ensancha mucho, por lo que va más tranquilo que ahí arriba. Allí nos interesa la fuerza del agua para los molinos, pero aquí necesitamos calma y espacio —oyeron un silbato—. ¿Ves esos cuatro troncos que parece que salen de la tierra?

—Sí, para no verlos. ¿Qué son? —preguntó adelantándose a la explicación.

—Por el extremo superior pasan cadenas que están unidas a otros tantos troncos. Tenemos bueyes que al sonido del silbato comienzan a tirar de ellos. Así levantan los del suelo y hace de rampa para que un grupo de otros seis troncos atados caigan a agua. Así es como llegan a Elknok: el río es el carro enorme que decías.

Pasaron junto a los bueyes. Cuatro filas dobles de diez animales jaleados por varios grupos que, gritando y con látigos, los hacían avanzar. Las cadenas se tensaron y comenzaron a atravesar los mástiles y poco a poco levantaron los troncos que llegaban hasta el río, haciendo que una especie de balsa cayera hasta el centro de la corriente levantando olas a su alrededor.

—Es... es... impresionante. Nunca hubiera imaginado que algo así se pudiera hacer. Pero es que llevo así desde ayer... ¿te lo había dicho? El mundo fuera de mi vida normal es... increíble.

—Pues prepárate Héctor —le dijo Rorl sonriendo—. Si llegas a la ciudad no se te va a quitar esa cara en muchos días.

—¿Tanto se me nota? —“Como me dijo papá”, pensó.

—Pareces de pueblo. Ja, ja, ja.

—¡Buf, de pueblo! Ni eso. Una granja a medio día de camino del pueblo más próximo.

—Entonces no me extraña y entiendo lo de Penélope —dijo volviendo a golpear la espalda de Héctor.

—Vale ya con eso —protestó débilmente ruborizándose—. Y ¿llegan sin contratiempos?

—De aquí a la ciudad el río es bastante recto y tranquilo. Cada día o cada dos, en función de la cantidad de balsas enviadas, mandamos a dos o tres hombres sobre una de ellas con una serie de pértigas, cuerdas, ganchos y otras herramientas. Se aseguran de que no haya quedado ninguna varada ni haya obstáculos para las que puedan ir detrás.

—¿Y si los hay?

—Pues deben darse prisa ya que la corriente les traerá otra por detrás. Y eso puede hacer que choquen, alguno caiga al agua y el atasco sea todavía peor. Como las piezas de un serpentín.

“Al principio enviábamos los troncos de uno en uno, ya sabes, por la velocidad. Estuvimos tres días con sus tres noches desatascando el río porque uno se torció y bloqueó el paso al siguiente que hizo que el otro montara sobre ambos y casi hasta llegar aquí. Cuando nos dimos cuenta fue porque un Elegido subía el río y nos lo advirtió. Fue una enorme pérdida de tiempo y dinero ya que tuvimos que desplazar a gran cantidad de gente río abajo y, claro, no se talaba ni limpiaba ni lanzábamos troncos al río. Los clientes se enfadaron... ¡Brrr! me dan escalofríos de recordarlo. Una pesadilla.

—Imagino. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro. Incluso dos.

—¿Cuánto tardan en llegar los “paquetes” a Elknok?

—Tres o cuatro días ¿por qué? —preguntó arrastrando las palabras con un deje de desconfianza.

—Ya conoces mi situación y hace un rato has dicho que te gustaría poder ayudarme. Creo que ya sabemos los dos cómo podría hacerse —respondió Héctor señalando la balsa.

—Pero es muy peligroso.

—No tanto como seguir el camino a pie ¿no?

—Parece más una locura que otra cosa. Y si te pasara algo sería mi responsabilidad.

—¿Qué puede pasar? ¿Ha habido accidentes?

—Bueno... graves no. Alguna caída, huesos rotos y poco más. Debería pensarlo. Pero ahora nos volvemos con Penélope y su padre que nos estarán esperando.

Dieron la vuelta y, trotando sin prisa, volvieron al campamento hasta llegar a la tienda del señor Rorl donde dejaron los caballos y éste dio unas cuantas

instrucciones. Mientras esperaba, Héctor se lavó la cara y las manos en el abrevadero recordando lo que había sentido mientras montaba a galope. Sonreía cuando llegaron Burk y Penélope.

—¿Qué tal el paseo? —le preguntó Burk golpeándole la espalda.

—Renovador. Me ha solucionado algunas dudas... y me ha dado muchísima hambre.

—Ja, ja, ja. Así se habla muchacho —rió mientras Penélope le miraba tratando de adivinar a qué podía referirse.

Cuando el señor Rorl salió de la tienda, fueron los cuatro a por la comida. La mayor parte del tiempo, la conversación la llevaban los dos hombres, mientras Penélope intentaba disimular sus sentimientos y Héctor, absorto en sus pensamientos no apartaba la mirada de su pulsera. Sólo respondía a las preguntas directas y después de insistirle.

—¿Volverás mañana con nosotros? —preguntó Burk.

—No —respondió sin mirarlo—. Voy a ir por el río y en unos tres días estaré en Elknok. Creo que me mantendré en las fechas que me había planteado.

—¿Para qué te planteas fechas? Dijiste que no sabían que ibas hacia allí.

—Me lo ha explicado antes —intervino Penélope ante la vacilación de Héctor—. Se lo planteó como una carrera contra la luna.

—Ah, vale.

—Y como todo lo relacionado con él, es una estupidez. Con vuestro permiso me voy al carro. Hasta mañana.

Antes de que ninguno pudiera reaccionar se había perdido entre los trabajadores.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Héctor.

—Tú —respondió Burk—. Ya aprenderás —añadió haciendo reír a Rorl.

—¿El qué aprenderé? —preguntó cada vez más extrañado por las risas.

—Que nunca comprenderás a las mujeres. Y si algún día crees que casi lo has logrado, te sucederá algo como esto.

Siguieron sentados un buen rato mientras seguían hablando. Héctor se sentía incómodo. Por un lado la reacción de Penélope le había molestado, pero por otro no sabía si quería ir a verla para saber qué le pasaba. Y la perspectiva de

volver a verla antes de marcharse, le provocada ritmos desconocidos en el corazón.

—¿Cómo? —preguntó cuando se dio cuenta de que le habían preguntado algo.

—Que si tenías novia allí en casa.

—Novia no. Había una chica con la que me gustaba estar. Le ayudaba a sacar agua del pozo y esas cosas.

—Y... ¿alguna vez has...? Ya sabes —le preguntó Rorl, que al ver la cara del muchacho comenzó a reír y girándose hacia Burk, añadió—: Puedes estar tranquilo por el paseo de esta mañana. Tu pequeña se ha enamorado.

—¡Titre bendito! ¿Por qué? Yo quería un niño... hubiera sido todo más fácil de haber sido así. Y a partir de ahora será cada vez peor.

—Así es —le confirmó Rorl—. Necesitarás mil ojos.

—Y un palo muy largo y grueso —añadió Burk haciendo reír a los dos hombres.

—¿De mí? —preguntó Héctor— Dices que se ha enamorado de mí.

—Si hijo. Ja, ja, ja. Tienes que espabilar pronto o te van a llover cachetadas. Y no vas a saber de dónde te vienen —respondió Rorl.

—Pero si yo no he hecho nada...

—Eso es lo peor —intervino Burk—. Has aparecido de repente con esa planta que Titre te ha dado y tú has criado, los ojos que tienes que hablan aunque no abras la boca y... no sé. Estar cerca de ti es agradable. Das seguridad y confianza. Es algo que sale de ti.

—Oh.

—¿Oh? —siguió Burk—. ¿No te extraña que apareciendo de la nada acabes comiendo con el padre de la chica que te ha visto desnudo y recorras a caballo todo esto? —hizo un gesto con los brazos abarcando lo que le rodeaba—. ¿Has visto todo eso normal?

—La verdad es que sí —respondió avergonzado—. No puedo decir otra cosa. Siempre he caído bien a la gente.

—Mira Héctor, esto es algo más que caer bien. Si cuando seas un hombre sigues igual, con sólo chasquear un dedo las mujeres caerán ante ti y los hombres te obedecerán. Debes tener cuidado porque es, llamémoslo así, un poder muy peligroso.

—No le hagas caso a ese viejo cenizo —interrumpió Rorl—. Sólo debes seguir siendo noble como eres. Ha bebido toda la producción de aguardiente

de un año desde esta mañana y no tiene muy claro lo que dice.

“He estado pensando en lo que me has pedido. Esta noche mandamos unos troncos con guías. Si sigues dispuesto podrás ir en él.

—Por eso se he enfadado Penélope —exclamó Burk dando una palmada que sobresaltó a Héctor—. Sabía que no volverías con nosotros.

—Acepto, señor Rorl. Muchísimas gracias —dijo Héctor con lágrimas en los ojos—. Y Burk, siento muchísimo lo de Penélope. No era mi intención. Lo siento.

—Tranquilo chico —le respondió— No has hecho nada malo. Pero para mí queda el viaje de vuelta y unos cuantos días. ¿Cuánto falta para que se vaya?

—Unas horas.

—Deberías ir a por tus cosas al carro —le dijo Burk guiñándole un ojo—. Nosotros te esperamos aquí que seguro que queda alguna botella de aguardiente sin vaciar.

Sin despedirse se dirigió por el mismo camino que había seguido hacía unos minutos Penélope, oyendo a lo lejos las risas de los dos hombres perdiéndose entre el barullo de las conversaciones. Tenía ganas de verla, pero no sabía qué le iba a decir cuando llegara allí. Si era cierto que estaba enamorada de él, lo que sentía al pensar en ella ¿era lo mismo? Sin darse cuenta fue andando cada vez más despacio a medida que se acercaba a donde habían quedado los carros, hasta detenerse a unos metros del que le había traído hasta aquí. No veía a Penélope por ninguna parte y eso le causaba angustia. Pensó en llamarla, pero no estaba seguro de cómo podía sonar su voz, así que siguió andando para acercarse más al carro y entonces la vio. Se encontraba bajo el pescante llorando. Subió a lo alto del carro de un salto y con mucha ternura tocó el hombro de la chica.

—Penélope —susurró—. Soy yo. Eh... vengo solo.

—¿Por qué has venido?

—A recoger mis cosas...

—¡¿Y a qué esperas?! —le gritó volviéndose hacia él— Ahí las tienes. Has pasado por delante. Date prisa.

—... y para verte antes de irme.

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que subir a este carro?

—No lo sé. Pero le doy las gracias al cielo cada segundo desde esta mañana por haberte conocido. Aunque sólo haya sido un día, no sé lo que me

pasa, pero me haces sentir cosas que jamás había sentido —le cogió por los brazos— Penélope, no sé nada de la vida. Hasta hace menos de una semana ésta era hacer pan con mi padre y repartirlo. Ahora estoy metido en un follón del carajo y encima me he enamorado de ti —cuando ella iba a contestar él le puso un dedo en los labios—. Sabes que tengo que irme. No tengo otra opción y me duele. Pero tampoco quiero otra. Son mis hermanas.

—Lo entiendo, pero tampoco yo sé lo que me pasa desde que te he conocido. No me había pasado nunca. Es como si necesitara estar contigo, a tu lado, todo el tiempo y al no poder hacerlo... —titubeó.

—¿Te estrujan las tripas?

—Exacto. Eso es lo que siento. Y comiendo, cuando hablabas, he sabido que te separabas de nosotros ya —le abrazó—. Es algo irracional, entiendo, sé... comprendo que debes irte, pero una parte mía querría darte un golpe en la cabeza, atarte y hacer que te quedaras conmigo.

Esa afirmación les hizo reír a ambos. Se separaron quedando uno frente al otro. Como las lágrimas seguían saliendo de los ojos de Penélope, Héctor le quitó una de ellas con la mano todo lo suavemente que pudo y le acarició la mejilla. Pasando la mirada de un ojo al otro, le apartó un mechón de cabello con la otra mano hasta dejarla en la otra mejilla. Con cuidado, fue acercando la cara de Penélope a la suya hasta que sus alientos se fundieron en uno solo.

—¿Ya sois amigos otra vez? —preguntó el señor Rorl al verlos llegar.

—No hemos dejado de serlo —respondió Penélope. Sus ojos mostraban una gran tristeza y resignación.

—¿Sólo amigos? —preguntó Burk arrastrando las palabras por causa del aguardiente, mirando muy serio a Héctor.

—Sí. Sólo amigos. Igual que cuando estábamos hablando al comer —le respondió él afirmando con la cabeza.

—Pues en marcha —dijo Rorl—. El río no espera. ¿Sigues queriéndolo hacer?

—Sí. Más que antes.

Fueron dando un largo paseo hasta llegar a la estructura que lanzaba las balsas al centro del río. Había más animación que esa mañana y los troncos sobre los raíles tenían cosas sujetas que los que habían visto antes no tenían.

—Son para llevar las herramientas, la comida y el agua —respondió Rorl

al señalárselo Héctor—. Cuando caiga al agua tienes que avanzar por los troncos hasta llegar a la balsa. Primero pasarán ellos y luego tú. No te caigas al agua o tendrás tres días de risas. Ven, te presentaré a tus compañeros.

Y se marcharon dejando solos a Burk y Penélope.

—¿Cómo estás, preciosa?

—La verdad es que estoy destrozada por dentro, papá. No entiendo lo que ha pasado hoy, pero me siento como si me fuera a morir sabiendo que se va.

—Igual vuelve. Puede que a mitad de camino piense que esto puede ser mejor que trabajar con unos familiares que no conoce haciendo pan. O que no los encuentre.

—Gracias papá, pero no lo creas —respondió ella abrazándole como cuando era pequeña—. No creo que volvamos a verle nunca.

—Llora pequeña, desahógate —le susurró—. ¿Quieres que nos vayamos ya?

—Aún no. Quiero decirle adiós. Peor que ahora no puedo estar ¿no?

—Ójala pudiera decírtelo. En momentos así echo de menos aún más a tu madre. Ella sabría qué decirte.

—No mejor que tú. Muchas gracias, papá. Ya vuelven ¿Se nota que he llorado?

—Psché. ¿Él lo sabe?

—Sí. Dice que está igual que yo.

—¿Le crees?

—Sí. ¿Por qué no tendría que creerle?

—Ya. También yo le creo. Sólo hay que fijarse en cómo te mira.

—Todo listo —dijo Rorl al llegar donde les estaban esperando—. Ahora la peor parte, ¿no? Las despedidas. Ten mucho cuidado ahí arriba y más en la ciudad. Aunque creo que te irá bien.

—Nos costará olvidarte, muchacho. Cuídate —dijo Burk dándole la mano y acercándole de golpe para abrazarlo—. Que no nos enteremos que te pasa nada malo.

—Muchas gracias a los dos. Ha sido maravilloso conocerles y lo que me han ayudado... no les olvidaré —y girándose hacia Penélope—. Ni a ti tampoco —bajando la voz—. Lo que me has hecho sentir desde que te he conocido lo voy a llevar siempre conmigo. Eso y el recuerdo de tus ojos y tu risa. Te deseo de todo corazón que seas feliz todos y cada uno de los minutos

de tu vida, Penélope.

—Sabes que siento lo mismo que tú —le respondió ella acariciándole la cara—. Deseo que las encuentres y vuelvas a casa. Cuida la pulsera, te trae suerte.

—Venga, venga o lloraréis todos. ¡Cualquiera diría que os conocéis hace unas horas!

Y Rorl se llevó a Héctor de nuevo hacia la estructura que ya estaba elevando los troncos atados. Por lo que Héctor tuvo que casi correr después de volverse a sonreír a Penélope, para no tener que llegar nadando. Cruzó el último tronco como le habían explicado y saltó sobre la balsa donde le sujetaron sus nuevos compañeros de viaje.

Por el río

Desde el primer momento, sus compañeros de viaje le dejaron claro que lo mejor que podía hacer era sentarse, quedarse quietecito y callado durante los tres días. Le señalaron dónde estaba el cubo para hacer las necesidades, la comida y dónde podía tumbarse a dormir. No le dirigieron más la palabra. Entre ellos se turnaban para descansar, acelerar la balsa para ganar tiempo y quitar las pocas ramas que encontraban y que podrían producir atascos si se acumulaban muchas.

Pasó la primera noche pensando en Penélope. No podía olvidar el sabor de sus labios ni el brillo de sus ojos cuando se despidieron. Durante las primeras horas de la noche logró mantener apartados los pensamientos hacia sus hermanas. Pero ya tarde y cansado de dar vueltas sin poder dormir, puso las manos sobre la cabeza y se fijó en la pulsera. Sus hermanas le necesitaban. ¿Dónde estarían? ¿Cómo estarían? Sintió una impotencia tan grande que comenzó a llorar en silencio. No quería que los otros pudieran burlarse de él por verle así. Cambió de postura e intentó controlarse.

Los cuatro dependían de él, pero ahora tenía más confianza en sí mismo y en lo que podía hacer. Si había logrado llegar hasta donde estaba sin ayuda de ellos, podía llegar hasta sus hermanas y llevarlas de vuelta a casa. Lo que más miedo le daba era pensar en si tenía que luchar. Nunca lo había hecho con más armas que sus puños y contra chavales de su edad. ¿Cómo serían esos Tahn? Fuertes, claro. Y mayores que él y mejor armados. Si llegaba el caso ¿podría enfrentarse a ellos? ¿Podría llegar a matar a alguno? Sí. Por sus hermanas, sí. Eran gritonas, molestas y le ponían de los nervios, pero eran sus hermanas y las amaba. Le habían hecho ese regalo el día anterior a... y ya no las había vuelto a ver desde entonces. Pero sólo eran unos días ¿cuántos? Cuatro o cinco, no más. Parecía mucho más si pensaba en todo lo que había hecho. ¿Cómo estarían Patrick y Beth? Preocupados, seguro. Pero bien. Los dos eran fuertes. Seguramente su padre habría avisado a los soldados que había en el pueblo, habría dejado a su madre con algún amigo y estaría siguiéndole. Le pidió que no lo hiciera y cuidara a Beth, pero no creía que fuera capaz de hacerlo. Al fin y al cabo acababan de desaparecer sus tres hijos. Sería normal que fuera a buscarlos. Bien pensado no le importaría encontrárselo en Elknok. Le devolvería la daga y le pediría perdón por cómo se había enfadado el día

que le contó la historia de la daga y de él mismo. Se darían un abrazo de los buenos. Pensando así, acabó quedándose dormido.

Al despertar lo único que recordaba era haber soñado con Penélope. Saludó a sus compañeros, que le respondieron con gruñidos. Le señalaron el café del desayuno y algo parecido a gachas que habían cocinado mientras dormía. Para intentar suavizar el trato, Héctor sacó el queso de su bolsa y se lo ofreció. Lo comieron pero siguieron actuando del mismo modo. Aunque no le gustaba la situación, sabía que él era un intruso en ese viaje. Pero, a fin de cuentas, lo único que le interesaba era que a cada minuto estaba más cerca de poder encontrar a sus hermanas.

Así, solo y en silencio pasó todo el día viendo cómo atravesaban campos de cultivo, zonas boscosas y algunos pueblos desde cuya orilla los niños les saludaban y silbaban al pasar. A media mañana llovió un poco y aprovechó para tumbarse y dejar que el agua le refrescara. Ese cambio de tiempo pareció no gustar a sus compañeros que permanecieron vigilantes del color del cielo y la dirección del viento. Ajeno a ellos, Héctor siguió pensando en Penélope y en sus hermanas. La comparaba con las chicas que conocía e imaginaba cómo sería que la conocieran Ana y Sofía.

—Eh tú —gritó uno de ellos interrumpiendo sus pensamientos—. Ven al centro.

—¿Qué pasa? —preguntó dándose cuenta del cambio en el aire. Se notaba cierto olor picante y mucha pesadez.

—Hazlo y punto. ¿No entiendes?

—Va a haber tormenta —le dijo otro—. Aquí es menos probable que te caigas.

—Gracias.

A pesar de que aún era pronto, el cielo estaba negro y fuertes rachas de viento azotaban la balsa y los árboles de la orilla. Enseguida retumbó un trueno lejano aunque no vieron el rayo.

—Es en las nubes —explicó a Héctor el segundo tipo—. Poco más que viento y ruido. Aquí estaremos bien.

—De todas formas —añadió el primero— tened cuidado. No acaba de gustarme el color.

Casi sin darle tiempo a acabar la frase, un rayo enorme cruzó las nubes

sobre sus cabezas seguido del mayor trueno que Héctor había oído nunca. Las rachas de viento aumentaron e hizo como los otros. Se tumbó en la barca.

—Si vas a asustarte y llorar llamando a mamá —le gritó uno de ellos— ponte boca abajo para no ver lo que va a caer.

El comentario fue coreado por las risas de los otros entre trueno y trueno. A medida que la tarde avanzaba, los rayos y los relámpagos se cruzaban e iluminaban el cielo en una competición donde cada uno hacía quedar al anterior como si únicamente hubieran chocado dos piedras para sacar chispas. Lo que más extrañaba a Héctor era la ausencia de agua, pero como ya le habían dicho que serían solo rayos y truenos, imaginó que sería algo normal en la zona.

Junto al olor picante se empezó a notar otro nuevo: humo. Algún rayo había acertado en un árbol, o eso esperaba Héctor, que fuera un árbol, porque poco a poco estaba empezando a asustarse. Había ratos en los que parecía mediodía por la cantidad de luz que les rodeaba y el dolor que sentía en los oídos le hacía saltar las lágrimas.

Todo sucedió en una fracción de segundo: un rayo rompió las nubes justo sobre sus cabezas. Antes de poder parpadear ninguno de ellos, estaba encendiendo como si fuera una ramita de paja uno de los árboles más grandes. El fuego lo atravesó en un instante y al siguiente lo hizo explotar esparciendo ramas en llamas hacia el resto de árboles y sobre la balsa haciendo que los cuatro tuvieran que incorporarse para sacudirse las chispas de la ropa, lo que impidió que los tres madereros vieran cómo Héctor, al sacudírselas dando pasos hacia atrás, cayera al agua.

El frío le contrajo los músculos en un momento. Trató de bracear pero se hundía como una piedra y no podía evitarlo. El terror le hacía apretar los ojos y sentía cómo el calor abandonaba su cuerpo y los pulmones le pinchaban. Sacó una mano hacia la superficie y, cómo izándose a pulso, alzó la cabeza sobre el nivel del agua e inspiró con avidez antes de volver a hundirse. Esta segunda vez, ya con aire en los pulmones, se atrevió a abrir los ojos para orientarse. Cuando volvió a sacar la cabeza vio como seguían cayendo chispas y la balsa alejándose. Sin dejar de patalear tratando de no hundirse, cogió aire para gritarles en el momento en el que una rama caía sobre su cabeza.

* * * * *

El humo de las velas, oscuro y fino, subía desde la mesa hacia el techo con una continuidad hipnótica. En las paredes, libres de decoración, había restos de viejas salpicaduras oscuras, marcas de arañazos y zonas muy desgastadas. Aunque no lo podía ver con el ojo que le quedaba, sabía que habían vuelto hacía un rato y estaban mirándolo, buscando el modo de hacerle más daño para que hablara. Pero ya no le quedaba nada que decir. Ahora sólo le faltaba desear que le dieran muerte.

—Es terriblemente doloroso para nosotros —dijo una voz tras él— haber tenido que llegar a esto. No, no nos gusta. Pero Él nos guía y algunos os apartáis y hay que traerlos de vuelta a Su Gloria. El modo... eso es lo importante. El modo en que se os hace volver —una mano cayó sobre su hombro destrozado haciéndole saltar las lágrimas—. Tú has elegido el peor: el del dolor. Y ese no nos gusta. ¿No era mejor, más fácil y rápido hablando desde el principio?

—Sí —balbuceó cuándo comprendió que era una pregunta.

—Pero has elegido sufrir ¿Por qué? ¿Por amistad? ¿Por lealtad? ¿A quién? No a tu Dios. Es a Él a quien le debes todo lo que eres —el tono de su voz era suave, amable—. ¡Ah! Pero es grande la tentación, ¿verdad? Y cuando viene disfrazada de amistad es más difícil reconocer el engaño. Os cuentan una triste historia, que creéis sin dudar, la disfrazan con lágrimas y, sin daros cuenta, estáis al otro lado —la voz se movía detrás suyo—. ¿Ahora qué esperas? Dímelo.

—La muerte... por favor.

—¿La muerte? No ¿el perdón? —preguntó tirándole del pelo hacia atrás con fuerza—. ¿Así lo deseas? No lo sé. Creo que ese es el camino fácil. Pero sin el perdón irás al infierno por todos los pecados que has cometido.

—Me da igual —respondió Aarón llorando—. No me importa. Me duele mucho.

Al soltarle el pelo, la cabeza cayó sobre el pecho cubierto de sangre. En el regazo tenía los dientes que le habían arrancado a golpes, no tenía uñas en los pies y ambas rodillas estaban rotas giradas en ángulos absurdos. Le habían atravesado los hombros con cuchillas al rojo y cada vez que respiraba, las costillas hundidas se le clavaban en los pulmones. El ojo había sido lo último. Cuando ya había contado todo sobre su amigo, su historia pasada y lo que

había descubierto ahora, le clavaron un palito y lo hicieron girar dentro de la cuenca hasta vaciarlo.

—Pero ese dolor te ha hecho ver la verdad de tus actos y de los suyos. Y eso me plantea un dilema. Si ahora mueres no estoy seguro de que hayas comprendido realmente el tamaño de tu error.

—Por favor... He comprendido, sí. Y he pedido perdón y he rezado para obtenerlo. Estoy en paz con él.

—¿Sí? —preguntó la voz.

—¡Sí! He visto la magnitud de mis errores —repetía las palabras que llevaba escuchando lo que parecían meses—. Me separé del camino correcto al ser tentado por un demonio de Gatrál. Ahora sé que Él me perdona.

—Eso —susurró la voz a su oído— lo decido yo. Aunque si te dejara aquí morirías igualmente.

—No, no —suplicó ante la perspectiva de quedarse allí con el dolor y terminar muriendo de sed—. Tened piedad de un pecador arrepentido... por favor.

—Ah ¿pero es real el arrepentimiento? ¿O es en función de los hechos? —le puso las manos en los hombros apretando levemente—. Vuelve a contarme lo del niño mientras lo pienso.

—Tiene trece años y no es de ellos. Lo sacó de aquel bosque cuando se enfrentó con los Tahn y lo han criado como suyo. Se fue a buscar a sus hermanas y le dije a Patrick que se quedara cuidando a Beth y yo avisé a los soldados. No sé qué más contarle ni entiendo... por favor. Usted es un hombre de Dios, no siga con esto.

—¿Es lo de todo el rato? —preguntó la voz.

—Desde que comenzó a hablar, sí, Su Pureza —respondió otra voz más áspera.

—Matadlo y echad el cuerpo para que coman los perros.

—Como ordene. ¿Nos preocupa el niño?

—¿Qué puede hacer? ¿Atacarnos con pan? No. Enviad un mensajero a Paukhorn, pero no creo que debamos preocuparnos. Titre no permitirá que un niño se interponga en Su camino. Me preocupa más el padre. Tiene formación militar —abrió la puerta—. Acaba rápido con él. Voy a meditar. Luego veremos qué hacer con los padres —cerró la puerta.

—Hazlo rápido —suplicó Aarón.

—No vas a notar nada —respondió hundiéndole el cuchillo en la nuca

matándolo de forma instantánea.

Movió una mano y cuatro guardias con el uniforme de la Ciudadela se separaron de la pared. Soltaron las ataduras y arrastraron el cuerpo fuera de la estancia.

—Vosotros dos, sacad esa silla y quemadla —dijo la voz áspera sin volver la cabeza y saliendo detrás de los pies arrastrados de Aarón.

Como siempre que se trasladaba, La Lanza de Titre llevaba consigo una gran cohorte de seguidores, sus guardias de la Ciudadela, los Elegidos de más alto rango, los cocineros y toda la gente que podría hacerle falta en cualquier posible circunstancia. Llevaban más de un mes alojados en el castillo de donde habían desalojado al noble y a su familia debido a su mayor rango y al honor que significaba para ellos y sin pensar en las pérdidas que ello les acarrearía.

Situado a medio día del pueblo, la noticia traída por los soldados sobre lo que les había contado Aarón había hecho que perdieran demasiado tiempo en empezar a cortar el problema que supondría para la Iglesia que se supiera la verdad. Afortunadamente, los soldados no habían dicho a Aarón a quién iban a informar, por lo que cuando fueron a buscarlo para que expusiera ante la “autoridad” la noticia, no tuvo ninguna duda sobre acompañarles.

El ladrido de los perros sacó de sus pensamientos a La Lanza, que sonrió ante la tranquilidad de que uno de sus quebrantos hubiera desaparecido. “Los otros dos desaparecerán pronto” pensaba. Le inquietaba el modo de hacerlo sin alertar a nadie de los alrededores. Por lo que habían averiguado en esos días, era una familia muy querida por todos y, tal vez, que aparecieran muertos podía resultar sospechoso. La mejor manera, creía él, era que todo apuntara a que habían abandonado su hogar, de forma natural. Gracias a Titre, no habían hablado con nadie de la desaparición de las niñas. Y por los sonidos de desgarró y los gruñidos de satisfacción... eso estaba confirmado.

—Listo, Su Pureza. No va a quedar mucho cuando acaben con él.

—Ahora ves por qué es conveniente venir siempre con los perros.

—Sí señor. No hay que dejar nada al azar —repitió de carrerilla el soldado de la voz áspera.

—Y ese azar caprichoso de Titre me presenta ahora una prueba. El primer escollo lo acaban de masticar mis perros, pero debo meditar sobre los padres

de esos niños. Todas las acciones que hagamos sobre ellos presentan riesgos para nuestra misión.

—Si se me permite —dijo el soldado con humildad—. La desaparición de un amigo por demasiado tiempo puede alertarles de que algo raro sucede. Y ya ha oído la historia que nos ha contado sobre lo que dice que descubrió en el pasado.

—Pero no debes tomarla como una historia de taberna cualquiera. Es cierto que asaltaron ese campamento.

—Entonces ese niño suelto es un peligro para todos.

—¿El niño? ¿Qué puede hacer? —preguntó La Lanza.

—Si lo que ha contado sucedió tal cual, ese niño ha descubierto en un día que no es su hijo, que no es tan niño, quién tiene a sus hermanas y cuál es su auténtico enemigo. No se atenderá a razones de ninguna clase.

—De momento haz lo que te he dicho y vigila a los padres ¡pero que no se note! Se supone que él seguirá vendiendo pan y haciendo el mismo camino todos los días. Que tus hombres estén siempre preparados. Ahora, como ya te he dicho, me voy a meditar —le dijo abriendo una de las puertas del pasillo—. Que nadie me moleste.

—Como desee, Su Pureza.

Cuando cerró la puerta y el soldado continuó andando hacia el patio donde sus hombres esperaban instrucciones, él se acercó a una mesa lentamente y con un solo gesto arrastró todo lo que había sobre ella dando un grito. Apoyó las dos manos en ella y hundió la cabeza en el pecho.

—Maldita sea. Tantos años después, tan lejos y con tanto trabajo preparado vuelves a aparecer frente a mí. Casi hiciste que fracasaran nuestros planes en aquel bosque con el esfuerzo que me llevó organizarlo todo: el miedo, el respeto. Y ahora estás aquí mismo, te tengo a mano para devolverte lo que me hiciste... y no puedo —sacudió la cabeza— de momento, de momento. Sin saberlo te he dañado y en un día has perdido a tus hijos. ¡Ah! Cómo me gustaría saber cuál de esos soldados eras, volver en el tiempo y encerrarte en una habitación oscura y húmeda para sacarte yo mismo las tripas y mostrártelas antes de degollarte —rió ante la imagen—. ¿Pero qué puedo hacer ahora? Has perdido a tus hijas —se sentó en el gran sillón del dueño del castillo— y eso me place. Podría ordenar que buscaran al otro y lo mataran, pero es un fantasma ahora mismo. No sabemos cómo es ni dónde puede estar.

Pero te juro por Titre que te veré muerto. Me da igual que seas muy querido en esta zona, encontraré el modo de volverlos contra ti hasta que tengas que huir y entonces, en la primera curva que pases estaré yo esperándote, sonriendo. Con mis queridos perros para ocuparse de tu mujer —se pasó la lengua por los labios—. Oh gran y poderoso Titre, perdona a este humilde pecador por sus pensamientos y oscuros deseos. Si me estás castigando por algo que he hecho mal, muéstrame una señal para saber dónde me he equivocado y así redimirme —esperó unos segundos—. Vale, no es un castigo, es una prueba y voy a pasarla.

* * * * *

Agua. Asfixia. Dolor. Sacudir los brazos tratando de conseguir un poco de aire. Los pulmones a punto de estallar. Puntos brillantes al abrir los ojos. Más rayos y truenos. Sabor a humo en la boca. “Estoy fuera del agua”. Inspiración y seguir manoteando. No sabe cuánto tiempo lleva pero le duelen las piernas. Tose sin parar por el humo del incendio y el agua. Algo le golpea la mano e instintivamente intenta cogerlo. “Es una rama. Debo sujetarme”, lo consigue y pasa los brazos por encima apoyando la cabeza. Respira ansioso y se le escapan unas lágrimas. Se deja llevar.

Algo le hacía cosquillas en la cara. Al mover la mano le respondió un bufido y llegó a ver cómo desaparecía el gato. Miró el cielo y vio que el día estaba avanzado pero cuando intentó levantarse, un dolor terrible en la cabeza le nubló la vista haciendo que volviera a caer sobre la orilla. Muy despacio empezó a mover los dedos y después los brazos. “No tengo nada roto” pensó mientras hacía lo mismo con las piernas e iba palpando el resto del cuerpo. Comprobó que la daga seguía allí con un suspiro. “Me quedé dormido agarrado al tronco y he llegado hasta aquí, que no sé dónde es”. Al tocarse la cabeza gimió de dolor. Un gran bulto cubierto de costra sobre el ojo derecho le recordó como había caído de la balsa. Con mucho cuidado se arrastró hasta la orilla y se lavó la herida para quitar los restos de sangre pegados a la cara. Bebió hasta saciar la sed y volvió a intentar levantarse. Tambaleándose lo logró y entonces miró a su alrededor.

—¡Mis bolsas! —gritó al darse cuenta de que sin ellas no tenía comida ni ropa. Sin pensarlo buscó la pulsera con la otra mano y suspiro al encontrarla

— Bueno. Te tengo a ti y a la daga, si sigo el río llegaré a Elknok ¿no? Pues andando. Ya buscaré qué comer cuando llegue el momento. Por lo menos tengo la ropa limpia —dijo riendo.

Con el optimismo y la seguridad que le daban sus dos pertenencias más preciadas, comenzó a andar paralelo al río siguiendo la corriente. Durante un rato pensó en sus compañeros de la balsa, en si le buscarían, mas al ver que el tiempo pasaba y no había rastro de ellos, supuso que habrían seguido su camino. Tampoco creía que le echaran de menos ya que él había sido una imposición de Rorl y no les había hecho gracia en ningún momento. Pero aun así, siguió mirando hacia delante en el curso del río.

—Bueno —pensaba— estoy haciendo como Patrick me dijo. Voy hacia algún sitio, no sé cuál, para hacer no tengo muy claro qué. En vaya follón me he metido yo solo. Debería haber hecho caso a mi madre y haber buscado otra solución. Pero ya es tarde y he empezado el viaje, voy a terminarlo y de la mejor manera posible. Y única, además. No puedo volver a casa sin ellas. Que esa es otra: no tengo ni puñetera idea de cómo volver allí. Podríamos subir el río, esperar a Penélope y su padre —sonrió ante esa idea— que nos dejaran donde me subí a dormir, buscar la granja del loco y de ahí andando listo. Viaje terminado. Así visto es fácil. Y tendré una historia buenísima para contar a mis hijos cuando los tenga.

Caminaba distraído y, sin darse cuenta, sacaba y enfundaba la daga. Había perdido el calzado en la balsa, pero la suave hierba que crecía cerca del río no le hacía daño en los pies. Ni lo hubiera notado estando como estaba. Se sentía capaz de todo. En pocos días había conocido parte de su vida, al amor, había sobrevivido al río sin saber nadar ¿qué podría hacerle daño? Tal vez... el hambre que empezaba a sentir. Se acercó a la orilla y bebió un trago largo que le calmó la sensación y siguió andando viendo como el sol bajaba casi delante de él. Se dio la vuelta y buscó la luna: casi llena. Llevaba una semana de viaje y le quedaban más o menos otras dos. Comenzó a sentir entonces una terrible sensación de agobio que le oprimió el pecho como una prensa y se dejó caer al suelo. Se cogió la cabeza con las manos y se puso a llorar hasta quedarse dormido.

El brillo del sol le fue devolviendo poco a poco a la consciencia. Notaba como el calor le entraba a través de la piel hacia el interior hasta alcanzar sus

huesos. Pero había algo más. A medida que la consciencia volvía notaba o más bien sentía que algo rondaba alrededor, cerca. “El desayuno” pensó. Se concentro en localizarlo, muy cerca, a la altura de las piernas quieto como él. Aguantó la respiración y en un solo movimiento sacudió la pierna para golpear lo que fuera y sacó la daga para lanzarla y que saliera como fuera.

Cuando miró, el gato le devolvía la mirada desde un poco más lejos chupándose el pelaje sin apartar los ojos de él.

—Ya lo siento, chico, pero tengo hambre y no sabía que eras tú otra vez. ¿Me has cogido cariño? ¿No habrás visto por dónde ha caído mi daga? Deja, deja, la busco yo. Podía haberme cortado el pie, así que no me mires así. En mi situación habrías hecho lo mismo. Si no a qué vienes por las mañanas, para hincarme el diente —mientras hablaba con el gato buscaba la daga por donde creía que podía haber caído—. Eres de gran ayuda por lo que veo. Al menos me escuchas. ¿Y cómo dices que te llamas? Oh, aquí está. Y la he encontrado yo —cuándo levantó la daga del suelo, el gato bufó y corrió hacia dónde la hierba le ocultaba de la vista.

“De acuerdo, chico. No te gusta la daga. Lamento el susto, pero tengo hambre y tú estabas ahí a mano. Bah, da igual. Tampoco me entiendes. ¿Qué hago hablando con un gato? ¿Qué hago hablando solo? Me debí golpear la cabeza más fuerte de lo que creía.

Se acercó al río para lavarse un poco y beber para calmar el hambre. Después buscó a su alrededor algo que comer y encontró un arbusto con moras del que comió unas pocas. Guardó otras en una hoja de uno de los árboles y se la colgó del cinturón. De vez en cuando veía al gato cómo le miraba desde una distancia prudencial. Una de las veces le lanzó una mora, lo que hizo que volviera a huir. Buscó una rama gruesa y recta para usarla a modo de bastón. La limpió de la corteza suelta. Al terminar, bebió agua y se puso de nuevo en camino.

—Gato —llamó—. Me voy para allá siguiendo el río. Si quieres compañía vente. Te prometo que ni te comeré ni volveré a intentar cazarte.

Siguió caminando atento a los sonidos que se sucedían a su alrededor buscando alguno que pudiera llevarle a calmar su hambre. En un par de ocasiones había lanzado la daga para intentar cazar un conejo que había pasado cerca, pero en ambas agradeció que no hubiera nadie cerca para ver

sus nulas capacidades como cazador. “Si sigo así” pensaba, “voy a morir de hambre”. De vez en cuando notaba los ojos del gato en su espalda. Se volvía y lo localizaba en unos arbustos o agazapado en una rama.

—Me has cogido cariño ¿eh, chico? No sé por qué si lo primero que hice fue intentar despellejarte.

Cuando ya estaba convencido que su único sustento iba a ser agua, un ruido le llamó la atención entre los árboles. Sacó la daga de la funda y cambió el bastón de mano. Con todo el sigilo posible fue adentrándose en la espesura tratando de localizar el origen de ese ruido. Sin tener muy claro si tenía más hambre que miedo o al revés, llegó al causante del sonido. Un pequeño jabalí intentaba avanzar arrastrando una pata malherida probablemente por una lucha anterior. Se le veía muy débil y desamparado, por lo que Héctor se le acercó despacio. El animal pareció querer enfrentarlo como nuevo enemigo, pero, casi sin fuerzas, cayó al suelo. Con mucha lástima, el muchacho se acercó más al animal, hasta casi poder tocarlo y le cortó la garganta con la daga. Viendo agonizar al jabalí, Héctor vomitó todo el agua que había bebido ese día. Cuando finalmente el animal murió, Héctor lo cogió de las patas traseras y lo arrastró hasta la orilla del río donde se lavó las manos y la daga.

—Ahora necesito un poco de madera para encender un fuego... saber encender un fuego... saber limpiar a este animal... saber cómo cocinarlo. Mmm, se me hace la boca agua, Je, je, je y al chico éste también. ¡Oye! —le llamó— Cuando acabe de solucionar unos problemillas ¿querrás un bocado? Ya estoy otra vez hablando con el gato. Si me vieran mis hermanas se iban a estar riendo de mi durante un mes.

Eso le recordó otra vez el motivo del viaje y, con lágrimas en los ojos, pero haciendo un gran esfuerzo por sobreponerse, fue a buscar palos más o menos gruesos con los que encender el fuego.

Ya bajaba el sol cuando consiguió encenderlo y mantenerlo con vida. Entonces empezó a intentar limpiar el jabalí con la daga de su padre. Casi desesperado por lo difícil que le estaba resultando, acabó cortando unos trozos de tamaño aceptable mientras todos los despojos los tiraba alrededor para alegría del gato, que comía sin descanso de uno y otro lado.

—Ya tengo el fuego y la carne. Pero no tengo muy claro cómo prepararlo. Claro que a ti te da igual ¿verdad, chico? Tú ya has comido sin mayor

preocupación. ¡Vaya ayudante tengo!

Acabó cortando trozos no mayores que sus dedos que atravesó con las ramas más largas que encontró, sujetándolas con piedras sobre el fuego para que se fueran asando. Mientras esperaba que se hiciesen, intentaba llamar la atención de su nuevo amigo que, un poco más que antes, parecía fiarse de él aunque no llegaba a acercarse del todo y siempre mirando de reojo los trozos de carne que goteaban sobre el fuego.

—Debería haber prestado más atención a los guisos de mamá. Sé hacer un montón de tipos de pan pero casi me muero de hambre. ¡Qué triste soy! Ya tengo cosas que hacer cuando vuelva... ¡no! Cuando volvamos a casa.

Cogió uno de los trozos de carne y empezó a comérselo poco a poco. Aún estaba poco hecho pero estaba muy bueno. El segundo mejor y el tercero perfecto, por lo que apartó los demás del fuego y puso nuevos trozos para tenerlos preparados para seguir el viaje.

Con los dedos grasientos y el estómago lleno comenzó a lanzar pequeños trocitos de carne al gato, que los olía antes de comérselos, sin quitarle los ojos de encima.

—Venga tonto —le decía—. Acércate al fuego que estarás más caliente. Se está haciendo de noche y refresca.

Muy poco a poco, el animal se acercó a él y acabó acurrucado cerca tras darse unos lametones mirando a Héctor y pareció quedarse dormido.

—Otro día menos y más perdido que ninguno —dijo mientras se tumbaba—. Lo único que sé, es que vamos en la dirección correcta. Espero tener más suerte mañana y llegar a encontrar algo de civilización —bostezó con fuerza—. Buenas noches, chico. Así voy a llamarte: Chico.

* * * * *

—¿Cómo crees que estarán? —preguntó Beth.

—Seguro que bien. Calculo que Héctor estará llegando a Elknok o incluso puede que esté en Paukhorn.

—¿Tan rápido?

—Tiene muchos recursos y un gran carisma. Es fácil que le hayan podido

ayudar si ha sabido contar una historia convincente.

—¿Será un mentiroso?

—Escucha, Beth —explicó Patrick—. Hay momentos y situaciones en las que las personas deben, si no renunciar, poner a un lado todo lo que les hace ser lo que son, para llegar a un destino o un fin. Eso no significa que cambie para siempre.

—Pero puede pasar ¿verdad? No deja de ser un niño.

—Sí, pero más maduro que muchos otros de su edad. Y es posible que mienta o robe o se pelee, pero no olvidará el auténtico motivo de todo ello.

—Sus hermanas —dijo Beth.

—Y traerlas con su madre.

—Y contigo.

—Bueno —dijo Patrick acariciando el pelo de su mujer—, de momento creo que yo no soy una de sus prioridades, por lo menos para bien. Pero a pesar de lo que pueda hacer en este tiempo, jamás debemos reprocharle nada.

—Pero, Patrick ¿cómo podríamos?

—Ay, cielo, cosas más raras se han visto.

Quedaron en silencio un rato con las manos entrelazadas y la cabeza de Beth sobre el hombro de su esposo. Aunque habían intentado mantener la normalidad, Patrick cada día pasaba menos tiempo fuera de casa vendiendo pan para no dejar sola a su esposa, cosa que ella le agradecía aunque ninguno de los dos hablara sobre ello.

—Cariño —le dijo ella comenzando a amodorrarse—. ¿Has sabido algo de Aarón?

—La verdad es que no lo veo hace días.

—¿No? ¿Cuántos? —preguntó ella alarmada.

—Desde... desde el día que hablamos y me dijo que se encargaría él de informar a los soldados —respondió Patrick incorporándose lentamente.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada— Te has quedado pálido ¿Crees que le ha pasado algo malo?

—No, no —respondió intentando tranquilizarla—. En fin —suspiró—. Ya una vez me enfrenté a la iglesia y a los Tahn, pero él conoce la historia y no iría a hablar con nadie que tuviera que ver con los Elegidos ni les daría ningún dato que pudiera hacerle parecer sospechoso.

—Cariño, ahora veo fantasmas por todas partes y todo me da miedo.

Cuando no estás por la mañana tengo tiempo de pensar, e imagino tantas cosas. Desde la muerte de los niños a que alguien averigüe lo que sabemos y nos quiera hacer callar.

—Por eso no debes preocuparte, Beth —le tranquilizó—. ¿Qué probabilidad hay de que nadie de aquella época siga ahora por aquí y se acuerde de todo?

—Si supiera todas esas cosas habría sabido lo que iba a pasar y lo habría evitado ¿no crees?

—No te enfades cariño.

—No lo hago, Patrick. No puedo evitar el estar preocupada y tener miedo cada vez que oigo un ruido fuera.

—Pero no podemos irnos ahora de aquí.

—No es eso lo que digo. No saques las cosas de quicio. Claro que no nos podemos ir ¿Dónde volverían? No soy tan estúpida, Patrick —dijo ya levantando la voz—. Sólo me preocupa y me asusto. Tengo miedo por los pequeños y por nosotros. Siento que te moleste —se levantó de donde estaban los dos—. No volveré a sacar el tema y solucionado.

—Ahora sí te has enfadado y no sé qué he hecho o dicho Beth. O acaso crees que a mí no me preocupan ellos o tú. Y más ahora que has dicho eso sobre Aarón. No había pensado en él porque de no verle estos días suponía que habría vuelto a las montañas. Pero no lo haría sin hablar conmigo antes de lo que le habían dicho los soldados... a los que tampoco recuerdo haber visto.

—Parece que igual no estoy tan loca.

—No he dicho que lo estuvieras —dijo él intentando abrazarla—. No tengo muy claro lo que he dicho pero eso desde luego no.

—Igual me he pasado. Tengo los nervios a flor de piel Patrick —respondió ella aceptando el abrazo de su marido—. Estoy muy asustada.

—También yo Beth, pero no debemos añadir más preocupaciones a las que ya tenemos encima. Si te va a ayudar, te prometo que tendré cuidado cuando lleve el pan

—Y te fijarás en todos los detalles para que nada pueda sorprenderte e irás armado —levantó la mano para acallar la protesta— aunque sea con un cuchillo de cocina como llevabas hasta que se lo diste a Héctor. No es negociable. Y si no me lo prometes para cumplirlo, dejaré de hablarte para siempre.

—Tienes mi palabra, Beth —le respondió cogiendo su cara entre las

manos.

—Les echo tanto de menos Patrick. Intento ser fuerte pero no puedo evitarlo. Les echo de menos en el silencio de sus discusiones en sus camas vacías —empezó a llorar y él la abrazó con fuerza.

—Y eso es algo que te hace una madre maravillosa.

—No lo soy —decía entre sollozas—. Las abandoné. No estuve pendiente de ellas y a él lo hemos mandado no sabemos dónde, ni cómo ni a qué precio.

Patrick la abrazó en silencio mientras las lágrimas de ella le cubrían el hombro y se juntaban con las suyas en el pecho. Ninguno de ellos habló en mucho rato y poco a poco se dirigieron al dormitorio donde él la tumbó, besó su frente y la arropó. Había caído dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Patrick acercó una silla y se sentó a su lado sin dejar de mirar cómo dormía. Hablar de sus miedos le había dado una mayor expresión de paz al dormir. Se agitó un poco en sueños, pero al poner su mano sobre la de ella, volvió a calmarse.

—Te amo Beth —le susurró acariciando su mano—. Y estoy hecho un verdadero lío. Sé que tengo, debo, estar aquí a tu lado, cuidarte y protegerte, pero siento el cuerpo desgarrado al no poder ayudar a nuestro hijo a buscar a sus hermanas. Y ahora no podemos irnos de aquí por si vuelven a casa. Aunque quisiéramos seguir los pasos de Héctor, no estaríamos seguros de por dónde se ha ido y podríamos cruzarnos o suceder mil cosas —se pasó las manos por la cabeza poniéndose en pie—. ¿Y si es cierto lo que has dicho? ¿Si es como la otra vez y ahora vienen a por nosotros? No, no, no. Así sólo voy a volverme loco. Tengo que usar la cabeza. Mañana preguntaré por Aarón en el pueblo y en los alrededores. Sí, pero sin que se note lo que hago —salió de nuevo al salón—. ¿Ahora voy a ver fantasmas en todas partes? ¿Debo tener preparado un macuto por si tenemos que huir? ¿Hacia dónde? ¿O es mejor esperar? Que vuelvan los niños y nos encuentren esperándoles.

“Locuras aparte, sí que voy a enterarme de lo de Aarón. Y debería dormir, al menos un rato.

—Sí cariño —dijo Beth desde la puerta—. La cama está fría sin ti.

* * * * *

Un ruido le despertó. Parpadeó y vio como Chico intentaba abrir el paquete dónde guardaba la carne. Al verse observado, el animal se acercó a Héctor y, ronroneando, frotó su cuerpo con el del muchacho antes de volver a por el paquete.

—Mira por donde —dijo tras carraspear—. Ahora sí eres amigo mío, ¿no, Chico?

Se levantó y le dio un par de trocitos antes de meterse en el agua para aliviarse y lavar tanto la ropa como a él mismo. Salió y se tumbó al sol para comer unas bayas. Chico se le acercó y se lavó también al sol antes de tumbarse a su lado.

—Eres muy flexible —dijo Héctor mientras acercaba la mano para acariciarle, cosa que a Chico le pareció bien—. ¿Pero no se te llena la tripa de pelo? Ja, ja, ja. Ya que hablo contigo, ¿no sabrás dónde queda Elknok? O si falta mucho. Eran tres días en barca y creo que llevo cuatro desde que salí de... Penélope. No te he hablado de ella, ¿no?

Contó al gato todo lo que había pasado los últimos días, le enseñó la pulsera de sus hermanas y le describió con todos los detalles posibles cómo era Penélope y todo lo que le había hecho sentir en un día. Chico parecía escucharle y aunque de vez en cuando bostezaba, no se apartó de su lado en todo el tiempo que él estuvo hablando.

—Y creo —dijo por fin— que esta noche ha sido la primera que no he llorado al dormir. No sé si tendrás algo que ver o no, pero gracias. Ya estamos secos y no sé cuánto me falta para llegar al mar, así que por lo menos, yo me pongo en marcha. Si quieres venir, estás invitado. Por lo menos mientras haya carne, eso seguro.

Recogió sus pocas pertenencias, echó agua sobre la hoguera apagada hacía horas y comenzó a andar siguiendo el río. A medida que avanzaba el día, el paisaje iba cambiando poco a poco. Cada vez eran menos las grandes arboledas y se notaba más la mano del hombre. Incluso en un momento dado, le pareció ver una carretera a su derecha, pero no estuvo seguro de haberla visto. Chico había estado toda la mañana yendo y viendo a su antojo, pero manteniendo el ritmo que llevaba Héctor al andar, y cuando pararon a comer, se había subido a su regazo y se había quedado dormido un rato. Lo único que

parecía seguir sin gustarle era la daga. En cada ocasión que se detenía, Héctor buscaba algún lugar en el que practicar su lanzamiento. En esos momentos Chico desaparecía. No había olvidado el modo en el que se conocieron.

Decidió seguir hasta el anochecer junto al río y al día siguiente separarse de él sin dejar de avanzar para comprobar si había algún camino que seguir hasta Elknok y algún carro en el que subir y dejar descansar sus pies.

Los árboles fueron dejando paso a campos de cereales y frutales para alegría del estómago de Héctor y de él mismo, ya que eso significaba que se acercaban por fin a la ciudad. Eso le hacía preguntarse que había llevado a Patrick a decirle que no debía notarse que era un aldeano que nunca había visto la ciudad. Mientras pensaba en eso, se dio cuenta de algo que notaba hacía un rato pero que no le había prestado atención: ruido. Tras esos días siguiendo el río acompañado del sonido del agua y de los animales, el ruido de las personas agrupadas había ido abriéndose paso en su cabeza poco a poco sin llamar la atención, pero ahora que se daba cuenta, estaba en todas partes. Se oían voces lejanas, sonidos de animales, traqueteos de carros, etc. Se detuvo y miró alrededor buscando el origen de todo ello. Aunque no se veía era evidente que todo había cambiado. Se notaba que en el aire había olores de origen humano: humo de hogueras, comidas, olores de deshechos. Hasta Chico notaba el cambio y movía nervioso las orejas.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta? —le preguntó agachándose—. Pues es lo que yo espero encontrar desde hace un par de días. Me da la impresión de que aquí vamos a llevar caminos separados, porque yo me voy de cabeza al ruido en cuanto se haga de día. Pasaremos la noche aquí ya que nos hemos parado. ¿Querrás un poco de carne? Seguro que sí.

Buscó una zona despejada en la orilla del río y se quitó la ropa que llevaba, se bañó frotándose con hojas y lavó la ropa contra las piedras. Quería parecer lo más decente posible cuando viera a alguien y así, no dar la impresión de ser un pordiosero. Encendió una hoguera y puso la ropa cerca para que se secara mientras, Chico volvía a pasear nervioso olfateando el aire con el lomo erizado.

—Toma. Come un poco y relájate. Así no vas a poder dormir.

Cuando un rato después ya habían cenado y Héctor se había tumbado, comenzaron a escuchar música y voces alegres no demasiado lejos de donde

se encontraban. Parecía un grupo grande y eso le puso triste, ya que se dio cuenta que echaba de menos el contacto humano.

—Y hablar con alguien que me conteste —dijo a Chico—. No te lo tomes a mal, me gusta hablar contigo, pero necesito algo más. Creo que voy a acercarme antes de que anochezca del todo y puedan tomarme por un ladrón. Te voy a dejar aquí unos trozos de carne —le rascó entre las orejas— antes de irme. Cuídate mucho pequeño. Y no te fíes de las dagas.

Tras ponerse en pie, recogió sus cuatro cosas, se vistió y empezó a andar hacia la música.

Rumbo a Elknok

Los carros estaban alineados a un lado del camino y a su lado, los animales pastaban tras el largo día. La música y las risas provenientes de la gente llenaban el aire desde el otro lado. El resplandor de las hogueras iluminaban las ruedas por debajo y, de vez en cuando, alguna sombra cruzaba por delante de la luz.

Héctor estaba a unos cinco metros de ellas y por primera vez sintió temor de acercarse. Hasta entonces no había dado con casi nadie que no le ayudara, pero no sabía con seguridad que clase de gente iba a encontrarse ahora. Respiró hondo, sujetó con fuerza sus pertenencias y echó a andar hacia ellos.

—¡Alto! —exclamó una voz desde algún lugar— ¿Quién es?

—Eh... —respondió Héctor dubitativo— Soy un viajero que voy hacia Elknok y he escuchado las voces.

—¿Vas solo?

—Sí. por eso me he acercado. Todo esto es nuevo para mí y me vendría bien estar con gente una noche.

Mientras respondía, una figura salió de entre los carros con un gran bastón de madera en las manos con el que apuntaba como si se tratara de una lanza. Miraba alrededor escudriñando entre las sombras como si buscara a alguien más.

—Ven despacio y que te vea las manos —le dijo.

Asustado, Héctor comenzó a andar hacia la figura. Al acercarse pudo ver que se trataba de un hombre de unos veinticinco años, poblada barba y algo más alto que él. Fácilmente podría usar el bastón con una mano y enfrentarse a un grupo grande sin dudar.

—¿Seguro que vas solo?

—Bueno —respondió Héctor—, hasta hace un rato venía un gato conmigo, pero se ha asustado.

—¿Un gato? —preguntó la voz—. ¿Un gato? Ja, ja, ja. Anda acércate. Pero si eres un crío.

—¡Oye! Tengo once años —medio mintió Héctor ofendido—. No soy tan crío.

—Me llamo Douglas y soy el vigilante de estos carros —se presentó tendiendo la mano.

—Encantado —respondió Héctor estrechándosela con fuerza—. Soy Héctor.

—La verdad es que aparentas más. Bienvenido. Espera un momento —le dijo volviéndose hacia los carros—. ¡Johanna! ¡Acércate por aquí un momento!

—¿Qué sucede Du? La cena no está lista así que espera un momento —respondió una voz de mujer.

—¡No es eso! ¡Ven anda! —se volvió hacia Héctor—. Es mi esposa.

—¿Qué quieres, pesado?

Del mismo lugar del que había salido Douglas, salió una mujer con un pañuelo en la cabeza, vestido oscuro y grandes pendientes secándose las manos con un trapo. Al ver a Héctor una sonrisa cruzó su rostro. Miró a su marido y al hacer él un gesto afirmativo, siguió avanzando.

—Vaya —dijo con una suave voz—, no sabía que íbamos a tener invitados, si no habría preparado más comida. Tendrás que compartir la ración de este grandullón —afirmó señalando a Douglas—. Soy Johanna, buenas noches.

—Encantado de conocerla señora. Me llamo Héctor y me encantaría probar esa cena que dicen. Como sepa sólo la mitad de bien que huele, debe ser maravillosa.

—¡Oh! Qué zalamero —rio Johanna—. Ven conmigo y deja a este bruto. Parece que te vendrá bien sentarte un rato y comer algo caliente.

—Tengo algo de carne que me queda para compartir, si no es ofensa.

—¡Qué buen chico! —dijo Douglas— Ve con ella antes de que te arrastre. Es muy capaz.

—Anda, borrico, vuelve a tu trabajo que luego dices que estás muy cansado y no haces nada en todo el día.

Johanna y Héctor pasaron entre los carros mientras Douglas gruñía algo que ninguno de los dos entendió.

Unas diez personas estaban sentadas alrededor de dos fuegos. En uno de ellos una gran olla de cobre hervía con algo que Johanna enseguida fue a remover. En la otra, dos hombres giraban un cerdo sudando y haciendo bromas. Cuando la mujer comprobó que lo que cocía en la olla estaba de su

gusto, lo retiró del fuego y presentó a Héctor a todos los que formaban el grupo. Eran campesinos y artesanos que transportaban sus mercancías a Elknok para venderlas y llevar a casa los productos necesarios para el resto del año.

—Lo hacemos en las ferias de los pueblos —decía uno de ellos—. Pero aquí tienen muchos más productos de los que podemos encontrar allí. Y tú, ¿qué haces aquí?

Mientras cenaban les contó la historia que Penélope había destapado, pero con más sentimiento. Poco a poco todos fueron callando para escucharle con atención. Cuando terminó, Douglas, que se había acercado en silencio, le apoyó la mano en el hombro y se lo apretó amistosamente.

—Una triste historia, la verdad —dijo—. ¿Quieres venir con nosotros hasta Elknok? Te ahorras un día de viaje e irás más seguro en grupo. Por esta zona es común ver merodeadores y asaltantes.

—Si no os voy a molestar ni ser una carga, acepto encantado. Muchísimas gracias.

Todos le dieron la bienvenida formalmente y alguna de las mujeres fueron a los carros de donde sacaron algo de ropa y calzado que le regalaron.

—Una vez en la ciudad tendrás que valerte por ti mismo para encontrar a tus familiares —le dijo una mujer del grupo.

—Con que me acerquéis allí estaré eternamente agradecido.

—No tienes que agradecernos nada de ninguna manera. Nuestra gente —explicó ella señalando alrededor con la palma hacia arriba— no busca agradecimientos de ninguna clase. Ni ofrendas, ni nada así. Sólo con ayudarnos mutuamente y a otros nos basta. Es nuestra...

—Bueno, bueno —la interrumpió Douglas—. Ya vale de sermonear ¿no? —preguntó a la mujer con el ceño fruncido, cosa que no pasó desapercibida a Héctor—. Vamos cerca del fuego que la noche refresca. ¿Quieres un poco de aguardiente?

—Lo cierto —respondió andando a su lado— es que no he probado nunca esa bebida. ¿No soy un crío?

—¿No decías que no lo eras?

Rieron los dos mientras se sentaba Héctor y Douglas iba a buscar la botella

a uno de los carros. Entonces comenzó a mirar con disimulo, mientras hablaba con los viajeros, que ninguno de ellos llevaba el Halcón de Títre al cuello ni en las carretas para protegerles de los demonios de Gatrál. Ni tampoco les había visto hacer ningún gesto religioso, como le habían enseñado sus padres para que no se supiera que no eran devotos. Decidió guardar esas ideas para sí y charló animadamente de Penélope con dos de las mujeres a las que les hizo mucha gracia, acompañada de codazos entre ellas al llegar a la escena del baño y el rato que le siguió.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunto Johanna sentándose entre ellas.

—Aquí, el muchacho —dijo una de ellas riendo.

—Casi, casi ya no lo es —terminó la otra riendo ante la cara de no entender nada de Héctor.

—Bueno —dijo Johanna estudiándolo—, no pareces mal mozo. Y eres muy educado y agradable.

—Me estáis haciendo sentir como un burro al que queréis vender en el mercado —interrumpió Héctor entre turbado y divertido.

—¿Quién te ha llamado burro? —preguntó Douglas dejándose caer junto a él—. A mí me parece buena persona.

—Por eso mismo —respondió una de ellas haciendo que volvieran a reír.

—No les hagas demasiado caso chaval o acabarán volviéndote loco. Es uno de los consejos que más recordarás en toda tu vida. Lo tendrás siempre presente —dijo riendo— como si fuera una maldición.

—Gracias... creo. —respondió Héctor sin dejar de fijarse que ninguno había hecho el gesto que acompañaba siempre a ese tipo de expresiones—. ¿Traes el aguardiente o no?

—Sí, pero sin prisas muchacho. Es muy fuerte. Lo hacemos nosotros mismos allá en casa. Suele gustar mucho... por lo menos hasta la mañana siguiente cuando la gente se levanta y nota cómo le duele la cabeza. Debes beber poco y despacio ¿de acuerdo?

—Como ordenéis, alteza —aceptó Héctor bebiendo un sorbo—. ¡Uah! ¿De qué está hecho? - consiguió susurrar al rato.

—Pero sigues de pie, muchacho. He visto hombres que con el primer trago han caído al suelo tosiendo y tú, aparte de casi ahogarte y cruzar los ojos, has aguantado.

—¿Ésto os gusta? —preguntó Héctor— ¿En serio? De verdad, te agradezco la invitación, pero yo con un vasito de leche me conformo. La verdad es que la

cena ha sido maravillosa Johanna. Llevaba un montón de días sin comer nada así de bueno. Muchas gracias.

—No tienes por qué darlas. Es un placer ayudar, ya te lo hemos dicho.

—Pues consideremos que para mí es un placer daros las gracias por la acogida, la cena, la ropa, el calzado, la conversación, las risas, el apoyo y el brebaje ese que me has dado. De corazón. Desde lo más profundo de mi alma os estaré agradecido hasta el día que me muera.

—¿Lo dejamos en empate? —preguntó Douglas.

—De acuerdo.

—Y ahora jovencito —intervino otra de las mujeres— te vas a ir a dormir porque mañana cuando salga el sol vamos a preparar todo para irnos y tú vas a ayudarnos.

—Encantado. Eh... ¿Dónde me acuesto?

—Por aquí, cerca del fuego. En las carretas, lamentablemente no hay sitio.

—No os preocupéis. Es un sitio perfecto.

Casi al momento de tumbarse estaba dormido y los componentes de la caravana que aún quedaban en pie fueron a acostarse también.

—Debemos tener más cuidado al hablar con desconocidos —dijo Douglas a su mujer ayudándola a subir al carro.

—¿Por qué?

—Cathy estaba hablando con el muchacho y casi le cuenta que no somos creyentes de Titre.

—¡Oh! Mañana se lo diré.

—Creo que me ha entendido cuando la he mirado.

—De todas formas, creo que él tampoco es muy fiel a esos preceptos. Aunque ya lo sé —dijo acallando a su esposo—, en estos tiempos no nos podemos fiar de nadie.

—Acuéstate que debo preparar los carros. Ya estamos muy cerca de Elknok y nos podemos encontrar con Elegidos en cualquier momento.

—Prepararé mientras nuestros amuletos para repartirlos mañana.

—Enseguida vuelvo —se despidió Douglas saliendo de la caravana.

—Te quiero cielo.

—Y yo a ti.

Douglas pasó los siguientes minutos colocando a la vista los símbolos de

Titre. Tanto el Halcón como La Lanza como símbolos de bendición y protección para él y los suyos en los caminos contra todos los males que pudieran aparecerles. Mientras los ponía, los miraba con desdén y en más de una ocasión escupió al suelo para luego mirar hacia donde dormía Héctor, por si acaso.

Cuando terminó, colocó con cuidado unos nuevos troncos en la hoguera y volvió hacia su carro para acostarse y preparar el último día de viaje antes de llegar a la ciudad. Serían tres intensos días de negociaciones, compras, ventas y mucha gente todo el día a su alrededor. Resoplando ante la perspectiva, entró a su caravana.

—¿Cómo está? —preguntó Johanna.

—Duerme como un ángel.

—Se le cambiaba la cara por momentos a medida que contaba su historia. ¿Te has fijado?

—Si es cierto todo lo que ha contado, está falto de contacto humano.

—¿Cómo que si es cierto? No me ha parecido que mintiera en ningún momento.

—Ya. A mí tampoco. Y eso que no le has visto la cara cuando me ha explicado lo del gato: le daba pena separarse de él. Si hasta ha dicho que le ha dejado unos trozos de carne cuando se ha venido hacia aquí sin él porque le daba miedo nuestro ruido y olores.

—Es muy buen chico, Douglas. Se nota en cuanto hablas con él y le miras a los ojos. Tiene una fuerza interior que pugna por salir... no sé cómo decirlo.

—Te entiendo, cariño. Es en los movimientos que hace al hablar, el modo en que mira y te escucha cuando le hablas.

—Eso es. Se nota que sus padres le dieron una buena educación. ¿Has preparado todo para mañana?

—Sí. Deberíamos tenerlo todo listo antes de que se despierte y pueda hacer preguntas. Ahora vamos a dormir, que estoy cansado.

—¿Quién está de guardia?

—He dejado a Nelson.

—Me parece buena idea —aceptó Johanna besando a su marido—. Descansa cielo.

—Hasta mañana.

Para ellos la noche fue plácida y se levantaron descansados antes de que

saliera el sol, listos para tenerlo todo preparado y partir cuanto antes. Para Héctor fue una noche larga en la que las pesadillas le atormentaron sin descanso y lo sujetaban de tal modo que era incapaz de despertar totalmente antes de comenzar otra. Vio cómo sus padres desaparecían en un torbellino negro que se abría en el suelo; en otro un halcón de garras ensangrentadas le perseguía por un camino en el que era incapaz de correr por mucho que lo intentara; en otro vio cómo sus hermanas caían por un acantilado hacia las rocas que asomaban del agua como los dientes de una boca enorme. Pero el que al fin le hizo despertar fue uno en el que se encontró atravesando un palacio maravilloso de mármol y muebles preciosos donde buscaba algo y algo o alguien quería atraparlo antes de que lo hiciera. Cuando había cruzado varias estancias comenzó a notar una sensación extraña en la muñeca, miró y vio cómo su pulsera de flores se iluminaba desde dentro calentándose pero sin arder. Comenzó a girar sobre sí mismo y finalmente echó a correr en la dirección en la que más calentaba la pulsera hasta casi doler. Corrió y corrió hasta llegar a una pequeña puerta de madera y allí el dolor era casi insoportable. Agarró el picaporte y abrió hacia una oscuridad en la que únicamente se veía brillar dos ojos. Estiró un brazo hacia ellos y sintió como un rayo de energía le desgarraba por dentro saliendo de sus dedos mientras la pulsera se deshacía antes sus ojos y él gritaba de angustia.

Abrió los ojos y sintió cómo las lágrimas caían por su cara. A través de ellas Douglas y Cathy le miraban asustados.

—Tranquilo —le dijo Johanna desde detrás—. Ha sido sólo un sueño.

Le puso una mano en el hombro y él gruñó más que gritó apartándose como pudo. Ese movimiento hizo que el gato, al que nadie había visto hasta entonces, saliera de entre la manta donde había dormido y se apartara unos metros. Miró desconfiado a los presentes y se acercó a Héctor sin quitarles la vista de encima. Se sentó en su regazo y, con infinito cuidado, puso la pata delantera sobre su rostro. Héctor abrió los ojos y al verlo le acarició dándole las gracias.

—Que me den un golpe si hubiera creído que esto era posible —susurró Douglas—. Ese gato ha venido esta noche para dormir con él.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Cathy.

—Lo encontró en las arboledas y han ido juntos un par de días.

—No es posible. ¿Eso ha hecho el gato?

Siguieron mirando cómo Héctor se tranquilizaba y daba un pequeño abrazo a Chico susurrándole cosas al oído, lo que hizo que éste sacudiera la oreja. Entonces fue levantando la cabeza y sonrió a todos los que miraban preocupados.

—Ha venido Chico —dijo—. Siento mi reacción, pero he tenido unas pesadillas horribles. ¿Tenéis un poco de leche para él? —preguntó incorporándose.

—Sí, claro —respondió Douglas haciendo un gesto con la mano Cathy—. ¿Se fía de nosotros ya?

—Creo que sí —miró a Chico—. esta gente es buena, me han acogido y me han dado comida y cama. Además, me van a ayudar a llegar a la ciudad y a ti te van a dar leche. Mira ese platillo, ¿ves? Bébela que yo voy a lavarme un poco.

Con el susto de las pesadillas aún en el cuerpo dejó a todos mirando al gato y fue a asearse un poco donde le habían explicado el día anterior. Cuando terminaba, el olor a café y a algo en la sartén cubría el ambiente. Entonces se fijó en que las carretas sí tenían los símbolos de protección de Titre, por lo que pensó que por la noche había estado demasiado nervioso hasta para verlas.

—¿Estás mejor? —le preguntó Nelson cuando volvió al grupo— Me han contado lo que ha pasado. Tu gato es encantador.

—Sí gracias. He tenido unas pesadillas horribles. Lo que no sé es dónde estaba escondido Chico.

—¿Chico? ¿Es el nombre del gato?

—Así le llamo y parece que le gusta. ¿Has desayunado? —le preguntó acercándose despacio mientras éste le miraba.

—Dormía contigo —le respondió Nelson—. Ha salido de la manta cuando te has asustado.

—Ah, ¿sí? —se agachó para acariciar al animal— ¿Cuándo has llegado? Creía que te daba miedo esta buena gente.

Douglas miraba cómo se comportaba y cómo el gato parecía hacerle caso. Hizo una señal a Johanna para hablar con ella aparte.

—Pero rápido —dijo ella— que se me quema el desayuno.

—Me preocupa el chaval.

—¿Exactamente el qué? ¿Que tenga pesadillas?

—Me gustaría saber qué han sido.

—¿Para eso me traes aquí?

—Y ¿el gato? ¿Cuántas veces has visto eso?

—Eres un paranoico. En lo que nos afecta a nosotros está todo bien. Ayer pusiste todo en los carros y llevamos lo que he repartido hoy. Si no quieres, aunque me molestaría, llevar al chaval, lo dejamos aquí.

—No, no. al contrario. Verás... no sé cómo explicarlo. Siento la necesidad de ayudarle más de lo que me pueden dictar mi conciencia o creencias. Es algo que... me sale de dentro, como respirar. Me produce malestar pensar en dejarlo aquí. Y aunque te rías, no hago más que darle vueltas a lo del gato. Es muy raro. Y tengo años suficientes como para sospechar lo que quiera, que no soy un niño aunque me mires así.

—Venga —le dijo ella golpeándole con cariño el brazo—, tira para allá delante de mí y déjate de tonterías. Desayunamos y nos vamos.“Pero hay algo en ese chico —susurró para sí—, algo que no quiere que veamos”.

Cuando llegaron con el resto, Cathy había sacado ya el desayuno del fuego y estaba repartiendo la comida y el café para todos. El gato se encontraba entre las piernas de Héctor con la cabeza apoyada en las patas y parecía dormir ajeno a que todos hablaran de él.

—Y por eso no sé qué hacer —terminaba Héctor.

—Lo entiendo —respondió uno de los hombres.

—¿Qué sucede? —preguntó Douglas sentándose junto al muchacho con el café en la mano.

—Pues como les decía: una cosa es andar por los campos o hasta estar aquí y que Chico esté conmigo, pero al llegar a Elknok...

—Le has cogido cariño ¿verdad?

—Y parece que él a mí. Pero vamos, que tendrá que elegir, porque no voy a quedarme en este lugar para siempre por un gato... por bonito y adorable que sea —añadió mirando al gato, que le devolvió la mirada cómo si supiera que se refería a él.

—Acabad rápido que tenemos que salir ya. La idea es no parar y llegar a la ciudad antes de que se ponga el sol y cierren las puertas.

Media hora después todos los carros estaban en marcha con Héctor sentado en el pescante del primero junto a Douglas y con Chico en brazos. Se empezaron a cruzar gente que iba y venía por el camino levantando el brazo para saludar y preguntar cosas sobre otros lugares del Imperio.

—¿Cómo es Elknok? —preguntó Héctor.

—Grande y ruidosa —respondió Douglas—. ¿Qué es lo más grande que conoces?

—Nada. Vivía en una granja y llevábamos el pan a un par de aldeas y un pueblo. Pero en el pueblo no había más de cincuenta casas.

—Entonces prepárate. Antes de llegar a los muros habremos pasado más de cincuenta veces esa cantidad. Cada vez ha ido más gente a vivir a Elknok y ya no hay lugar para hacer casas dentro, por lo que las hacen a lo largo del camino.

—¿Cómo crees que será vivir ahí? —preguntó al cabo de un rato.

—Diferente a todo lo que conoces. Y por lo tanto peligroso.

—Pero seguro que hay soldados, ¿no?

—Sí. Muchos. Pero hay quien dice que pueden ser peores que los ladrones. Eso no lo puedo asegurar ya que no he pasado mucho tiempo ahí, pero la gente habla.

—Eh... ¿Tiene la Iglesia poder allí? —preguntó mirándole a los ojos.

—¿La Iglesia? Sí, mucho. Por todas partes hay Elegidos y Guardias de la Ciudadela que vigilan que nadie incumpla los preceptos de Titre. Eso ayuda a mantenernos... seguros... —añadió dubitativo.

—Douglas, ¿puedo ser franco contigo?

—Claro —respondió éste poniéndose a la defensiva.

—Me parece que no sois precisamente fieles a Titre. Espera, déjame terminar. Cuando llegué anoche me fijé que ni vosotros ni los carros llevabais los talismanes y protecciones de la Iglesia. Pero hoy después del susto de esta mañana, los había por todas partes.

Mira, no quiero problemas contigo, ni para ti, ni para mí. Yo tengo una historia que viene de lejos con ellos y, sinceramente, no voy a entrar en detalles ahora. Pero algo me hace confiar en ti. Mi padre me enseñó a fijarme en la gente y poder ver cómo son en realidad. Sé que parezco un crío, pero no lo soy. Ni de edad ni de... cabeza —se tocó la frente al decirlo—. Tengo por delante un viaje largo y peligroso y no quiero, ni puedo permitirme más retrasos. Por eso te pregunto, Douglas ¿Vais a tener problemas al entrar en la ciudad?

El hombre tragó saliva ante las palabras de Héctor. Le habían sorprendido y reafirmado en su opinión sobre él que le había intentado explicar a Johanna. Se giró para mirarlo y vio cómo sus ojos estaban clavados en él mientras que con la mano tocaba su pulsera. Finalmente se decidió a contestar.

—No, no los tendremos. En eso puedes estar tranquilo. Ni tampoco somos peligrosos, al menos para ti. Olvida lo último que suena mal hasta para mí. Verás —comenzó con un suspiro—, hace muchos años que el que manda en el imperio es La Lanza y no el Emperador. Ha emprendido guerras contra todo aquel que levantara un poco la voz u opinara diferente. Ha masacrado pueblos que no aceptaban a su dios de manera que todos los habitantes han aprendido la lección. Títre es bueno, todo lo demás son demonios y hay que destruirlos. Esta gente se lo ha enseñado a sus hijos y éstos a los suyos. Quiero decir, no ha sido sólo esta Lanza el que lo ha hecho, pero sí es el peor. En tiempos de mi abuelo, el anterior Emperador, padre del actual, ya acudía a pedir ayuda y consejo a su “amigo”. Poco a poco fue ganando favores, tierras y un ejército cada vez más poderoso y abnegado que llegó a superar al del Emperador. Cada Elegido lleva siempre tres o cuatro hombres con él, más los que hay en los templos, en la Ciudadela, patrullando fronteras y, según he visto y oído, en algunos pueblos supuestamente malditos, tiene tropas preparadas por lo que pueda pasar. Así pueden caer sobre cualquiera que pueda suponer, o parecer, una amenaza en cuestión de días, lo que acrecienta la leyenda de que son soldados enviados por Títre en persona. Total, no suelen quedar supervivientes que digan lo contrario. Lo normal es que maten a todos “para eliminar a los demonios”.

Para que veas si hablo sabiendo lo que digo: tenía un tío que vivía en otro país y preparó una caravana llena de artículos exóticos para vender aquí —a medida que hablaba, la voz se convertía en un susurro—. Cruzaron por las montañas, más que nada porque les venía mejor que buscar un barco o una ruta más común. No eran delincuentes ni llevaban armas, pero sí símbolos de otros dios. En algún punto alguien les vio y envió un mensaje, que generó otro y éste una reacción. Cuando llegaban al primer pueblo a este lado, el de su familia... cayeron sobre ellos los Guardias de la Ciudadela. Quemaron sus carros y mataron a los animales. Como no se defendían los comerciantes, fueron matándolos uno a uno, riendo. Hombres, mujeres, niños, a todos por igual. Mientras dos Elegidos explicaban en el pueblo la supuesta verdad sobre los

terribles demonios y adoradores de Gatrál que iban a devorar nuestra alma, los comerciantes, mi tío, gritaban y agonizaban hasta que el silencio reinó y las llamas se consumieron. Nadie del pueblo hizo o dijo nada. Cuando esos soldados se fueron y los Elegidos se encerraron en su templo, fui con mi padre en busca de su hermano, o de lo que quedaba de él. Mientras él lloraba yo miraba sin entender lo que estaba viendo frente a mis ojos. Le enterramos en nuestro patio trasero.

Como verás —continúo devolviéndole la mirada— yo también tengo mi historia de “agradecimiento” a Titre y sus malditos seguidores. Así que por mi parte me importa un bledo si tu intención es atravesar a la mismísima Lanza con un cuchillo oxidado y sin filo.

Cuando dejó de hablar, sofocado por los recuerdos y visiblemente malhumorado, los dos quedaron en silencio unos minutos. Miraban hacia el camino sin decir una palabra, hasta que Héctor no pudo aguantar más y comenzó a reír. Al principio trató de aguantarse, pero a los poco segundos lo hacía a mandíbula batiente. Las lágrimas le corrían por la cara y era incapaz de detenerse. Cuando le escuchó reír, Douglas miró a Héctor entre enfadado y extrañado pero al poco reía con él liberando entre los dos tensiones y miedos.

—Pero —le preguntó al fin—, ¿qué coño es lo que te ha hecho gracia?

—No puedo explicártelo, pero mi padre me contó hace poco una historia parecida con casi los mismos protagonistas. Aunque lo que él me contó fue hace unos doce años si no me equivoco. La tuya fue hace más tiempo ¿no?

—Unos veinticinco años. ¿Sería de lo último que te contó antes de morir, ¿no?

—Esa es otra cosa que no te puedo explicar. Pero no está muerto. Y lo siento, pero más de eso no te voy a decir, Douglas. No puedo.

Éste asintió y siguieron su ruta con cada vez más gente en el camino que ya se había ensanchado y se cruzaba con muchos senderos por los que iban y venían los carros y personas, andando o a caballo.

Un poco antes de la hora de comer, Héctor empezó a ver las primeras casas propiamente dichas. Ya no eran granjas sino poco más que chozas desde donde niños y mujeres ofrecían sus artículos o a ellas mismas.

Totalmente abrumado por lo que veía, el muchacho era incapaz de dejar de mirar hacia todos lados. Los colores, las gentes, los soldados del Emperador y

los de La Lanza... durante unos minutos sintió como si le fuera a explotar la cabeza. Dándose cuenta, Douglas le comenzó a hablar para distraer su atención de todo lo que le rodeaba. Le contó las historias de cómo se fundó Elknok y las batallas que habían tenido lugar en las inmediaciones de la ciudad. Le describió los diferentes barrios y así le fue preparando para lo que apareció ante sus ojos a media tarde.

Una inmensa puerta se abría hacia la ciudad cómo una boca de la que surgían toda clase de sonidos y gentes como vomitados desde las entrañas de Elknok. Los carros iban entrando sin descanso cruzándose con los que salían para dirigirse en todas las direcciones. A lo largo de la muralla se veían soldados que, desde las almenas, miraban todo lo que sorprendía a Héctor como él miraba el pan en su casa. Todo era sorprendente para él: las ropas, los acentos, todo. Sin darse cuenta comenzó a buscar algún detalle que le acercara a su realidad. Ya no oía lo que le contaba Douglas ni se dio cuenta de como Chico se iba apartando hacia el fondo del carro.

—Bienvenido a Elknok —le gritó Douglas dándole un golpe en el hombro—. Nosotros nos vamos a la plaza donde está nuestro mercado. Como vamos a estar dos días, puedes estar con nosotros hasta que des con tu familia.

—Eh... gracias. Esto es impresionante.

—Lo cierto es que cuesta acostumbrarse y mira que yo vengo veces, pero cada vez descubro algo nuevo: más murallas, más soldados, nuevos barrios, palacios que antes no estaban, ahora debes olvidar todo lo que conoces sobre el trato con la gente ya que esto no es tu pueblo, donde todos os conocéis de toda la vida. Aquí cada día llega gente nueva y muchos de lo que viven aquí viven precisamente de ellos. Esa cara que tienes ahora mismo es como un cartel que dice: “no sé dónde estoy, robadme”.

—No será para tanto —respondió Héctor tragando saliva.

—Hijo, no te ves la cara.

—¿Sabes? —preguntó Héctor mirándole a la cara— Esa es una cosa que me advirtió mi padre cuando me iba a ir. Me alegro muchísimo de haber llegado con vosotros hasta aquí.

—¡Buf! Esto me puede costar una discusión terrible con mi esposa y los otros, pero me parece que merece la pena explicarte un par de cosas antes de separarnos, o por lo menos antes de llegar todos a la plaza. Sé que no vas a contarme, no quiero que lo hagas, los motivos reales de tu viaje, pero tienes un corazón noble. Lo sé porque llevo muchos años tratando con gente y

estudiando su, digámoslo así, alma. No somos seguidores de Titre, de La Lanza, de Gatrál ni de ninguna de esas invenciones que con el tiempo se han extendido como una mala hierba por esta tierra. Ya me dijiste que lo habías observado. Cada vez hay más descontento y miedo hacia el Emperador, pero no es él el auténtico enemigo. Es La Lanza —dijo lentamente.

Cómo tu padre y yo, son muchos los que tienen una historia similar en el pasado. Lo que hacemos nosotros y otros en el Imperio es servir de correos entre diferentes zonas. No nos guía ninguna religión, ni un odio irracional. De hecho, hay gente de distintas creencias. Por eso tuvieron que elegir un gesto que no llamara la atención, pero que fuera reconocible...

—La palma abierta hacia arriba al señalar.

—Eso es. ¿Cómo lo sabes?

—La otra noche cuando nos conocimos, Cathy hizo el gesto mientras empezaba a hablar de “nuestra gente” y decía que no buscaban gratitud ni premios, pero la interrumpiste con una mirada que la dejó helada.

—Eres muy observador. Esos detalles en malos ojos nos podrían salir muy, muy caros. Ese gesto viene a indicar entre nosotros que no ocultamos nada y ofrecemos nuestra ayuda. Pero no debe ser usado a la ligera, nunca.

“Bueno, ya hemos llegado. Aquí termina la conversación y es donde nos separaremos. Cuando esté todo preparado, Johanna te dará un paquete con ropa y víveres. Espero de corazón que lleves a buen fin lo que te propones. Y ahora ¡a trabajar, holgazán!

La plaza en la que se detuvieron era más grande que la que solía atravesar con su padre cuando repartía pan. Estaba rodeada de casas de dos y tres plantas donde ondeaban estandartes con la bandera de La Lanza y del Emperador. El suelo era de piedras, tierra compactada y serrín allí dónde los animales orinaban. Un grupo de hombres muy sucios recogían los excrementos y los guardaban en pequeños carros que arrastraban ellos mismos. Todo el mundo se saludaba con alegría y se ofrecían unos a otros bebidas y comida mientras quitaban las lonas de las carretas y preparaban los puestos, mientras cada vez más gente se acercaba a ellos para preguntar por las mercancías y las noticias que traían de tierras lejanas.

Héctor sudaba bajo el sol de la tarde, más por el efecto de los nervios que del esfuerzo, ya que nunca en su vida había visto tanta gente, ni tantas casas en un solo lugar.

—“Pero —pensaba— cómo voy a ser capaz de ayudar a mis hermanas si no soy capaz de cuidar de mí mismo. Si no fuera por toda esta gente que me ha ayudado, estaría tirado en algún campo perdido y solo. Estoy fallándoles a ellas y a mi madre. Ahora debo salir de aquí y partir hacia... Paukhorn. ¡Santo Titre! ¿Cómo lo voy a hacer yo solo? ¿No sería mejor abandonar y volver a casa? No, no puedo. Aún quedan unos cuantos días y no puedo... no debo fallarles. Estarán asustadas y solas en algún lugar rodeadas de sabe dios qué y yo aquí lamentándome” —miró su pulsera—. “No. No os voy a abandonar. Aunque me pierda para siempre o me cueste la vida.”

Levantó la vista de la mesa que estaba montando y vio como Douglas y Johanna le miraban con una extraña expresión en sus rostros.

—¿Qué sucede? —les preguntó.

—Hay momentos en los que das miedo —respondió ella—. Los ojos te cambiaban casi de color a medida que pensabas en lo que fuera.

—No sólo eso —añadió Douglas—. Mana de ti una gran energía, un magnetismo enorme. Sinceramente, no querría estar nunca en tu camino enfrentándome a ti.

—Eso es algo que veo realmente difícil. ¿Os importaría que durmiera hoy aquí y mañana empiece a buscar? No me veo capaz de salir de este ambiente para probar suerte en un lugar que no conozco y más sabiendo que está anocheciendo.

—No esperábamos otra cosa, Héctor —respondió Johanna—. Me habría sorprendido, y no para bien, que te marcharas ahora. Además, estamos preparando cena para todos. Y tu animal no creo que quiera separarse del fuego.

En ese momento volvía a parecer el niño frágil y perdido que era cuando salió de su casa dos semanas antes. Johanna vio cómo se dibujaba en su rostro un alivio casi infinito y por un instante sintió la necesidad de cuidar de ese niño como si fuera el suyo propio. Su hijo hacía mucho tiempo que les había dejado para unirse a los Elegidos. Miró a Douglas y vio los mismos pensamientos en sus ojos.

Elknok

Tras dos días lloviendo sin parar los caminos hacia el pueblo estaban embarrados y eran muy peligrosos para el burro. El agua ocultaba los baches del camino y, finalmente, Patrick había decidido bajar del carro e ir guiando al animal, aunque con ello terminara sucio y mojado. El sol se había puesto hacía rato y aún le quedaba un buen trecho hasta llegar a su casa.

No había averiguado nada de Aarón por más que lo había buscado por todas partes y había preguntado por él en todos sitios. La respuesta más extendida era que habría vuelto a las montañas. Aunque nadie recordaba haberle visto partir ni hacer sus últimas compras ni negocios previos a la partida. Le conocían desde hacía muchos años y era un hombre con las costumbres muy arraigadas, pero se estaba haciendo mayor y algunos pensaban que ya se le iba la cabeza. Patrick no, él le debía su vida y la de su hijo y no creía en esa posibilidad. En su mente otra idea tomaba forma, pero él no hacía más que intentar desecharla creyéndola fruto de la paranoia. No era posible que los hombres de La Lanza lo hubieran atrapado cuando intentó avisar a los soldados. Sacudió la cabeza para intentar quitarse la idea.

—Voy a acabar volviéndome loco y eso es lo que menos necesita Beth — pensaba—. Como si tuviera pocas preocupaciones, ahora a vivir con miedo a represalias por algo que hice hace tantos años.

* * * * *

—Ha preguntado a todo el pueblo por el viejo.

—¿Y? —preguntó La Lanza a su capitán.

—Nadie le ha dicho nada puesto que nadie sabe nada.

—¿Cuál es el problema entonces? —dirigió su mirada hacia el soldado que dio un paso atrás ante la intensidad de ésta.

—Puede empezar a sospechar algo.

—¿Y qué? No va a huir aunque aparezcamos en su puerta. Ahora no puede hacerlo. ¿Cómo van los preparativos?

—Van bien, Su Pureza. Aunque sigo sin entender por qué Paukhorn.

—Imagínate por un momento que ese crío llega allí y empieza a pedir ayuda. Es una ciudad muy grande y sé que hay gente... descontenta que estará

encantada de escucharle y, si pueden, crear alborotos sólo con el fin de molestar.

—Y si usted está ahí, será más fácil controlar a la gente.

—Exacto, capitán. Pero no quiero que vengas conmigo.

—¿Perdón? —preguntó sorprendido poniendo las manos sobre la mesa que ocupaba La Lanza.

—Quiero que sigas vigilando a esa pareja, que te hagas su amigo si es preciso. Y en el momento que veas cualquier conducta más rara de lo normal, te deshagas de ellos. Preferiría mantenerlo con vida, pero no podemos arriesgarnos. Y si aparece el niño, no lo dudes: los tres muertos. Si no hay novedades te avisaré para que abandonéis la misión y os reunáis conmigo.

—Sigo sin entender por qué les presta tanta atención.

—Por eso Yo soy La Lanza y tú un simple soldado que me obedece —respondió levantándose de la silla—. Si tú entendieras los designios de Titre estarías aquí sentado y no obedeciendo mis órdenes, que son las Suyas. ¿Alguna pregunta más?

—No, señor. En un par de horas estará todo listo para la partida. Llegará al amanecer al río donde le esperará la barca y de allí a Paukhorn en cuatro días. Están avisados en Elknok para no entorpecer su marcha con troncos del otro río, ni otras naves de forma que el viaje transcurrirá sin interrupciones.

—Elige a tres hombres para que se queden contigo. Intenta que tengan el mínimo aspecto militar posible y ninguna duda sobre su obediencia. Si es necesario tráeles para que les hable yo. Si no crees que haga falta, que nadie me moleste hasta la hora de la partida.

En silencio, la comitiva partió del castillo del mismo modo que había llegado: sin dejar ninguna marca de su paso. Los caballos llevaban los cascos cubiertos de piel para no hacer ruido; las ruedas de los carros estaban sobradamente engrasadas; los perros, encerrados y sin ninguna luz, dormían y detrás de todos, un grupo de gente borraba las señales de su paso. Así La Lanza podía aparecer en distintos lugares sin que nadie supiera cómo llegaba a ellos. Ningún estandarte ondeaba ni se veían enseñas que dieran información sobre los ocupantes a las escasas personas con las que pudieran llegar a cruzarse a las horas en que viajaban.

El capitán y sus hombres, vestidos con ropa corriente, los observaban desde las almenas.

—A la salida del sol partiremos hacia la aldea más próxima a la casa de la pareja. Si tenéis alguna pregunta debéis hacerla ahora, ya que cuando estemos allí no debe, de ningún modo, notarse lo que somos.

—Yo tengo una —dijo uno de ellos. El reflejo de la hoguera brillaba en sus ojos de modo que parecía brillarle dentro—. ¿Cómo es la mujer? — la risa que inició su pregunta fue cortada en seco por el capitán que lo derribo golpeándole en el estómago y luego en la cabeza al doblarse por el golpe.

—Esta misión —continuó como si sólo se hubiera pasado la mano por el cabello— es más importante que nada de lo que habéis conocido hasta ahora. Así que agradeceré que dejéis las estupideces para otro momento.

—Señor —resolló desde el suelo el soldado— ¿la idea principal no es que no parezcamos soldados?

—Ni llamar la atención —le respondió tendiéndole la mano para levantarlo—. La confianza que Su Pureza ha puesto en nosotros es de un valor incalculable. Y el premio es mayor de lo que nunca podáis soñar.

No les dijo que una vez terminada la misión iba a matarles a los tres. Nunca se debía dejar un fleco suelto. Eso lo había aprendido de La Lanza y lo había puesto en práctica suficientes veces como para que le resultara casi un hábito, algo que se hacía y punto.

* * * * *

Le despertó el olor del café recién hecho. No había salido el sol totalmente pero casi todos los vendedores tenían preparados los puestos, lo que creaba un inmenso escaparate de color a su alrededor. Antes de desayunar se lavó y repasó sus pertenencias con tranquilidad. Todos los que le habían llevado hasta la ciudad estaban ocupados y ahora que tenía un rato para él solo lo agradecía. Con un movimiento disimulado comprobó que llevaba la daga. Se había acostumbrado tanto a ella que no la notaba como al principio del viaje.

Se acercó a Johanna que llevaba unas tazas de café para acercarlas a sus compañeros y le preguntó con un guiño si había alguna para él.

—Pues claro Héctor, que pregunta más tonta. Para ti siempre habrá una taza y un plato cuando nos encontremos.

—No sé cómo agradeceros lo que habéis hecho.

—¿Otra vez con eso?

—Culpa a mis padres por la educación que me han dado, no a mí por hacer uso de ella.

—¿Estás listo para buscar a tu familia?

—No tengo ni idea de por dónde empezar —mintió—. Pero sí, qué remedio.

—Douglas ha insistido en que te dé esto —dijo Johanna dándole una bolsita de cuero—. No es mucho, pero nos ofenderías eternamente si no lo aceptaras.

—Pero... pero... —protestó Héctor sintiendo cómo los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¿Y esto tampoco tengo que agradecerlo?

—Puedes hacer lo que quieras. Ya conoces nuestra respuesta, pero Douglas quería hablar contigo antes de que te fueras —le dio un fuerte abrazo—. Cuídate mucho. Ojalá nuestros caminos vuelvan a encontrarse en mejores circunstancias.

—Yo también lo deseo, Johanna. Habéis sido maravillosos conmigo y espero poder devolveros el favor algún día.

Se colocó bien la bolsa y abrazó con fuerza a Johanna antes de darse la vuelta para ir en busca de Douglas. Cuando lo vio, le hizo señas con las manos para decirle que se iba ya y éste cortó la conversación que mantenía para ir con él.

—Espero —dijo poniéndole las manos en los hombros— que tengas toda la suerte del mundo en lo que sea que estás metido y todo te vaya bien.

—Muchas gracias Douglas. Me ha gustado mucho conoceros y, aunque sé lo que vas a contestar, gracias por todo lo que habéis hecho estos días. No sabes el valor que tiene para mí.

—Ya sabes dónde estamos, al menos por unos días. Para todo lo que puedas necesitar, búscanos.

Se dieron un fuerte abrazo y, eligiendo una dirección al azar, Héctor comenzó a andar sin volver la vista atrás.

—Si me vuelvo —pensó mientras andaba sin rumbo— no voy a poder aguantar y no voy a querer seguir con esto. Volveré a casa con las manos vacías y habré fallado a mis hermanas y a mamá. ¿Cómo puedo siquiera volver a pensar eso? No soy un... lo que sea. Vale que soy un niño, o eso creía, pero he llegado hasta aquí y voy a seguir hasta... ¿qué? Madre mía, qué lío. No sé

nada. ¿Luchar? No y ellos sí. Y voy mintiendo a todo el mundo. ¿Debería haberme quedado con Penélope? Seguro que ahí no me buscaba nadie y me gusta mucho. Si no me la puedo quitar de la cabeza. No sé ni dónde estoy, pero por lo menos creo que no llevo la boca abierta como un pueblerino. Je. Es lo que soy. Y todo esto es enorme ¿Cuánto llevo andando? Y no parece que haya cambiado de lugar. Fíjate qué casas y cómo va vestida la gente. Ese no. ¿Y si me viene alguien a robar? A ver, llevo la bolsa con las monedas en el macuto y tampoco sé cómo se usan, bueno sí, pero no bien. ¿Vuelvo con Douglas? No, no. ¿Y luego que haré? Llorar, ¿verdad? Venga para delante como hizo Patrick conmigo en brazos. Vaya historia me contó. Y en teoría es todo cierto, si no para qué me la iba a contar. No soy su hijo; él mató a mi madre por accidente y todos sus amigos murieron. ¡Jo!, era soldado. Es que eso nunca lo hubiera imaginado. Y siempre llevó esta daga cuando no estábamos en casa. Espero volver y hablar con él. Le echo de menos. A fin de cuentas es mi padre, no he conocido a otro y él me ha criado. Si no fuera por él yo ahora sería otro de esos Tahn o un esclavo o estaría muerto. Anda, otro mercado. ¡Pero qué grande es esta ciudad! Mmm, que bien huele por aquí, están haciendo pan. Tendré que buscar un sitio tranquilo donde mirar las monedas que llevo para saber qué puedo hacer con ellas. A partir de ahora... ¡Ostras! Me he ido sin Chico. Ni siquiera me he despedido de él. ¿Tantas ganas tenía de irme que ni me he acordado de él? Si se queda con Douglas no le faltará de nada. De todas maneras, por aquí no podría haberle llevado. ¡Vaya pinta tendría! Un niño con cara de perdido y con un gato... — entonces gritó — ¡Hija de mil demonios!

* * * * *

A esas horas de la mañana, con todos los vendedores gritando para hacerse oír sobre sus vecinos e intentar vender sus productos, cientos de personas iban y venían en grupos o solos. Se movían como insectos sin chocarse aunque fueran mirando los artículos a la venta de dos puestos más atrás. Los guardias, aburridos ante la idea de otro día de tedio, sujetaban las columnas de las plazas o los muros de algunas casas hablando y riendo ante las historias sobre sus triunfos nocturnos en los burdeles. No hacían caso de la gente que se movía alrededor. Algunos sudaban ya bajo las armaduras.

En cambio, los Guardias de La Ciudadela, por tríos, no perdían detalle de todo lo que se hacía y se hablaba. Entrenados para la búsqueda de herejes y

sabiendo que en unos pocos días La Lanza podría pasar por ahí, querían tener alguno en los calabozos para intentar congraciarse con él y ganar algún puesto que les diera prestigio, ya que las riquezas no les interesaban.

Unos y otros escucharon el grito infantil, pero lleno de odio. Los primeros sonrieron, pero los segundos giraron sus cabezas como si un resorte hubiera saltado dentro de sus armaduras, para localizar a ese niño que era capaz de blasfemar así y de ser posible a los padres que no le habían educado bien en los preceptos de Titre.

* * * * *

Como los últimos días desde que había llegado a Elknok, salió de la casucha a buscar algo para comer y, tal vez, una ocupación que le diera unas monedas, aunque ahora mismo no le hicieran falta. Había podido sacar de casa todo lo que había, dijéramos, ahorrado. Orgullosa no se sentía, pero sí satisfecha. Mirando a su alrededor decidió ir hacia la plaza donde se reunían esos hombres que llegaban del río de los que le había hablado la casera. No iba a lograr nada con ellos, pero por intentarlo, o por lo menos mirar... Compró un bollo con canela en el primer puesto que encontró y un té que resultó ser un poco flojo para su gusto, pero tampoco era muy exigente. Había muchísima gente a esa hora y pensó que debería haber bajado antes. Si tampoco tenía qué hacer todo el día, qué más daba. Cuando se sacaba el pañuelo del escote para limpiarse la boca de las migas chocó con el niño.

—¡Hija de mil demonios! —gritó Héctor al chocar con la señora Frank y reconocerla.

Durante unos segundos se miraron en silencio mientras la gente se detenía alrededor para contemplarlos y ver qué sucedía con la blasfemia que había soltado el chico. La experiencia se impuso ante la ira.

—¡Me ha intentado robar la bolsa! —gritó—. ¡Es un ladrón! No le dejéis escapar. Pobre de mí.

—No es verdad —balbuceó Héctor sintiendo cómo se extendía desde su tripa un extraño frío y le zumbaba la cabeza.

Todas las miradas se concentraron en él, que enseñó las manos vacías en un intento de convencer a esa gente.

—¿Dónde está la guardia?

—¿Cómo es posible?

—Deberían cortarle la mano.

—¿Habéis escuchado su grito?

—Ha sido para despistar.

—¡Los demonios de Gatrál están entre nosotros! —gritó la señora Frank disfrutando del terror que reflejaba la cara de ese maldito niño. ¿De dónde habría salido?

—¿Dónde están mis hermanas? —logró preguntar Héctor, aunque en una voz tan baja que de ninguna manera le podría escuchar nadie con todo ese griterío.

Todos estaban pendientes de la escena rodeándoles como si fuera una obra de teatro o un espectáculo. No escucharon lo que ella dijo sonriendo como una hiena ante un cervatillo herido que no puede huir.

—¿Para eso has venido, estúpido? ¿Tú solo? Espero que hayas disfrutado del viaje porque en cuanto lleguen los guardias va a terminar. ¿Quién va a creer a un ladrón y sus tristes excusas?

Sintiendo el peso de sus palabras y la verdad que encerraban, Héctor miró a su alrededor esperando ver algo a lo que aferrarse, algo que le diera fuerzas. Le costaba respirar y la gente que le rodeaba empezaba a mirar alrededor buscando a los guardias: el siguiente acto de la obra y tal vez un poco de sangre. Empezó a ver los extremos de las lanzas adornadas con el halcón dorado acercándose a donde él estaba. Era su única oportunidad ya que mientras otros ojos buscaban la llegada de la ley, él localizó un pequeño espacio y se lanzó hacia allí con todas sus fuerzas. Hizo caer a un hombre y sintió cómo le tiraban del pelo. Con los oídos bloqueados por el miedo y los ojos llenándose de lágrimas se guiaba por el tacto. Chocaba con alguien y giraba hacia otro lado, empujaba unos brazos que le intentaban coger; una patada a otro que le intentó quitar la bolsa; sintió algo húmedo en el cuello y supo que le escupían. A medida que salía del cerco, como la gente no sabía qué debía mirar, le iban prestando menos atención pero no pasaba desapercibido. Paso a paso fue alejándose del grupo y empezó a escuchar sonidos metálicos que no sabía de dónde venían pero sí que le seguían.

Corrió por calles sin saber dónde dirigirse pero sin que le miraran más que a cualquier otro. Pero el sonido metálico le perseguía. Llegó a una fuente y se detuvo a beber. No se había dado cuenta la sed que tenía hasta que vio brillar el reflejo del sol sobre el agua. Aprovechó para volver la vista y vio como ese mismo sol se reflejaba en una coraza. ¡Soldados! ¿Qué podía hacer? Dejar de correr para no llamar la atención. Giró en otra esquina y en otra más. Como cada vez había menos gente, iba relajándose. Se detuvo en una calle más ancha y volvió la mirada: la gente caminaba y hablaba cómo si él no existiera y ya no se oían entrecrochar las armaduras. Por fin podía respirar tranquilo y pensar en lo que hacer a partir de ahora y en lo que había pasado esa mañana. ¿La señora Frank? La bruja que había entregado a sus hermanas y a la que él había dejado escapar por confiar en ella.

Poco a poco los nervios fueron dejando paso a otros sentimientos más fuertes: odio y rabia. Sin darse cuenta tocó el mango de la daga pensando en lo que tenía que haber hecho a su antigua maestra. Mientras andaba sin mirar dónde se dirigía imaginó cómo se habría sentido si hubiera sacado esa daga delante de ella y la hubiera amenazado. No habría logrado huir porque la multitud se habría echado encima de él si no los soldados, ya que habría perdido un tiempo precioso para salir corriendo. Dándose cuenta de lo que hacía, soltó la daga que estaba sujetando con todas sus fuerzas y miro alrededor por si alguien se había fijado en su gesto, pero no había nadie.

Se encontró de pronto en una de las zonas más próximas a las murallas donde las casas se veían más viejas y sucias. Sólo vio a un gato famélico al que no hacía caso ninguno de los perros que salían de algunas de las casas. Éstos parecían mucho más interesados en él, por lo que decidió ponerse de nuevo en marcha. Mientras caminaba fue buscando la ruta que le pudiera hacer salir de ahí, pero por más que lo intentaba, cada vez le rodeaban casas en peor estado y ahora, algo de gente que le miraba desde muchas ventanas rotas tratando de permanecer ocultos tras raídas cortinas. Afortunadamente para él, la huida y el forcejeo con la gente le habían dejado un aspecto lo suficientemente desaliñado como para que no pareciera muy interesante lo que pudiera llevar en la bolsa.

El sol estaba bajando ya cuando de las sombras salió una voz para pedirle una moneda o un trozo de pan. Asustado y sacando la daga de la funda se giró y ante si apareció un viejo tuerto y sucio con un bastón de madera seguido de un perro tan sucio cómo él y lleno de pulgas.

—Aparta de mí —dijo Héctor deseando aparentar más seguridad y confianza de las que sentía.

El viejo fijó la vista en el arma y se acercó un par de pasos.

—Es una bonita daga —siseó—. ¿De dónde la has sacado?

—Aparta de mí porque no quiero hacerte daño.

—¿No quieres? ¿Acaso crees que puedes? —dijo riendo mientras miraba el arma, que temblaba en la mano de Héctor.

—Sí que puedo, así que haz el favor de dejarme seguir mi camino.

—Lo veo difícil, muchacho —la distancia cada vez era menos y el sol se reflejaba en la hoja—. Sólo dime de dónde la has sacado.

—Si quieres algo de comer, llevo un poco en la bolsa. Si te alejas te lo dejaré aquí para que lo recojas.

—Mira, niño —dijo dando otro paso— si quiero algo de la bolsa, lo cogeré y listo. ¿Dónde has robado esa daga? —volvió a preguntar separando las palabras.

Sin tener muy claro el motivo, Héctor dio un paso adelante, tal vez buscando asustar al viejo al acercarle el arma pero, como un relámpago, el bastón voló a su mano y a la rodilla que había adelantado haciéndole caer desarmado. Volvió a cogerla y un nuevo golpe en la oreja, le hizo perderla de nuevo.

—¿Dónde la has robado?

—Déjame en paz.

—Contéstame o te muelo a palos —le advirtió apoyando la punta del bastón en su frente.

—Es de mi padre —consiguió responder Héctor intentando no llorar.

—Mientes.

—No lo hago.

—Esa daga no te la ha dado nadie —afirmó el viejo agachándose para cogerla.

—Si lo intentas coger... te mataré —dijo Héctor incorporándose para hacerle frente—. Aunque me rompas todos los huesos con tu bastón o mandes a tu perro —añadió señalándolo, ya que éste se había adelantado viendo amenazado al viejo.

—¿Tu padre?

—Sí. Él me la dio hace unos días.

—Ahá. ¡Tsk! No te he dicho que la recojas.

—Me da igual —le respondió mirándole fijamente el ojo sano mientras se movía esperando el golpe.

—Está bien —dijo el viejo bajando el bastón—. Cuéntame más de esa daga.

—No. ¿Por qué te interesa tanto?

—Me recuerda a una que vi hace muchos años y que no debería tener un muchacho.

—Vale —concedió Héctor más tranquilo—. Tú primero —dijo mientras pensaba “Así veo cómo escaparme de aquí antes de que me golpees de nuevo”

—En resumen: hace muchos años ayudé a un chaval, una gran persona. Era soldado y yo me uní a su grupo. Fue muy duro lo que pasó —decía con la mirada perdida pero sin relajar la mano del bastón—, terrible. Pero consiguió una daga como esa y a un niño. Sé que puede parecer una locura, pero... ¿Qué te pasa? ¿Te duele algo? Te vas a caer. Espera.

Lo cogió por los hombros dejando caer su bastón que rebotó contra el suelo y lo llevó hacia una pared donde le ayudó a sentarse y el perro le olfateó la cara.

—Tú... —balbuceó Héctor— Tú eres... no es posible. No puede ser. Imposible.

—¿El qué? —preguntó el viejo pasados unos segundos de silencio— ¿Qué es eso imposible?

—¿Roy?

—¡Eh! —gritó el viejo levantándose de golpe y casi pisando al perro— ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

Pero no le pudo contestar. El llanto le asaltó con toda la fuerza que había acumulado en estos días de viaje: la pérdida de sus hermanas, la partida de casa y ahora, descubrir que todo lo que le había contado su padre aquella tarde, que se veía tan lejana, era verdad. No es que lo hubiera dudado, pero esa sencilla frase, viniendo de ese hombre desconocido, fue demasiado para él.

Cuando consiguió calmarse, respirando con dificultad y la mirada fija en la daga consiguió decir:

—Yo soy ese niño. Patrick fue el que me crió.

—¿Ha muerto?

—No. Cuando salí de casa estaba bien.

—Si quieres, me gustaría hablar, pero no aquí. Hay demasiados oídos y ojos que no deben saber más de lo preciso.

—¿Dónde? —preguntó Héctor con un hilo de voz.

—Mi casa está cerca. Si te fías de mí, podemos ir allí.

—No conozco otra cosa y casi me resulta familiar después de lo que sé. Eh... debería saber que me perseguía la guardia hace un rato.

—Ja, ja, ja. Se nota quién te ha criado —dijo Roy riendo con fuerza—. Sígueme, chaval.

Le guio por un par de calles con el perro siempre por delante de ellos, como si supiera dónde iban. El camino lo hicieron en silencio y la poca gente que se cruzaban se apartaba del viejo, mirándole hasta con miedo algunos de ellos. Héctor tomó nota de preguntarle sobre eso, aunque pudiera ofenderse. No le importaba mucho lo que pensara con sus preguntas.

—Aquí es. Pasa sin miedo que por dentro está mejor que por fuera.

Héctor miró hacia la casa, por así llamarla, donde le decía Roy que podía pasar tranquilo. Una serie de tablas viejas unidas por pegotes de barro y un tejado que parecía que podía caerse en cualquier momento. La puerta, que se abrió tras unos cuantos golpes y haber girado algo así como una llave, era testigo mudo de momentos mejores. Entró esperando sentir olor a restos de ratas y llenarse los zapatos de mugre. Pero, una vez cerrada la puerta, Roy encendió una serie de velas que iluminaron una estancia limpia y ordenada con una mesa y dos sillas en el centro, un camastro en el lateral junto a la ventana tapada con una cortina para que no se viera la casa desde fuera.

—¿Sorprendido, muchacho?

—La verdad es que sí, señor.

—Vivir así es difícil aquí, es mejor ocultarse. Siéntate, calentaré café —dijo cruzando a otra estancia.

—No sé si debería aceptarlo.

—Correcto —respondió Roy asomando la cabeza por el hueco de la puerta—. No deberías aceptar nada de desconocidos y menos en una ciudad como esta.

—Me arriesgaré.

—Y yo lo haré de lo que debes tener de comer en la bolsa. Y luego hablaremos el rato que necesites. Algo me dice que tienes prisa: estás lejos de casa, llevas ese arma, estás solo y con problemas con la guardia. Ahora comamos.

Pasaron un rato comiendo en silencio un poco de queso y pan del que llevaba Héctor en su bolsa y bebiendo agua y café del que había preparado Roy.

—Me sorprende que este pan esté tan fresco. ¿Cuánto llevas de viaje?

—Unas dos semanas. Pero no lo traigo desde casa. Me lo han dado esta mañana.

—¿Te lo han dado? Entonces no soy el primer amigo que haces. Vamos a tener mucho de lo que hablar. ¿De cuánto dispones?

—¿Para?

—Tú sabrás. Aún no conozco nada de tu historia.

—Ni yo de la suya. Debería empezar usted, señor.

—De acuerdo. Pero si vuelves a llamarme señor, te doy con el bastón otra vez —se echó hacia atrás en la silla y colocó la mano sobre la cabeza del perro que había permanecido todo el tiempo a su lado—. Diez u once años hará que me separé de Patrick. ¡Buf! Si lo viera ahora no sé si lo reconocería. Adoraba... te adoraba a ti, claro. No te apartaba de su lado y pasó unos cuantos días sin comer para que no te faltara leche. Era una época difícil y creíamos que nos perseguían, nunca lo supimos con seguridad ya que al salir de ese maldito bosque no volvimos la vista atrás. Tu padre perdió allí a muchos buenos amigos y sólo quedé yo a su lado. Y me conocía de menos de poco más de un mes —cerró los ojos y se quedó en silencio.

—Esa parte de la historia la conozco. Me contó cómo se alistó, dónde le tocó cumplir, las cosas que hizo para salir de la cocina, la prueba que les impuso el Emperador, el viaje hasta el bosque que has dicho y poco más a partir de ahí. Me contó que por accidente mató a mi madre y que luego... bueno, se casó, tuvo dos hijas —le tembló la voz— y poco más, la verdad.

“Me enfadé muchísimo cuando terminó de contármelo, tal vez demasiado, pero es que descubrir esa parte de mi origen, que toda mi vida había sido una mentira, que no eran mi familia de verdad y después descubrir...

—¿El qué? ¿Qué pasó? —le preguntó poniendo su mano sobre el brazo del

muchacho— Me parece que te vendría bien sacarlo. Y soy casi una especie de tío tuyo —dijo bromeando ya que parecía que a Héctor le vendría bien una sonrisa.

—Casi lo eres, sí, la verdad —sacó el aire de golpe y tocó su pulsera—. me la hicieron ellas el día anterior a todo. No era una pulsera cuando me la regalaron, era una corona de flores. Me gustó muchísimo y a ellas les brillaban los ojos cuando me la dieron. Eran... son un incordio de niñas, pero las quiero tanto —las lágrimas le corrían por la cara al recordarlas— y nunca se lo he dicho. No lo suficiente. Ellas sí que eran mis hermanas. A Patrick dejé de considerarle mi padre cuando me lo contó. Pero no a ellas ni a mi madre. Eran... tan pequeñas. Y muy buenas. Decía mi madre que me adoraban y nunca lo aprecié, siempre les decía que me molestaban. Iban juntas a todas partes corriendo y riendo. Todo era un juego para ellas. Cuando mi madre aceptó que me marchaba, me hizo la pulsera para que las llevara siempre conmigo —levantó la mirada hacia Roy. Sus ojos rojos y las lágrimas cayendo sin fin enternecieron al viejo—. Si no te importa ¿Tienes algo diferente para beber?

—Algo de vino, creo. Ahora te lo traigo.

—Gracias —dijo tras beber un poco—. Lo necesitaba, el hablar, digo. Llevo unas dos semanas mintiendo a todo el que conozco hasta llegar aquí... y ahora debo seguir.

—¿Hacia dónde? Lamento lo de tus hermanas ¿Pero no te quedaste con tus padres para darles el último adiós? No me parece bien.

—No han muerto.

—Pero entonces ¿Qué les ha pasado?

—Cuando me enfadé con Patrick...

—Tu padre

—Patrick. Fuimos a buscarlas a una granja donde una viuda da clase a niños de toda la zona y en lugar de encontrarlas a ellas, Patrick encontró y mató a un Tahn con esta daga que yo nunca había visto y huyó.

—¡Santo cielo!

—Sí. Ellos las tienen.

—Y vas a intentar rescatarlas —afirmó sin preguntar.

—Con todas mis ganas.

—Espera un momento —dijo Roy cogiendo una vela y acercándose a un viejo arcón—. Creo que tengo por aquí un viejo mapa, pero nos valdrá para hacerme una idea de que llevas y falta.

—Por lo que hablé con Patrick, tengo hasta la luna nueva para llegar a... no me acuerdo del nombre de la ciudad.

—Paukhorn.

—¡Sí! Y una vez allí... pues nada, buscar el modo de encontrarlas.

—¡Aquí está! —exclamó sacándolo con cuidado y llevándolo hasta la mesa—. Aparta ese vaso. Bien, esto es Elknok y aquí está Paukhorn, ¿vale? Cuéntame tu viaje con todos los detalles posibles empezando por el final.

—Llegué aquí ayer al atardecer con unos vendedores y sus carros. Antes de eso anduve junto al río otros dos o tres, no estoy seguro. Allí llegué tras bajar en balsa por el río con unos leñadores junto a los que llegué cuando me quedé dormido en un carro después de salir de casa y andar en la dirección que me indicó Patrick otros, tal vez, dos días.

—Entonces —dijo Roy inclinado sobre el mapa moviendo el dedo por él— tu casa debe estar por esta zona.

—Sí, eso creo. Cerca del bosque y en esta dirección creo que es donde vendíamos el pan Patrick y yo. Más o menos... sí, aquí estaban los leñadores. Lo digo —explicó Héctor— porque el bosque se veía desde donde fui con el dueño. Esta curva del río, la curva me es familiar. Y por aquí... es donde cogieron las flores para la pulsera.

—¡Guau! Héctor. Has viajado más que mucha gente en toda su vida. Y cuántos has conocido por el camino. Y tu padre ¿qué está haciendo?

—Cuidar de mi madre. Iba a ir a avisar a unos soldados que vimos en el pueblo. Ya habían desaparecido más niños y la gente estaba preocupada. Supongo que le ayudará Aarón. Es —añadió ante la cara de duda de Roy— un trampero que le ayudó cuando cruzó las montañas.

—Madre mía, chaval. No daría nada por estar en tu pellejo.

—¡Vaya! Gracias.

—Pero admito que admiro lo que has hecho. Oye, me has dicho que te perseguían los guardias. ¿Por qué?

—Me crucé en una plaza con la hija de puta que nos quitó a mis hermanas... la que me golpeó y luego huyó cuando mi padre perseguía al Tahn.

—Eres consciente de lo casi imposible que es eso, ¿verdad? En todo el Imperio hay cientos o miles de lugares a los que ir y después de todos los vaivenes que has dado por el camino, te la encuentras de cara. ¿Qué hiciste?

—Insultarla, pero ella fue más lista y me acusó de ladrón. Así que corrí sin saber dónde escuchando a los soldados por detrás.

—Y topaste conmigo... —susurró Roy más como si pensara.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó Héctor unos minutos después al ver que Roy no seguía hablando.

—Sí, sí claro.

—¿Por qué le temen?

—¿Cómo? ¿Quiénes?

—Sus vecinos, la gente que nos hemos cruzado al llegar aquí.

—Ah, ya sabes, si quieres que no te molesten, haz pocos amigos. Suelo ser desagradable con todo el mundo.

—¿Cómo perdiste el ojo?

—¡Ja, ja, ja! No lo perdí, luché por conservar el resto. La cosa se puso fea después de dejar a tu padre. No fui tan listo como él, que cruzó las montañas. Yo me quedé y creí que tenía la obligación de informar a los que quedaron en el cuartel de lo que había pasado en ese bosque —sacudió la cabeza—. Fui un estúpido. Me consideraron un traidor y un mentiroso e intentaron matarme, así que hui hacia el mar y vagabundeé hasta llegar aquí.

—¿Y aquí has vivido todos estos años?

—Sí. durante un tiempo pensé que esos Elegidos —escupió al suelo— habrían puesto precio a mi cabeza, pero... aquí estoy.

Se quedaron en silencio bastante rato, cada uno perdido en sus pensamientos mientras el sol bajaba por el horizonte y el exterior se llenaba de sonidos que alarmaron a Héctor haciendo que cogiera su daga.

—Tranquilo. Son mis vecinos. Ya has visto que este barrio no es de lo mejor, pero por la noche... se llena de auténtica gentuza en busca de placeres que en el resto de la ciudad están prohibidos.

—¿Qué placeres? —preguntó soltando el arma y bostezando.

—En su mayoría sexuales, de esos aquí sobran. Pero también hay quien intenta olvidar su miserable vida aspirando vapor de flores.

—Ah.

—Muchos acaban locos y llegan a matar por conseguir unas monedas con las que pagar más.

—Ahora que lo dices, esta mañana me han dado unas pocas, pero no tengo ni idea de cuánto es, ni si puedo usarlas para algo —dijo Héctor buscando la bolsa que le había dado Johanna—. Y tengo que seguir el viaje cuanto antes.

—Veámoslo. No es mucho, pero si sabes con quién hablar y cuándo... te

puede servir.

—¿Tú sabrías?

—Es posible, pero me las tendrías que dejar.

—¿Todas?

—Eso me temo.

—No intentarás engañarme, ¿verdad?

—Creo —respondió suspirando —que llevo demasiado tiempo aquí sin hacer nada y sabiendo todo lo que sé como para no sentir que has sido una especie de bofetón del destino para ponerme en marcha. Has hecho que se me remuevan muchas cosas por dentro que creía muertas hace años. No tienes por qué confiar en mí, lo entiendo, pero voy a ayudarte a llegar a Paukhorn de la forma más rápida y segura posible.

—Estoy en tus manos Roy —respondió Héctor con lágrimas en los ojos—. Hasta aquí me ha costado mucho llegar, pero desde que he visto cómo es la ciudad y sus gentes... estoy aterrado por el camino que me falta recorrer. Y no me refiero a, si llegara el caso, enfrentarme a los Tahn, así que toma la bolsa de una maldita vez.

—No sé cuánto tardaré en volver chico, pero no te asustes. Puedes acostarte en mi cama, o donde prefieras. Pero no salgas a la calle, por lo menos hasta que salga el sol.

—¡Ja! ¿Y dónde voy a ir?

—Hasta luego, Héctor —dijo Roy cerrando la puerta.

Sin muchas ganas de hacer nada, se puso a revisar sus pertenencias para tener presente qué podría usar en cada momento y podría llegar a hacerle falta. Aparte de ropa y la daga no tenía nada de valor: un poco de comida preparada para que durara unos días y su pulsera. Bostezando se acercó a la mesa y siguió con el dedo los bosques que iban desde su casa hacia el mar. Una larga línea recta de acantilados bajaba hacia la desembocadura del río en el lugar donde se encontraba Paukhorn.

—Por aquí —pensó— estaréis en unos días y voy a llegar para esperaros.

Posó la mirada en la parte superior del mapa, más arriba de las montañas, buscando el lugar en el que podría haber nacido o dónde le encontró Patrick. Imaginando el viaje que hizo siendo un bebé, se quedó dormido.

Una voz lo despertó y se sentó en la maleza del bosque. Se había quedado

frío al dormir al raso. Prestó atención y volvió a oír la voz que le había despertado. Era una niña llamando a otra y parecía Sofía. Tratando de no hundirse en el fango, fue dando pasos entre la espesura siguiendo el sonido de la voz intentando no llamar la atención de los halcones que dormían en las ramas sobre su cabeza. Desesperado por la lentitud con la que avanzaba y porque ya no escuchaba la voz, se detuvo sobre una piedra en mitad de la corriente del río. Delante aparecieron unos acantilados que daban paso a la mayor extensión de agua que jamás había visto, se perdía en el horizonte. Sonó la voz de nuevo por debajo de él. Un bulto oscuro bajaba por la roca hacia el mar, así que se dejó caer para alcanzarlo y lo vio caer hacia la barca en la que estaba sentado. Era poco más que una tabla y una mujer le abrazaba y le cantaba al oído mientras se movían hacia arriba. Él lloraba hasta que le volvió a quemar la mano y la miró, viendo que no era la de un bebé. Tampoco estaba su madre consolándole. Una figura sin rostro se acercaba cada vez más a él y no podía moverse del sitio. Una mano le cogió del hombro y le obligó a mirar hacia atrás.

—Héctor, despierta. Es una pesadilla.

—¡Mierda! Dame carbón Roy.

—¿Eh? Sí, toma —dijo Roy sorprendido por la reacción del chico.

Se puso a dibujar sobre la mesa algunos de los detalles con los que había soñado mientras aún estaban frescos en su memoria.

—¿Qué es esto? —preguntó al terminar el dibujo.

—¡Puf! Esto podría ser el mar, si eso es agua y esto otro parece un... algo para subir y bajar cosas por un risco. ¿Es una cuerda? Sí claro. ¿De dónde lo has sacado?

—Acabo de soñar con todo esto y con una mujer que me abrazaba.

—Es curioso. ¿Nunca has visto el mar desde que estás con Patrick?

—No, nunca.

—Pues... debiste verlo de pequeño. No creo que fuera un sueño como tal, sino más bien un recuerdo. Un recuerdo de cuando eras poco más que un bebé.

—¿Acabo de ver a mi madre? ¿A mi auténtica madre? —preguntó Héctor con voz temblorosa.

—Yo que sé —le interrumpió cambiando el tono—. No tenemos tiempo ahora. Tienes que irte, bueno, nos tenemos que ir. He hablado con un tipo que va a salir hacia Paukhorn hoy mismo y necesita alguien que trabaje para

pagarse el viaje. Te dará de comer hasta allí, pero una vez llegues... seguirás solo.

—¿No vienes?

—¿Yo? Ya te he ayudado más de lo que podía. Recoge todo y vámonos.

Extrañado ante el cambio de actitud de Roy, Héctor recogió todas sus cosas y salió de la casa siguiendo al antiguo amigo de su padre. Por la calle había gente tirada por el suelo, algunos de ellos con heridas y rota la ropa. Aceleró para ponerse a la altura del hombre.

—Gracias —le dijo obteniendo por respuesta poco más que un gruñido, lo que hizo que no intentara conversar más con él, sólo no perder el paso.

—Sinceramente —dijo Roy al cabo del rato— creo que es una estupidez terrible lo que estás intentando hacer. No sabes dónde buscar, ni luchar, ni nada de nada. Deberías haberte quedado en casa de tus padres, haber llorado la pérdida de tus hermanas y después haber seguido con tu vida. Es posible que hayas dado a la mujer de Patrick unas esperanzas que le vayan a hacer más mal que bien cuando vuelvas, si vuelves, a casa. ¿Has pensado que harás si no logras encontrarlas? ¡Ojo! Si no lo logras, no quiero ni pensar en que te enfrentes a ellos porque es ridículo. Ahora baja la cabeza y habla sólo si te lo digo.

—De acuerdo —respondió Héctor con los ojos llenos de lágrimas por la rabia que sentía hacia ese hombre.

—¡No te he dicho que hables! —le gritó Roy antes de golpearle con el bastón en la rodilla.

Habían llegado a una de las puertas de la ciudad y la gente que quería salir, debía atravesar una gran vigilancia militar.

* * * * *

La gente miraba hacia el lugar por donde había salido corriendo el muchacho sin prestar más atención a la señora que le había acusado. Cuando llegaron los guardias de la ciudadela, ella les indicó el lugar por donde había huido para que intentaran atraparlo, pero pidió al que parecía mandar que la llevara a ver al Elegido, ya que necesitaba purificarse después de lo que había padecido.

Sin volver la vista atrás y sonriendo por dentro, siguió al soldado hacia el templo donde iba a ser anunciada y se le buscaría un hueco para ser atendida. Al cabo de un rato llegaron a una gran construcción enorme de mármol con torres blancas coronadas todas ellas con el Halcón y la Lanza, símbolos que hacían temblar a muchos de los visitantes, por el realismo con el que estaban realizadas, tal parecía que miraban el interior de las personas que se acercaban.

Entraron por una puerta lateral que daba paso a una pequeña estancia con dos puertas al fondo. Los muebles que había eran tan lujosos que parecían realizados con piedras preciosas. Un acólito le tomó los datos y desapareció por una de las puertas, invitándola a sentarse hasta que el Elegido la llamara, si podía hacerle un hueco.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —pensaba la señora Frank— ¿Habrá venido solo? ¿Dónde está Patrick? Creí que se quedarían en casa llorando por las niñas, pero ¡está aquí! Y qué forma de mirarme, había auténtico odio en su mirada. Espero que lo atrapen y le hagan sufrir. Por lo menos sé que nadie va a creerle. ¿Secuestrar a sus hermanas? Sí claro, pobre viuda. Ahora debo convencer a este hombre de que crea lo que voy a contarle y que no ha sido culpa mía... ¿Cuánto sabrá él?

—Puede pasar, señora —dijo el acólito al que no había escuchado volver—. Siga por ese pasillo y allí le indicarán.

—Gracias —respondió ella levantándose y comenzando a andar.

El pasillo por el que se dirigía estaba lleno de pinturas dónde se veía cómo Titre había creado el mundo y sus juguetes: tanto los hombres como a Gatral; las luchas contra otros dioses y las guerras que habían emprendido sus seguidores en su nombre, haciendo que Su fe fuera la más respetada y aceptada. El techo era cada vez más alto. De forma imperceptible aumentaban las dimensiones haciendo que las personas que andaban por el pasillo se sintieran cada vez más pequeñas. Repentinamente tras figuras aparecieron ante ella armados con lanzas y la hicieron detenerse, comprobaron que no llevara nada oculto tanteándola en zonas donde hacía tiempo que nadie la tocaba. Cuando terminaron se pusieron uno a cada lado y el tercero les precedió en el tramo que faltaba, hasta llegar a una puerta con forma de halcón hecha de plata y con rubíes en los ojos, que parecían atravesar el alma con la mirada. Dio una serie de golpes y ésta se abrió dando paso a una estancia iluminada con velas,

una mesa de madera y dos sillas, una de ellas ocupada por un hombre vestido de blanco que le indicó la otra con un gesto de la mano. La puerta se cerró tras ella.

—Bienvenida, hija —dijo el Elegido—. Cuéntame tu padecimiento.

—Pues verá, hoy me ha acusado injustamente un niño. Pero...

—Sí. Me ha contado eso y que te ha robado.

—No es cierto.

—¿Cómo? —preguntó el Elegido mirándola a la cara por primera vez.

—Conozco a ese niño.

—Entonces es falso por lo que has venido aquí. Voy a avisar a los guardias —dijo echando la silla hacia atrás.

—Un momento, por favor. Déjeme hablar y le explico la situación.

—Tienes dos minutos. No me gusta que me roben tiempo y menos tomándome el pelo a mí y a mis trabajadores.

—No sé hasta qué punto puede creerme, pero donde vivía hasta hace unos días, ayudaba a mantener sumiso y dentro de la Fe al pueblo —calló esperando una reacción.

—Sigue, sigue —dijo el Elegido haciendo un gesto con la mano.

—La forma igual no era la más idónea, pero era efectiva. Elegía, o más bien señalaba, niños y niñas para que fueran apartados de sus familias y formados en un entorno más... seguro.

—Ahá.

—Las últimas niñas que se llevaron eran las hermanas de ese muchacho de hoy.

—¡No es posible! —exclamó el Elegido golpeando la mesa— ¿Te ha seguido hasta aquí?

—No, no... señoría. No es probable. Creo más bien que se escapó para buscarlas y llegó aquí por casualidad. Cuando me vio se sorprendió tanto como yo.

—Ya veo —se quedó pensativo con las manos cerradas bajo la barbilla—. Si traigo a un dibujante, ¿podrías ayudarle a hacer un retrato suyo?

—Sí. Estoy segura, lo conozco hace muchos años.

—Pues espera aquí sentada mientras voy a prepararlo todo —le ordenó.

Pasado un rato, el dibujante tenía listo el retrato y se disponía a realizar copias para distribuir las en las puertas de la ciudad y a algunos de los

Guardias de la Ciudadela, pero no a los soldados del Emperador. Seguía habiendo cosas que era mejor que no se supieran.

—Muchas gracias, señora Frank —dijo el Elegido cuando el dibujante se había ido—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber antes de que se vaya?

—Sí, gracias —respondió esta—, sería fantástico. Cualquier cosa sería buena. Y puede llamarme Magda.

—Ahora mismo le traerán algo —susurró haciendo un gesto con la cabeza a alguien situado tras ella que se acercó y le pasó un cuchillo por el cuello con un movimiento fácil y fluido que la mató en unos segundos, casi sin que se diera cuenta de qué sucedía.

—Limpia este desorden y deshazte del cadáver. Aseguraos de que ese niño no sale de la ciudad. Lo quiero... lo quiere muerto y da igual el modo o lugar en que se haga. Y envía un mensaje para que La Lanza sepa lo que ha sucedido aquí cuanto antes. Lo que menos nos interesa ahora es que se lleve una sorpresa así sin estar preparado. ¡Ah! Añade una copia de la cara del muchacho por si acaso.

—Sí, señor —respondió el Guardia de la Ciudadela—. El mensaje saldrá en unas horas y ese niño... no se preocupe por él, que nos encargaremos de que no salga de la ciudad.

* * * * *

Cojeando y con lágrimas cayendo por sus mejillas Héctor avanzaba tras Roy como podía mientras éste no dejaba de gritarle que se diera prisa y que tenía ganas de perderle de vista. La gente se volvía a mirarle como la mañana anterior, pero en esta ocasión había pena en sus ojos. Señalaban al hombre tuerto y al niño cojo que le seguía.

—Date prisa, maldito seas —volvió a gritarle golpeándole de nuevo con el bastón en la tripa—. Me estás haciendo perder tiempo y das un espectáculo lamentable. Ya estoy cansado de ti y tus pocas ganas de ayudar. Desde que no está tu madre no eres más que un estorbo —un nuevo golpe en el brazo hizo caer a Héctor.

—Pobre niño —exclamó una mujer ayudándole a levantarse—. Si tu padre te trata así vas a tener que cambiar o... —cerró la boca al ver los ojos llenos de odio de Héctor, que sacudiendo el brazo siguió en pos del antiguo amigo de su padre, cada vez más cerca de la puerta.

—Ahora vas a aprender por las malas —seguía gritando Roy— lo que no has querido aprender por las buenas. Te he dado todas las oportunidades del mundo y me lo has agradecido de esta manera. En el momento en que salgas por esa puerta, dejarás de ser hijo mío Ben.

—Pero... —intentó responder Héctor.

—Calla, desgraciado —cortó Roy dándole un revés que casi le hace caer.

A base de golpes y gritos habían llegado hasta la gran puerta. La gente intentaba apartarse de la pareja, ya que no querían que el niño escapara de su padre y su castigo, ni tampoco llevarse algún golpe de ese hombre furioso.

Los guardias no se perdían detalle de la escena, más pendientes de cuál sería el próximo golpe que iba a recibir el niño, que de las personas en sí. Cuando se preguntaban si darles el alto o no, un cabrero que esperaba al otro lado de las murallas empezó a llamar a gritos al viejo, haciendo que todos volvieran la vista hacia allí sorprendidos por la interrupción.

—¡No tengo todo el día! —gritaba sobre el resto de voces— Trae a tu hijo como acordamos y te lo devolveré hecho un hombre o no volverás a verlo.

—Ahí está tu futuro, Ben —dijo Roy a Héctor—. Vete a cuidar cabras fuera de estos muros y no vuelvas. Ya no puedo más con esta situación. Los últimos meses han sido un maldito infierno y no quiero volver a verte —tenía el bastón apoyado en el pecho del muchacho y le iba empujando hacia la puerta de forma que Héctor andaba de espaldas—. Vete rápido o te molere a palos. ¡Vete!

Casi cayendo, asustado y llorando como no lo había hecho en mucho tiempo, Héctor salió de Elknok hacia el hombre que le llamaba haciendo gestos con la mano.

—Vamos —le dijo cuando llegó—. No hay tiempo que perder —hizo un gesto con la mano y un grupo de diez personas se pusieron en marcha haciendo que un gran número de perros corriera alrededor del mayor rebaño de ovejas y cabras que Héctor había visto en su vida.

Desde la muralla, junto a la puerta, con las manos apoyadas en el bastón, Roy miraba cómo se iba alejando Héctor y no pudo evitar sentir miedo.

—A veces es duro —dijo una voz a su lado—, pero es necesario.

—No se hace idea de lo duro que resulta —respondió Roy mirando a quien

le había hablado que resultó ser un Guardia de la Ciudadela con un papel en la mano—. Pero espero que sea para bien.

—Siempre esperamos eso de nuestros hijos, pero no es fácil conseguirlo.

—No lo es, no.

Iba a alejarse cuando el Guardia le llamó.

—Supongo que no, pero ¿no habrá visto a alguien así? —le mostró el dibujo que llevaba en la mano. Desde él, un Héctor limpio y sonriente le miraba.

—La verdad es que no recuerdo esa cara. ¿Qué ha hecho?

—Blasfemia y robo. Además, huyó de la Guardia.

—Vaya pieza.

—No debió de tener una figura paterna que le llevara por el buen camino.

—Seguro que es eso. Buenos días —se despidió Roy saliendo de la ciudad hacia las barriadas que rodeaban las murallas.

Utilizando el bastón para apoyarse al andar daba la imagen de un viejo incapaz de defenderse. Caminaba sin mirar hacia dónde se dirigía pensando en el horrible modo en que se había despedido de Héctor, sabiendo que le había hecho más daño en ese rato que desde que empezó su viaje. Pero necesitaba sacarlo de la ciudad y hacerlo a la vista de todos pero sin que nadie se fijara en él había sido la mejor manera. Afortunadamente aún contaba con amigos dentro de Elknok. Llegó a un establo medio derruido y se asomó al interior.

—¿Todo listo? —preguntó.

—Cuando quieras. También tengo la espada aunque no es de las mejores.

—Me servirá, espero. Pero creo que estoy mayor para estas cosas.

Atravesó la puerta un joven que llevaba por la brida un caballo ensillado y con las alforjas repletas.

—Te he metido —le dijo el muchacho, que era un poco mayor que Héctor — todo lo que hemos creído que ibas a necesitar, pero como nos has dado poco tiempo...

—Os dí el mismo que he tenido yo —respondió Roy tajante cogiendo las bridas—. ¡Uf! Cuánto hace que no monto —subió con agilidad—. De esto me voy a arrepentir.

—Suerte —deseó el joven levantando la palma de la mano.

—Guarda eso para los tuyos. Puedes buscarte problemas que no deseas — hizo girar al caballo y dándole un leve toque con el talón se puso en marcha alejándose de la ciudad

* * * * *

Las horas pasaban y el sol subía en el cielo sin detenerse, igual que el rebaño azuzado por los perros y los gritos de los pastores. Héctor estaba cansado y asustado sin saber hacia dónde se dirigían sus pasos ni qué había sucedido con Roy en las últimas horas. Se habían despedido en la casucha del viejo por la noche y luego, cómo en una pesadilla horrible, todo había sucedido sin ningún control ni explicación. Pero no era un sueño, ya que el dolor de pies era terrible. Al mirar alrededor, el polvo que levantaban los animales no le permitía ver más allá del rebaño. Harto de no hacer nada, buscó con la mirada al hombre que le había esperado fuera de la ciudad y lo vio por delante silbando a los perros e intentando no mirar hacia donde estaba él, por lo que le hizo gestos para llamar su atención. Esos movimientos le causaron un gran dolor en los verdugones que le había hecho Roy con el bastón. Cuando volvió a abrir los ojos, llenos de lágrimas por el esfuerzo de no llorar, el pastor avanzaba hacia él, rodeado de perros que daban saltos y corrían, pero sin dejar de mirar a las ovejas.

—¿Cómo estás? —preguntó al llegar— Soy Pen.

—Hola. Yo soy Héctor y, la verdad, no sé cómo estoy.

—Supongo que tendrás muchas preguntas. En un rato pararemos a almorzar y hablaremos, ¿vale? Intenta estar tranquilo porque probablemente Roy te ha salvado la vida.

—Pero... —intentó decir Héctor.

—Luego, ¿vale? No eres lo único de lo que debo estar pendiente.

Tras decir eso, con un ligero toque de irritación en la voz, se dio la vuelta y se alejó con largos pasos dando silbidos e instrucciones al resto de pastores del grupo. Algo más tranquilo, aunque poco, Héctor empezó a fijarse bien en lo que le rodeaba antes de llegar al polvo. Aparte del que le había hablado, otras doce personas estaban distribuidas entre los animales, centenares de animales entre ovejas, cabras y perros. No se veía ningún caballo entre el grupo, por lo que pensó que eran nómadas y llevaban su ganado de un lugar a

otro y vendían los animales o los productos que sacaban de ellos a cambio de lo que necesitaban y no producían ellos mismos. Igual que hacían en su casa ellos con el pan.

Como si hubiera recibido un nuevo golpe del bastón de Roy, acudieron a su mente los recuerdos del último día que había pasado con su padre y sus amigos antes de que el mundo se viniera abajo de un solo plumazo. Se miró las manos y las vio pequeñas para la misión a la que se había lanzado de cabeza él solo por sus hermanas. Miró la pulsera y recordó las caras de las niñas cuando se la habían regalado con forma de corona. Una gota de agua la cayó sobre la palma de la mano y, extrañado, miró al cielo buscando las nubes, pero no había ninguna. Al volver a bajar la vista hacia sus manos no pudo enfocarlas bien, intentó frotarse los ojos justo antes de caer al suelo.

* * * * *

Dejándose ver entre la espesura, el barco avanzaba empujado por la corriente y los remos cuando era posible, a gran velocidad. Aunque el viaje era tranquilo, el sueño se había mantenido esquivo toda la noche y eso no favorecía el humor de La Lanza. Éste repasaba los últimos días y no alcanzaba a comprender los designios y las pruebas que Titre estaba poniendo en su camino.

Desde sus principios como novicio en la Orden, había comprendido el mensaje que se ocultaba en Su Palabra. Tras hablarlo con algunos compañeros y maestros, había tenido que callar lo que sabía ya que le miraban de forma diferente y notaba cómo cuchicheaban sobre él cuando no miraba. Creció superando los cursos y sin contarle a nadie más lo que había descubierto. ¿Cómo no lo veían los demás? Estaba tan claro cuando leían Su Palabra que le costaba esfuerzos tremendos no levantarse y gritar el significado real para que todos lo comprendieran.

Al fin le llegó la revelación que estaba esperando sin saberlo. Se calmó su espíritu y pudo empezar a trazar el plan que le llevaría a propagar el mensaje de Titre a todos los pueblos. Fue una noche en que no podía dormir y releía los pasajes del Libro con la luz de la luna llena. Se fue a lavar la cara en la palangana y al abrir los ojos, su reflejo le miraba de forma extraña: media sonrisa y una ceja arqueada con expresión de hastío.

—¿Hasta cuándo, Caleb? —le preguntó el reflejo.

Incapaz de apartar los ojos de esa aberración, se apoyó con las manos en el borde de la mesa buscando la lógica de lo que veía.

—¿No respondes, Caleb? —siguió diciendo— ¿Y esa cara? Hace tiempo que lo sabes pero no haces nada y eso me decepciona profundamente. Hace años que lo estoy esperando. En verdad te estoy esperando y me estoy cansando.

—¿Quién eres? —logró preguntar al reflejo pasado un rato.

—Tú lo sabes hace mucho. Igual que has descubierto otras cosas que preferiste callar cuando te pareció que te miraban y hablaban de ti.

—Sí. Me tildaban de loco.

—¿Lo estás?

—Ahora mismo no sé ni tan siquiera si estoy despierto.

—Fabuloso. Ahora va a resultar que estoy siendo un sueño —dijo el reflejo con desdén—. Caleb, escucha con atención porque no voy a perder el tiempo, sabes que no me gusta. Ahora estabas leyendo Mi Palabra: la descripción del palacio al que vais al morir y dónde empezáis a sentir la dicha que os va llenando mientras escruto vuestras almas y, según cómo lo valore, sigue creciendo o la transformo en el dolor más atroz que podáis conocer antes de entregaros a mi hijo Gatrál para que os torture y os utilice para hacer el mal por toda la eternidad.

—Sí, pero eso lo sabes porque eres mi reflejo en un sueño... ¿no?

—Dudas. Esto no va a resultar. Pero te necesito porque falsos dioses se están propagando por la tierra y hace falta un líder fuerte que os una. Sabes quién es Zswick —afirmó.

—Sí, mi maestro de Comprensión.

—Él sabe que estás comprendiendo el mensaje real de mi Libro. Te ha estado vigilando desde hace años porque te teme.

—¿Me teme? —preguntó sorprendido a la palangana.

—Claro. Toda la Iglesia está corrompida por la desidia, y él especialmente. Sabe que si revelas lo que sabes, todos perderán lo poco que tienen y eso les asusta, por lo que cada vez están más lejos de Mí.

—Por eso hace mucho que no hablo de mis descubrimientos.

—Iluso —escupió la voz—. Él te vigila y utiliza a otros para registrar tu celda y tus papeles.

Asustado, se había incorporado mirando alrededor suyo como si viera sus escasas pertenencias por primera vez. Tenía razón el reflejo: algunos días parecía como si hubieran movido sus libros y la vela en ocasiones estaba más gastada al volver que cuando se había ido a estudiar. Frotando sus doloridos dedos, con el corazón desbocado y la boca seca se acercó a la palangana buscando su rostro.

—Eres Titre —dijo al reflejo con voz temblorosa.

—Ahora ya sabes lo que debes hacer —e iluminándose como hierro fundido se despidió gritando—. ¡Volveremos a hablar!

Cegado por la luz se tapó los ojos con las manos, doblándose por la cintura debido al dolor hasta caer al suelo. Cuando despertó por la mañana se sentía más descansado de lo que había estado en mucho tiempo y tremendamente lúcido. Al lavarse la cara de nuevo no encontró más que su propio reflejo marcado en la frente por Titre. Un golpe, diría a sus compañeros, con la mesa de estudio al tropezarse de noche. Debía buscar aliados, tantear entre sus compañeros.

En los meses siguientes se relacionó con otros estudiantes como no lo había hecho nunca; participó en foros y debates estudiando las reacciones de sus compañeros; seleccionó candidatos y los fue aleccionando poco a poco. Descubrió que los que entraban nuevos eran más fáciles de guiar, pero no necesitaba eso. Tomó como reto enderezar mentes formadas y con conocimientos. En cuanto a Zswick, observó que era cierto que le espiaba. Caleb empezó a seguirlo por los jardines y en los paseos al pueblo notando cómo su maestro volvía la mirada para espiarle, cómo sin ningún reparo le buscaba cuando él le miraba desde detrás de un seto y así no perderle la pista.

En esos años Titre se le apareció otras dos veces y habían hablado del Mensaje correcto en su Palabra y lo que debía hacer. Ya era maestro y había aprendido a sembrar la semilla correcta en las mentes adecuadas logrando que otros compañeros las regaran y abonaran. Pero la prueba definitiva del comienzo del cambio llegó de forma terrible.

—¿Cómo que matarle? Pero eso está mal. Ahora lo tengo controlado y no se acerca a mí ni a mi gente.

—Pero aún tiene poder para destruir tu obra —le respondió el reflejo—. Y ese será el gran comienzo que necesitas: un muerto y un mártir.

—Un mártir ¿yo? ¿Y cómo haré tu voluntad?

—No, no Caleb. Tú eres necesario vivo. Debes elegir a uno de tus seguidores, el más fiel y leal, el que menos peligroso parezca a ojos de nadie.

—Hay uno de los novicios que tiene la bondad pintada en el rostro y me adora.

—Será perfecto. Sólo debes conseguir dos hierbas que tomadas unidas hacen que una persona enloquezca hasta convertirse en un animal.

—Y así... él mataría a Zswick unos segundos antes de que yo llegara para impedirlo y se acusará a Gatrál.

—Conoces las hierbas ¿verdad?

—Sí. y eso me dejaría a mí como héroe, un enemigo destruido y el miedo purificador dentro del seno de la Iglesia.

—También serías un referente de la verdad.

—Pero debo hacerlo sin que nadie sepa que las he comprado ya que no crecen en nuestros jardines.

—Eso lo dejo en tus manos.

Controló durante días una de las tiendas del pueblo hasta que entró en ella una mañana nada más abrir. Consiguió sus hierbas y al ir a pagar se golpeó la mano con la madera del mostrador haciendo que las monedas volaran en todas las direcciones. Pidiendo perdón a la tendera, la ayudó a recogerlas hasta colocarse tras ella para golpearla con una piedra que llevaba oculta y hacerla caer al suelo. Miró al exterior pero nadie había visto nada. La mujer yacía boca abajo con los brazos extendidos y las piernas separadas. La observó notando cómo su miembro crecía dentro de los pantalones, se sintió poderoso y decidió desviar la posible atención de los Guardias. Le subió la falda dejando al descubierto las blancas piernas y las nalgas. Ardiéndole la entrepierna se bajó los pantalones y se colocó sobre ella. Le zumbaba la cabeza y no se sentía él mismo, pero sí vivo. La penetró con fuerza y notó como ella se movía pues no la había matado con el primer golpe. Sin dejar de embestirla buscó la piedra a su alrededor mientras la tendera comenzaba a resistirse. Ahora que Caleb había empezado, nada iba a impedirle terminar, así que cuando la encontró la cogió con una mano mientras con la otra aguantaba su peso y golpeó la cabeza de la mujer en el mismo momento en que alcanzó el clímax. Mientras recuperaba la respiración se quedó dentro de ella totalmente apoyado sobre su cuerpo sintiendo cómo se enfriaba. Se pasó la lengua por la boca y notó un sabor extraño en ella: le había salpicado sangre

al reventarle la cabeza. Sonriendo la saboreó y al ver su mano también manchada, lamió los dedos con ansía. Nadie iba a interponerse en su camino a partir de ahora. Con Titre a su lado era más poderoso de lo que nadie había sido nunca.

Cuando algunos hermanos contaron lo que habían oído en el pueblo sobre el modo en el que habían acabado con una mujer, cómo le cubría la sangre las piernas y el estado en el que había quedado su cabeza, pulsó un par de hilos aquí y allá, y logró sin él decirlo, que se empezara a hablar de demonios. Pero claro, eso eran sólo las primeras puntadas, el hilvanado de un tejido tan basto que cubriría con él todo lo que pudiera abarcar.

Después de esa mujer, otras tres y dos hombres murieron en el pueblo de la misma manera. Ya no sólo se susurraba “demonio”, era un clamor entre la gente que volvía la vista a la Escuela buscando respuestas y una ayuda que no encontraban. Lo mismo sucedía en los muros adentro y poco a poco se crearon dos facciones, aunque no de forma oficial: una que negaba la existencia de un demonio de Gatrál y otra opuesta. La primera era liderada por Zswick y la segunda no tenía un líder claro, pero ahí estaba.

Al acostarse cada noche, Caleb miraba su reflejo en la palangana buscando a su dios, pero éste estaba ausente, aunque no dudaba que conocía y aprobaba su forma de actuar. Cuando todos dormían, él apartaba una de las piedras de la pared y sacaba trozos de pan mojados con la sangre de su última víctima. Saboreaba y sentía cómo el poder crecía dentro.

—Mañana será el día —dijo a la celda vacía—. Mañana morirá Zswick y tomaré el control acabando con el demonio.

—Ha sido lento pero lo has hecho bien —le respondió su propia voz—
Estoy satisfecho.

El siguiente día comenzó como todos: los novicios y los maestros acudieron a los rezos y a las clases con normalidad. Antes de comer se realizaron las tutorías de todas las semanas y nadie notó nada raro al cruzarse con uno de los niños con la mirada perdida llena de determinación y pasos firmes. Eran días extraños para todos desde que comenzaron a aparecer los cuerpos.

El niño avanzó por los corredores hasta llegar a la puerta de Zswick. Si alguien le hubiera mirado habría visto cómo le caía saliva por la comisura de los labios y en los ojos le reventaban una tras otra las venas haciendo que

empezara a derramar lágrimas rojas. Llamó a la puerta con fuerza y entró sin esperar respuesta.

Cuando sonó el primer grito cargado de horror, todos en la escuela detuvieron sus pasos y miraron alrededor. Sonó otro y cundió el pánico. Se empujaban en las esquinas y corrían por los pasillos sin reconocer amigos o enemigos. Golpes, caídas y gritos de los estudiantes que no hacían más que crear más pánico. Sólo una figura avanzaba con seguridad por los pasillos, parecía guiarse por los gritos que ya sonaban agónicos y cada vez más leves. Con órdenes cortas y dadas con voz controlada, fue haciendo que el orden se extendiera a su alrededor, dándole un aspecto imponente. Cuando llegó a la puerta del viejo maestro, apoyó la mano sobre ella en el mismo momento en que sonaba un último estertor que se escuchó claramente en el silencioso pasillo.

—Debo entrar —dijo Caleb a nadie en particular—. ahí dentro está el Mal y debe ser destruido.

Ante la mirada espantada de los que le seguían, abrió y entró cerrando tras él. Observó la escena satisfecho: el estudiante moría lentamente entre convulsiones después de haber destrozado el cuerpo del maestro de forma horrorosa. Extendió la mano hacia el cuerpo de su rival, mojó los dedos en su sangre y los lamió. Sonrió mirando hacia la puerta y comenzó a rezar lo más fuerte que pudo mientras se lanzaba contra la puerta de espaldas. No dejaba de recitar las palabras del Libro para eliminar a los demonios y empujó una mesa que cayó al suelo tirando gran número de papeles. Para darles más emoción a los del pasillo, golpeó al niño en las costillas haciendo que este profiriera un gruñido casi animal que al poco se transformó en un gemido, tapado por la voz del rezo del que ya se veía como dueño absoluto de la Escuela. Buscando el mayor efecto, acercó una vela al gran número de papeles que había en el suelo produciendo un pequeño fuego que poco a poco fue llenando la estancia de humo. Cuando empezaban a picarle los ojos y la garganta se dirigió hacia la puerta, se despeinó, rasgó su ropa, se arañó la cara y, con gran concentración, se arrancó una uña de la mano izquierda que lanzó sobre el niño que ya estaba muerto. Abrió la puerta provocando que todos los presentes dieran un paso atrás sin saber lo que iba a salir de la habitación.

—Han muerto —dijo entre toses doblándose por la cintura—. el chico estaba poseído por los demonios de Gatal y ... —levantó la cabeza

mostrando a todos los arañazos, aunque en lo que se fijaron, como él esperaba, fue en las lágrimas—. Ha sido horrible pero ya ha terminado —cuatro pares de brazos corrieron a sostenerle cuando le temblaron las piernas y casi cayó al suelo.

Unos meses después era el director de la Escuela y con su currículum como asesino de demonios, no tardó demasiado en convertirse en la cabeza de la Iglesia, La Lanza y mano derecha del Emperador.

¿Por qué volvía ahora a su camino ese hombre? Y ese niño que no sabían dónde podía estar ni sus intenciones. Deseaba con todas sus fuerzas que sus guardias mataran al padre y con eso terminaran sus preocupaciones. ¡Maldita sea! No había guardado sangre de ese sucio trampero. Levantó la vista hacia el río intentando ver algo en la noche iluminada por una luna que menguaba en su tamaño, pero aún iluminaba.

—Capitán —dijo— me retiro a mi camarote. Avíseme para lo que sea. ¿Cuánto falta para cruzar Elknok?

—No tardaremos en hacerlo.

—Bien. Tengo ganas de llegar a Paukhorn.

Dicho esto, se tapó con la capa que cubría sus vestiduras y se retiró al interior del barco a buscar unas horas de descanso.

El barco avanzaba a buena velocidad por el centro del río. Con la corriente, los remos apenas eran necesarios, cosa que era agradecida por los hombres que los manejaban y alguno aprovechaba para dar una cabezada ya que sabían que en cuanto bajara el ritmo de avance, les tocaría nuevamente impulsar la nave.

Tras girar un pequeño recodo, el hombre distinguió la silueta avanzando y bebió un trago de agua sin quitarle la vista de encima, calculando mentalmente el momento adecuado. Respiró hondo y giró el cuello, cruzó los dedos, estiró los brazos por delante de él para después pasarlos sobre la cabeza y estirar hacia la espalda. Lentamente se agachó y cogió su arco, comprobó la única flecha que llevaba y la colocó en su posición apuntando al suelo. Sabía que sólo tenía una posibilidad, pero por eso lo habían elegido a él. Con los ojos acostumbrados a la escasa luz de esas horas previas al amanecer, vio el lugar exacto donde debía ir la flecha. Todo lo demás fue desapareciendo de su vista

y su respiración era cada vez más lenta y profunda. Levantó el arco y comenzó a tensar la cuerda. Sintió las plumas en el pómulo y corrigió la posición de las piernas. Concentrado únicamente en la respiración y en los latidos de su corazón, aguardó pacientemente el momento exacto. Era el mejor y había nacido para esto. Tres latidos, dos... en el siguiente dejó ir la cuerda más que soltarla, sin dejar de ver el lugar donde se clavaría la flecha. Un latido, dos y la flecha quedó clavada en la puerta del capitán sin perder el mensaje que llevaba atado. Prácticamente su vida dependía de que ese papel fuera leído por Su Pureza.

—Bien hecho, hijo —dijo una voz tras él.

—La duda ofende —respondió de forma desdeñosa.

—No pierdas el respeto hacia tus mayores. Es un gran pecado y de esa manera es como entran en nosotros los demonios.

—Cierto, padre. Es un don de Titre mi capacidad con el arco y como tal, puede arrebátarmela en cualquier momento —se corrigió el arquero cayendo ante el Elegido que le acompañaba.

Se postró ante él suplicando el perdón por la posibilidad que las palabras escuchadas abrían ante él. Eran tiempos peligrosos y más de un compañero había sido salvado de los demonios liberando su alma hacia el Creador de todo. Así como mucha gente de la ciudad, según había escuchado en las tabernas, siempre en voz baja y con miradas de miedo.

—Levántate hijo —dijo la figura tocando levemente la cabeza del arquero—. No estás en peligro ya que sigues los designios de Titre y obras según su voluntad.

Cuando volvieron a mirar al río, el barco había desaparecido engullido por la noche y los recodos del camino que lo acercaban a Paukhorn.

* * * * *

Después de desayunar volvieron a ponerse en marcha. Con una serie de silbidos todos los animales comenzaron a avanzar, así como los pastores. Héctor seguía dando vueltas a las palabras que había escuchado de boca de Pen unos días antes.

—Roy te ha salvado la vida —le había dicho—. Cuando salió por la noche

de casa, descubrió que los Guardias te buscaban. Dio conmigo por casualidad y me pidió que te llevara fuera del alcance de la ciudad. Y aquí estamos.

—¿Por eso me trató tan mal? —había preguntado Héctor.

—No sé a qué te refieres con eso. Pero debes saber que no voy a jugarme el pellejo ni el de los míos por un desconocido, así que si veo que nos siguen o cualquier cosa extraña, te irás por tu camino.

A estas palabras, dichas con toda la calma, no había sabido qué responder. Se le habían ocurrido montones de preguntas pero se daba cuenta de que ahí no iba a obtener respuestas y se quedaría peor.

—¿Vamos a Paukhorn? —había preguntado al fin.

—A un pueblo a un día de camino. Pero desde allí no tendrás pérdida. Vendrás con nosotros cinco o seis días y luego, ese último, irás solo. Espero —había dicho mirándole de una manera que le incomodó— que no seas lento ni quejica.

—No voy a ser una carga ni una molestia. Muchas gracias por su ayuda.

—Es a Roy a quien le devuelvo el favor —había respondido Pen poniéndose en pie—. Sigamos el camino y cuanto antes lleguemos, antes te perderé de vista. No me gusta llevar a un fugitivo conmigo, por muy niño que sea.

Después de eso habían andado toda la tarde y, al ponerse el sol, se habían detenido para dormir unas horas hasta que el amanecer los había despertado a todos.

El día siguiente fue igual al anterior y al posterior. Aparte de Pen, el resto de los pastores le habían aceptado como a un viajero que iba en busca de su familia y le habían contado historias, le habían enseñado cosas sobre los animales y habían compartido su comida con él sin preguntas incómodas. Respetaron su intimidad, lo que él agradecía en silencio.

Comía con ellos riendo con las bromas que uno hacía a los demás sobre su aspecto cuando uno de los perros comenzó a ladrar. Poco a poco los otros unieron sus ladridos al primero haciendo que todos dejaran de hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó Héctor— ¿Les pasa algo a los perros?

—Algo huelen —le respondió uno de los pastores—. Estate atento porque pueden ser lobos.

Asustado, se puso rápidamente en pie, igual que habían hecho todos los pastores. Pen, que comía un poco apartado del resto, empezó a silbar a los animales ya que con los ladridos estaban poniendo nerviosas a las ovejas y corrían el riesgo de que todas salieran corriendo. Sólo algunos de los más antiguos hicieron caso, pero dirigían miradas nerviosas a los árboles, erizaban el pelo del lomo y enseñaban los dientes.

El grupo echó mano de los bastones y se desplegaron hacia el lugar que miraban los animales sin dejar de mantener agrupadas a las ovejas.

Sin separarse de donde habían estado sentados, Héctor miraba hacia la espesura sin saber muy bien que hacer. Nunca había visto un lobo, aunque sí había oído hablar de ellos cuando iba con su padre vendiendo pan. Veía cómo los pastores se intercambiaban miradas y parecían indecisos sobre cómo comportarse. Los perros ladraban de tal manera que ponían los pelos de punta, parecían más salvajes que animales domesticados. Daban pasos adelante con los rabos tiesos y gotas de saliva saliendo de sus fauces. Sus ladridos fueron dando paso a gruñidos graves que salían de lo más profundo de sus gargantas. Héctor se secó las palmas de las manos en el pantalón y fue llevando su mano derecha hacia la daga de su espalda. Sentía cómo el corazón martilleaba en su pecho y el contacto con el metal le tranquilizó. Giró la cabeza cuando uno de los perros cambió el gruñido por un quejido y cayó al suelo.

— ¡No son lobos! —gritó uno de los pastores.

— ¡Bandidos! —gritaba otro en el lado contrario.

Como animados por los gritos, comenzaron a salir hombres de entre los árboles blandiendo armas y dando alaridos. Desde su posición, Héctor vio cómo otros dos perros eran atravesados por flechas antes de poder correr hacia los asaltantes. Los pastores, paralizados por la sorpresa, no sabían qué hacer. Pero algo no encajaba en el grupo de asaltantes aunque Héctor no podía ver qué era. Casi lo tenía pero se le escapaba. Cuando alcanzaron al primer pastor, dos o tres hombres lo arrollaron y con sus armas le hicieron tantos cortes que cayó al suelo muerto y cubierto de sangre. Sus compañeros, atónitos comenzaron a dar pasos atrás sin soltar sus bastones, escasa defensa contra hombres bien armados y organizados.

— Joder —exclamó Héctor—. No son bandidos, son soldados. ¡Son soldados! —gritó al tiempo que comenzaba a correr hacia ellos sin darse cuenta.

Mientras corría cogió una piedra del suelo y pasó la daga a la mano izquierda, seleccionó a uno de los soldados que habían matado al pastor y la lanzó con todas sus fuerzas. Mientras la piedra volaba, vio como sus compañeros se agrupaban con algunos de los perros, otros corrían hacia los asaltantes y unos pocos agonizaban. La piedra golpeó al soldado en un brazo desestabilizándole lo suficiente como para que uno de los animales saltara sobre él haciéndole caer y hundiendo sus dientes en la garganta de forma que el soldado no pudo quitárselo de encima. Otro de los soldados se volvió y partió con su espada el espinazo del perro aunque ya tarde. Detrás de ellos venían otros dos soldados sacando las espadas tras haber dejado caer los arcos.

Una parte del cerebro de Héctor recordó la historia que le había contado Douglas sobre la muerte de su hermano, otra pensaba en sus hermanas y otra en el relato de su padre.

—¡Son menos que nosotros! —gritó pasando junto a los pastores sin dejar de correr— ¡Si no luchamos nos matarán!

Éstos vieron la daga en la mano y cómo los perros le acompañaban en la carrera hacia lo que parecía una muerte segura.

—Estaba siendo un día aburrido ¿no? —dijo el que hacía unos minutos bromeaba con los demás, empezando a correr detrás de Héctor seguido de todos los demás.

Al ver acercarse a los pastores, los soldados titubearon, pero la formación se impuso y continuaron su avance mientras acuchillaban a todas las ovejas que no se habían apartado al llegar ellos.

Con la mirada fija en uno de los soldados y sintiendo cómo toda la rabia que tenía en el interior se abría paso tomando el control, Héctor no redujo su paso al llegar a unos metros del asaltante que le esperaba con la espada lista, sino que se dejó caer al suelo con las piernas por delante. Sintió cómo el acero pasaba sobre él antes de golpear las piernas del soldado y hacerle caer. Sin recobrar el aliento se levantó y cayó sobre la espalda de su enemigo donde clavó con fuerza la daga hasta la empuñadura. Al sacarla, un chorro de sangre le salpicó la cara y la ropa. Levantó la mirada y vio cómo otro de los soldados era atacado por un grupo de perros a los que intentaba acertar con la espada;

uno de los pastores caía con la espada de su enemigo clavada en el pecho y ese, sin defensa, era golpeado por el bastón de otro de los pastores hasta hacerlo caer. El de los perros yacía en el suelo y Héctor, sintiéndose embargado por el olor a sudor y sangre, se dirigió hacia otro enemigo después de haber cogido la espada del muerto.

En unos minutos había terminado todo. Uno de los soldados había huido después de ver la daga de Héctor clavarse en el pecho del que estaba a su lado. Se fijó bien en quién lo usaba y, arrojando su espada hacia él sin puntería ni fuerza, se dio a la fuga. Nadie hizo el amago de perseguirlo. Heridos, asustados y agotados, los tres pastores que seguían en pie miraban alrededor viendo el suelo cubierto de cuerpos tanto de amigos como de enemigos. Apoyándose en su bastón y con cara de dolor, Pen se incorporó y tras buscar a Héctor con la mirada, se dirigió hacia él con dificultad. Parecía la primera vez que lo veía: el pelo ensortijado, una daga en la mano derecha goteando sangre tras sacarlo de un cadáver, los ojos vacíos de expresión y todos los músculos en tensión. Con la cabeza muy alta tras verle y respirando hondo, esperaba su llegada.

—Gracias —le dijo tendiéndole la mano—. Creo que si no hubieras hecho que reaccionáramos... estaríamos todos muertos.

—Esa era su intención —afirmó Héctor sin sombra de duda en su voz.

—¿Soldados disfrazados?

—Sí. Tuvimos suerte de sorprenderles con nuestro ataque y el de los perros. No esperaban eso.

—Pero tantos muertos ¿para qué?

—Aunque no lo creas, es posible que para tener al pueblo controlado.

—No te entiendo.

Mientras hablaban, habían ido andando hacia el lugar por donde había empezado el ataque.

—¿Qué ves que no te cuadre si hubieran sido ladrones?

—No sé. ¿Qué debería ver?

—Esto —respondió Héctor señalando.

—¿Una oveja muerta? Sigo sin entenderte.

—Un ladrón o asaltantes o esa gentuza que viniera a robarte el ganado nos habría atacado, sí, pero si no hubiera resistencia por nuestra parte, sólo nos habrían golpeado y atado para que no molestarais, y no habrían matado a los

animales.

—Claro, sería su botín.

—Eso es. Pero si la idea es crear miedo, todo esto lleno de cuerpos tanto de hombres como de animales sólo podría haber sido obra de...

—Demonios —susurró Pen.

—Exacto. Y luego una oportuna patrulla habría descubierto la carnicería.

Pen miró alrededor intentando buscar alguna otra explicación a lo que había visto con sus ojos y le había explicado Héctor. Volvió a mirarle, y a la daga.

—Podían venir a por ti. Roy te sacó de Elknok a escondidas y ellos te estaban buscando.

—Y te parece normal —afirmó Héctor— que pudiéndome clavar una flecha o decir quiénes son para que me entregue, es más sencillo matar a los perros y cargar luego sobre personas y animales a hierro —rio sin ningún atisbo de gracia—. Eres libre de creer lo que quieras.

Mientras hablaban, los otros pastores se habían acercado a ellos.

—Pen —dijo uno pasándole el brazo por el hombro— yo creo que tiene razón.

—Es una locura —respondió el aludido.

—Ya conoces todas esas historias que se oyen.

—¡Bah! Cuentos de vieja y chismes de taberna.

—Podéis discutir todo el día —interrumpió Héctor—. pero lo primero sería enterrar a los muertos y salir de aquí antes de que el olor traiga a los lobos de verdad... o a cosas peores.

—¿Quién coño eres? —le preguntó Pen— Pareces un niño pero no actúas como tal; tu cara, la expresión, al acabar la lucha daba miedo y esa daga o cuchillo que tienes... lleva el emblema de La Lanza.

—Sí, el cuchillo —comentó otro de los pastores— ese último soldado lo ha visto y ha salido como alma que lleva el demonio.

—No eres buena compañía, Héctor —dijo Pen—. Debes irte.

—No jodas Pen —espetó uno de ellos—. estamos vivos gracias a él y no vamos a dejarle solo.

—¿Estás loco? Es un fugitivo.

—Como muchos otros en estos tiempos.

—No vuelvas a los rumores de taberna.

—Oh, vamos, Pen. Sabes de sobra que no son sólo chismes o rumores. Otra cosa es que lo aceptes.

—No me gusta el chico —afirmó como si Héctor no estuviera allí—. Nos han obligado a llevarlo con nosotros y ahora resulta que lleva un arma que sabe Titre de dónde ha salido, nos han intentado asesinar...

—¡Pero no por él! Lo más probable es que si no hubiera estado con nosotros ahora estaríamos muertos —le interrumpió Devon mientras el resto de pastores supervivientes le daban la razón.

—Perdonad que os interrumpa, pero estáis hablando de mí y estoy aquí delante de vosotros y os oigo. Lleváis razón los dos: soy un fugitivo —dijo mirando a Pen— y también os he salvado la vida, o tal vez habríais reaccionado vosotros solos. No lo sabemos ahora ni lo sabremos nunca. Sólo quiero, debo, llegar a Paukhorn lo antes posible. Me importa muy poco que sea con vosotros o solo, así que discutid todo lo que queráis porque yo voy a recoger mis cosas y ponerme en marcha en cuanto me indiquéis la dirección, ya que yo no tengo ni puta idea de cómo hacerlo sin ayuda.

Dijo esto sin variar de expresión, como si recitara una lección aprendida en la escuela que no necesitar pensar para repetirla. La sangre ya no goteaba de la daga e iba tomando color cada vez más oscuro a medida que se secaba.

—Seguramente tendréis muchas preguntas —dijo a Pen volviendo la mirada hacia él— y no puedo contestarte a prácticamente ninguna, así que ahórrate el esfuerzo. Sobre todo te gustaría saber sobre la daga ¿verdad? Es una historia interesante y larga pero ni yo mismo he llegado a unir todas las piezas ya que, desde hace menos de un mes, no dejan de suceder cosas que la tienen como parte común —había levantado la mano con la daga para espanto de Pen— y no lo entiendo. Joder, era un puto crío que ayudaba a su padre y a su madre, con dos hermanas pequeñas... ellas me hicieron esto —dijo señalando la pulsera— antes de desaparecer a manos de unos... tipos que vienen desde el pasado de mi padre, que es donde consiguió esta daga. Me la dio después de matar a uno de ellos y me fui de casa para encontrarlas. Allí atrás, me encontré de bruces con la vieja que ayudó a que se las llevaran, me acusó de robo y tuve que huir, creí que había encontrado un amigo y éste me mandó de golpe, y lo digo literalmente, con vosotros. Y ahora he matado con esta misma daga que, según dices —miró a Devon— ha reconocido el hombre

que ha huido hace unos minutos.

“¿Sabéis qué es lo peor? —preguntó mirando al suelo— Que no siento absolutamente nada después de quitarles la vida. Si hubiera podido habría acabado con más, pero entre los perros y vosotros no me habéis dejado. ¿En qué me convierte eso? ¿Qué clase de persona soy? Si es que vuelvo a casa con mis hermanas, ¿en qué me habré convertido?”

Cuando se quedó callado, se dieron cuenta del silencio que les rodeaba. Ninguno de ellos contestó. Las ovejas ya tranquilas pastaban y los perros daban buena cuenta de las muertas por los soldados.

—Bien... ejem... —carraspeó Pen— Si nos ponemos en marcha ya y apretamos el paso, podemos llegar a Paukhorn sin perder demasiado tiempo. Va a ser más difícil porque falta gente, buena gente. Pero es más dinero a repartir, ¿no? Y tú —señaló a Héctor— te ganarás un sueldo como los demás.

—Sólo quiero llegar a...

—Sí, claro. Y allí necesitarás monedas, muchacho. Después —le miró a los ojos —espero no verte nunca más.

Entre los cinco excavaron una pequeña fosa donde meter los cuerpos tras quitarles todo lo de valor o que pudieran vender. Las ovejas muertas fueron troceadas para aprovecharlas como comida y en silencio se pusieron en marcha. El sol ya bajaba, pero ninguno de ellos quería permanecer en ese lugar. El olor a sangre ponía nerviosos a los perros y nadie quería dormir tan cerca de las tumbas de los hombres que les habían acompañado hasta hacía unas horas.

* * * * *

Mientras, a bastante distancia, unos hombres sacaban tierra con las manos y con espadas para enterrar a los muertos, en su palacio de Paukhorn La Lanza gritaba como loco a su guardia personal, al coronel de la Guardia Imperial y a unos pocos Elegidos. En su mano izquierda estrujaba un papel y gotas de saliva salían de su boca en todas direcciones. Incapaz de contenerse, se veía a sí mismo perdiendo el control de Todo, sintiendo cómo se rompían uno tras otro los hilos que había tejido durante tanto tiempo.

Sudoroso y sofocado terminó apoyando las manos en la mesa y fijó la

mirada en una vela.

—Capitán, otra vez —dijo al fin—. ¿Cuánto tardaría en llegar un mensaje a esa aldea?

—El medio más seguro es un jinete a caballo y no sería menos de una semana —respondió el aludido sin atreverse a mirar a los ojos a ese hombre—. Y con halcones serían dos días como mucho. Pero —le tembló la voz— existen muchos factores que podrían alterar ese tiempo y tardaríamos mucho más en saber que no ha llegado a su destino, a no ser que reenviaran el ave con una respuesta.

—Sal de mi vista y busca, ruega por encontrarlos, los mejores pájaros. Me da igual cuántos mandes al mismo tiempo, pero ten en cuenta que está tú cabeza en juego. Sólo quiero verte de nuevo para que me digas cuántos vas a enviar y darte las copias necesarias.

“Y vosotros, los responsables de mantener el orden en Elknok ¿cómo demonios...? perdóname Titre, ¿cómo se os pudo escapar un simple niño? Hombres preparados y con su retrato —les mostró el papel que le había llegado al barco—. Salió delante de vosotros, de vuestras mal... putas narices.

—Había mucha...

—¡Mierda! ¡Mucha mierda! Titre bendito. No es excusa, ya os lo he explicado, y no tenía por qué, quién es ese niño, quién es su padre y lo que han hecho a lo largo de los años.

Ciertamente les había explicado quiénes eran, pero no de la forma que él lo sabía. Era su obligación como representante de Titre en el mundo, asegurarse de que Sus planes no se torcieran, así que había variado dos o tres detalles y había adornado la historia de forma que sus oyentes estaban seguros de perseguir a unos adoradores de Gatral, cuyo único afán era destruir la Iglesia. Era posible que ellos fueran los causantes de las desapariciones de niños allá en el este y habían intentado matar a una mujer indefensa en la ciudad y eran responsables de ciertos sucesos no aclarados en el pasado.

—Siguen buscándolos —la conversación había continuado mientras tanto— dentro de la ciudad ya que estamos seguros de que sigue allí. De todas formas, se han enviado patrullas para seguir las caravanas y todos los carros que salen estos días. Pero son tantos los lugares en los que puede encontrarse...

—Ya hemos hablado de que debéis dirigir hacia aquí todas las búsquedas — casi susurró La Lanza.

—Sí, y que salgamos desde aquí hacia Elknok para intentar atraparlo entre los dos y que no pueda escapar. Pero puede haberse dirigido hacia cualquier lugar ahora que sabe, o creemos que sabe, que le buscamos.

—Tal vez venga hacia la capital —intervino otro Elegido—, si su intención es hacernos daño. Sería el mejor lugar.

—Pero si os fijáis en su recorrido —dijo como si se dirigiera a niños pequeños mientras pensaba “estúpidos, haced lo que os digo”— ha seguido mi viaje y sabemos que su intención es causarnos daño. Cada vez hay más rumores de descontento entre la gente para con nosotros. Dicen que el Emperador es un títere en nuestras manos, que hacemos pactos extraños y que somos responsables de no sé cuántas barbaridades.

“Y si todo eso ha llegado a mis oídos, qué no sabréis vosotros y no me habéis contado”.

—Lo cierto, Su Pureza, es que hemos escuchado esas historias y otras mucho peores. También hay grupos de otras religiones y orientaciones políticas que recorren nuestro territorio. Algunos de ellos en... silencio, por así decirlo y sin causar molestias. Pero es imposible comprobar todos los rumores y seguir a todos los...

—Ya basta —le interrumpió La Lanza golpeando la mesa—. Todo eso lo conocemos hace mucho tiempo y mi Guardia ha aplacado más intentos de rebelión de los que tenéis conocimiento, Coronel —hizo una pausa para demostrar quién controlaba el Imperio—. Y no alardeemos de ello ante nadie, ni vamos explicando las dificultades que nos encontramos como si fuéramos niños pequeños. Nuestros informadores, y los sucesos, demuestran que están siguiendo mi viaje por el país hasta aquí, donde nos encontramos. Y hasta ahora se han burlado de tus guardias y de tu incapacidad de cerrar una ciudad. Así que, siendo ya un riesgo evidente contra la Iglesia, mi Guardia se ocupará de esto y tus hombres les ayudarán... en todo lo que digan. Y todos estamos de acuerdo ¿verdad?

Y aunque al Coronel le costó responder, la respuesta fue unánime. Con un gesto les despidió dando por finalizada la reunión sin mirarles mientras abandonaban la estancia, dejándole solo.

Sin sentarse, siguió dando paseos por la sala mientras en su cabeza daba forma a la carta que tenía que enviar a su hombre en la aldea. Había deseado atrapar primero a niño y poder despedazarlo delante de sus padres y luego a

ellos, pero toda la ineptitud que le rodeaba había truncado sus planes y ahora debía cortar los hilos que se habían estropeado antes de que cayera toda la red que había construido.

Se dirigió a su asiento y se acomodó cogiendo la pluma y el tintero. Respiró hondo, cerró los ojos un momento y escribió una sencilla línea: “Acaba el trabajo”. Cuanto más fácil y rápido de copiar, antes saldrían las aves. Deseaba hacerlo con sus propias manos, ver el dolor en los ojos de los que tanto daño le habían hecho en ese tiempo, sentir la sangre corriendo por sus dedos... pero Titre le arrebatava ese placer por un bien superior y él debía aceptar sus designios.

En la granja (2)

Los kilómetros pasaban bajo los cascos de su caballo sin parar. Todo a su alrededor eran borrones, manchas de diferentes colores que apenas eran dejados atrás se borraban de su memoria, si es que en algún momento habían llegado a quedar grabadas en ella.

—Maldita sea —pensaba una y otra vez—. ¿Qué estoy haciendo?

Ese pensamiento se repetía una y otra vez mientras el dolor de sus piernas y espalda crecía cada día a medida que el sol subía. En dos ocasiones había cambiado de caballo y en ambas, había recibido víveres, unas horas de descanso e indicaciones sobre cómo llegar a su destino. Como casi toda su vida había evitado los pueblos grandes y a los posibles soldados que hubiera en ellos, tanto del Emperador como de La Lanza, sobre todo buscaba grupos pequeños de comerciantes como los que ayudaron a Héctor a llegar a Elknok y hasta él.

Al ver volar un halcón por encima de él, volvió a lamentar el no haber cogido el arco cuando salió. Pero tampoco habría podido abatir a todos los que había visto. Ni sabía si alguno de ellos llevaría algún mensaje hacia dónde él se dirigía. Eso era lo peor, que el ave sí conocía su destino y él iba a ciegas buscando a un panadero que vivía cerca del bosque.

—Maldita sea. ¿Qué estoy haciendo?

Intentaba visualizar la cara de Patrick, pero era incapaz de ello. Habían pasado tantos años que sólo podía recordar algunos momentos puntuales como la batalla del bosque contra los Tahn y... bueno, luego se separaron. ¿Era posible que fuera el mismo niño? ¿Cómo podía el destino ser capaz de volver a cruzar sus vidas casi de la misma manera? Si no estaba escrito en sus vidas, alguien de arriba tenía un sentido del humor muy retorcido. Y no sabía si estaba preparado para lo que iba a venir. Seguro que ese maldito loco con delirios de grandeza sí que tenía todo preparado. Y si esa maldita mujer le había desvelado quien era el niño y de dónde venía, estaba seguro de que igual que él iba hacia allí, ellos también lo estarían haciendo. Nuevamente jugando a salvar la bandera.

Atardeciendo, el tercer día de viaje se cruzó con un grupo de carros tirados

por bueyes y envidió la comodidad de ir sentado en un trozo de madera. Sonrió mientras una chica le devolvía el saludo haciendo un alto en su discusión con el que él pensó que sería su padre. Detuvo el caballo y desmontó casi cayendo al tener una pierna dormida.

—Maldita sea —masculló en voz alta—. Descansa un poco animal, te lo has ganado. Allá empezó todo esto — dijo a las primeras estrellas viendo cómo el sol se ponía tras las montañas —. Si hubiera seguido tranquilo cazando mis animales, viviría mejor de lo que vivo ahora.

Soltó la silla y las bridas al caballo para dejarle pastar mientras él se preparaba la cama, o lo que era lo mismo, extender una manta y usar la silla de montar a modo de almohada. Estiró los músculos para dar un paseo después de atar el caballo a un árbol. Era algo que no le apetecía hacer, pero sabía que si no, al día siguiente no podría dar un paso y mucho menos volver a montar y cabalgar un día más.

—Por favor —suplicó a las estrellas—, que no esté lejos y llegue a tiempo.

* * * * *

—Ha llegado un halcón, señor.

—¿Lleva mensaje?

—Así es.

—Pues dámelo.

En silencio y bajo la atenta mirada de tres de los cuatro soldados que le habían acompañado esos días, leyó el papel.

—¿Qué dice? —preguntó uno de ellos.

—Tenemos trabajo —respondió el capitán.

—¿Matarlos, señor?

—Así es.

—¿Pero podemos disfrutar antes de hacerlo? —preguntó otro pasándose la lengua por los labios.

—Mientras mueran, me da igual lo que hagas con ella. Quiero que esté todo preparado para cogerlos en su casa cuando vuelva de repartir el pan.

—Y ¿por qué no ahora? —preguntó con decepción el mismo.

—Porque yo doy las órdenes y si usaras ese gordo bulto que tienes por

cabeza, podrías pensar que a la hora que lleguemos estará trabajando en el horno y cualquier ruido nos delataría. Ha sido soldado y no nos resultaría tan fácil como cuando haya vuelto cansado a casa para descansar con su esposa.

—Sí señor —respondió dando unos pasos atrás—. Discúlpeme por mi atrevimiento.

—Estamos todos nerviosos —dijo el capitán tratando de moderar el tono—. Tal vez no sería mala idea que dos de vosotros salieran y trajeran aquí a alguna muchacha. Sé que os habéis estado fijando en algunas de este poblacho.

—Pero ha sido sólo por hacer algo, señor —respondió el primer soldado comenzando a reír—. Dejemos haciendo guardia a Glunt y vamos nosotros —dijo golpeando a otro soldado en el hombro—. Sé dónde hay una que nos dejará satisfechos a los cinco.

—No arméis demasiado jaleo. Aunque mañana nos marchemos por fin de este sucio agujero, no debemos dejar... recuerdos.

—Tranquilo, señor.

Dicho esto, salieron a la noche saboreando las próximas horas. Tantos días inactivos habían sido muy duros sólo limitándose a mirar a la mujer del panadero y a las demás del pueblo.

Hábilmente entraron en la casa, sin hacer ruido llegaron al dormitorio de la hija mayor, la golpearon en la cabeza y salieron sin que ni tan siquiera los perros llegaran a ladrar. Antes de media hora, con los ojos desorbitados y con la ropa de dormir hecha pedazos, comenzó la peor y última noche de la muchacha, bajo la sonriente mirada del capitán.

* * * * *

Incapaz de dormir, Roy se entretuvo afilando sus dos cuchillos y la espada, pero sin separarse en ningún momento del bastón.

La luna, cada noche más pequeña, parecía sonreírle desde el cielo y él no sabía interpretar si era de apoyo o de burla. ¿Qué iba a hacer si les encontraba? Ella se moriría del susto. Hola, podría decir, soy el que ayudó a tu marido a huir del bosque con el niño en brazos y ahora le he abandonado a su suerte para ayudaros, porque creo que él es capaz de cuidarse solo, pero vosotros no sabéis el peligro que corréis. Desde luego, poco más podría decir que sonara diferente a eso.

—Maldita sea, Roy —exclamó—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué les debes? Nada. Es todo cuestión del pasado. Si ahora te dieras la vuelta y volvieras a casa, nadie lo sabría nunca. Encuentre a sus hermanas o no; maten a sus padres o tengan una larga vida... Maldito honor, maldito yo y maldito sueño que no viene. Estoy viejo para estos trotes. ¿Por qué intento engañarme? Lo estoy disfrutando. Hace tiempo, años que no me sentía tan vivo. Por eso no duermo, porque siento la proximidad de la batalla. Prefiero morir así que metido en la ciudad. Bueno, prefiero no morir, la verdad. Puestos a elegir, prefiero encontrarlos y que juntos veamos qué hacer. Y ahora viejo, a dormir.

Al poco rato estaba nuevamente en pie afilando un palo mientras paseaba.

—Si hubiera aparecido dos días antes —pensaba—, habría podido hacerlo de forma diferente. Aunque tal vez no se hubiera cruzado con la bruja esa y no habría huido, entonces no nos habríamos conocido... Vale ya o me volveré loco. Podrían haber pasado muchísimas cosas, pero lo cierto es que han sucedido como han sucedido y eso no se puede cambiar. ¿Qué probabilidades había de que sucediera todo así? Desde el momento en que me enteré de lo de la bandera, hasta ahora parece que, según como lo miro, haya o hayamos estado en el mismo camino. Vamos, que manda huevos que de toda esa maldita guarnición me entregara a él, nos hiciéramos amigos, aceptara unirme a ellos, sobreviviéramos los dos, encontrara a ese niño y yo le ayudara a salvarlo y salir del bosque; y después de diez largos años coincidimos en un callejón de una ciudad en la otra punta del Imperio ese niño y yo; que los mismos hijos de puta con los que luchamos hayan secuestrado a sus hermanas; y yo vaya a buscar a Patrick sin saber dónde está, sólo que debo avanzar manteniendo un bosque a la izquierda. Parece un cuento de los que cantan en los mercados, solo que en este no creo que La Lanza baje del cielo cabalgando en un halcón gigante para derrotar al villano. ¡Ay, amigo! —siguió pensando mientras miraba dormir al caballo—. Te envidio. Y tal como estoy, si supiera dónde están, me iba andando, porque no creo que pueda dormir mucho ya.

Levantó la mirada al cielo y observó la luna intentando no pensar en nada. Pero mirarla no le tranquilizó, más bien todo lo contrario ya que calculaba que Héctor tenía una semana o algo menos para encontrar a sus hermanas. Algo imposible si lo pensaba fríamente. Él había luchado contra ellos y vio cómo morían uno tras otro todos sus amigos de esa época.

Sin ver la luna, se sumergió en sus recuerdos como si hubiera sido esa

misma mañana cuando se había despedido de ellos sin saber que era para siempre.

—El mayor honor de mi vida ha sido conocerlos a todos y cada uno de vosotros. Mientras viva estaréis en mi corazón. No os voy a defraudar.

Sacó sus flechas, se las dio a Hwgart y dejó el arco en el suelo. Se agazapó detrás de un árbol mientras el capitán y Patrick se acercaban a la choza del jefe de los Tahn aprovechando la relajación de esas horas. Entonces vio cómo Hwgart hacía un gesto con la cabeza, respiraba hondo tensando el arco y comenzaba a disparar flechas con los ojos entrecerrados. Los gritos empezaron a llegar del campamento y, al poco, las flechas y el grito de Jonas. Corrió hacia los sorprendidos Tahn que no esperaban ese ataque y golpeó a uno en el pecho antes de darle la opción de desenfundar y a otro le dejó la espada clavada en la tripa antes de sacar un cuchillo y lanzarlo a un tercero que luchaba contra Brast. Cuando se acercaba a la puerta de una choza, vio cómo sus compañeros arqueros entraban en el campamento gritando. Dejó la puerta para luego ya que tuvo que coger la espada de nuevo porque desde el bosque volvían más Tahn. Localizó a Hwgart junto al cuerpo de Jonas con un hacha en la espalda. Furioso, golpeó con la mano libre a su contrincante derribándolo, momento que aprovechó para unirse a sus amigos. En pocos minutos estaban casi rodeados. Miró a su derecha y vio a Lu con dos espadas lanzando estocadas a unos enemigos que daban pasos atrás para mantenerse fuera del alcance de éstas.

—Juegan con nosotros, Roy —le dijo—. En cuanto cojan un arco estamos muertos.

—Creo que lo estamos de todas formas.

En ese momento vieron salir a Patrick corriendo de la choza y perderse entre los árboles, pero no le acompañaba el capitán. Eso no era bueno.

—Ve —dijo uno de ellos.

—Pero...

—Nosotros te cubrimos. ¡Hazlo! Si no, no quedará ninguno. Tú sabes orientarte en el bosque y le...

Cayó con una flecha atravesándole la garganta. Roy miró alrededor, lanzó la espada hacia uno de los enemigos y corrió por dónde Patrick había huido.

Se despertó sobre la hierba húmeda por el rocío. Al final había dormido, aunque no recordaba cuándo. Se levantó como pudo, dolorido en todo su cuerpo y recogió la cama que no había utilizado, sintiendo el calor de los primeros rayos de sol.

* * * * *

—De pie asquerosos sacos de mierda.

El sol apenas iluminaba el cielo, pero el capitán ya estaba preparado y golpeaba a sus hombres para que se levantaran, intentando no pisar las manchas oscuras que, todavía húmedas, cubrían el suelo después de haberse divertido con la muchacha. Ésta se encontraba en un rincón hasta el que se había podido arrastrar cuando se habían aburrido de usarla todos. Tumbada de costado con las rodillas cogidas con las manos había muerto desangrada por la cantidad de cortes y heridas de todo tipo que cubrían su cuerpo.

Sin dirigirle una simple mirada, sus hombres se vistieron, cogieron las armas y se dirigieron hacia su capitán. Éste les observó y vio a cuatro campesinos con ropas holgadas que cubrían las armas y les permitían moverse libremente con ellas en el caso de necesitarlas, conocía la rutina de Patrick y había calculado los tiempos necesarios en espera de la llegada del mensaje. Sonrió, lo que hizo estremecer a sus hombres, que sabían de lo que era capaz ese hombre. Les había elegido a ellos por su especial brutalidad y falta de escrúpulos, pero entre los cuatro ni se acercaban a la maldad y frialdad de la que era capaz de hacer gala él. Se contaban historias terribles y ellos habían visto en ocasiones cómo una respuesta que no le gustaba, se transformada en un reguero de tripas en el suelo antes de que cualquiera pudiera parpadear. Lo que no podían imaginar era que su intención era deshacerse de ellos en cuanto acabaran con Patrick y su mujer. Y deseaba hacerlo él mismo y llevarle la cabeza a La Lanza. Imaginar sus manos cubiertas de sangre y a los seis muertos le hizo sonreír más.

—Vámonos.

Sintiendo el calor de los primeros rayos de sol en sus espaldas, comenzaron a andar hacia el camino que llevaba a la granja donde se horneaba

el pan que se comía en todos los alrededores.

* * * * *

Al subir al caballo y ponerse en marcha entre campos labrados, le pareció ver una granja un poco más adelante.

—Tal vez me puedan ayudar —pensó Roy— ahí. Muy lejos no puede quedar y por lo que me contó Héctor, son los únicos que hacen pan por esta zona.

Se notaba que el camino era poco transitado, pero eso no significaba que no pasaran por ahí todos los días con un carro lleno de pan. Aunque según el chaval, desde su casa sólo comerciaban hacia el este en un par de aldeas y un pueblo. ¡Maldita sea! ¿Por qué no le habría dicho el nombre? Claro, porque tal vez ni lo tenía. Hasta ese momento esa granja era la primera que se encontraba y valía la pena perder un rato hablando con los que ahí vivieran. Incluso podría llegar a ser la casa de Patrick. Eso sí sería suerte, pero, por alguna razón, no creía que fuera a ser tan fácil.

Cabalgando a buen ritmo fue acercándose a la casa. Parecía muy vieja pero se veía salir humo de la chimenea, así que tal vez hubiera alguien dentro a quien preguntar. Detuvo el caballo e irguiéndose en los estribos, pasó la mirada alrededor por si veía al granjero. Siempre le resultaba más fácil tratar con un hombre que con una mujer. Seguramente no le dejaría hablar, ni mucho menos responderle las preguntas, caso de poder hacérselas. No vio a nadie, ni tampoco ningún animal, por lo que se encaminó hacia la casa.

Cuando estaba a pocos metros bajó del caballo y continuó llevando al animal de las riendas. Pensó que así daba una imagen menos amenazadora, al parecer un viajero cansado.

Se abrió la puerta de la granja y por ella, agachándose, salió el hombre más grande que había visto en su vida. Sólo llevaba puestos pantalones y mostraba los músculos desarrollados en la granja en una larga vida de trabajo bajo el sol, cómo se veía por el tono de la piel. En la mano derecha llevaba un hacha y en la boca una espiga.

—¿Qué se le ha perdido por aquí? —preguntó gritando.

—Estoy buscando una granja...

—¡No es ésta!

—Es en la que hacen pan para la zona...

—¡No es ésta! —repitió— Lárguese.

—Disculpe, pero no soy de la zona...

—Vuelva a la suya.

—Le importaría dejarme hablar —dijo Roy empezando a sentirse agobiado por la velocidad a la que le respondía el granjero.

—No me haga perder el tiempo. Dese prisa.

—Intento encontrar a los padres de un niño y lo único que sé es que hacen pan.

—¿Un niño? —preguntó mostrando un poco de interés.

—Sí —respondió Roy un poco aliviado—. está de viaje... con unos familiares y llevo un mensaje a sus padres.

—Claro, claro. Pase dentro que parece cansado —dejó el hacha apoyada en la pared de entrada—. ¿Puedo ofrecerle algo de comer? ¿Un poco de tocino tal vez? No tengo mucho pero no me importa compartirlo.

—Se lo agradezco, pero lo cierto es que creo que no tengo demasiado tiempo.

—No se preocupe que no tardaré —sonreía mientras hablaba—. Justo ahora estaba preparando mi desayuno.

—Gracias. En cuanto a ese panadero, ¿sabe dónde vive? —preguntó Roy sentándose donde le señalaba el granjero.

—Sí, sí. Lo sé. A unas dos horas en esa dirección a caballo. ¿Le gusta la decoración? Como vivo solo no recibo muchas visitas.

—Eh... bueno, es práctico. Pero si no le...

No pudo completar la frase. Al girarse para hablarle vio cómo el granjero movía el brazo hacia él golpeándole con una sartén de hierro haciéndole caer inconsciente.

—El niño que vino hace unos días. Maldito viejo —decía para sí el granjero arrastrando el cuerpo hacia una columna—. ¿Qué quieres de él? Es un protegido de Titre y ahora tengo la oportunidad, sí la oportunidad de demostrarle lo fiel que le soy. He atrapado a un demonio. ¿Qué hago ahora? ¿Te mato o voy a por un Elegido? —cogió una silla y se sentó frente a él con el hacha en la mano— ¿Qué querrás de él? Pobre niño en su prueba.

Qué curiosos los designios del Creador. Me ha puesto en el camino de los dos. Aunque no creo que sólo haya uno buscándolo, pero a éste puedo mantenerle

controlado. Claro, matarlo no porque no estoy tocado por Él, pero sí impedirle que siga buscándole. No deja de ser un cuerpo humano y si le impido que siga moviéndose, lo tendré aquí hasta que llegue la ayuda. ¡Oh señor, qué pruebas me pones!

Se puso en pie y observó a Roy recostado contra la columna. Tenía la cabeza sobre el pecho, los brazos caídos a los costados y las piernas estiradas. Comprobó el filo del hacha con el dedo y asintió con la cabeza. Dio un paso delante y elevó el arma sobre su cabeza.

* * * * *

Habían andado hasta el bosque y por él habían avanzado durante algunas horas hasta llegar junto al claro donde unos días antes las niñas habían estado recogiendo flores para alegrar a su hermano. Ahora esperaban en silencio, observando la casa.

—Deberíamos ir a por la mujer ya —dijo Glunt.

—Calla —respondió el capitán.

—Pero si ahora está sola podríamos acabar con ella y luego, cuando llegue a casa, con él.

Habían mantenido la misma discusión desde que habían salido de la casa. El capitán conocía los deseos de Glunt y sabía lo que realmente quería de ella, lo que le ponía enfermo. Aunque normalmente era un soldado obediente, parecía que la idea de coger a la muchacha la noche anterior no había hecho si no enfermarle más.

—He dicho que te calles o lo haré yo.

—Me canso de esperar. Llevamos muchos días en este pueblucho asqueroso sin poder hacer nada y ahora que tenemos la oportunidad, nos quedamos aquí como ratas.

—Te equivocas, las ratas esperan en silencio para protegerse.

Dicho ésto, con la velocidad del rayo clavó un cuchillo en la garganta de Glunt mientras con la otra mano le sostenía para que no hiciera ruido al caer al suelo. Con los ojos desorbitados le miraba mientras se apagaban antes de llegar al suelo.

—Si alguno más tiene prisa —dijo el capitán limpiando el cuchillo en la ropa del muerto— que lo diga ahora. ¿Verdad que se lo había explicado? Ahora será comida para gusanos.

Dos veces les había explicado el porqué de la espera. Y esas eran dos veces más de lo que le gustaba explicar las cosas. Él mandaba y ellos obedecían. Había observado a Patrick muchos días desde que estaban allí y sabía que en el carro llevaba armas porque no se sentía seguro, pero no las cogía al entrar para no asustar a Beth que le esperaba en la puerta de casa. Ese era el momento de pillarle: desprevenido y débil al tener con él a la mujer. Había sido soldado y eso quedaba dentro de uno para siempre. Frente a ese peligro, antes de meterse en la casa, que sería una ratonera, buscaría el enfrentamiento. Y eso era lo que deseaba el capitán. La Lanza estaría complacida cuando llegara al palacio con la cabeza de Patrick en un saco. Primero dejaría a sus hombres divertirse y luego ni se enterarían de lo que pasaba. Que ganas tenía de regresar ya y darse un buen baño, cambiarse de ropa y escuchar la Palabra de Titre. Sobre todo rezar. Desde que estaban en esa aldea no sentía Su presencia como antes. ¿Acaso era esta una tierra maldita? ¿La limpiaría él cortando el mal?

Con esos pensamientos en la cabeza siguió observando la casa mientras sentía la mirada aterrada de sus hombres, lo que le hizo sonreír.

* * * * *

El hacha bajó hacia la pierna derecha cortando el aire, casi invisible. Roy, que estaba consciente, rodó hacia la izquierda en el último momento, sintiendo el golpe del acero contra el suelo. Se puso en pie y buscó con la mirada su bastón que estaba en el otro extremo de la estancia.

—Sé lo que eres —dijo el granjero— y no te vas a salir con la tuya.

Separados por la columna se miraban y amagaban movimientos. Roy no perdía de vista el hacha, lo que era fácil ya que el granjero era enorme.

—No vas a llegar a la puerta —continuó—. Lo mejor para ti sería quedarte quieto y dejarme hacer mi labor antes de ir a buscar a un Elegido.

—Pero qué crees que soy.

—¡Ja! No me confundirás.

Roy había oído casi todo lo que había hablado el granjero, pero mientras lo tuviera entretenido y girando lentamente alrededor de la columna, no le atacaría. No era un soldado sino un hombre acostumbrado a cortar leña y cuellos de gallina.

—No quiero confundirte, sólo he preguntado.

—Sé que buscas a ese niño que vino hace unos días y no lo conseguirás. Titre me ha puesto en tu camino y es lo peor que podía pasarte.

—¿Estuvo aquí?

—Sí... no... maldito seas —dio un paso más rápido para intentar alcanzarle, lo que permitió a Roy coger su bastón.

—Te aviso que no quiero hacerte daño. Sólo déjame salir de la casa y tan amigos. No busco al niño, le estoy ayudando. A él y a sus padres.

—Han muerto. No me engañarás.

—¿Cómo? —preguntó Roy sintiendo como un puño helado oprimía sus entrañas.

—Él me lo contó cuando estuvo aquí. Deja de intentar engatusarme.

—Qué susto me has dado —cambió el bastón de mano—. ¿Me dejarás ir?

El granjero tapaba la puerta con su cuerpo. Tanteando, corrió el pestillo para que no pudiera salir el demonio, lo que le distrajo unos segundos que aprovechó Roy para lanzar un golpe rapidísimo contra el brazo que sostenía el hacha, pero éste ni parpadeó.

—Si no lo haces mejor —dijo—, esto va a ser divertido, para mí.

Giró el mango del hacha en su mano, haciendo que el metal reflejara el fuego donde iba a haber preparado el desayuno. Roy lanzó un nuevo golpe hacia la cabeza que fue desviado y otro hacia la tripa que corrió igual suerte. Giró sobre sí mismo y lanzó otro ataque al costado, pero el granjero cogió el bastón con su enorme mano y lo retuvo haciendo trastabillar y casi caer a Roy. El granjero tiró al suelo el bastón y pasó sobre él, acercándose al viejo trampero.

—¿Y ahora?

Lanzó una patada sorprendiendo a Roy por la agilidad con la que lo hizo, que le dio en el pecho y lo derribó. Arrastrándose para intentar mantener la

distancia con el gigante, llegó hasta la chimenea. El granjero se acercó despacio, tenía a su rival vencido en el suelo, atrapado. Podía ser que no muriese, pero sí se iba a llevar lo suyo, desde luego que sí.

Volvió a levantar el hacha y al ir a descargarla, un dolor horrible entró por su entrepierna extendiéndose por dentro. Soltó el arma y vio cómo Roy empujaba un atizador de la chimenea dentro suyo. Se tambaleó un par de metros notando cómo dejaba de sentir las piernas y mirando al demonio, sonrió antes de caer de espaldas casi muerto. El hacha al caer, había herido a Roy. Una gran herida en el muslo manchaba el suelo de sangre.

—No, no, no —se lamentaba Roy al borde del llanto—. No así. Ahora no, maldita sea.

Giró la cabeza y miró el fuego. Temblando de dolor se retorció y, respirando hondo, cogió una de las brasas y la metió en la herida haciéndole gritar hasta casi perder el sentido. Cuando se recuperó un poco, se quitó la camisa y la utilizó para vendarse la pierna lo mejor que pudo. Notaba cómo la consciencia trataba de escapar por cada poro de su piel. Con mucho cuidado se puso en pie apoyándose en el bastón que había logrado alcanzar. Cada paso que daba le causaba una auténtica agonía y la habitación parecía dar vueltas a su alrededor provocándole nauseas que le hacían doblarse sobre sí mismo.

Tras lo que le pareció una eternidad consiguió llegar al caballo que se encabritó por el olor de la sangre.

—Tranquilo —susurró Roy con la voz enronquecida—. Sh, tranquilo, animal.

Cuando lo consiguió calmar, se agarró con ambas manos a la silla tratando de sostener todo su peso, puso el pie de la pierna sana en el estribo y con un grito de dolor, que hizo levantar el vuelo a unas perdices, logró colocarse sobre la silla de montar. Miró la pierna que seguía sangrando, suspiró y con un movimiento de las manos puso el caballo al galope en la dirección que le había indicado el granjero. Tras él quedó el bastón tirado en el suelo sobre una gran mancha de sangre que era absorbida por la tierra del camino.

* * * * *

—Vosotros id ya a vuestra posición en el camino. Debemos ser precisos, así que en cuanto veáis el carro, avanzad sin prisa hacia él. Sorprendedle por

la espalda lo más rápido posible. Podéis herirle, cortarle, golpearle, pero no lo matéis. Es mío y yo seré quien le dé el golpe de gracia. Si no es así —dijo mirando a cada uno a los ojos—, desearéis haber muerto.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

Dos de ellos abandonaron la posición que ocupaban hacía horas y entre los árboles, sin dejar de mirar hacia la casa, llegaron a una zona del camino donde se quedaron quietos mirando fijamente hacia el lugar por el que pronto aparecería el carro. En el momento en que lo vieran, comenzarían a andar hacia él, se lo cruzarían como si se dirigieran al pueblo y entonces los otros caerían sobre la pareja. Mientras tanto, cuando la casa les ocultara de la vista del carro, ellos correrían de vuelta para atraparles entre medio.

—Me gustaría atravesarle las tripas.

—Ya le has oído. No debemos matarle.

—No me refiero al panadero. A ese con un empujón lo tenemos llorando.

—¿Hablas del capitán?

—Me da escalofríos. Ni ha parpadeado cuando ha rebanado la garganta de Glunt.

—Vale sí, a mí tampoco me gusta, pero es nuestro jefe...

—En ningún momento he dicho que no le obedeciéramos.

—... y nunca nos ha faltado nada estando con él. Acuérdate si no de esta noche.

—Que sí. Pero es dar azúcar a un niño para tenerlo contento. No puedo quitarme de la cabeza que no va a acabar bien para nosotros.

—¿Sabes quién no va a acabar bien?

—¿El panadero?

—Que jodan a ese hijo de puta... ¡No! A la mujer. Tengo pensadas unas cuantas cosas cuando la tenga entre las manos.

—Sí que está para comérsela. Y podríamos hacerle mirar mientras jugamos con ella.

—No creo que dure tanto con vida. El capitán no se anda con tonterías. Pero vamos, por si no lo sabías, estás enfermo.

—Calla, calla —dijo golpeándole en el hombro—, el carro del panadero.

Levantando un poco de polvo en la lejanía, una sombra avanzaba lentamente por el camino. Aún le costaría un rato llegar a la casa. Casi a la vez llegarían ellos.

Todo estaba calculado al milímetro por el capitán que, desde su posición también veía venir el carro. Miró camino abajo y distinguió la figura de sus hombres caminando al encuentro del panadero. ¿Habría sido más fácil con una flecha? Seguramente sí, pero no tenía precio el sentir como la vida abandonaba el cuerpo de un enemigo del Imperio y de Titre. Casi saboreaba la comida caliente del palacio.

—¿Estás listo? —preguntó a su acompañante.

—Sí —había sacado el cuchillo y lo movía silencioso—. Va muy lento.

—Es muy lento. No sospecha nada, así que tranquilo. En cuanto gire en esa curva...

—A correr.

Poco a poco, a medida que el carro avanzaba, los dos hombres cambiaban de postura: flexionaban las piernas y agachaban el cuerpo; colocaban las armas de la forma más cómoda para poder correr sin que les molestara.

Al fin el carro desapareció tras la casa y un latido de corazón después, los dos corrían hacia la pared trasera. Pisaron las flores del claro y unos metros después cogían aire apoyados en el muro. Podían oír el ruido de las ruedas y las voces de sus compañeros. El capitán sonrió: había calculado el tiempo perfectamente.

* * * * *

Por fin llegar a casa. Ese día estaba particularmente cansado y el ambiente en el pueblo no le había ayudado. Había desaparecido otra chica, pero esta vez en su propia casa y por la noche. Alguien merodeaba por los alrededores y la gente estaba muy tensa. Y además, Aarón seguía sin dar señales de vida. Se estaba volviendo paranoico ya que constantemente se sentía vigilado y creía ver caras nuevas que le observaban en cualquier lugar. Y luego en casa Beth cada vez más fría y ausente. Era tal la impotencia que sentía... las niñas, luego el chico, la enfermedad que consumía a su esposa y todo por su culpa.

Ese rato volviendo a casa era el único del día en que podía ser libre para sentir y no tener que usar máscara. Lo solía pasar llorando. Pero ¿qué podía hacer si no esperar? ¿Cuánto tiempo? ¿El qué esperar? Que volviera Héctor con las niñas, que volviera solo, que no volviera ninguno... Había momentos en los que deseaba la muerte con todas sus fuerzas, pero no podía rendirse,

debía aguantar siempre un día más por Beth. Si él no estuviera, ella no tardaría en seguirle. Comía porque la obligaba e igual sucedía con lavarse o cambiarse de ropa. Pero lo más duro de todo era no escuchar su voz. Hacía una semana que no hablaba para nada. Lo único que hacía parecer que seguía viva era que salía todas las tardes a recibirle. Y hoy también. Ya la veía en la puerta mirándole con sus ojos, antes preciosos y ahora casi muertos. Oh Dios, debía pensar en otra cosa o acabaría volviéndose más loco. Por ejemplo ¿quién llegaría antes a la altura de la casa? ¿Los dos hombres o él? Pero sin hacer trampas, no podía cambiar de ritmo. Seguro que llegaba él. ¿Qué pensarían de Beth si se fijaran en ella? Claro que lo harían. La saludarían y verían a una mujer sucia y con el pelo ensortijado que no les miraría ni respondería el saludo. ¡Hola paranoia! ¿No parecía que habían cambiado el paso para llegar ellos antes? Y no miraban hacia la casa, es más, parecían evitar hacerlo aunque... sonreían.

Se limpió las lágrimas de la cara y al llegar a la altura de los viajeros les saludó aunque sin saber qué era lo que hacía que no se sintiera cómodo cerca de ellos. Tal vez habían respondido con un gesto de la cabeza, pero Patrick se jugaría lo poco que tenía a que no lo habían hecho.

—¿Qué más da? —dijo en voz baja— Que tengáis buen viaje.

Volvió la cabeza y vio cómo los dos giraban las suyas para que no se dieran cuenta de que le estaban mirando.

Intentando olvidarlos salió del camino para acercarse a la casa y dedicarse por entero a su esposa. Aún en ese estado seguía siendo preciosa y daba sensación de energía. Eso era lo que le animaba a seguir: la convicción de que debajo de ese dolor horrible, seguía la mujer de la que se había enamorado locamente y aún amaba y amaría hasta el final de los días. Bajó del carro, dejó el cuchillo en el asiento y comenzó a andar hacia ella que, como siempre, no le miraba. Pero... ¿qué era eso? Estaba abriendo los ojos y enfocaba la vista en algún punto detrás de él, aterrada.

* * * * *

Se cruzaron con el carro esforzándose por no mirar a la mujer ni al panadero. No podían evitar sonreír pensando en los próximos minutos, después de tantos días de inactividad en ese pueblo. ¿El panadero había

saludado? Estúpido, más bien debería haberse despedido antes de abandonar este mundo.

Sintieron cómo el sonido de las ruedas cambiaba de la tierra del camino a la hierba de la casa. Sacaron sus armas, giraron y comenzaron a correr hacia el panadero que acababa de bajar del carro y se dirigía hacia la mujer dándoles la espalda a ellos.

* * * * *

—La mujer para ti —susurró el capitán mientras oían cómo el carro se detenía—. Me da igual lo que hagas, pero a él no lo toques.

—Sí, señor —respondió el soldado pasándose la lengua por los labios—. No se preocupe que al panadero ni me acercaré.

Cuando creyó que el panadero estaría con su mujer, hizo un gesto al soldado, sacaron sus armas y doblaron la esquina corriendo hacia la pareja. Vio cómo sus otros hombres se dirigían hacia ellos y a Patrick volviendo la cabeza hacia el ruido que hacían al correr detrás de él. ¿Se oía...

* * * * *

Cada paso del caballo le producía un dolor terrible pero le mantenía consciente. A los pocos minutos decidió que si lo ponía al galope tal vez llegara a alguna parte, porque seguía perdiendo sangre y no quería morir encima del animal o caído en mitad de ninguna parte. Espoleó al animal con la pierna buena y se dejó caer un poco hacia delante para aguantar.

Consciencia y semi—consciencia se alternaban en su mente azuzada por el dolor. No podía mantener los ojos abiertos pero intentaba obligarse a ello.

—Si he (*dolor*) escapado de la (*dolor*) granja (*dolor*) con vida, ¿voy (*dolor*) a (*dolor*) morir ahora?

Incapaz de pensar claramente, sintió deseos de dejarse llevar de una vez. Tenía sueño y no parecía mala idea descansar un rato. Cuando se dio cuenta de lo que hacía, había soltado las manos de las riendas y caía por el costado del caballo.

—No —susurró—. No, ¡NO!

Volvió a tomar el control del animal y descargó un golpe con las pocas fuerzas que tenía sobre la herida. El dolor le reanimó y le hizo gritar mientras las lágrimas corrían por su cara.

Una granja se acercaba a él a toda velocidad.

—¿O me acerco yo? —pensó Roy viendo también un carro y un grupo de gente.

Azuzó más al caballo para llegar cuanto antes y pedir auxilio. A la mierda todos, él no quería morir. Lo sentía por el niño, aunque más por Patrick, su amigo, pero muerto no iba a poder ayudar a nadie.

* * * * *

—¡Corre a casa! —gritó Patrick mirando a los hombres con los que se había cruzado hacía unos minutos en el camino— Cierra la puerta y no salgas.

Los dos soldados habían sacado espadas y se dirigían hacia él, pero algo les distrajo un instante, lo suficiente para ver cómo Beth estaba cerrando la puerta. Buscó su cuchillo, pero estaba en el carro, así que decidió alejar el peligro de la casa. Cuando giró para alcanzar el claro, un caballo pasó a su lado a toda velocidad con espuma en la boca y corcoveando. Otro hombre se dirigía a él mientras ¡un cuarto! Trataba de abrir la puerta de la casa. Todos armados y él no; tres hacia él y uno a por Beth. Tal vez pudiera deshacerse del último y encerrarse en la casa, pero tendría tres armas a su espalda y él estaría forcejeando dejando libres sus ataques. Correr al carro estaba descartado ya que el camino estaba ocupado dos contra uno y otro a su espalda; encarar al tercero era dejar dos detrás; correr al bosque le daba la oportunidad de que sólo le siguieran dos y los otros asaltarán la casa; correr unos metros dejando la casa atrás pero no hacia el bosque era, tal vez, la mejor opción de poder enfrentar a los tres.

Decidió en el latido del corazón posterior al paso del caballo, amagó hacia la casa y arrancó hacia el otro lado pensando que quizá pudiera llegar a coger alguna piedra con la que entretenerlos hasta lograr una ventaja sobre ellos. Un cuerpo estaba caído en el camino y ¿parecía una espada? Sangraba por la pierna ¿sería el jinete? Se lanzó al suelo y cogió el arma revolviéndose para

quedar enfrentado a los ladrones, pero no estaban tan cerca cómo creía. El del centro les indicaba a los otros que trataran de rodearlo pero al sentir el acero en su mano, se tranquilizó y la confianza comenzó a fluir por sus venas. El hombre del suelo no se movía, pero se alejó de él sin perder de vista a los otros. Detrás de ellos, el cuarto seguía golpeando la puerta sin poder entrar, de momento, en la casa.

—¿Qué queréis? —les gritó manteniendo la vista en el que parecía ser el jefe.

—A ti —respondió el capitán dando unos pasos hacia él.

—¿Por qué? Si buscáis algo de valor os lo daré —los otros se abrían y casi no podía ver a los tres a la vez.

—No me entiendes, Patrick —respondió sonriendo y blandiendo la espada—. Te buscamos a ti, lo que consigamos aparte es un... extra. Puedes dejar esa espada y entregarte o hacerlo por las malas. Y eso me encantaría.

—¿Entregarme? ¿Quiénes sois?

—Si te lo digo sabrás tanto como yo y eso no está bien. Así es más divertido, no saber con quién vas a luchar ni por qué.

—Eso sí lo sé —respondió Patrick cada vez más lejos de la casa. Ahora tenía que mover la cabeza para tener controlados a los tres—. por mi vida y la de mi esposa. Y no os va a resultar nada fácil.

—Hablas mucho, traidor. Veremos de lo que eres capaz. ¡Atacad!

Los dos soldados atacaron a la vez aprovechando que Patrick estaba distraído con su capitán. Recordando su entrenamiento, cargó contra el de su derecha haciendo que el ataque del otro encontrara un hueco vacío. Chocaron los aceros y giró hacia su derecha tratando de encarar a los dos a la vez y mantener al jefe dentro de su campo de visión. Detuvo un envite del segundo mientras el primero se movía buscando por donde atacar. No parecían sorprendidos por cómo manejaba la espada. Se miraron y atacaron al unísono, lo que fue un error ya que, al ir las dos espadas al mismo punto, Patrick las detuvo sosteniendo su acero con las dos manos. Se volvieron a separar midiéndose. El jefe se mantenía en su posición siguiendo el baile con la mirada. Ahora fue el turno de Patrick para atacar: uno y dos golpes a uno que fueron parados y con un giro de muñeca el tercero fue hacia el otro soldado cogiéndole casi por sorpresa, aunque pudo detenerlo perdiendo unos pasos. Volvió el panadero a la carga contra el primero de ellos que le mantenía a raya

casi sin esfuerzo. Patrick sudaba y comenzaba a sentir cómo el brazo le pesaba cada vez más. Su oponente miró a su espalda y temiendo un ataque por esa dirección, se lanzó hacia delante doblando el cuerpo para pasar bajo el arma del soldado, se colocó bajo el brazo y con el codo golpeó el flanco desprotegido haciéndole soltar la espada, se colocó tras él en el mismo movimiento y empujó su cuerpo hacia la espada del otro haciendo que se la clavara en la pierna. Patrick esperaba un ataque al cuerpo, no a las extremidades. Trazando un arco de abajo a arriba con la espada de nuevo a dos manos acertó en la barbilla del que venía tras él abriéndole la cabeza. El golpe le arrancó el arma de las manos dejándole los brazos entumecidos momentáneamente. El soldado herido gritaba en el suelo a sus pies tratando de sacarse la espada de la pierna. Patrick miró al que consideraba el jefe, que aún no se había movido y se dejó caer de forma que su rodilla impactó con el cuello del herido rompiéndole la traquea y matándole al instante.

Patrick respiró hondo y levantó la cabeza lentamente hacia el jefe de los supuestos ladrones. Más atrás, el cuarto forcejeaba con la puerta ajeno a la suerte de sus compañeros.

—Vaya —dijo el capitán asintiendo con la cabeza—. Me has sorprendido y ahorrado trabajo cuando acabe contigo. Se ve que estás agotado y como no tengo tiempo que perder, seré rápido, lo que no era mi intención —mientras hablaba se iba acercando al panadero—. Pero la llegada de este... fardo —dijo pasando sobre el cuerpo inerte que había caído del caballo— nos ha desorganizado un poco.

—No tengo idea de cuáles son tus planes y la verdad es que me dan igual —respondió Patrick poniéndose en pie con una seguridad que no sentía—. Pero parece que éstos no querían matarme.

—Cierto panadero, cierto. Les dije que quería ser yo el que viera apagarse la vida de tus ojos y sentir tu último aliento. De todas formas —dijo riendo— los iba a matar después de que gozaran con tu esposa.

Se estaba deteniendo mientras sacaba un largo y fino puñal con la mano izquierda cuando el cuerpo que creía muerto descargó una patada a los talones del capitán haciéndole caer hacia atrás cuan largo era sobre Roy, que aprovechando la sorpresa de éste, le quitó el puñal y se lo clavó entre las costillas hasta llegar al corazón.

Olvidando durante unos instantes a su esposa por la sorpresa, Patrick

corrió hacia el montón de piernas que había delante sin saber muy bien qué había sucedido. Desde el suelo un viejo le sonreía y movía los labios agrietados.

—¿Quién eres tú? —le preguntó agachándose sin darse cuenta de que ya no se oían golpes en la puerta.

—Patrick... —susurraba el viejo— ... Tú... Héctor...

—Sí ¿Héctor? Espera —dijo quitándole el otro cuerpo de encima —. No hagas esfuerzos —se agachó más.

—Héctor vive... hacia Paukhorn.

—¿Lo has visto? ¿Cómo está...?

Un alarido le interrumpió y le hizo ponerse en pie de golpe ¡Beth! Corrió hacia la casa recogiendo la espada. La puerta estaba arrancada y en su cabeza sólo resonaban las palabras del jefe "... gozarán con tu esposa..." una y otra vez. Cruzó el umbral gritando con la espada dispuesta y encontró a su mujer en el suelo llorando junto al cuerpo sin vida del cuarto asaltante.

—¿Puedes andar? —le preguntó tomándole de la mano — Ven conmigo fuera y coge vino.

Salieron con Patrick por delante casi arrastrando a Beth que miraba espantada los cuerpos que cubrían el suelo donde había jugado con sus hijos miles de veces. Intentaba resistirse a los tirones, pero la mano de su marido parecía de metal y casi le hacía daño. Le llevaba hacia dos de los muertos pero ella no quería verlo.

—Déjame Patrick —gimió— por favor, me haces daño.

—Confía en mí —respondió él—. Este hombre me ha salvado y sigue vivo. Me ha dicho algo de Héctor y me conoce.

Se sentaron en el suelo junto a Roy y, con mucho cuidado, Patrick le incorporó un poco usando al otro muerto para que apoyara la espalda. Beth miraba en silencio.

—Bebe un poco —le acercó la jarra— pero despacio.

—Gracias —susurró Roy pasando la lengua por sus labios—. Tú eres su madre ¿Beth? Tenéis un hijo único.

—¿Cómo sabes quién es él y quiénes somos nosotros?

—Je, je, Patrick —le interrumpió la tos—. Vaya forma de morir. Aquí

tirado con una mujer preciosa y bebiendo vino con un amigo. Me enseñó el cuchillo y yo creí que lo había robado por ahí —volvió a toser—. Le di con el bastón hasta que dijo que no se lo iba a quitar a no ser que lo matara, que era de su padre...

—¿Dónde le has...? —empezó a preguntar Beth pero Patrick le hizo callar.

—... y me vino todo de golpe a la memoria, Patrick. Todo: el campamento, el bosque, el bebé.

—¡Roy! —gritó Patrick incapaz de creerlo.

—¿Roy? —preguntó Beth — Bebe un poco más.

—Ese —respondió después de tragar—. Más viejo pero ese mismo.

—¡Por todos los...! —exclamó Patrick cogiéndole la mano— Pero ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No me interrumpáis, ¿vale? Topé con él en Elknok. Estaba huyendo de la guardia porque una mujer... no recuerdo el nombre, le reconoció en una plaza y él le acusó de haberle robado a sus hermanas.

—¿Frank, señora Frank?

—Sí, eso es. Ella gritó y le acusó de robarle así que huyó corriendo — cerró los ojos por el dolor—. Uf, creo que tengo algo en la pierna. Bueno, sigo. Lo llevé a mi casa y por la mañana lo buscaban todos los guardias de la ciudad, así que logré sacarlo de ahí y encontrar quién le acercara a Paukhorn, que era donde quería ir.

—¿Cómo estaba? —preguntó Beth llorando.

—No lo había visto desde que era un bebé, pero parece un chaval increíble. Estoy seguro de que si se lo propone, puede llegar al sol y apagarlo.

—Eh... Roy —dijo Patrick—. Sí que tienes algo en la pierna.

—¿Tú crees?

—Sí, de hecho tienes pierna de milagro —se quitó la camisa y se la ató casi en la ingle antes de quitar le vendaje que llevaba ya totalmente empapado en sangre—. Perdona Roy, gracias. Por ayudar a Héctor y por esto de ahora.

—Je. Te hubieran machacado. Joder cómo duele. ¿Un poco más de vino?

—Muchísimas gracias Roy —intervino Beth—. Estoy, estamos en deuda contigo para toda la vida.

—Temo que ya poco tiempo entonces.

—¿Esto es carbón? —preguntó Patrick.

—No vas a morir —susurró Beth— no voy a permitirlo. Ni pensarlo.

—Eres un ángel, pero no creo que tengas poderes. ¿Cómo lo ves tú,

Patrick?

—Mal. Lo lamento. ¿Cómo te lo has hecho?

—Afeitándome, no te jode —comenzó a reír hasta que la tos le hizo parar—. Tienes o más bien tenías un vecino un poco rarito y me ha dejado este recuerdo.

—¿Ves? —dijo Beth sonriendo mientras le caían las lágrimas—. No puedes morir. Tienes que contarnos todo lo que ha pasado.

—Creo —dijo Roy cerrando los ojos— que eso quedará entre el creador y yo —al acabar la frase le cayó la cabeza sobre el pecho.

—Al principio, cuando empezó a golpear la puerta —decía Beth tumbada junto a Patrick en la cama— pensé que estaba bien. Que no me importaba si entraba y me mataba. Creí que a ti también lo harían y así nos encontraríamos todos en la otra vida. Incluso me senté en la mesa a esperar a que entrara, pero entonces, ahí en la mesa, vi a los niños a su alrededor como tantas y tantas veces y me di cuenta de que no quería morir sin volver a verlos ¿sabes? —miró a su esposo que la escuchaba en silencio— Qué locura. Si acababan contigo vendrían a por mí y eran tres los que yo había visto.

“Empecé a sentir odio. Mucho. Odio y rabia como nunca había sentido. Y eso que a ti estos días te he deseado muchas cosas malas —le acarició el rostro—. Me giré buscando algo con lo que defenderme, pero el horno estaba muy lejos y la puerta cada vez se movía más. Sólo estaban la jarra de vino, los vasos y un par de platos.

“Estaba de espaldas cuando entró y no pude moverme para seguir huyendo, así que cogí un plato con cada mano y seguí quieta. Sentí su olor y luego su mano —lloraba al recordarlo pero no quería dejar de hablar, lo necesitaba—. Me tocó y se acercó más. Creo que pensó que podía tomarme ahí, en la mesa y que yo no haría nada. Pero lo hice. Giré para darle con el plato y lo detuvo, lo esperaba, pero no el segundo. Le di en la cara haciéndolo pedazos. Me miró sorprendido y... y... yo tenía en la mano uno de los trozos y se lo clavé una y otra vez. En todas partes, no podía detenerme, sólo gritar y mover el brazo. Cuando cayó seguí clavándoselo hasta que oí pasos y no pude seguir y...

—Llegué yo —concluyó Patrick.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—No lo sé, Beth (gozarán con tu esposa), ni lo que querían (gozarán). Pero

sabían quién soy yo (con tu esposa) y me querían (gozarán con tu esposa) muerto.

Se quedaron un rato en silencio. Sólo se escuchaba la lejana llamada de un ave nocturna que era respondida por otra.

—¿Cómo está?

—Tiene fiebre pero duerme. Le he cosido como he podido, pero no sé, parecía un corte limpio, pero ha perdido mucha sangre. He aflojado el vendaje para que le circule la sangre y no se gangrene.

—¿Le has puesto las hierbas?

—Sí, Beth. Ahora está en manos del creador, como ha dicho él.

—Patrick.

—Dime.

—¿Me perdonarás? Te he culpado de todo y he sido injusta.

—¡Sh! Calla. No tengo nada que perdonarte.

—Patrick.

—¿Sí?

—¿Me haces el amor? Despacio, con cuidado, por favor. Lo necesito, te necesito.

—Claro que sí, Beth.

—Te quiero, Patrick —le dijo mientras empezaban a besarse.

Rumbo a Paukhorn (1)

Ante sus asombrados ojos se extendía la mayor cantidad de edificios que Héctor jamás hubiera imaginado que pudieran existir. Si Elknok le había asombrado, Paukhorn era algo que a su cerebro le costaba aceptar. Mirara donde mirara había casas, gente, palacios increíbles, colores y mucho, mucho ruido. Y más allá de los últimos edificios, el mar. Una increíble y enorme masa azul que reflejaba el sol de la tarde. Al mirarlo, Héctor sentía una increíble paz. Necesitaba acercarse y tocarlo, ver que era algo real que no sólo existía en los cuentos o en las historias de las viejas. No alcanzaba a ver el final y, de hecho, parecía que se fundía con el cielo. ¡Y las plumas que parecían flotar ¿eran barcos?! Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en lo que sería estar subido en uno de ellos con toda esa agua bajo sus pies.

Sacudió la cabeza resoplando y comprobó que llevaba la daga bien colocada en su espalda. Volvió a mirar la ciudad y con una sonrisa empezó a andar hacia ella. Ver el agua le había recordado que estaba sucio y además, al pasarse la mano por la cara notaba cómo le estaba saliendo vello en zonas donde antes no lo tenía.

—Vaya —pensó—, me estoy haciendo un hombre. Si me viera mamá, estaría orgullosa de mí. Fíjate hasta dónde he llegado en estos días. Si antes me hubieran hablado del mar no habría sabido describirlo y ahora... la verdad es que tampoco, pero lo he visto y se lo podré contar a Sofía y Ana —la sonrisa se borró de su rostro—. Estáis aquí cerca, lo siento dentro —jugueteó distraídamente con la pulsera—. Os juro que os voy a encontrar. Si puedo, antes de que embarquéis y si no... buscaré el modo de llegar a vosotras, aunque muera intentándolo.

Mientras pensaba había seguido caminando hacia la ciudad. Se fijó en que no había casi campos labrados aunque sí mucho ganado y una enorme cantidad de carros yendo y viniendo por caminos más anchos de los que nunca había visto. Todo en los alrededores de Paukhorn era abrumador para Héctor. A cada momento se sentía sobrecogido y asustado. Cada paso que daba hacia la ciudad le encogía el pecho. En comparación se veía como una hormiga tratando de acarrear una pata de cordero ella sola. Vio una gran piedra a un lado del camino y se sentó en ella tratando de superar el ataque de pánico que

se había apoderado de él. Intentó secar las palmas de las manos con el pantalón, pero cuando las apoyó en las rodillas, tuvo que cerrar los ojos e inclinar la cabeza para llevar la respiración a un ritmo normal. El corazón parecía querer salirse de su pecho y estaba empezando a temblar.

A su lado pasaban sin cesar carros, gentes a caballo y a pie que no le prestaban atención. Sólo parecía un viajero antes de llegar a la ciudad, tal vez para recibir las bendiciones en el templo de Titre como hacían cientos de fieles cada mes. Podían llegar a hacer cola durante días sin comer ni beber, así entraban purificados a la auténtica casa de Dios en la tierra. E incluso, si tenían suerte, llegarían a ver o escuchar a La Lanza y luego regresar a sus pueblos para contar ante todos lo que habían visto, siempre adornado de forma que pareciera que se habían dirigido a ellos en persona.

Pasados unos minutos, algo más tranquilo levantó la cabeza y, acariciando la pulsera, se puso en pie listo para seguir su camino. Un carro cargado de sandías pasó a su lado levantando una nube de polvo que le hizo toser. Sonó un ruido de madera quebrada, Héctor miró hacia delante y vio cómo una de las ruedas se hacía astillas bajo el peso de la fruta y en un segundo el carro volcaba lanzando su carga por todo el camino haciendo que gran cantidad de gente saliera corriendo y los carros que le seguían tuvieran que detenerse obligados.

El conductor bajó lanzando juramentos y golpeando a los animales que tiraban del carro culpándoles del infortunio y los que se habían detenido a la fuerza gritaban a su vez y amenazaban al primero si no se apartaba del camino. La gente se iba arremolinando alrededor esperando que sucediera algo que les sacara de la monotonía: algunos gritaban al del carro accidentado, otros daban la razón a los demás y unos pocos cogían las frutas y salían corriendo con ellas ¿para comerlas? ¿venderlas? Héctor miraba todo lo que estaba sucediendo y sentía cómo empezaba a sentirse mal otra vez, pero ahora estaba preparado y se giró respirando hondo y luchando con todas sus fuerzas contra el miedo. Sabía que podía vencerlo, llevaba casi veinte días viajando solo, se había enfrentado a soldados y había conocido a Penélope. Recordar su sonrisa fue lo que colocó la última pieza para bloquear el pánico. Dejó atrás el ruido y los gritos y se dirigió a la ciudad tratando de recordar todo lo que sabía sobre los Tahn, que, la verdad, era poco. Lo más importante para ellos era encontrar un lugar resguardado y de difícil acceso que les diera seguridad para acercarse desde el mar.

—¡Por todos los demonios! —pensaba Héctor—. Si acabo de ver el mar y es enorme. ¿Dónde encontrar algo así?

A medida que se acercaban a la ciudad, el número de soldados aumentaba. Era fácil diferenciar entre los del Emperador y los de La Lanza. Los primeros eran rudos, voceaban, pero la gente hablaba con ellos. Sin embargo, todos evitaban a los segundos que con sus rostros inexpresivos y armaduras pulidas, golpeaban, desarmaban carros y atemorizaban a todo el mundo. Pero como le había pasado un rato antes, nadie le prestaba atención y cada vez más tranquilo prosiguió su camino hacia donde le llevara. Ese rato había decidido no hacer planes de ningún tipo ¿Qué podía planear? Si hasta ahora el único plan que había seguido era llegar desde casa hasta el mar bordeando los bosques. El modo había sido elegido sobre la marcha. Al final iba a resultar que aquel granjero fanático tenía razón con que era un viaje sagrado y alguien le guiaba. ¿Cuánto había pasado desde que salió de ahí? ¿Dos semanas? ¡Si le parecía una vida! No había duda de que en esos días había vivido más cosas que en el resto de ella y, por alguna razón, cada vez le venía más a la cabeza la sonrisa de Penélope y lo que había sentido ese día. ¿Qué podía significar lo que le dijo Burk sobre las mujeres? Intentó no pensar en ella, pero cuando acudía a su pensamiento era casi imposible sacarla de ahí. Y ¿cómo podía echarla de menos si habían sido unas horas? No dejaban de ser unos interesantes pensamientos a los que dedicarles el tiempo más adelante pues ahora tenía cosas más importantes en las que gastarlo. Como si le estarían buscando igual que le sucedió en Elknok. Con todo lo malo que había pensado de Roy aquella mañana y resulta que casi le debía la vida por ese modo de sacarle de la ciudad. ¿Qué sería de él ahora? Habría vuelto a su casa para seguir siendo temido por sus vecinos. Se lo contaría a Patrick cuando regresara a casa con sus hermanas, suponía que le haría ilusión.

Qué extraño resultaba que seguía siendo invisible para toda la gente que avanzaba con él. Los soldados, unos y otros, ni le miraban y el resto de los que le acompañaban hacia las puertas de la ciudad ni un miserable “hola” le habían dedicado. Era algo que en algún lugar de su mente sonaba como una alarma, pero a la vez, esa facilidad le daba seguridad y más confianza en que todo terminara bien.

Al cabo de mucho rato andando, llegó a ver las puertas de Paukhorn. Por fin tenía el principio del final al alcance de la mano.

Sin que nadie le diera el alto ni le miraran siquiera, entró en la ciudad. Andando por calles estrechas, tenía la intención de llegar a la orilla del mar y una vez allí, decidir el siguiente paso cuando un resplandor le llamó la atención. El sol se reflejaba en algo brillante que iluminaba todo a su alrededor. Con gran curiosidad se dirigió hacia allí sin saber lo que podía ser. Poco a poco entre los edificios, fue surgiendo la imponente figura de un inmenso halcón de oro sobre una cúpula blanca que remataba un edificio que parecía hecho de mármol.

La gente se apelotonaba alrededor del Templo de Titre ¿Qué podía ser si no? El centro del poder de la Iglesia que amenazaba a su familia. Malditos fueran todos. Pero algo sucedía a su alrededor que hacía que la gente se pusiera nerviosa, se removieran inquietos y poco a poco fueran callando de forma que el silencio cayó sobre él como una losa. Buscó con la mirada el origen de ese efecto y vio cómo se abría un pasillo humano al paso de una silla llevada a hombros por cuatro esclavos encadenados.

—La Lanza —susurró alguien cerca de él.

—Sí. La Lanza.

Más y más voces fueron sumándose hasta que todos los ahí reunidos repetían como hipnotizados esas dos palabras. Héctor intentó salir de la multitud para quitarse de en medio y eso atrajo sobre él las primeras miradas del día. Al principio de sorpresa, luego de indignación y finalmente de hostilidad. ¿Quién eres? Parecían preguntar ¿que te alejas del más santo de los hombres? ¿Qué escondes para querer huir? El pánico volvió a hacer mella en él e intentó moverse más rápido, necesitaba salir de allí cuanto antes. Tenía ganas de sacar la daga y, en caso necesario, abrirse paso con ella. Sintió como unas manos le tocaron tratando de asirle los hombros y saltó para impedirlo. Miró alrededor y vio un callejón junto a una carnicería hacia el que se dirigió para tratar de seguir huyendo. Un grupo de gente avanzaba por él y Héctor trató de disimular para que le prestaran atención, pero uno de ellos no le quitaba los ojos de encima y hablaba con los otros, que fueron reduciendo el paso.

Fue entonces cuando Héctor lo reconoció. Era el asaltante que había escapado después de atacar a los pastores y los hombres que le acompañaban eran soldados de La Lanza. Antes de poder darse la vuelta para intentar huir, se encontró frente a cuatro espadas.

—Eres tú. Te reconocería aunque fueras disfrazado —dijo antes de golpearle en la cabeza haciéndole caer, inconsciente al suelo.

—¿Éste es el que lo mató? —vio cómo preguntaba uno de los soldados.

—Estoy tan seguro que lo llevaría a rastras donde está La Lanza y se lo tiraría a los pies —aseguró dándole una patada en el costado que rodó sobre sí mismo todavía inconsciente.

—Si quieres podemos decir que fue difícil detenerle, que se resistió... ya me entiendes —dijo otro guiñándole el ojo—. Tú sólo, nosotros no nos metemos.

El que lo había reconocido se quitó los guantes, sonrió, se colocó a horcajadas sobre Héctor y comenzó golpeándole la cabeza contra el suelo tres veces; luego descargó sus puños sobre el rostro hasta que la sangre cubría la cara del muchacho y le partió la nariz; le escupió en la boca y, al incorporarse, le golpeó con el tacón de la bota en las costillas hasta hacerse daño él mismo. Resopló un par de veces, se colocó el pelo con las dos manos y pateó la rodilla derecha de Héctor hasta que sonó un chasquido. Empezaba a sacar el cuchillo llevado por la emoción cuando sus compañeros le sujetaron los brazos para que se detuviera antes de matarlo.

—Seguramente lo matará cuando haya acabado de hablar con él —le dijo uno de sus compañeros—. Pero para eso debe estar vivo. Si te lo cargas tú —prosiguió mientras se agachaba y metía la mano bajo el cuerpo retorcido— no sabrá de dónde ha sacado esta daga.

Tras avisar a la guardia personal de La Lanza, llevaron al destrozado chico dentro del templo-palacio hasta una de las celdas donde le tiraron como si fuera un saco de frutas podridas y cerraron la puerta al salir.

—Sigue vivo ¿no? —oyó que preguntaban.

—Sí, por los pelos, pero sí.

—¿Un arresto difícil?

No pudo escuchar la respuesta ya que habían ido alejándose de la puerta. Abrió los ojos, o al menos lo intentó porque le habían puesto algo sobre uno de ellos, así que tanteó con la mano para quitarse lo que fuera y notó que era su propio párpado, que inflamado, tenía el tamaño de un limón. Y eso era sólo el principio, pensó comenzando a palparse tratando de encontrar algún dolor

que le indicara qué había pasado con su cuerpo mientras ese salvaje lo golpeaba hasta que lo detuvieron sus compañeros. Lo bueno era que no notaba ninguno, lo malo que le costaba respirar y parecía tener dos o tres costillas hundidas, sangre seca por toda la cara y la nariz torcida. Respiró hondo para tranquilizarse y miró alrededor. Estaba en un cuarto pequeño y sucio con paredes de piedra, una sola ventana con barrotes dejaba entrar algo de claridad, pero poca ahora que estaba anocheciendo y bajo esa ventana un camastro de madera cubierto con algo que hacía tiempo debía haber sido paja y una sábana raída. Fue a incorporarse para llegar a ella pero al intentarlo cayó al suelo. Pensando que le habrían atado, Héctor movió uno de los pies en todas las direcciones pero no el otro, así que se giró usando los brazos y la pierna libre buscando la cadena o cuerda que lo retenía. Estaba libre, descubrió al mirar, pero no podía mover el pie y al intentarlo con la pierna, por debajo de la rodilla no reaccionaba nada. Se sentó en el suelo preocupado y al palparla la notó inflamada. Apretó esperando un latigazo de dolor que no llegó, pero no sabía lo que buscaba, por lo que con el otro pie empujó el que no reaccionaba moviéndolo de forma antinatural. Se movía cómo una rama de madera partida pero no sentía ningún dolor, por lo que pensó que debían de haberle dado algún tipo de hierba o brebaje.

Usando los brazos y la pierna buena se arrastró de espaldas hasta dar con la cama y se aupó en ella para sentir el aire que entraba por la ventana. Se oían voces a través de ella, pero no como cuando La Lanza había llegado al templo. Pero, pensaba, si le habían drogado, ¿sería el mismo día o habría pasado más tiempo? Debía llegar a la ventana, a mirar por ella, para ver la luna. Pero con la pierna así no podía hacer nada. Algo debía pensar para poder usarla, por lo que observó a su alrededor buscando qué poder utilizar para inmovilizar la rodilla antes de que pasara el efecto de lo que le habían dado.

Mientras miraba la vacía habitación, la puerta se abrió lo justo para que le dejaran una escudilla con algo flotando en su interior y una cuchara de madera. Arrastrando la pierna mientras se apoyaba en la pared, llegó hasta allí. No tenía hambre y el olor de lo que fuera eso le causó náuseas, pero cogió la escudilla, vació el contenido en un rincón y la lanzó hacia la cama, al igual que la cuchara y después terminó de dar la vuelta a la celda para llegar él mismo hasta ella. Antes de dejarse caer, quitó la sábana y tiró al suelo la paja. Preocupado por la falta de dolor y viendo que quedaba poco rato de luz, se

dio toda la prisa que pudo en romper en una tira larga la tela que había cubierto la cama. Colocó la pierna rota lo más derecha posible y empezó a enrollar la tira lo más fuerte posible sobre la rodilla. Cuando llevaba unas vueltas, puso la escudilla encima de la articulación y siguió vendando una vuelta tras otra. Cuando le quedaba poca tela, situó la cuchara en el lado exterior de la rodilla y terminó de vendar con un nudo doble.

Pensando que debería bastar hasta que encontrara algo mejor, muy despacio se fue incorporando hasta soltar las manos del borde de la cama. Si no ponía todo el peso en esa pierna, aguantaría. Siempre y cuando no forzara demasiado.

—No me vendría mal el bastón de Roy —dijo en voz alta con voz rasposa.

Girándose, subió a lo alto de la cama y vio las estrellas a través de los barrotes, pero no la luna y eso le asustó enormemente. No podía ser ya luna nueva. No era posible que hubiera pasado tres días inconsciente. Con lágrimas en los ojos y agarrando fuertemente los barrotes pensó en sus hermanas y en sus padres, en cómo había fallado a todos de esa forma tan horrible. Y ¿qué iba a ser de él ahora? Golpeado y encarcelado esperando ¿a qué? Cerró los ojos y lloró como hacía días que no lloraba. En el momento en que iba a soltarse para dejarse caer en la cama, vio cómo salía por detrás de un tejado una pequeña y estrecha curva blanca. Se sentó riendo de forma incontenible mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas. Cuando pudo controlarse, se tumbó colocando con cuidado la pierna y cerró los ojos.

Tres figuras estaban ante él al abrirlos. Dos eran claramente soldados, pero el tercero se mantenía en las sombras y no podía verle la cara. Vestía una túnica larga de amplias mangas en las que ocultaba las manos.

—Sí, eres tú —dijo sacando una de las manos con la que sostenía una hoja de papel—. Me has causado bastantes quebraderos de cabeza, pero eso ha terminado, ¿verdad? —al ver que Héctor no le respondía continuó hablando— Por lo que sé, vas en busca de tus hermanas y me has esquivado, has matado a mis hombres y te has escondido como una rata. Pero has cometido un error: dejaste a uno con vida. Nunca dejes cabos sueltos.

Hizo un gesto y uno de los soldados sacó unas cadenas que pasó por unas argollas del techo mientras el otro no quitaba ojo del muchacho con la mano en la empuñadura de su espada. Cuando las tuvo preparadas, fueron hacia Héctor,

le golpearon con el lado plano de la espada en el costado y lo llevaron a rastras hasta el centro de la sala. Le pusieron un grillete en cada mano y se retiraron para tirar de la cadena haciéndole colgar totalmente indefenso ante el hombre de la túnica.

—Desde que tengo conocimiento de tu existencia —siguió diciendo— he pensado y meditado qué hacer cuando te encontrara y reconozco que lo que más acudía a mi imaginación era ver tus tripas esparcidas por el suelo a mis pies —uno de los soldados le dio una daga— tal como estamos ahora. Pero viéndote cómo estás y sabiendo que esta noche la luna no va a salir, voy a disfrutar más —se fijó en el vendaje de la rodilla y sonriendo cortó la tira que la cubría haciendo caer al suelo ésta, la escudilla y la cuchara—. muy ingenioso, pero inútil ¿no crees? Bajadle un poco, un poco más, hasta que roce el suelo con la punta de los pies. Así. Sujeta las cadenas a la pared y salid.

Se quedaron los dos solos y el hombre de la túnica comenzó a pasear por la celda con las manos en la espalda. Héctor intentaba seguirle con la mirada pero se quedó tras él en silencio unos instantes.

—Esta ventana tiene algo que casualmente hace esto más satisfactorio. ¿Sabes qué es? ¿No? Te lo voy a explicar. Está orientada hacia el norte ¡Oh! ¡Ah! ¿Qué hay al norte?, te preguntarás. Pues un acantilado bastante alto y al que es complicado llegar por mar a no ser que seas un marinero experto y más aún sin luz. Esta noche, ahí mismo, si han sobrevivido, tus hermanas harán su primera travesía por mar. ¿No es emocionante?

Mientras decía esto se había colocado frente a Héctor y le miraba sonriente.

—Oh, vamos, no llores. No seas un chiquillo —le secó las lágrimas mientras mantenía la daga apoyada en su vientre—. Ese es tu castigo. Bueno, parte. ¿Qué le voy a hacer? Me gusta disfrutar —buscó en la túnica y sacó un pequeño paquete—. Verás, cuando alguien se interpone en mi camino, conoce a mis queridos perros, los conoce muy muy de cerca. Tú ibas a terminar igual, pero he pensado que como quiero que sientas cómo se alejan tus hermanas, no los podía traer ni llevarte a ti con ellos —le cortó con la daga un dedo por encima del ombligo dejando una línea ensangrentada—. No te asustes que no morirás desangrado. Ahora usaré esos trapos que llevabas en la pierna. Te he traído un regalo de parte de mis mascotas: sus excrementos —abrió el paquete

y un terrible olor llenó las fosas nasales de Héctor que miraba incapaz de moverse—. y son sólo para ti, para que los lleves dentro en tus últimas horas —extendió la masa oscura sobre la herida que acaba de hacerle y golpeó la puerta para que entraran sus acompañantes—. Vendadle con ese trapo del suelo. No queremos que pierda más sangre.

—Cómo ordene Su Pureza —respondieron los soldados.

—Traed al carcelero y esperad fuera cuando acabéis.

Héctor lloraba viendo cómo le tapaban la herida cubierta de los excrementos de los perros. Sentía un asco enorme, pero lo peor era escuchar las palabras de La Lanza en su cabeza una y otra vez. Vio entrar al carcelero y se esforzó por entender lo que decían.

—... solo quiero que lo bajes. No le quites los grilletes, pero que la cadena no pueda usarla.

—Le pondré unos candados y no se acercará mientras lo haga.

—Bien. Importante: sólo un vaso de agua al día. Abres, se lo dejas y te vas. Si cuando lo traigas no está en la cama o donde quede cuando lo bajes, te lo llevas y se lo traes al día siguiente. No se te ocurra equivocarte o probaré este método de purificación contigo y tu familia.

—No no, Su Pureza —respondió el hombre con voz temblorosa —. Se hará como diga.

—Bien ¡Pues ya está! Cuídate, muchacho.

Diciendo esto le saludó con la mano, se colocó la túnica y salió de la celda seguido del carcelero que cerró con llave dejando a Héctor solo. Intentaba en vano girarse, pero sólo podía rozar el suelo con uno de los pies. Ya no sentía el hedor de los excrementos, pero sí la tensión en los hombros y el pecho. Temblaba y comprobaba con horror que La Lanza tenía razón: sentía cómo la tarde dejaba paso a la noche en la temperatura de la celda y en la brisa que le daba en la espalda. Gritó y lloró pero sin conseguir que nadie acudiera ni le respondiera. Levantó la mirada y vio cómo el grillete estaba rompiendo la cinta de cuero de su pulsera. No tardaría en estar rota. Con la punta de los dedos intentó llegar a ella, pero era imposible. Como lo era salir de allí y rescatar a sus hermanas o sobrevivir. El corte del abdomen se infectaría y aunque le bajarán mañana, en un par de días o tres, estaría enfermo. Tanto que no podría acercarse a por el vaso de agua y en ¿cuánto? Otros dos días,

moriría. Sólo cubierto de sus meados... lloró y dejó caer la cabeza.

La última barca llegó hasta el navío. Amarraron los cabos a ella y la izaron.

—La última. Vayámonos ya. Avisad al capitán —dijo una voz áspera en un idioma extraño.

Desplegaron las velas y poco a poco dejaron atrás los acantilados hasta fundirse con las sombras de la noche.

SEGUNDA PARTE

Paukhorn (1)

Si hay algo en común en todas las ciudades de todos los países, estas son las tabernas. Pueden ser más lujosas o más oscuras; algunas tal vez tengan algún músico amenizando la estancia del público y en otras entran sólo gentes selectas. Pero hay un tipo de taberna que se repite de ciudad en ciudad: éstas siempre son oscuras y los parroquianos no levantan las cabezas de sus bebidas. La atmósfera está cargada de humo y el olor a cerveza rancia golpea como un puño al abrir la puerta. Siempre se habla en susurros para cerrar negocios turbios y casi todas las noches aparece un muerto, al menos, que había estado en una de esas tabernas. No quiere decir que los guardias de las ciudades no conozcan su existencia, es al contrario. Las autoridades las toleran ya que de ese modo evitan que ciertos individuos entren en las ciudades y, de paso, reciben ciertos productos o favores que de otro modo serían imposibles de conseguir. Se hallan en zonas claramente delimitadas de forma que los ciudadanos de bien no acaban en ellas por error, ni viceversa. Casi siempre son patrulladas por pocos guardias, pero, de ciudad en ciudad, cumplen el mismo patrón: veteranos cansados de sus vidas que prefieren pasar la noche con la esperanza de apalear a alguien antes que de dormir junto a sus esposas; aficionados al juego y con muchos, demasiados amigos que nunca serían bien vistos en una reunión social.

Lo que sucede en estas tabernas nunca sale de ellas. Nadie se va de la lengua, no existen chivatos ni soplones. Si en algún momento los hubo, desaparecieron sin dejar rastro, ni familia ni amigos que hablaran de ellos y los recordara. Lecciones sanguinarias para obtener un bien tanpreciado como es la privacidad.

Paukhorn era una gran ciudad costera llena de tabernas y de gente. Gente que va y viene, que hace negocios dándose la mano o firmando papeles que les compromete a cosas. Pero como todas las que tienen puerto marítimo, tenía una clase especial de taberna, con una clase especial de clientela: tabernas portuarias. Más oscuras aún que otras y en las que los murmullos cesan cuando se abre la puerta y entra la claridad de una de las pocas antorchas que pueden estar iluminando la calle; en las que los desconocidos aprenden pronto que el puerto es profundo y una roca del tamaño adecuado puede llegar al fondo en cuestión de segundos sin importar lo que lleve atado; donde los clientes al

entrar saben lo que buscan y lo que pueden encontrar, aún sin buscarlo. Suelen estar en los muelles, o muy cerca de ellos, donde el olor del pescado es todavía persistente.

En los bajos de edificios viejos, con aspecto de deshabitados, un cartel sucio y desvencijado en el que apenas se lee el nombre deja caer su sombra sobre una puerta que conoció años mejores, en ocasiones con mirilla para controlar quién entra o a quién se permite entrar.

Era en una de éstas en la que dos hombres estaban hablando en uno de los más sucios rincones. Les había costado acostumbrarse a soportar el olor, pero ahora, tras varias noches viéndose ahí, apenas lo notaban.

Con las capuchas de las sucias capas echadas sobre la cabeza no desentonaban dentro de la taberna, pero un observador detallista vería que uno de ellos, el primero, tenía la piel clara curtida por el sol y los ojos oscuros como la mayoría de la población de la ciudad. Las manos fuertes sostenían el vaso con seguridad y realizando los movimientos justos sin malgastar tiempo ni energía. Sin dejar de hablar observaba a su alrededor estudiando a los demás clientes, manteniendo la ancha espalda en tensión. Seguramente un soldado. Pero el otro... en cualquier lugar hubiera sido objeto de burlas y bromas. Bajo la capucha su cara era una sombra en la que sólo se veía algo blanco cuando levantaba los ojos o mostraba los dientes como perlas, al hablar. Por uno de los lados se veía un pendiente de mucho colorido con algo parecido a plumas y en las manos, a pesar de llevar las mangas hasta los dedos, se veían dibujos de color rojizo. En cualquier otro lugar sí, pero aquí parecía otro marinero de un barco que venía de tierras lejanas.

Y hablaban.

—Por más que me cueste reconocerlo —decía el primero— os necesito.

—¿Te das cuenta —respondió el segundo con un marcado y extraño acento — que lo que me estás contando podría ser suficiente para que te degollara aquí mismo?

—Claro que me doy cuenta. ¿Por qué crees que nos citamos aquí? —señaló a su alrededor con la mano— ¿Por el trato de los camareros?

—Escuche Coronel.

—A estas alturas puedes llamarme Emil. Llegados a este punto, el grado es lo de menos.

—Como quieras. Entonces yo soy Micah.

—Lo sabía, embajador —dijo sonriendo bajo la capucha el Coronel de la

Guardia Imperial.

—Me estás diciendo que La Lanza quiere apoderarse del Imperio, tu imperio, no el mío, no lo olvidemos y que por alguna razón debo verme involucrado en un levantamiento en tu tierra, no la mía, en la que puedo perder hombres y provocar una guerra.

—Una guerra que antes o después va a producirse si no lo evitamos.

—Accedí a venir a este... lugar la primera noche porque me resultó curioso que me citara aquí uno de los hombres con más poder del Imperio. Curioso y gracioso porque de donde yo vengo, dos hombres que se ven a escondidas de los demás sólo es por un motivo y si lo averigua alguien, se les empala por viciosos. Parecías asustado y eso avivó más mi curiosidad. No hablamos mucho y accedí a una segunda reunión. Pensé que tendrías algún tipo de mensaje de tu... tu jefe.

—Emperador.

—Sí, sí. Y debías dármelo de forma no... ¿cómo decís?... oficial. Te avisé que mi barco debía partir hoy, pero ayer tampoco te decidiste, así que tuve que mentir a mi tripulación y a los cretinos de tu puerto para hacerles creer que teníamos que hacer arreglos y así vernos hoy para que me hayas contado esto —se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Suenan a locura ¿verdad? Tú no vives aquí y no ves lo que yo veo a diario. Es una serpiente que intenta llegar al Emperador para hipnotizarle y hacerle caer bajo su influjo. Yo soy el único que se interpone y puede apartarle los ojos de él. Pero sé dentro de mí —se señaló el corazón— que se me acaba el tiempo. Los dos somos soldados y sabes a lo que me refiero. No es miedo, ni una sospecha. Podría decir que oigo los granos del reloj de arena cayendo uno a uno. Está loco —sin darse cuenta había bajado la voz y miraba a su alrededor— y ha formado un ejército de fanáticos que tiene distribuido por todo el Imperio. Mis informadores hablan de pueblos abandonados en los que hay destacamentos preparados para actuar; zonas de la frontera, tu frontera, donde está mandando demasiados Elegidos. Y demasiados es, créeme, demasiados.

—Pero eso no significa que pretenda hacernos la guerra ni matarnos a todos.

—No. No os matará a todos. Sólo a los que no aceptéis a su dios.

—¿Su? —preguntó sorprendido Micah.

—Sí —suspiró Emil—. Te juro que en ocasiones dudo de por qué permite

que ese hombre sea su representante.

—O eres un mentiroso bárbaro —dijo el extranjero sacudiendo la cabeza— o realmente es cierto lo que dices. Jamás había oído a nadie renegar de su dios de esa forma sin que le tiemble la voz.

—Ya ha pasado el tiempo de eso, Micah —respondió levantado la vista—. Llevo mucho tiempo tapándome yo mismo los ojos para no ver lo obvio, pero es demasiado ya.

—Tal vez un trago te haga sentir mejor — levantó un brazo para llamar la atención del camarero y con un gesto pedirle dos bebidas más.

Ese movimiento hizo que uno de los clientes mirara con atención a la mesa que ocupaban y se incorporara lentamente.

—Creo —prosiguió Emil emitiendo un suspiro — que ya pocas cosas me pueden hacer sentir mejor. Por lo poco que he logrado averiguar sin levantar sospechas, tiene creada una tela de araña increíble por todo el Imperio y él sólo tiene que tocar un hilo para provocar reacciones en cualquier lugar de forma que no se le pueda acusar de nada.

—¿La Lanza?

—La Lanza —escupió en el suelo—. Maldito sea en mil vidas.

—Y el emperador ese tuyo ¿qué hace?

—¡Nada! —golpeó con el vaso en la mesa derramando el contenido—. Perdón.

—Tranquilo Emil, pedimos más.

La figura que se había levantado avanzaba por detrás de Micah, y Emil ya no prestaba atención a su alrededor, sólo trataba de controlar sus nervios apretándose los ojos con los dedos hasta ver puntos brillantes en la oscuridad. Cuando su brazo se extendía tras el primero, éste saltó de la silla y en el mismo giro golpeó la parte trasera de la pierna del desconocido haciéndole perder el equilibrio al tiempo que le clavaba su codo en el pecho lanzándolo con fuerza contra el suelo. Desde ahí el desconocido miraba a Micah con los ojos vidriosos intentando hablar. Al hacerlo, llenó la nariz del extranjero con el hedor de mil bebidas.

—Sólo quería un vaso —consiguió decir—. Sólo un vaso.

Antes de que el desconocido cayera al suelo, cuatro figuras se habían

levantado de las sillas que ocupaban y ahora rodeaban los dos cuerpos. Micah hizo un gesto con la mano y el borracho fue levantado del suelo y sacado de la taberna en apenas unos segundos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emil sorprendido— ¿Quiénes son...?

—No creerías que iba a aparecer tres noches seguidas aquí solo, ¿verdad? Aunque me pudiera la curiosidad, no soy tan confiado —respondió Micah sentándose de nuevo.

—Ahora todos miran hacia aquí —dijo Emil tapándose con la capucha.

—No ven más que a un marinero extranjero que ha tumbado a un borracho y sus amigos lo han sacado a la fuerza.

—Yo sí he venido solo todos los días a hablar contigo.

—Y aunque no lo creas, eso me parece fascinante y me lleva a creerte un poco más todavía. Tratabas de explicarme el papel de tu jefe en esto.

—¿Mi jefe? No creo que vea nada de lo que sucede. Está más preocupado por tener descendencia y disfrutar de la vida que de su Imperio. En teoría, su teoría, entre La Lanza y yo controlamos todos los problemas.

—Muy irresponsable.

—No lo niego, pero desde tiempos de su abuelo no ha habido conflictos con ninguna nación.

—Piratas.

—Pero eso existirá siempre. Igual que las incursiones provenientes de las islas Tahn para robar niños y alimentos.

—Son inevitables.

—A no ser que la cosa se ponga fea y haya que enfrentarse con ellos. Ya sucedió hace unos diez años y se les expulsó de nuestro territorio.

—En mi tierra no se atreven a actuar.

—¿Los Tahn?

—A esos no los conozco. Digo los piratas. Si ven un barco con nuestra bandera huyen porque saben lo que les espera.

—Por eso hay quien dice de vosotros que sois unos salvajes.

—Y esos salvajes tienen un embajador —dijo señalándose el pecho— en vuestra capital ¿no?

—¿Ves a lo que me refiero? El Emperador no presta atención, yo sólo puedo manejar al ejército, pero La Lanza controla al pueblo.

—Habla con él.

—Esa serpiente está siempre al acecho.

—Usa tu cargo.

—¡Ja! Qué inocente pareces ahora mismo. Si lo consiguiera y le explicara lo que a ti, me miraría desde su sillón, levantaría la copa de vino y me llamaría loco. Luego haría venir a La Lanza y me haría repetir todo para que pudiera refutarlo y entonces esa sucia sabandija diría que sí claro, contaría dos o tres barbaridades más de las que se le ocurrieran y todo quedaría en eso: yo ridiculizado y enemigo declarado de Caleb.

—¿Caleb?

—Sí. Es el nombre de La lanza.

—No confías mucho en tu emperador, ¿verdad?

—Daría la vida por él, Micah. Es por el único del mundo que lo haría.

—Tus ojos no mienten, Emil. Pero no sé qué puedo hacer para ayudarte. Y créeme que me gustaría hacerlo.

—Aunque sea porque me has escuchado y parece que me crees, me siento terriblemente aliviado.

—Pero tampoco me tomes por un médico de la cabeza, no lo soy. Soy un guerrero. Mi barco partirá mañana, no puede esperar más. Pero ni yo ni mis hombres iremos en él.

—Gracias —susurró Emil extendiendo la mano sobre la mesa.

—No me las des todavía —respondió Micah estrechándosela—. Corro un peligro enorme quedándome aquí, pero en el barco irán instrucciones precisas sobre cómo actuar en el caso poco probable de que sea tomado como rehén.

—Pero...

—No, pero nada. Debo proteger a los míos por encima de todo y si todo eso fuera verdad, mi vida no tendrá ningún valor de canje o cambio.

—Me estás ofendiendo con eso, pero llevas razón. Por mi parte y la de mis hombres no debes temer nada.

—¿Y de esos Elegidos? ¿La guardia de fanáticos? ¿La Lanza?

—De esos puedo defenderte si sé que preparan algo... aunque por lo que he visto hace unos minutos, más les vale ser muchos y bien preparados.

—¿Eso? Bah. Estaba borracho como una cuba.

—Como quieras.

—Dame unos minutos para dar las instrucciones y ahora vuelvo.

Cuando Micah se levantó de la mesa, tres de las cuatro figuras que habían entrado nuevamente sin que Emil se diera cuenta, salieron tras él. Hizo un

gesto al camarero y pidió cerveza y carne para que no se le subiera todo a la cabeza. Necesitaba pensar y aclarar las ideas. Repasaba la conversación y cada vez se veía más como un loco delirante que encontraba enemigos en todos los lugares a su alrededor.

Cuando unos pocos minutos después le trajeron la comida, se dio cuenta de lo hambriento que se encontraba. Acompañando con pan y regando con la cerveza, terminó el plato rápidamente y se limpió con la manga los restos que le habían quedado en la boca. Se recostó en la silla con cuidado de cubrirse la cara con la capucha y aguardó a que regresara Micah.

—¿Estás en condiciones de proseguir la conversación? —oyó que preguntaba una voz a su lado— ¿O prefieres seguir durmiendo?

—¿Me he dormido? —preguntó Emil pasándose la mano por la cara— Tanta tensión me está destrozando. Siéntate.

—Desde luego —dijo Micah riendo— así no pareces el coronel de la Guardia Imperial, sólo un borracho más.

—Pues estoy de todo menos borracho. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—El suficiente para que deje todo preparado.

—Magnífico.

—Pero estaremos los dos aquí hasta que mi barco zarpe al amanecer.

—No te fíes de mí —afirmó Emil.

—Lo justo —respondió Micah moviendo la cabeza con una medio sonrisa en su rostro—. Espero que no te ofendas.

—No, no. al contrario. Eso te hace más admirable.

—Venga —comenzó Micah pidiendo más cerveza para los dos— para darte tiempo a despejarte, cuéntame algo de esos... ¿Tran?

—Tahn. Son una especie de piratas, pero de tierra firme. Desembarcan, están durante un tiempo, se llevan niños y niñas, algo de alimento y luego desaparecen hasta la próxima vez.

—Antes has dicho que hace unos años los expulsasteis.

—Sí. Era todo más fácil entonces. Comenzó como siempre: un niño desaparecido aquí, una granja asaltada allá... Nos llegaban algunos informes, pero dentro de lo, dijéramos, normal. Cuando pasaron varios meses, éstos no dejaban de llegar y el pueblo estaba realmente alarmado mandamos partidas de búsqueda y castigo. Los encontramos, más o menos, dentro de un bosque, pero todos nuestros hombres desaparecieron.

—¿Todos?

—Así es. Por lo que decidimos buscar un grupo especial. Teníamos un destacamento que se encontraba entre bosques y montañas, por lo que decidimos usarlos a ellos de avanzadilla.

—¿Les mandasteis a morir?

—No. La idea era más bien usarles de perros de caza para que hicieran levantar el vuelo a la presa y entonces cazarlos.

—¿Funcionó?

—Sí, pero creo que ahí fue cuando empezaron los problemas con La Lanza.

—¿Por? —preguntó Micah acercándose a Emil.

—Él decía que eran demonios de Gatal. No te rías, por favor. ¿Conoces algo de nuestra religión?

—Sí, claro.

—Bueno, pues él decía que no podíamos vencerles y esas cosas, por lo que se opuso desde el principio a que enviáramos a ese grupo.

—Interesante. ¿Cómo acabó?

—Todos murieron.

—¿Los Tahn?

—Ellos también.

—¿Mereció la pena?

—Supongo que sí —respondió Emil suspirando—. Me dijeron que había sobrevivido uno de ellos, de los nuestros, pero que se había vuelto loco y había traicionado al grupo. La Lanza lo acusó de endemoniado...

—Muy oportuno.

—... porque acusaba a los Elegidos de estar ayudando a los Tahn. Y eso era en todo punto imposible.

—¿Todo lo malo que sucede es obra de los demonios?

—Para esta gente, sí. Hace unos días se nos acusó de dejar escapar otro en Elkknok.

—¿Otro demonio?

—Sí. Un niño acusado de intentar robar a una anciana y que se esfumó.

—¿Y por eso es un demonio?

—Espera.

—¿Qué?

—Algo que dijo La Lanza y ahora —mover las manos— encaja en mi cabeza. No recuerdo bien todo lo que dijo porque, la verdad, estaba rabioso ya que mis hombres no fueron capaces de cogerlo. Pero dijeron que ese niño

tiene o tenía algún tipo de relación con lo de ese bosque.

—¡Venga ya! —exclamó Micah riendo.

—Sí, como te lo cuento —respondió Emil clavando su mirada en el otro—. Lo quiere muerto. A él y a su padre.

—Imagino que será porque lo veo todo desde fuera, pero diría que tiene algo personal contra esa familia y acusarles de demonios...

—Es la mejor manera de acabar con ellos —terminó Emil—. Y dado el nivel de fanatismo nadie preguntaría nada. Sólo acabarían con él y serían felices.

—¿Crees que podríamos encontrarlo?

—No sé cómo, si ha escapado de una de las mayores ciudades del Imperio.

—Pero tenéis un problema. Pensáis que es un demonio y así le buscáis, pero no es el modo correcto.

—Vaya con el listo.

—Eh, tranquilo. Tú eres el que me ha pedido ayuda. Yo debería estar en mi barco camino de mi casa y mi familia.

—Cierto, perdona —susurró Emil bajando la vista mientras movía la cabeza de lado a lado—. ¿Ves por qué me haces falta? Pero aún con todo, tengo un orgullo al que no le gusta que le digan que se equivoca.

—Pues si quieres mi ayuda, debes respetar mi punto de vista.

—Sí, continúa.

—Buscáis un demonio, pero no lo es, o supongamos que no lo es. Piensa un momento: es un niño que según me has dicho viaja solo y ha dejado a sus padres en casa. ¿Cómo sabe eso La Lanza?

—Esa señora de Elknok hizo una declaración a los Elegidos.

—¿Pero tus hombres toman parte en algo o es sólo cosa de la guardia de La Lanza y sus Elegidos?

—¿Qué coño te he dicho al principio? Casi dominan el Imperio. Todos aquí les temen y para evitar problemas les siguen con los ojos cerrados. Si les dijeran que mataran, creerían que se ganaban un lugar junto a Titre por hacerlo.

—Eh... ¿Cómo piensan reconocerlo?

—La mujer también ayudó a que hicieran un retrato del niño porque lo conocía de antes.

—¿De qué?

—No lo sé.

—¿Se podría hablar con ella?

—Por lo que sé sigue en Elknok afectada por el encuentro.

—Vale —Micah se quedó callado un rato—. ¿Tú verías posible una relación entre los Tahn esos y la iglesia?

—No.

—¿Actualmente hay desapariciones?

—Sí. Nos han llegado algunos avisos por lo que hemos enviado soldados a investigar.

—¿Dónde?

—Cauce arriba de los ríos, por el noreste.

—¿De dónde se supone que viene el niño? ¿De dónde es su familia?

—Pues... de esa zona.

—Podría ser que supiera algo.

—Pero lo lógico sería que viajara el padre y dejara a su hijo al cuidado de la esposa y la casa.

—Tienes razón, Emil. Pero ese niño es importante para La Lanza, por lo que lo es para nosotros. ¿Confías en tus hombres?

—No en todos. ¿Por qué?

—Si lo atrapan ellos ¿qué harían?

—Las órdenes son matarlo o llevarlo hasta La Lanza en el estado en el que esté.

—Qué drástico.

—Suponemos que es un demonio.

—Claro, claro. ¿Podrías cambiarlas? Supuestamente estás al mando.

—Tú lo has dicho —rio Emil—. Debería buscar una justificación para ello y más de uno volaría a informar a Caleb de un modo u otro.

—Juguemos su juego. Hoy mismo debes hablar con La Lanza y decirle que en caso de atraparlo tú y tus hombres lo retendréis en vuestros calabozos, que lo ves necesario para... la moral de la tropa ya que la fastidiasteis dejándolo escapar en Elknok.

—Quieres que acepte hacer lo que yo quiero pero pensando que me hace un favor.

—Exacto.

—Ya te lo he dicho antes, pero os llaman salvajes... ¡Ja!

—Ten en cuenta que para mí es un problema que ni me afecta como militar ni de forma religiosa. Tengo un objetivo y busco el modo de llegar a él paso a

paso, problema: solución.

—Vamos a suponer que lo atrapamos —Emil se animaba por momentos— y ahora está en nuestro calabozo.

—Lo que deberías hacer es quitar a los fanáticos de los guardias que lo custodiarían. ¿Podrías?

—Quieres decir sin matarlos, ¿no?

—A no ser que eso nos solucionara un problema posterior y no nos generara otro, sí.

—Sí. Podría ser fácil mandándolos a rezar por la protección de todos.

—Pero en ese momento ya ha llegado a oídos de La Lanza que lo tenéis ahí. ¿Qué hará?

—Acudir en persona con algunos Elegidos —afirmó Emil.

—¿Su guardia?

—No. No tienen permitido entrar en nuestros cuarteles. Como nosotros tampoco podemos entrar en los suyos.

—Bien, así se evitan luchas.

—Exacto.

—En la que probablemente saldrías perdiendo.

—Me jode reconocerlo, pero sí. Así es y más como se le ocurra decir que estamos poseídos.

—Con decir que lo estás tú y eliminarte...

—Se mete a todo el ejército en el bolsillo.

—Siento decirlo Emil, pero estás jodido, jodido de verdad.

—Te lo he dicho antes, pero no has debido creerme. Siento que se acerca mi final y quiero proteger al Imperio de ese hijo de puta.

—Abre las manos y cierra los ojos un rato para relajarte —Emil vio que tenía los puños apretados y las uñas le habían dejado marcas de sangre en las palmas—. Te había dicho que me quedé por la curiosidad de lo que tenías que contarme, pero esto es mil veces mejor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar. No te lo tomes a mal, pero ¿sabes cuántos años llevo sin meterme en una aventura de este estilo?

—Sabes lo que está en juego, ¿no?

—Sobre todo mi vida. Lo demás casi me da igual, siempre que nadie ataque mi tierra.

—Lo entiendo.

—Y aunque no lo hagas, es lo que hay. No eres ni serás mi amigo, eres un

aliado. Ahora por lo menos, en el futuro no lo sé. Ni sé si habrá un futuro para nosotros.

—Has visto clara la situación.

—Siempre he sido realista. Es lo que nos enseñan en mi país de salvajes. Y ese aspecto, esa idea que tenéis aquí de salvajes, me va a ayudar a pasar desapercibido. Soy tan visible que nadie me ve.

—No te he dado las gracias —dijo Emil en un susurro.

—Ni las quiero. Lo que sí quiero es uno de los dibujos de ese niño y algún mapa donde salgan Elknok y Paukhorn.

—Puedo conseguirlo para dentro de unas horas.

—Bien. Tenlo preparado y metido en una bolsa para dinero con algunas monedas.

—¿Por? —preguntó Emil extrañado.

—Tú hazlo. No querría que nos vieran juntos ni tener que volver aquí de ser posible.

—No es un sitio agradable, ¿no?

—¿Agradable? Es una sucia cochiguera llena de los peores despojos de tu ciudad.

—Por eso nos vemos aquí.

—Ya ha salido el sol —dijo Micah cuando al abrir la puerta un cliente tambaleante, la luz del amanecer entró en la taberna—. Me voy ya. Haz lo tuyo y yo haré lo mío. Estaremos en contacto.

Se estrecharon la mano sobre la mesa, ambos con gesto serio y evaluando el nivel de su relación y hasta dónde confiar el uno en el otro. Finalmente, Emil bajo levemente la cabeza con una sonrisa en el rostro, mantuvo el gesto un par de segundos y volvió a mirar a Micah. Éste le devolvió el gesto antes de levantarse y salir seguido por sus cuatro hombres.

Paukhorn (2)

—¿No ha dicho qué quiere?

—No, Su Pureza —respondió el capitán de su guardia con la rodilla hincada en el suelo—. Sólo quiere veros y suplicar vuestro favor.

La Lanza se encontraba sentado en su despacho con un grupo de Elegidos preparando la celebración que iba a tener lugar en el Templo en un par de días. Que el coronel de la Guardia Imperial apareciera ahora le podía dar un empujón a su poder sobre él y más si venía suplicante. No podía desaprovechar la oportunidad que surgía delante suyo.

—Hacedle esperar unos minutos y que pase —concedió finalmente poniéndose en pie.

—Como desee —respondió el militar, saludando antes de abandonar la sala.

La Lanza se sentó nuevamente y juntó las palmas ante su cara sonriente. Casi olvidó que se encontraba acompañado hasta que uno de los Elegidos se hizo notar.

—Su Pureza —tartamudeó.

—¿Sí, hijo?

—¿Nos retiramos para que podáis hablar tranquilos?

—Al contrario, al contrario. Es mejor que estéis aquí... para... darme apoyo espiritual e incluso consejo.

—Será un honor para nosotros, Su Pureza —respondieron los Elegidos.

—Tú —llamó La Lanza señalando a uno— avisa a la guardia para que deje pasar al coronel.

El Elegido se puso en pie y al llegar a la puerta dio unos golpes que hicieron asomar al guardia. Susurró las órdenes de Caleb y volvió a su asiento.

Cuando el coronel entró en la sala, sintió todas las miradas sobre él. Controlando cada uno de sus movimientos, puso la rodilla en el suelo y bajó la mirada esperando el beneplácito de La Lanza. Que todos esos Elegidos siguieran allí y fueran a estar presentes en la conversación podía ser

beneficioso para sus planes.

La Lanza saboreaba cada segundo que su adversario pasaba postrado ante él. Durante unos segundos llegó a imaginarse cómo sonaría la cabeza decapitada cayendo al suelo. Respiró hondo y se puso en pie.

—Que Titre bendiga todos tus pasos en tu larga vida, coronel. ¿Qué pesar te ha traído a MI presencia?

—Su Pureza me honra dedicándome unos segundos de su precioso tiempo —respondió Emil poniéndose en pie— ya que veo que se encuentra enfrascado en sus asuntos y no querría ser un estorbo para ellos.

—Sabes que los asuntos del Imperio son casi tan importantes como los de Titre y no nos resultará ninguna molestia poder ayudarte.

—Os doy las gracias por anticipado.

—Cuéntame, coronel.

—Verá, lo cierto es que no sé cómo empezar.

—Ah, hijo mío. Seguro que antes de entrar lo tenías muy claro ¿verdad?

—Así es, pero estar en su presencia y sentir la grandeza de Titre emanando de su interior me hace verme inferior —estas palabras provocaron un murmullo de sentimiento entre los Elegidos que no perdían detalle.

—Oh, hijo mío —dijo La Lanza levantándose y rodeando la mesa para ponerse junto a Emil—. Esa grandeza es la que debe ayudarte a abrir tu corazón. “¿Qué pretende con este numerito?” —pensaba.

—Venía a suplicarle —comenzó con la mirada baja— que si localizamos a ese niño y lo atrapamos con vida, tenga la bondad de permitirnos mantenerlo en nuestros calabozos hasta que llegue Su Pureza a indicarnos cómo actuar. Se lo suplico con toda mi humildad, ya que después de como huyó de Elknok dejándonos en ridículo, mis hombres necesitan algo que refuerce su moral. Si sólo nos lo concediera, aunque finalmente sea su Guardia la que lo atrape, esa confianza que deposite en ellos... en nosotros, no tendrá precio y... realmente la necesitamos. Se lo suplico Su Pureza —terminó de hablar con lágrimas en los ojos moviéndose de forma que todos los Elegidos se fijaran en ellas.

—Es difícil lo que me pides coronel —comenzó a responder Caleb provocando nuevos murmullos entre sus Elegidos.

—Su Pureza —interrumpió uno de ellos haciendo que Caleb crispara las manos, detalle que no pasó desapercibido a Emil—, sería beneficioso para todos y mantendría elevado el nivel de moral de las tropas.

—Pero podrían cometer el mismo error y dejar entrar al demonio hasta el

corazón de nuestro Imperio —respondió La Lanza girándose lentamente hacia el Elegido que había hablado clavándole la mirada en los ojos para hacerlo callar.

—Y daría muestra de la magnanimidad de Su Pureza —siguió otro haciendo que todos asintieran—, el apoyo de Titre y el perdón de los errores de sus siervos.

Emil no podía contener la sonrisa mientras escuchaba cómo los Elegidos le daban su apoyo haciendo que Caleb, La Lanza, en caso de mostrar desacuerdo tuviera que dar demasiadas explicaciones. No podía haber elegido un momento mejor para plantear la idea que le había dado Micah. Casi parecía brujería. Ese pensamiento le borró el atisbo de sonrisa de la cara y volvió a levantar la mirada hacia La Lanza.

—Deberé consultarlo en privado con Titre —respondió finalmente Caleb haciendo que Emil aguantara la respiración—, pero en principio y dada su bondad para con los arrepentidos, no creo que haya ningún problema. Aunque —prosiguió fijando la vista en los ojos del coronel— deberás acoger un Elegido en cada uno de tus cuarteles dentro de la ciudad. Ellos te ayudarán a contenerlo hasta que llegue yo con mi guardia para llevarlo al lugar correcto.

—Su bondad es infinita, Su Pureza —susurró Emil viendo la sonrisa de satisfacción que se había formado en el rostro de Caleb—, y no voy a defraudarles a ninguno. Ni a su benevolencia ni a Titre, que deseo le acompañe en todos sus pasos.

—Ya solucionado, puedes retirarte. A medio día comenzarán a llegar los Elegidos a sus puestos en vuestras instalaciones. Que Titre te acompañe siempre.

Sintiendo unas ganas enormes de gritar de alegría por esa pequeña victoria, Emil abandonó la estancia sintiendo lástima por el Elegido que le había ayudado sin saberlo.

—Podéis salir un rato ahora ya que debo tratar unos temas urgentes con el capitán de mi guardia antes de proseguir con la preparación de las celebraciones. Tú —dijo señalando al Elegido que había hablado primero—. No olvidaré cómo me has recordado la magnanimidad que debe caracterizarnos. Que avisen al capitán de que quiero verle.

Los Elegidos salieron satisfechos y felices dejando solo a Caleb que se sentó en su silla presa de una furia incontenible. Intentó relajarse, pero poco a poco se le nubló la visión y con un grito arrastró todo lo que había sobre la mesa al suelo para luego golpearla con los puños. Unos toques en la puerta hicieron que su mirada se centrara de nuevo.

—Pase —gritó esperando que fuera el capitán.

—¿Me ha hecho llamar? —preguntó efectivamente el militar.

—¿Qué sabemos de los halcones?

—Nada aún, Su Pureza —respondió tragando saliva al ver el estado en que habían quedado los aposentos—. Pero todavía es pronto para que llegue alguno con una respuesta.

—Tal vez sea eso.

—¿Quería algo más o puedo retirarme?

—Siéntate.

El capitán se sentó frente a La Lanza y esperó a que éste se decidiera a hablar sintiéndose cada vez más incómodo.

—Ha venido el coronel de la guardia imperial a hablar conmigo.

—Lo he visto, sí.

—Quería pedirme un favor: que si atrapan a ese niño ellos, les permitiera dejarle en sus instalaciones hasta que llegara yo a recogerlo.

—No habrá aceptado, ¿no? Es probable que trame algo y ahí nosotros no podemos entrar.

—No quería hacerlo, pero gracias a Taghart, me he visto obligado a aceptarlo.

—¿Qué ha hecho ese Elegido?

—Recordar delante de todo el consejo la magnanimidad de Titre y su capacidad para perdonar y cómo nosotros somos instrumentos suyos, así que ¿cómo no hacerlo? —resopló pasándose la mano por la barbilla— Pero podemos sacar algo bueno de esto.

—Le escucho.

—Gran parte de los hombres de confianza del coronel son nuestros fieles seguidores, por lo que si trama algo lo sabremos; por otro lado, se ha visto obligado a aceptar que en todos sus cuarteles haya Elegidos por si capturan al crío ese, así que si todo es propicio, podemos arrebatarse el poder de la guardia y acabar con ese niño en una sola jugada.

—¿Cómo, Su Pureza? —pregunto el capitán interesado.

—Si por algún casual lo atrapan, cosa que en principio debemos evitar doblando nuestras guardias y vigilancias, entraremos a hierro donde lo tengan y acabaremos con la amenaza.

—¿Con qué justificación?

—Que el Elegido ha visto como endemoniados a todos o cualquier cosa parecida —respondió La Lanza sacudiendo la mano para quitarle importancia—. Y de ahí a terminar con el maldito Emil sólo habrá un paso... o acabamos con él si es que está en ese momento, o cuando ponga el grito en el cielo, por ser un demonio.

—Muy bien. Podríamos tener gente ocupando casas cercanas a sus instalaciones y cuando la que sea vea entrar al niño, podremos actuar en pocos minutos.

—Y ¿a qué esperas para dar las órdenes? —gritó Caleb.

—Sí señor, Su Pureza —respondió el capitán casi cayendo al suelo al tratar de levantarse.

—Y manda a alguien a que limpie este destrozo.

Enredándose los pies con la funda vacía de la espada, el capitán salió de la estancia deseando poder desaparecer y materializarse lo más lejos posible. Dijo al ayudante de La Lanza lo que éste había pedido y fue a cumplir su misión lo más rápido posible. No deseaba que le cambiaran de destino por no ser capaz de llevar a cabo las órdenes de Su Pureza.

* * * * *

Cerrando la puerta tras él, Emil sonrió al ayudante de La Lanza y pasó a recoger sus armas, ya que nadie podía portarlas en presencia de Su Pureza por si llevaba un demonio dentro. Salió a la luz del día donde le esperaban sus hombres, que tampoco podían entrar al Palacio ya que era territorio de la Guardia de la Ciudadela.

—¿Todo bien, coronel? —preguntó un sargento.

—Sí. Nos ha perdonado el error de Elknok y nos permite mantenerlo en nuestros calabozos, caso de atraparlo, hasta que llegue él personalmente a encargarse del problema.

—Alabado sea Titre y su representante en la tierra —exclamó el sargento

elevando las manos al cielo.

—Alabado, alabado sea —dijo Emil a coro con los otros soldados pensando en cómo saber de quién fiarse realmente. A Micah le había dicho que no se fiaba de todos sus hombres, pero la realidad era que sólo podía poner la mano en el fuego por una decena de los que tenía en Paukhorn. Al menos había ganado algo de tiempo.

—¿Cuáles son las órdenes, señor?

—Lo primero es asegurarse de que todos los hombres sepan a quién buscamos y no nos equivoquemos; después vendrán los Elegidos a todos los cuarteles para aumentar la fuerza del gran Titre...

—Alabado sea.

—... en caso de capturarlo. Y doblar las guardias. Durante unos días cancelamos los permisos. Lo que no tengo claro aún es si decretar un toque de queda o no. No querría alarmar a toda la población y poner en marcha una caza de brujas.

—Entonces enviamos un mensaje a cada cuartel con esa información.

—Lo antes posible. No quiero que lleguen los Elegidos sin que nadie sepa a qué se debe y pueda haber problemas.

—Voy a prepararlo, señor —dijo el sargento partiendo calle arriba hacia el cuartel más próximo.

Emil continuó andando con los tres hombres que le acompañaban hacia el cuartel general, pero en ese momento sólo podía pensar en descansar ya que la noche había sido demasiado larga y hasta hablar con La Lanza, no había podido controlar los nervios.

La calle estaba atestada de gente a esas horas: unos hacían las compras en los puestos que cada mañana se montaban antes de salir el sol, otros volvían a casa cruzándose con picapedreros o artesanos que iban a trabajar. Los niños corrían por las calles luchando con espadas de palo o ayudaban a sus mayores con los recados. Emil miraba a todos y a ninguno a la vez cuando un cuerpo cayó a sus pies arrodillado haciendo que sus hombres desenfundaran sus espadas y él echara mano a su empuñadura.

—Aparta, sucio despojo —gritó uno de sus hombres.

—Piedad, gran señor —suplicó una voz grave con acento extranjero—. Sólo pido unas monedas para comer.

—Haz caso —dijo otro de los guardias— o lo que comerás será mi espada.

—Esperad —ordenó Emil mirando las oscuras manos con tatuajes rojos bajo las mangas de la ropa, mientras sacaba la bolsa que había preparado antes de ir a hablar con La Lanza—. Tomad y desapareced antes de que me arrepienta y en lugar de un poco de bronce os llevéis acero.

—Mil gracias, oh maravilloso señor, a usted y a su dios que le conceda todo lo que pida.

—Tienes suerte, escoria, hoy ya me lo ha concedido —respondió Emil antes de que la figura desapareciera por las callejas.

—Cada vez hay más gente así. Deberíamos ponerle remedio —opinó uno de los guardias enfundando el arma—. vienen del campo buscando una vida mejor pero prefieren mendigar que trabajar.

—¿Y los extranjeros que huyen de sus barcos? Deberíamos ejecutarlos y exponer sus cuerpos en el puerto para que los siguientes lo pensaran mejor.

—Habláis como soldados —intervino Emil más tranquilo después de darle la bolsa al hombre de Micah—, pero ahora debéis sentir como fieles de Titre. Si él nos ha perdonado nuestro error, ¿no deberíamos hacer lo mismo con los demás? —se dio cuenta de que decía las palabras, pero no las sentía. “¿Cómo va a terminar esto?” Se preguntó mientras saludaba a algunos conocidos y sus soldados le seguían en silencio.

Ciertamente en los últimos días la población en la ciudad había aumentado dada la proximidad de la celebración. Feriantes, vendedores ambulantes, gentes de mil pueblos y por supuesto, ladrones, oportunistas y prostitutas estaban haciendo más negocio que en todo el resto del año. Sus hombres no daban a basto con los problemas propios de la ciudad para además estar pendientes de ese niño. ¿Cuál era el motivo real para que quisieran terminar con él? ¿Qué habría hecho realmente? Como fuera, tenía que alcanzarlo antes que los hombres de La Lanza para conseguir algo de información ya que se le acababa el tiempo. Al menos de momento contaba con un aliado. Micah le había dicho cómo plantear el tema a La Lanza y luego había hecho que le pasara la información a su hombre sin que nadie sospechara. ¿Qué habría sucedido si sus hombres le hubieran atacado? Seguramente no les habría ido nada bien.

Por fin llegaron a su destino donde le esperaba uno de los trabajadores del puerto.

—Coronel —saludó un guardia— este hombre dice que tiene algo

importante que decirle.

—Habla.

—Buenos días, señor —comenzó, retorciendo su gorro entre las manos—. verá, esta noche estaba de servicio comprobando los preparativos de partida del barco Zinote y estoy seguro de que no partieron todos los hombres que llegaron.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Emil tratando de no parecer alarmado.

—Ya sé que se parecen todos mucho y más de noche con ese color de piel, pero si de algo puedo enorgullecerme es de que sé contar. Y seis hombres, al menos, no llegaron a subir.

—¿Quieres decir que los abandonaron en tierra?

—Cuando se lo dije al guardia del puerto me dijo que viniera corriendo a hablar con usted; que él informaría a los suyos del peligro de que esos salvajes anden sueltos en la ciudad en estos días.

—¿Qué guardia era? —preguntó Emil temiendo lo peor.

—Un Guardia de la Ciudadela que ayudaba a desembarcar a Elegidos que volvían de otras tierras.

—¿Seguro que era el barco de Zinos?

—Oh, sí. Nos tuvo casi tres días pendiente de él porque decían que tenían algún problema a bordo y no podían zarpar aún. Yo creo —susurró— que tramaban algo.

—Muchas gracias por el aviso, el Imperio te agradece el servicio. Ahora ve a casa a descansar —se despidió Emil mientras un frío helador le recorría las entrañas.

—Señor —dijo una voz tras él—. Zinos es el país de salvajes contra el que nos advierte Su Pureza. Dice que su mayor anhelo es destruir nuestra fe en Titre y arrasar nuestras ciudades. ¿Ponemos en guardia a la población?

—¿Qué dices? —casi gritó girándose— No queremos poner histéricos a los ciudadanos con ese niño del demonio y ¿quieres hacerlo porque un trabajador, posiblemente borracho, no ha sabido contar negros? ¡De noche! —rio— No todas las amenazas que nos llegan son reales, pero de todas formas avisaremos para que la guardia esté pendiente. ¡Contar negros! —repitió riendo haciendo que todos le corearan—. Tenemos cosas más importantes que hacer.

* * * * *

—¿Es de fiar? —preguntó Caleb.

—Sí, señor. Está abajo rezando por el futuro del Imperio —respondió el capitán que deseaba que acabara ya el día y dejar de dar esas noticias a La Lanza.

—Hombres de Zinos en Paukhorn cuando el barco ya ha partido —repitió.

—¿Querrán acudir a la celebración? —preguntó el capitán inocentemente lo que le supuso una mirada de odio de su superior —. La voz se ha extendido por toda la guardia. Todos odian esa tierra de salvajes.

—Puede sernos de utilidad.

—¿Señor? —inquirió extrañado el capitán.

—Si no es por el niño, podemos acusar a Emil de tramar algo con nuestros enemigos.

—Sí y así justificar el ataque para conquistarles.

—Contaríamos con los dos ejércitos y gran parte de la población se uniría para vengar la muerte del Emperador.

—Es un plan magnífico.

—No me adules. ¿Tenéis localizado a Taghart?

—Oh sí. Está en La Sala creyendo que vais a premiarlo.

—Preparadme una muda limpia, un baño caliente y que esté lista cualquier sirvienta para ayudarme cuando terminemos de... premiarle.

El capitán salió a cumplir las órdenes y La Lanza, tras colocarse bien las vestiduras y el pelo, salió de su despacho hacia dónde le esperaba el Elegido. Una sala con dos puertas, aunque una de ellas parecía una ventana con grandes vistas. Todo el revestimiento era de madera oscura de los bosques del este y el más lujoso mobiliario de todo el palacio. Todo el que entraba se sentía intimidado y honrado por el anfitrión. Se cruzó con dos guardias que al ver dónde se dirigía, ocuparon puestos en cada extremo del pasillo para impedir el paso de cualquier persona. Entró en la sala sin hacer ruido.

—Buenos días, Taghart —saludó.

—Oh, Su Pureza. Buenos días nos dé Titre.

—Y nos los dará, no lo dudes. ¿Sabes por qué te he hecho llamar?

—Me dijo su capitán que quería premiarme por recordarle la humildad de los servidores de Titre. La verdad — continuo, esbozando una sonrisa — es que creí que le había molestado.

—No te equivocas.

—¿Perdón?

—He dicho: no, te equivocas. ¿Habías pensado algún premio?

—Oh, ninguno...

—No me gusta la falsa modestia Taghart —dijo Caleb cogiéndole por los hombros y llevándolo hacia la ventana—. Todo lo que ves desde aquí es nuestro. ¿Qué pedirías?

—No sé —respondió Taghart sin respiración. La vista desde allí era impresionante. Se veían gran parte de los tejados de los palacios y grandes casas de Paukhorn, el puerto abierto al mar, la desembocadura del río... Pero lo que más le llamó la atención fueron los ladridos que se escuchaban.

—No te asustes, hijo mío. Son como mis mascotas —le dijo mirando hacia abajo— ¿Los ves?

Taghart se asomó con cuidado. Cuatro o cinco sombras se movían a unos metros debajo mirando hacia ellos y sin dejar de ladrar. Hasta podía jurar que les veía los colmillos y las gotas de saliva saltando con cada ladrido.

—Parecen fieros.

—Se ponen así cuando huelen el miedo. ¿Tú lo tienes?

—No, Su Pureza, sólo me han impresionado.

—Pues deberías.

—¿Debería qué?

—Temer.

—¿Por...? —unas manos se posaron en sus hombros como si fueran garras de acero.

—Verás. Si no fueras un ignorante y pudieras valer para algo no estarías en esta situación, pero hoy has cometido un terrible error que debes pagar — Caleb se había apoyado en la pared y tocó algo haciendo que la parte de abajo de la ventana saliera hacia fuera—. ¿Te parecen fieros ahora? ¿No puedes hablar? Vaya. Espera a que huelan la sangre. Se lanzan unos contra otros sin importarle que sean hermanos. Pasan tanta hambre los pobres... —de los pliegues de la túnica sacó una daga con un halcón en la empuñadura—. Extiéndele el brazo — otras manos le hicieron estirarlo sobre el vacío y Caleb le hizo un corte desde la muñeca hasta el codo que sangró a medida que avanzaba la hoja atravesando piel y carne. Abajo los perros se pusieron

históricos.

—¿Por qué? —preguntó Taghart llorando.

—Por qué me has hecho enfadar, has torcido mis planes un poco y porque puedo y quiero. Sólo dudo si lanzarte ya o hacerte sufrir.

Taghart intentó forcejear, pero los dos guardias a su espalda eran expertos luchadores y él no. Se detuvo cuando le golpearon el costado haciéndole caer de rodillas.

—No me apetece oír tus lloriqueos —mientras lo decía, le cortó la garganta de oreja a oreja y le empujó hacia los perros de una patada. Limpió la daga en sus ropas y volvió a guardarla sintiéndose extraño.

—Su Pureza tiene todo lo que ha pedido listo.

—Cerrad las puertas cuando salgáis y que nadie me moleste.

Algo no iba bien. Siempre le excitaba hacer estas cosas desde la primera vez que cumplió la voluntad de Titre, pero hoy faltaba algo y no sabía qué era. Tal vez los problemas le afectaban más de lo que creía. Salió de la sala y se dirigió a sus aposentos para lavarse un poco, aunque no se había manchado cómo en otras ocasiones.

Los guardias le daban la espalda a ambos lados del pasillo. Sabían lo que había sucedido y lo aceptaban como la voluntad de Titre, por eso él era su arma en la tierra. Tal vez se había equivocado en algo, pero Él le había dicho que debía eliminar al coronel y ahora mismo tenía dos modos de hacerlo, aparte de otros que pudiera idear. ¿Había hecho mal eliminando a Taghart? ¿Se había dejado llevar? ¿Sería él otro instrumento de Titre y no lo había visto haciendo enfadar a su dios? No. Se lo habría hecho saber antes de eliminarlo. Algo tenía dentro que debía sacar si quería descansar y tener las ideas claras.

Llegó a sus aposentos y encontró a la doncella del otro día preparándole ropa limpia.

— ¿Está todo listo? —preguntó con un toque de ira.

—Así es, Su Pureza —respondió ella disponiéndose a desnudarlo, cosa que excitó a Caleb.

Con la vista fija en el suelo, la doncella llevó la ropa sucia a una de las sillas haciendo que Caleb estallara.

—¡Estúpida! —le gritó llegando a su altura en dos pasos—. Esa ropa está sucia y vas a manchar la silla —le dio un bofetón que le marcó los dedos en la

mejilla.

—Disculpadme, por favor Su Pureza —lloró ella tapándose la marca de la mejilla—. Pero no vi que estaba sucia.

—No me valen peros —volvió a golpearla con el revés haciéndole sangrar el labio.

Tratando de aguantar los sollozos, la muchacha se agarró al respaldo de la silla para no caer, lo que enfureció más a Caleb que le volvió a golpear con la otra mano cogiéndola desprevenida y haciéndola girar dando traspies hasta la bañera donde quedó apoyada con las dos manos. Los hombros subían y bajaban incontrolables y las lágrimas se mezclaban con las gotas de sangre en el agua. Esa visión fue demasiado para Caleb que se acercó por detrás a ella, le subió la falda y le golpeó en la cabeza para inclinarla. Sin perder un segundo la penetró con furia sintiendo la resistencia de ella que gritó.

—¡Ahí duele!

Lloraba, pero a Caleb no sólo no le importaba si no que le excitaba más aún y empujaba una y otra vez apoyando los brazos en la espalda de la chica que ya no protestaba. Sintió la paz antes de vaciarse dentro de ella. Al salir y dejar de sostenerla quedó sujeta al borde de la bañera con las piernas laxas enrojecidas por los regueros de sangre que bajaban por sus muslos. No se movía y Caleb se fijó que la cabeza estaba bajo el agua. Sintiéndose, ahora sí, relajado la empujó fuera del agua y se sumergió él para limpiarse la sangre.

Todo estaba en orden por fin. Había solucionado el problema del Elegido y había hallado la paz de espíritu en un pequeño espacio de tiempo. Titre estaba orgulloso de él, o eso deseaba con fervor, porque además había orientado la solución de sus asuntos con Emil casi de cualquiera de las formas en que pudieran desarrollarse los acontecimientos. Que hubieran quedado salvajes Zinotes le facilitaba la expansión del Imperio para hacer llegar la auténtica fe a más territorios. Y todo ello justo cuando la princesa de Axtara venía para conocer, por fin, a su prometido y sellar el compromiso que habían pactado sus padres con los del Emperador.

Sólo había una espina que no lograba sacarse del pecho: el maldito muchacho que cruzaba impunemente el Imperio y trataba de llegar hasta sus hermanas, los Tahn y, por tanto, hasta él.

Cerrando los ojos se dejó resbalar en la bañera sintiendo cómo el agua le

iba cubriendo poco a poco la cabeza hasta quedar totalmente sumergido, de forma que el líquido desbordaba y salpicaba el suelo y a la doncella, haciendo que sus cabellos se mecieran.

Axtara

El barco se mecía suavemente en el puerto haciendo que la rampa por la que subían y bajaban los marineros cargando las bodegas, pareciera a punto de romperse, aunque ellos no se inmutaran. Riendo, la princesa Lacuisha se lo comentó a su dama de compañía que le respondió con una mirada reprobatoria.

—Una princesa no ríe de semejantes frivolidades —le dijo.

—Lo siento Mehrsa, pero no puedes negar que se dobla cómo una tostada poco hecha.

El comentario le hizo reír nuevamente hasta que las lágrimas afloraron a sus ojos verdes y tuvo que poner las manos sobre el vientre para intentar controlar los espasmos. Frente a ella, en la carroza y sonriendo, le miraba su padre. El rey Mikkel de Axtara. Adoraba a su hija sobre todas las cosas y verla así, feliz, era un buen modo de despedirse de ella antes de que partiera para conocer a su prometido.

Aunque desde bien pequeña había conocido cuál iba a ser su destino, Lacuisha no se lo había puesto nunca fácil. No comprendía qué clase de acuerdo comercial era ese en el que debía casarse con el Emperador de un país que no conocía y dejar su hogar y a su familia para gobernar a una gente que no era la suya. Pero lo aceptaba. Era su obligación como princesa y de ese matrimonio se beneficiaría su pueblo. Claro que eso sólo podía hablarlo con su padre, ya que su dama de compañía y su madre se habían escandalizado cuando la oyeron por primera vez. En cambio su padre, después de mirarle seriamente, había comenzado a reír y la había abrazado con todas sus fuerzas repitiéndole cuánto la quería.

Era la hija única de un matrimonio por amor y como tal, no podía imaginar otro modo de crear una familia. Comprendía las lecciones de sus profesores, cumplía con todos los protocolos y conocía la historia del Imperio de Shartzar II al dedillo. La habían convertido en la esposa perfecta, pero nunca habían podido doblar la fuerza de su origen axtariense.

Fue ese abrazo y el calor que sintió al recibirlo lo que realmente la convencieron de la inevitabilidad de su destino y la necesidad de negociar

condiciones. Iba a convertirse en una Emperatriz magnífica, la más preparada, la más obediente y disciplinada, pero a cambio quería también conocer el arte de la lucha, la política y poder juntarse con el pueblo para conocer sus necesidades de primera mano. Pero las necesidades reales, no las que se presentaban en los consejos.

Así, con diecisiete años, era una de las personas más preparadas para el gobierno que jamás había pisado el suelo desde que habían comenzado a formarse países. Rara era la persona de la corte a la que no le preguntara por su familia o por los problemas que le acuciaran; en los consejos se sentaba junto a su padre, el Rey y entre los dos tomaban las decisiones que más convenían al pueblo. Tenía conocimientos de matemáticas y astronomía; baile y música; tocaba instrumentos y cantaba con una voz que invitaba a soñar y manejaba la espada como un maestro. Su pueblo sabía que sería una reina magnífica cuando sus padres murieran, aunque temían que la distancia no le permitiera cuidarles como hacía ahora.

—Oh, mi niña —le había dicho su padre después del abrazo secándole las lágrimas—. Ahora eres pequeña y no lo comprendes...

—Prueba —había respondido ella mirándole retadora.

—De acuerdo. Respóndeme ¿de dónde sacamos los cereales, las verduras y gran parte de los animales que consumimos?

—Vienen en barcos porque no tenemos espacio para criarlos en nuestro reino.

—Exacto. ¿De dónde vienen los barcos?

—Eh... —se había quedado callada y pensativa—. Vienen de Reim y de Zinos a cambio de nuestros minerales y rocas preciosas de las minas.

—Muy bien. Pero para que un acuerdo así sea duradero, y más con dos países de por medio que pueden querer ser los únicos que tengan acceso a nuestros bienes, hay que firmar acuerdos más... comprometedores. Cuando naciste tú, el jovencito Shartzar tenía tres años, así que sus padres y nosotros decidimos prometeros.

—Así, si los zinotas nos atacaran...

—Les atacan a ellos —finalizaron la frase juntos—. Ya sabes, cielo, que nuestro país es pequeño y no podríamos defendernos en caso de un ataque a gran escala.

—Pero papá —objetó ella—, las montañas nos defienden.

—Sólo hasta cierto punto. Existen pasos, demasiados, que no podríamos

defender; o tal vez cercando nuestro puerto sin permitir el paso de víveres. Por cada uno de nuestros hombres podría haber cien de los suyos.

— ¡Pero nuestros hombres valen mil veces más que los suyos!

—Sí, preciosa —había respondido su padre riendo—. Pero eso en la guerra no vale, no es tan simple. Tampoco quiero asustarte.

—Sigue papi, por favor —había pedido haciendo pucheros—. Quiero aprender.

—De acuerdo. Vamos a la sala de los mapas.

Juntos se habían dirigido hacia una de las salas del castillo donde normalmente no podía acceder Lacuisha ya que se trataban temas que, por su edad, no entendía.

—¡Molgard! —había llamado el Rey.

—Alteza —había respondido su ayudante personal—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vamos a... jugar un poco a la guerra. Creo que mi hija es mayor de lo que parece —había añadido ante la mirada que éste había dirigido a la niña.

—De acuerdo. ¿Qué preparamos?

—Zinos nos ataca con todo lo que tiene.

Con un leve escalofrío, el ayudante buscó uno de los mapas. En el centro, rodeado de montañas por tres lados aparecía Axtara. Por el lado izquierdo el inmenso mar cubría una tercera parte de la representación. El resto, rodeando las montañas y hasta el límite del mapa, era Zinos. Una vez desplegado en la mesa, el Rey subió a su hija al trono desde dónde veía perfectamente el mapa. Molgard había sacado unos bonitos cofres de madera oscura llenos de figuras de hueso, unas negras y otras amarillentas. Cuatro de los cofres tenían figuras negras y el quinto casi la mitad amarillas y el resto igualmente negras.

Lacuisha miró fascinada cómo Molgard y su padre las colocaban sobre el mapa. Asombrada vio cómo se desplegaban ante sus ojos pequeños barcos, caballos, soldados con lanzas y otras figuras que no reconocía.

—¿Ataque total?

—Absoluto —había respondido el Rey mirando a su hija—. Y explícale bien.

Molgard empezó a hablar explicando cada movimiento que hacía. Enseñaba

a Lacuisha cada figura para que entendiera bien lo que veía. Ante la seria mirada de la niña, Molgard fue haciendo avanzar las figuras negras a través de las montañas. Si las amarillas hacían desaparecer una negra, ella aplaudía, pero enseguida aparecía otra que eliminaba a la anterior ganadora.

En unos minutos habían desaparecido del mapa casi todas las figuras que les representaban y las negras seguían llegando por las montañas y el mar.

—Molgard —había interrumpido el Rey—. ¿En cuánto tiempo llegaríamos a esto?

—Desde que realmente comenzaran el ataque, unos cuatro meses.

—Y todos ellos —había susurrado la princesa—. Mis amigos, mi familia, todos los que nos saludan por las calles... nuestro pueblo ¿todos morirían?

—Así es —había respondido Molgard—. O serían hechos esclavos.

—Ahora saca las fuerzas de Reim.

—Sí, Alteza —había respondido Molgard con una sonrisa dirigiéndose a una estantería.

En esta ocasión sacó diez cajas de figuras rojas que desplegó por el mar y fuera del mapa al tiempo que las amarillas y negras volvían a sus posiciones iniciales.

—Ahora lo entiendo, papá —había afirmado Lacuisha—. No pueden atacarnos porque Reim los destruiría a ellos. Por eso siempre hay barcos suyos en el puerto: podrían avisar si nos atacan y a la vez ayudarnos.

—Eres inteligente, princesa —había dicho Molgard—. Es casi tan sencillo como acabas de explicarlo.

A partir de ese día se transformó. Siguió jugando con los niños de su edad que había en el castillo, pero en las clases era la mejor. Se esforzaba por aprender todo lo que le explicaban sus profesores a la primera. Todos la admiraban y los que más sus padres. Siempre lo habían hecho y ahora, al verla mirar el barco, su padre sentía cómo se le rompía el corazón por verla marchar.

—No se dobla —le dijo sonriendo.

—Oh padre —respondió Lacuisha—. Lo sé —y carraspeando recitó—. Es un efecto óptico debido al movimiento del barco frente a la estabilidad del puerto. Nuestros ojos sólo pueden fijarse en uno de los extremos de la plancha de madera, por lo que parece que sólo unos de los extremos se mueve.

—Ya, ya pequeña —interrumpió Mikkel levantando las manos.

—Esta niña es incorregible —interrumpió Mersha levantando un dedo acusador—. No puedes hablar así a tu padre.

—Sí puede hacerlo —respondió el Rey— y debe. Si no fuera por ella, nadie en esta corte me diría las verdades como son.

—Oh, alteza, eso no es así.

—¡Vamos, Mersha! A esto me refiero. Acabas de hacerlo. Lacuisha, eres maravillosa y espero, ruego y deseo que jamás cambies.

—No sé qué pensará el Emperador Shartzar si la oye hablar así —respondió la dama de compañía con un bufido.

—Que piense lo que quiera, Mersha —respondió Lacuisha—. Es lo que hay.

—Ven aquí, cielo —llamó el Rey abriendo los brazos para enterrar en ellos a su hija—. Te vamos a echar muchísimo de menos.

—Y yo a vosotros ¿Por qué no venís conmigo y dejáis a esta aquí?

—Tómatelo en serio, Lacuisha.

—Si no bromeo ahora, ¿cuándo podré?

—Tienes razón ¿Hay algo que quieras saber o no te haya quedado claro?

—Pues sí. He leído esos libros que mandaron, he hablado con los Elegidos y todo eso, pero no entiendo la necesidad de dioses que tienen.

—¡Uf! Qué tema más delicado.

—¿Debería abrazar esa religión?

—Así es.

—Pero nosotros no creemos en dioses, sólo en que el sol salga cada mañana, llegue la lluvia para los campos y las montañas sigan teniendo minerales y piedras preciosas para poder comerciar con ellas.

—¿Acaso preferirías a Uhunoma?

—¿Al que adoran en Zinos? ¡No!

—Sabes de sobra que para que te acepten como esposa de su Emperador...

—Emperatriz.

—... debes pertenecer a la religión de Titre.

—Pero no en la intimidad. Disimularé y asistiré a sus oficios, pero no pueden convertirme en una de ellos. Y eso, pensando en mi pueblo.

—Esta niña es incorregible, alteza —volvió a intervenir Mersha que llevaba un rato sufriendo al escuchar la conversación—. Tantas horas y tantos maestros para que siempre tenga la última palabra, menos mal que la

acompañó en el viaje y podré cuidar de lo que diga en todo momento.

—Vamos, vamos, Mersha —respondió Mikkel conciliador—. Conoces a Lacuisha desde su primer llanto y sabes de sobra que en los momentos importantes sabe comportarse como lo que es.

—Y seré —finalizó Lacuisha sacando la lengua a Mersha—. Me da miedo el Emperador.

—Lo sé, cariño —respondió el Rey—. Imagino que no será fácil partir a una tierra lejana para casarte con alguien que no conoces y abandonar todo lo que te es familiar.

Dándose cuenta del tono que estaba tomando la conversación, Mersha decidió salir de la carroza y dejarlos solos para que pudieran estar en intimidad y hablar tranquilos. Con una reverencia y excusándose, fue a comprobar cómo los marineros transportaban el equipaje y aprovechar de paso para despedirse de la tierra que siempre había habitado. En eso coincidía con la princesa: estaba aterrada por lo que les esperaba cuando llegaran a Paukhorn en tres días, si los vientos eran propicios.

A su alrededor todo era bullicio y actividad. Por todas partes se escuchaban gritos y órdenes, bromas y risas, pero cuando la gente miraba al barco que estaba casi listo para partir, callaban y bajaban la mirada con pena por la partida de su amada princesa.

Agobiada y con la necesidad de hacer algo, fue a hablar con los guardias que iban a acompañar a Lacuisha hasta el día de la boda.

—Buenos días, Mahau —saludó al oficial al mando.

—¿Cómo está nuestra princesa? —preguntó— ¿Todo preparado?

—Eso venía a preguntar yo. Les he dejado a los dos en la carroza porque si no iba a terminar llorando.

—Va a ser duro separarnos de todo esto —dijo el soldado señalando a su alrededor—. Tantos años sintiendo la protección de estas montañas a nuestro alrededor como los brazos de una madre y allá hay que viajar días para ver una... y a lo lejos.

—Por lo menos vosotros habéis estado allí un tiempo y sabéis cómo es. Para nosotras va a ser todo nuevo.

—Y para ti, aterrador.

—Sí.

—Pero para la princesa va a ser una aventura. Es una muchacha increíble.

—A veces olvido que la conocéis todos tanto... me empeño en protegerla y cuidar de sus modales, pero es capaz de comportarse como jamás podría hacerlo yo.

—¿Se lo has dicho alguna vez?

—No, Mahau. Mi papel es el de mala: la que le regaña. Si se lo dijera, perdería la autoridad que tengo sobre ella.

—Esa niña te adora, Mersha. Después de sus padres eres lo más importante que tiene...

Un leve movimiento en la ventana de la carroza hizo que Mahau diera un par de órdenes y los nueve soldados que iban a acompañarle en esa misión se dirigieran como uno solo hacia la pequeña puerta. La abrieron, colocaron la escalera y él mismo extendió la mano para ayudar a la princesa. El reflejo del sol de la mañana iluminó su piel que siempre parecía morena, haciendo resaltar el tono verde de sus ojos y el caoba de su melena, que siempre trataba de llevar suelta.

Sin responder a ninguna orden, de forma natural, poco a poco todos los trabajadores que estaban en el puerto y la gente que había acudido a despedir a la princesa, comenzaron a vitorearla y aplaudir. Lacuisha miró en torno suyo sonriendo llena de orgullo y amor, saludó con ambas manos a su gente. Los guardias formaron a su alrededor y se dirigieron hacia el barco.

De pronto los vítores dejaron paso a expresiones de sorpresa. Sin ningún disimulo la princesa miró hacia el lugar dónde había comenzado el cambio y vio cómo la gente se apartaba para dejar paso a un caballo. Al llegar junto a la carroza, el propio Rey ayudó a bajar al jinete sonriendo. Lacuisha sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas al ver a su madre avanzando hacia donde ella estaba. Sin ninguna vergüenza ni pudor corrió hacia la reina y se echó en sus brazos.

—Creía que no vendrías —dijo entre lágrimas la princesa.

—No podía... creía que no podía verte marchar —le respondió la reina—. Pero era peor estar allí arriba viendo todo desde lejos.

—Me apenaba no verte y poder decirte cuánto te quiero.

—Y yo a ti, pequeña. ¿Harás que nos sintamos orgullosos?

—No lo dudes. Tengo la mejor maestra del mundo.

Después de unos momentos abrazadas, la reina secó los ojos de Lacuisha,

le apretó la mano y le hizo dar la vuelta para que subiera al barco. Mientras sus padres se cogían de la cintura y él le daba las gracias en un susurro, la princesa subió a bordó y continuó saludando mientras retiraban la escala. A los pocos segundos las velas se inflamaban con la brisa de la mañana y el barco, lentamente, se fue alejando del puerto.

—Ánimo, pequeña —dijo Mersha posando su mano sobre el hombro de ella—. Vas a ser la mejor Emperatriz que nunca hayan podido soñar.

Rumbo a Paukhorn (2)

—¡El barco! —gritó Héctor sacudiéndose.

—¿Qué barco?

—¿Qué que?

—¿Que qué barco?

—¿Barco?

—¡Sí, coño! Casi me matas del susto —gritó Pen sintiendo cómo el corazón quería saltarle del pecho.

—No sé —respondió Héctor pasándose las manos por los ojos—. Habrá sido un sueño.

—Pues anda que... vuelve a dormirte que aún queda un rato de noche.

Tratando de recordar el sueño, Héctor permaneció despierto un buen rato, pero el recuerdo se desvanecía demasiado rápido para poder alcanzar algo claro. Finalmente consiguió dormirse, no así Pen, al que el susto había desvelado.

Sin dudarlo había decidido acompañarlo a Paukhorn. Cuando llegaron al destino de los animales y se habían despedido tras pagarle, le llamó y le ofreció su ayuda. Al conocer la historia real del viaje de Héctor había intentado que no le afectara, pero no pudo evitarlo. Además, había algo en la mirada del muchacho y su energía que hacía apetecible ir con él. Aun sabiendo las pocas oportunidades que tenía de poder tener éxito, no le pasaba por la cabeza dar la vuelta y volver a casa y Pen le creía. Quería acompañarlo y así se lo había dicho. Y también le debía la vida, lo que era algo sagrado y jamás podría perdonarse el dejarle a su suerte.

Era una barbaridad todo lo que había pasado en tan poco tiempo el muchacho. Se lo había contado entre lloros, aunque se notaba que quería ser fuerte pero no podía evitarlo. Pen trataba de recordar si conocía a alguien en Paukhorn y creía que sí, que un conocido suyo se había casado, pero de momento no le venía a la cabeza ni el nombre de él ni el de ella. Porque, aparte de a algunos pastores, a pocos más había conocido a lo largo de los años.

Paseaba a cierta distancia de Héctor para no despertarlo dándole vueltas a las cosas cuando se dio cuenta de un problema enorme que tendrían el día

siguiente: si, cómo dijo Roy, tenían un retrato del chico, lo más seguro era que hubiera llegado a la capital. No era bueno que fueran a pie, pero no había otra posibilidad. Era imposible que pudiera ocultarlo en ningún carro ni nada por el estilo, así que... lo mejor podía ser ocultarlo a la vista de todos, cómo hizo Roy. Pero ¿cómo hacerlo? Se sentó cerca del fuego pensando en el modo de cambiar físicamente al muchacho. El dibujo tampoco sería muy exacto, así que con cambiar un par de detalles debería bastar y si también le hacía parecer un poco tullido, más fácil todavía. Lo que no tenía claro era la forma de hacerlo. Miró alrededor pero siendo como era, de noche, poco podía ver aparte de sus propias ropas y las piedras que rodeaban el fuego. Aun así, un par de ideas fueron tomando forma en su cabeza y a medida que veía clara la forma de entrar en la ciudad, el sueño volvió a él y se acostó tras comprobar que Héctor dormía plácidamente, sin rastro de pesadillas, durmiéndose de inmediato.

Se despertaron con el sol y fueron a asearse a un riachuelo cercano.

—He pensado un par de cosas para que no te reconozcan.

—Ahá —respondió Héctor hundiendo la cabeza bajo el agua.

—No te va a resultar cómodo.

—Si así podemos entrar mejor de lo que salí de Elkknok... ¡Qué cabrón! —añadió pensando en Roy.

—Te salvó la vida — le amonestó Pen.

—Lo sé, lo sé. Y lo que más me molesta es que no podré agradeceréselo nunca.

—Bueno —concluyó el pastor poniéndose los pantalones—, la vida da muchas vueltas.

—¡Ja! ¿Qué me vas a contar? Algo he descubierto últimamente.

—Desayunemos y te voy explicando.

Mientras comían pan con queso, Pen se mantuvo pensativo y de vez en cuando miraba a Héctor estudiando sus rasgos y éste no hablaba por no distraerlo, dándole tiempo para que concretara su plan y se lo explicara.

—A ver —empezó al fin limpiándose las migas del bigote con la mano—. Suponemos que conocen tu cara.

—Sí.

—Y también es probable que el soldado ese fuera hacia aquí y contara lo que sucedió.

—Sí —afirmó Héctor un poco más débilmente.

—Y vamos solos, andando sin protección.

—Puf. Lo pones bonito.

—No busco más que la realidad de lo que tenemos por delante Héctor, no ponernos el azúcar en los labios.

—Vale, discúlpame por favor.

—Lo que quiero decir es que, aparte de que es jodidamente difícil entrar ahí, tenemos que hacer que tú no seas tú.

—Ah, sí, claro —interrumpió Héctor—. Explícame eso, que me interesa.

—Y si te callas un rato, mejor ¿vale?. Déjame hablar y luego haces todos los comentarios que consideres oportunos. Esta noche he estado dándole vueltas a cómo hacerlo y es una solución sencilla y rápida, pero incómoda para ti. Si es que el retrato ese ha llegado hasta aquí, no creo que sea de una calidad espectacular, así que con dos o tres retoques en la cara, pasarás por otro. Sólo necesitamos —metió la mano en la bolsa y sacó dos tiras de cuero de ella— esto. Prueba a poner esta debajo del labio de arriba lo más enrollada posible, como si fuera una rama —se la tendió—. Eso no es difícil, ¿verdad? Y con esta otra haremos una bolita y te la meteremos en la nariz ¡Vamos! No pongas esa cara que no es para siempre. Empieza con la del labio. Y no protestes que las he lavado esta mañana. Por eso prefiero que las toquetees tú.

Héctor hizo lo que Pen le decía y enrolló las tiras hasta que quedó del grosor del dedo meñique y larga como el ancho de la mano. Al seguir húmeda era flexible, por lo que se la pudo colocar sin problema. Sintiendo estúpido miró a Pen.

—¿Qué te parece? —preguntó sorbiendo la saliva.

—Ja ja. Se te queda la boca abierta, los labios se te curvan hacia abajo, enseñas los dientes en todo momento y casi se te cae la baba. Vamos bien. Ahora la otra.

—Qué gracioso.

—Y además hablas diferente.

—Eshto duele y no esh fácil —dijo Héctor intentando meter la bolita de cuero en la nariz.

—Si quieres pruebo yo. A mí no me hará daño.

—La bolita puede que no, pero shi mi pierna.

—¿Sí?

—Shí.

—¿Seguro?

—Shí sheguro —viendo que Pen comenzaba a reír, se enfadó—. Eresh un cabrón y eshtash dishfrutando con todo eshto.

—Pues sí. Hacía días que no reía tanto.

Y durante un rato rieron los dos olvidando los problemas y todo lo que no fuera reír.

—No se te ha movido nada —dijo Pen cuándo pudo hablar.

—Shí. Lo he notado. She ha shujetado con el labio. Al reírme se va para dentro y lo deja en shu shitio.

—Santo cielo, pareces medio tonto. Voy a intentar ponerte el otro.

—Pero ¿y shi luego no lo podemos shacar?

—Buscaremos a una costurera y le diremos que mi hijo medio tonto se ha puesto a jugar con lo que no debía.

—Gilipollash. Mierda de eshes, tengo que hablar shin usharlas.

—¡No! Ni se te ocurra. Ahora quieto.

—Duele.

—Calla un poco.

—¡Coño! Esh que duele —respondió Héctor con lágrimas en los ojos.

—Nenaza. Y... ya está. Déjame que te mire.

—Joder, joder —se quejó el chico con las manos en la cara—. Combo eshto ndo valga la penda, te juro por lo que másh quierash que te mashaco.

—¡Ostia puta! —exclamó Pen viendo la cara cambiada del muchacho—. tienes la nariz como inflamada y torcida.

—Mde cueshta reshpirar.

—¿Sí? Y se te cae la baba.

—Cojonudo.

—Sólo falta algo en los ojos.

—Puesh otro trozo de cuero ndo voy a ushar.

—No seas bestia, Héctor. Eso te lo voy a dejar elegir: frotarte con algo que te lo irrite, tratar de pegarlo con savia o ponerte un parche.

—¡El parche, el parche! Cashi lo prefiero. Pero shi tiendesh un hijo mmedio tondto y quieresh pashearlo cond eshtosh mdorrosh, und parche te imdportaría und huevo. Cashi prefiero pegar el ojo cond shavia a que mbe lo frotesh cond ortigash.

—Sí, tienes razón. Ya te he puteado bastante este rato. Venga, lo último ya.

—¿Qué? ¿Másh und?

—Dame tu zapato un momento.

—Ya total... sholo te falta mbetermbe unb palo por el...

—¡Calla! Le meto esta piedrecita —explicó Pen— que es pequeña pero te incomodará lo suficiente como para que cojees. Póntelo y da un paseo para que vea el efecto completo.

Héctor se colocó el zapato y al momento notó la molestia en la planta del pie. Se levantó y, cojeando, dio unas vueltas alrededor de Pen.

—¡Bárbaro! —exclamó casi aplaudiendo—. desde luego, si fueras mi hijo, te vendía al primer grupo de ambulantes que me encontrara aunque fuera a cambio de una cabra.

—Y yo creyenbdo que mbe eshtabash ayudanbdo.

—Cuando entremos en Paukhorn me lo agradecerás.

—Pero hashta endtondces tienesh todo mbi odio.

—Sobreviviré. Tenemos dos días hasta la ciudad. No te lo puedes quitar ni para dormir.

—¡Venga ya!

—¿Qué quieres? ¿Levantarte un día y tener cerca a alguien que te vio acostarte con ese careto y que por la mañana te vea medio normal?

—Ndo, claro. Pero por lo menbosh déjambe proteshtar.

—Todo lo que quieras. Así con suerte estaré tan cansado de ti que te trataré como a un animal. Demos un paseo —dijo levantándose— para encontrar un árbol y terminar el disfraz antes de ponernos en marcha.

Los dos, Héctor y Pen, recogieron sus cosas, apagaron el fuego de la noche y se dirigieron a una arboleda cercana donde, tras buscar un rato, dieron con un árbol con las hojas en forma de agujas que tenía la corteza cubierta de la sustancia pringosa que buscaba Roy.

—Voy a recoger un poco y la mantendré húmeda, pero tú también debes llevar un poco por lo que pueda pasar.

—Mbe da un ashco que ndo veash Pend.

—No te he pedido la opinión.

—Shi ambo.

En dos piezas de cuero pusieron un poco de savia con unas gotas de agua, los ataron con dos cordeles y las guardaron cada uno en su bolsa después de haber puesto un poco en el ojo cerrado de Héctor.

—Mbe eshcuece Pend —dijo Héctor apretando los dientes.

—¿Mucho? —pregunto éste preocupado.

—Ndo. Esh másh combo cuanbdo she te mbete unda pestaña o und poco de harinda.

—Pero lo puedes aguantar ¿no?

—¿Tendgo otro rembedio?

—Creo que no.

—Puesh vengda —dijo Héctor irguiéndose cuan alto era—. A por mbis hermbandas.

—“Da la sensación —pensó Roy— de que crece cada día”. Vámonos.

* * * * *

—¡Caleb!

La voz sonó en la habitación oscura levantando ecos a pesar de que parecía lejana. El cuerpo que descansaba en la cama se removió inquieto en sueños.

—¡Caleb! —sonó más fuerte provocando un murmullo bajo las sábanas de seda —despierta Caleb—. Aunque sonaba paternal se apreciaba la ira al no ser respondido.

—Mmm. ¿Sí? —preguntó el durmiente frotándose los ojos mientras se incorporaba.

—Caleb, soy yo —saludó la voz.

—Santo Dios —exclamó saltando de la cama y buscando a su alrededor el origen de la voz—. Has regresado. ¿Dónde estás?

—¿Tú me preguntas eso? Me decepcionas.

—Perdóname, lo lamento profundamente —dijo arrodillándose en el suelo con la ropa de dormir enrollada en las rodillas y el pelo cayéndole por la cara.

—¿Dudabas de mí?

—Nunca.

—¿Seguro? —la voz sonaba cada vez desde un lugar diferente de la habitación.

—Tanto como de mi vida. He seguido adelante sabiendo que, aunque no me respondieras, no significaba que me hubieras abandonado —temblando de frío y miedo Caleb, La Lanza, levantó la mirada lentamente buscándole.

—Estoy en todas partes y en ninguna. No me avergüences buscándome.

Farfulló una respuesta que no encontró forma de ser articulada. A pesar del miedo que sentía, lágrimas de agradecimiento se formaban en sus ojos por el regreso de Titre a su lado.

—He escuchado tus palabras y visto tus actos. Estás cerca de decepcionarme, Caleb —dijo la voz rozando la pena con su tono—. No consigues detener a un simple niño y ¿qué sabes de los padres?

—Aún nada, mi señor —respondió Caleb con la frente hundida en el suelo, húmedo por sus lágrimas.

—¿Qué nos dice eso?

—Que es posible que haya fallado.

—¿De quién nos podemos fiar, Caleb?

—De nadie más que de nosotros.

—¿A quién debemos explicaciones?

—A nadie, ya que conoces mis pensamientos.

—Entonces, ¿por qué se las das al Coronel de la guardia imperial? —preguntó atronando los oídos de Caleb haciéndole estremecer en el suelo—. Sabes perfectamente a lo que me refiero, ¿verdad? —volvía a tener el tono paternal que provocaba el llanto a La Lanza—. ¿Por qué lo permites? ¿Quién es él? Un peón Caleb, un peón. Y ¿qué se hace con los peones?

—¿Utilizarlos? —respondió con tono dubitativo.

—Exactamente. Y en caso necesario... —dejó la frase en suspenso para que fuera el otro quien respondiera.

—¿En caso necesario? Pues... se les... sacrifica.

—Por un bien mayor —completó la voz.

—Perdona mi atrevimiento —dijo Caleb levantando la cabeza del suelo por primera vez— pero ¿cómo voy a hacer eso? No estoy en condiciones de enfrentarme a la Guardia abiertamente. Aún no.

—No, no te lo perdono —la voz sonó junto a su oído y casi sintió su aliento—. Si no vas a saber cómo, voy a dudar de mi elección y buscaré a otro para que ocupe tu cargo.

Caleb sintió cómo se le aflojaba la vejiga por el terror ante esas palabras pronunciadas por la voz antes de dejarle solo en su habitación. Trató de ponerse en pie pero le fallaron las piernas y volvió a caer postrado sobre su propia orina. En ese momento se abrió la puerta con un gran golpe.

—¡Su Pureza! —dijo uno de los guardias— ¿Se encuentra bien? Oímos voces, pero no pudimos abrir la puerta hasta ahora — fue corriendo para ayudarle a ponerse en pie, pero éste se lo sacudió de encima.

—Estoy bien. Ha sido una pesadilla. Traedme agua fresca y algo de comer.

—Pero... faltan horas para el alba.

—¿Intentas decirme lo que debo hacer? —preguntó La Lanza clavando su mirada en el soldado y descargando sobre él toda la rabia y la impotencia que sentía.

—Ahora mismo lo tendrá.

—Y que vengan a limpiar y me traigan ropa limpia.

—Como ordene —dijo el soldado dando unos pasos hacia atrás tratando de llegar a la puerta y salir de esa habitación lo antes posible.

Cuando salió comenzó a dar órdenes para que se cumplieran los deseos de La Lanza lo más rápido posible y deseando no tener que entrar nuevamente esa noche.

En la habitación, Caleb paseaba de un lado para otro más rápido de lo que su peso aconsejaba. Movía los labios sin emitir ningún sonido intentando mirar en todas las direcciones a la vez buscando algún rastro de su Dios que le ayudara a aclarar sus ideas en esos momentos de preocupación. Un tímido golpe en la puerta le hizo dar un salto y le desbocó el corazón. Tratando de recuperar la respiración, dejó entrar a la doncella que le desnudó y le limpió con el agua tibia que había traído. Cuando terminó de secarle delicadamente comenzó a arrodillarse delante de él para cumplir su obligación con Su Pureza, pero éste la apartó de su lado extrañado por la falta de deseo que sentía.

—Vísteme —le ordenó— y vete.

—¿He hecho algo mal? —preguntó ella con voz temblorosa.

—No, no —respondió él pasándose la mano por los ojos—. No te preocupes, hija mía, tal vez luego requiera de tus servicios.

—Gracias, Su Pureza —dijo la muchacha saliendo de la habitación y dando paso a un sirviente que le traía una bandeja con una copa, una jarra de vino,

pan y un plato de guiso de conejo, sobra de la cena. Se lo colocó sobre la mesa y abandonó la estancia sin ni siquiera atreverse a mirarle a los ojos. Había visto el rostro de la doncella y escuchado el relato del guardia y no quería ser el siguiente al que gritara.

Cuando se quedó solo, se sentó a la mesa y, apartando el guiso, bebió de un trago el contenido de la copa volviendo a llenarla inmediatamente. Cerró los ojos sujetando la frente con sus palmas unidas en oración. ¿Qué le había pedido Titre? ¿Lo había entendido bien? Para qué tratar de engañarse, estaba claro como el agua de los manantiales de La Ciudadela. Debía hacer desaparecer al jefe de la Guardia del Emperador: el que era uno de los hombres más influyentes en el líder del Imperio. Sabía que le cuestionaba tanto cuando estaba presente como cuando no y era un impedimento para que pudiera llegar al lado derecho del Emperador. Pero deshacerse de él significaba poner en alerta a todas las tropas de Imperio en su contra. Sería el primero sobre el que recaerían las sospechas ya que era de todos conocida la enemistad que había entre ellos. Debía ser de forma que no le pudieran relacionar de ninguna manera. Tal vez dentro de dos días, cuando hablara en el Templo ante toda la ciudad. No, él debería estar ahí acompañando al Emperador...¡Sí! Debía encontrar el modo de hacerle faltar para poder arrebatarse el poder que tenía. Pero ¿cómo? ¡Ah! Necesitaba relajarse y tener la mente libre de toda distracción.

Mirando hacia la puerta hizo sonar la campanilla que hacía acudir a su doncella.

—¿Me ha llamado, Su Pureza?

—Sí, pequeña —respondió él sintiendo cómo se despertaba su deseo—. Ahora sí que requiero de tus servicios.

Se recostó en la silla y dejó que ella, tras arrodillarse, le subiera la ropa de dormir y llevara la cabeza hacia la entrepierna. La Lanza cerró los ojos y entreabrió los labios sintiendo como los de ella le hacían estremecer. Su mente se fue liberando de las preocupaciones al mismo ritmo que los cabellos de su doncella le acariciaban la tripa. Alargó la mano y la pasó sobre la cabeza de ella, que gimió ante su contacto, acelerando el movimiento al ritmo que él le marcaba con la mano sujetándole fuertemente el cabello. Él controlaba la situación, todas las situaciones y ésta no era menos. Apretó la cabeza de la

muchacha contra su vientre y cuando ella empezó a arquearse, aflojó la presión. Así una y otra vez hasta que sintió que no podía resistir más. Entonces se removió en la silla y usando las dos manos para manejar la cabeza de la doncella se sintió reventar. Con el éxtasis le llegó la solución.

—Límpiame y retírate —dijo a la doncella, que le miraba con los ojos vidriosos, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Eres afortunada y te bendigo por ello.

Rumbo a Paukhorn (3)

A medida que avanzaban por el camino pudieron comprobar como cada vez más viajeros dirigían sus pasos hacia Paukhorn. Pen sabía que al ser la capital, eso iba a suceder, pero se sentía abrumado por el incesante número de carros y guardias que había. Nadie les prestaba atención ni a él ni al niño cojo y feo que le acompañaba. El único inconveniente era que avanzaban muy lentos para su gusto. Cuando llegó la hora del almuerzo, muchos de los carros comenzaron a preparar guisos al borde del camino y a pregonar los frutos, quesos y demás alimentos que llevaban.

—¿Tienes hambre? —preguntó a Héctor quien asintió con la cabeza— ¿No quieres hablar? —como respuesta una negación y un intento de mirada de enfado—. Pero tiene que ser algo ligerito para que puedas comerlo sin que se estropee el disfraz —otro asentimiento—. Cuando veamos algún sitio tranquilo para sentarnos iré a comprar algo por aquí.

Siguieron andando hasta que Héctor cogió con fuerza la manga de Pen.

—¿Qué sucede? —preguntó el hombre mirando alrededor.

—¡Schizgo! —trató de responder mientras señalaba.

—No te entiendo, tranquilo. ¿Qué señalas?

Pen no entendía qué le señalaba cada vez más nervioso Héctor, tanto que parecía que iba a darle un ataque de nervios, así que siguió la dirección de su mirada y vio una gran piedra desde la que un gato miraba hacia ellos, manteniendo las orejas pegadas a la cabeza, asustado por el ruido.

—¿Es eso?

—¿Ese gato?

—Szi.

—¿Te asusta? Pobre Héctor.

—¡Do! —respiró hondo y dijo lentamente— Lo codnozco, viajó combigo.

—¿Por eso te mira? ¿Un gato? Ver para creer, chaval. Vamos a acercarnos, así nos sentamos un rato, busco la comida y... habláis de vuestras cosas.

Cuando el gato vio que se acercaban a él, se desperzó y dejó que Héctor le acariciara el lomo.

—Quédate... quedaros aquí que ahora traigo algo —dijo Pen mirando a la pareja.

Héctor se sentó y el gato, Chico, se acurrucó en su regazo ronroneando mientras sentía las manos del muchacho acariciándole.

—“Jo, Chico —pensaba Héctor—, qué sorpresa encontrarte aquí. La verdad es que no pensaba volver a verte y menos tan lejos de Elknok. Creí que te quedarías con Douglas y Johanna, no te iba a faltar de nada”.

—Aquí estoy —dijo Pen mientras se sentaba con ellos—. Así que viajó contigo ¿eh? Muy curioso.

—Zsi. Bor cierto, eshta piedra be shuena, la condozco.

—¿Te suena? —preguntó Pen recibiendo un asentimiento como respuesta— Vale, te he traído caldo para que puedas beberlo. Cuando entremos en Paukhorn ya veremos qué hacer con esas tiras de cuero. No veas la que hay liada ahí delante: ha volcado un carro lleno de...

—¿Shandías?

—...sandías. Sí. Y los soldados están persiguiendo a la gente que las cogía del suelo... ¿Qué te pasa?

—Do lo shé. Combo shi ya shupiera que esho pashaba.

—¿Como si ya lo supieras?

—Shí.

—Estás diciendo que sabías que se iba a accidentar un carro y además que esta piedra vulgar en un camino también la conoces, ¿no? Me parece que con tanto disfraz te estás volviendo tonto.

Héctor le hizo un gesto despectivo y se dispuso a tomarse el caldo mientras Chico trataba de meter la pata en el tazón para comer también. “Pobre bicho, tienes que estar muerto de hambre” pensaba. Golpeó con el pie a Pen y señalando al gato le indicó que le diera un poco de carne. Con los tres comiendo, Héctor trató de recordar el momento en el que la piedra y el carro habían llegado a su cabeza por primera vez pero sin conseguir nada. Simplemente le sonaban y punto. Aunque había algo allí que parecía querer salir y decirle algo.

Pen por su parte, no dejaba de mirar alrededor mientras daba cuenta de medio conejo asado compartiéndolo con el dichoso gato. ¿De dónde había salido? Creía recordar que Héctor le había contado que se quedó en Elknok,

pero todo había sido una locura desde que Roy lo encontró en la taberna aquella noche... ¿Cuánto había pasado? ¿Una semana? Bárbaro. Y ahora estaban metiéndose en la boca del lobo: la ciudad más grande del imperio.

Haciendo un gesto a Héctor, se levantó para estirar las piernas y se acercó a un grupo de vendedores que bebían cerca de la piedra.

—¿Hay sitio para otro? —preguntó.

—Claro, viajero —le respondió uno de ellos—. ¿Quieres un trago? No tenemos mucho, pero para uno más siempre hay.

—Os lo agradezco amigos —aceptó sentándose y cogiendo el vaso que le ofrecían.

—¿Vas a la celebración?

—¿Qué celebración? —preguntó Pen.

—La mayor que se ha visto desde hace años. Estará La Lanza, el Emperador y su futura esposa.

—Oh, vaya. No sabía nada.

—¿En serio? Debes de ser el único en el Imperio que no lo sabe. Hay quien dice que aprovecharán para anunciar la boda. ¿A qué vas tú?

—Quería presentar a mi hijo en el templo y rezar por él.

—¿Qué le sucede?

—Es aquel —señaló Pen—. El que está sentado en aquella roca.

—Suerte, viajero —le respondieron—. No sé si llegarás, hasta el Templo. Los caminos están llenos de gente en movimiento desde hace semanas.

—Y claro, la celebración es en el Templo ¿verdad? —resopló Pen.

—Sí. ¿Queréis viajar con nosotros?

—Os lo agradezco mucho, pero sólo os retrasaríamos. Además de lo que veis, es un poco patizambo y le cuesta andar. Debemos parar cada poco rato para que descansa. No sé ni el tiempo que llevamos viajando.

—La celebración será en un par de días. Igual llegáis a tiempo.

—Muchas gracias por vuestra hospitalidad —dijo Pen tras levantarse—, pero no quiero dejar al muchacho solo mucho rato.

—Mejor. Ya sabes que dicen que hay... eso —titubeó haciendo el gesto contra el mal de ojo— demonios. Y tu hijo puede ser presa fácil. Cuidaos mucho y que Titre guíe vuestros pasos.

—Os deseo o mismo.

Se alejó de ellos comprendiendo el porqué de que hubiera tanta gente en

los caminos pero sin tener claro si eso era bueno o malo para entrar en la ciudad. Aunque bien pensado ¿era necesario entrar en ella? Por lo que habían hablado, lo que debían buscar era un lugar tranquilo cómo para que se acercara un barco o una chalupa al menos.

—Ya sé por qué hay tanta gente en los caminos, chicos —les informó volviendo a sentarse con ellos.

—¿Unda fieshta? —preguntó Héctor.

—Me estás empezando a asustar ya. ¿Cómo lo sabes?

—End parte mbe lo he imbaginado.

—Y por otro lado... lo sabes.

—Shí.

Al poco rato volvieron a ponerse en marcha por el camino como muchos de los demás viajeros, que parecían responder a una orden que nadie había dado pero que todos obedecían: en marcha. A medida que pasaban las horas, se hacían grupos más grandes, preparándose para pasar la noche con la máxima seguridad posible. A Héctor le recordó al grupo de Douglas, acentuando el recuerdo el gato que le volvía a acompañar en el viaje.

—¿Estáis cansados? —preguntó Pen.

—Ndo —respondió Héctor.

—¿Quieres seguir más?

—Shí.

—¡No sabes las ganas que tengo de quitarte eso de la boca y que puedas hablar como una persona normal!

—Y yo —respondió Héctor tratando de sonreír.

—Supongo que quieres llegar cuanto antes, pero también hay que descansar, sino no les serás de ninguna utilidad. Además, ese gato se te va a caer de la espalda.

—Vale —respondió buscando las palabras con cuidado—. Aquí. Ahora. Luz día... ciudad. Graciash.

Salieron unos metros del camino y se acercaron a un grupo que estaba preparándose igualmente para descansar. Tras intercambiar los saludos típicos del camino y explicar la misma razón para su viaje que antes, les permitieron quedarse con ellos.

Ya acostados, a poca distancia del resto del grupo, iluminados tenuemente

por la hoguera, Héctor se quitó el cuero de la boca.

—Shólo un rato, ¿vale? —suplicó a Pen susurrando—. Ndecesito oír mbi voz.

—Vale —respondió susurrando también—. Así podemos hablar un poco. He pensado que a lo mejor no deberíamos entrar en la ciudad. Buscamos un lugar alejado de la vista de la gente, ¿no?

—Ya lo había pensado —respondió Héctor sacando el trozo de la nariz—. ¡Qué alivio! Na, ne, ni, no, nu. Qué raro me oigo. Bueno, como te decía, ya lo había pensado. Pero necesitamos a alguien que nos pueda indicar algún lugar como el que buscamos. Si lo buscamos solos no encontraremos a mis hermanas nunca. ¡Cómo las echo de menos!

—Lo imagino, amigo mío —le respondió Pen apoyando su mano sobre el hombro del muchacho—. Pero sabes qué estará lleno de soldados.

—Y gente. Mira a nuestro alrededor, hay tantas hogueras que casi parece de día. Una vez que estemos dentro será más fácil pasar inadvertidos. Acepto que vigilen los caminos, pero ¿toda la ciudad? No creo que piensen que estoy tan loco.

—No es estar loco o no. Si es la iglesia la que te persigue... te convertirán en lo que más odia la gente, y lo que más teme...

—Un demonio de Gatrál —terminó Héctor.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, Pen.

—¿Cómo ha llegado el gato hasta aquí? Se quedó en Elknok, ¿no? Y ¿cómo te suena la piedra esa de antes y lo del carro y la celebración? ¿Cómo sabías todo?

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Joder, chaval, ¿para decir eso te quitas el cuero? Es broma, no te enfades. Anda, vuelve a ponértelo que mañana madrugamos y tienes que dormir.

La mañana siguiente amaneció lluviosa, por lo que el camino estaba embarrado y costaba andar. Más todavía con la cojera de Héctor. Gracias a la generosidad de una familia de cesteros, pudieron acelerar el viaje, ya que por lástima les invitaron a subir a su carro. Sentado en el fondo, con los pies colgando, Héctor escuchaba cómo le daban a Pen muestras de ánimo por criar solo a un hijo tan especial y tener la esperanza de que curara. No porque

dudaran del poder infinito y bondad de Titre, sino porque, si había nacido así, era por algo.

El muchacho jugaba con la pulsera tratando de evitar que Chico la rompiera con sus uñas. Cada pétalo que acariciaba le recordaba el pelo de Sofia y Ana. ¿Cómo estaban? ¿Dónde? Cerraba los ojos para tratar de sentirlos, pero sólo encontraba un nudo de angustia en su pecho. Un nudo formado por miedo y desesperación. Después de matar a aquel asaltante, cuando se habían tranquilizado y se pusieron de nuevo en marcha el nudo se había movido, pero no sabía si se apretaba o se aflojaba. Había sido capaz de quitar una vida y temía que, llegado el caso, podría volver a hacerlo. Hasta daría la suya sin dudarlo por verlas reunirse con Patrick y su madre. El único punto de luz dentro de esa negrura que le consumía seguía siendo Penélope. ¿Era obsesión? Había tenido y seguía teniendo demasiado tiempo para pensar, pero no quería hacerlo, necesitaba actuar, dejar de moverse sin saber hacia donde y... lo que hiciera falta.

Sin darse cuenta había llevado la mano a la espalda y aferraba con fuerza el mango de la daga.

—Héctor, ¡Héctor! —le llamó Pen acercándose entre los cestos que abarrotaban el carro—. Tranquilo. Ya se ve la ciudad. ¿Quieres verla? ¿Estás bien?

* * * * *

Al final del segundo día había despertado totalmente. Le costaba moverse sin sentir dolor, pero había comido y podía hablar, por lo que les contó lo que sabía.

—Y así logré sacarle de la ciudad.

—El creador ese del que hablas —dijo Beth con lágrimas en los ojos — te ha bendecido.

—No sólo a mí. A toda tu familia.

—Me cuesta creerlo. O se ha olvidado de las niñas.

—¿Podemos dejarnos de dioses? —les interrumpió Patrick— Ahora mismo creo que esa es la menor de nuestras preocupaciones.

—Perdona amigo. ¿Qué has hecho con los cuerpos?

—La primera noche los deshice a hachazos y los tiré por el bosque. No creo que quede mucho de ellos.

—¿Eran enviados de... él?

—Eso creo. Uno de ellos tenía esto bajo el cinturón —le tendió una nota minúscula y enrollada—. Creo que era el jefe, el que mandaba.

—“Acaba el trabajo” —leyó—. Y por el tipo de papel y como está, lo trajo un ave.

—¿Un halcón? —preguntó Beth en un susurro.

—Eso me temo —le respondió Roy poniendo mala cara al incorporarse—. ¡Uf! Creo que eran soldados profesionales y el trabajo erais vosotros. ¿Pero cómo sabían que después de tantos años eras ese soldado que les tocó los huevos? Perdón.

—Creo que lo sé: por Aarón.

—¿Quién? —preguntó Roy aceptando el vaso de vino tibio que le tendía Beth.

—El único, aparte de nosotros y Héctor, que conocía la historia. Él me ayudó cuando nos separamos y crucé las montañas —le comenzó a temblar la voz, por lo que Beth le abrazó—. Cuando se llevaron a las pequeñas fue a avisar a los soldados de lo que temíamos, que fueran nuevamente los Tahn. No hemos vuelto a verle.

—Pero ¿eran soldados del Emperador o Guardias de la Ciudadela?

—¿Acaso hay diferencia?

—Tal vez no. Y de ser así... espero que tu creador exista y sea cierto que nos ha bendecido.

* * * * *

—Bajen del carro —les ordenó el soldado.

—¿Sucedo algo? —preguntó el cesterero haciendo lo que le decían.

—No, tranquilícese. ¿Qué lleva ahí?

—Cestos para vender en...

Mientras hablaban y bajo la atenta mirada de otros soldados, Pen dio la vuelta al carro y ayudó a bajar a Héctor, que tropezó cayendo sobre un charco de barro provocando las risas de los soldados y que se le cubriera la cara de lodo. Miró sonriente a los soldados mientras un hilo de saliva le caía por la barbilla.

—¡Chaval! —le llamó uno de ellos— ¿Eres tonto?

—Do —respondió Héctor haciendo que las risas se multiplicaran—. Shoy eshpecial y Titre mbe amba.

—Sí, claro. ¡Tú! —gritó otro a Pen— ¿Es tu hijo?

—Sí señor —respondió humildemente con la mirada baja.

—Y ¿es tan especial como dice? —preguntó el soldado haciendo que todos los de alrededor dejaran lo que estaban haciendo para prestarles atención.

—Es especial y es mi hijo —respondió cogiendo la mano de Héctor para controlarse ambos—. Su madre siempre le dijo que Titre le amaba por ser bueno y cariñoso.

—¿No le dijo que se quedara en su casa para que no viéramos esa cara tan fea?

Pen bajó más la vista ya que sabía que si seguían bromeando, acabarían por descubrirles. Rezó en voz baja pidiendo que sucediera algo para que les dejaran tranquilos.

—¿Qué has dicho, granjero? —preguntó el que les había dado el alto y ya había comprobado el contenido del carro.

—He pedido perdón por molestarles.

—¿Sí? —le empujó— ¿Cómo nos vas a compensar?

—Le... le puedo tapar la cabeza.

—Espero que con un saco bien grande. ¡Vete, cestero!

—Sí señor —respondió el aludido alejándose lo más rápido posible con su carro.

—¡Un saco! —rio otro soldado—. Desde luego peor no estará. Buscad uno por ahí.

—Discúlpenos, pero... —trato de intervenir Pen.

—Pero nada. ¿Tienes algún problema? —preguntó el soldado volviendo a empujar a Pen.

—No, no. Sólo queríamos llegar a la ciudad.

—¡Aquí tengo uno!

—¿Qué harías en la ciudad? —quiso saber cogiendo el saco que le tendía su compañero— Toma granjero, pónselo.

Los viajeros apartaban la vista alegrándose de no ser ellos el objeto de burla de los aburridos soldados, pero sin intención de ayudar al padre y al hijo que no habían hecho nada para merecer ese trato.

—Tranquilo, hijo mío —susurró Pen a Héctor tratando de que le comprendiera—. Estos amables soldados nos dan esta hermosa prenda para que viajes más seguro.

En cuanto se lo puso y la oscuridad cubrió a Héctor, el soldado que había empujado a Pen, lo apartó bruscamente haciéndole caer al suelo.

—No te levantes —le avisó.

Sacó el cuchillo e hizo un gesto a sus compañeros para que le acompañaran.

—Muchacho —dijo a la cabeza inmóvil bajo el saco—. Si eres tan especial y tanto te ama ¿dónde está?

Pen vio horrorizado cómo pasaba la punta del cuchillo por el cuello de su amigo. Otro de los soldados no le quitaba el ojo de encima, por lo que cualquier movimiento por su parte podía ser fatal. Temblando observó cómo los brazos de Héctor se tensaban ante el contacto preparándose para actuar.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó una voz suave.

—No... eh... —tartamudeó el soldado al ver acercarse a un Elegido sonriendo con dos Guardias de la Ciudadela—. Sólo...

—Ya —aceptó el Elegido—. Sólo os divertíais con un muchacho y su padre ¿verdad?

—Sí —respondió el soldado con un hilo de voz.

—Levanta, hombre y quítale el saco a tu hijo. Es tu hijo ¿verdad?

—Gracias, buen señor. Así es —respondió Pen mientras rezaba todo lo que podía recordar.

—¿Qué os trae por aquí? Vosotros —dijo a los soldados con dulzura—, desapareced de mi vista.

—Venimos para que Su Pureza se apiade de mi hijo —respondió Pen quitando el saco a Héctor.

Éste, aterrado por lo que sucedía, trató de sonreír, parpadeando por la luz que volvía a sus ojos. Al verle así: sonriente mostrando los dientes, con la nariz deforme, un sólo ojo bueno y la cara cubierta de barro, el Elegido se cubrió la boca con un pañuelo, tal vez para disimular una sonrisa.

—Bien —dijo al fin—. Nosotros vamos hacia allí. Si queréis, podéis

acompañarnos y me contáis vuestra historia. Ha sido un viaje largo y aburrido.

—Nos encantaría —respondió Pen inclinándose—. Pero es posible que os retrasemos.

—Correré el riesgo. Además, son tiempos peligrosos y más para gente como tu hijo. Los demonios acechan y estas almas puras son demasiado atractivas para ellos.

—Y para ciertos soldados —opinó Pen mirando al Elegido.

—Ja, ja. ¡Tenéis razón!

Los muros de la ciudad estaban a la vista y en todo el trayecto que hicieron juntos, nadie les miró, ningún soldado se les acercó ni les dirigió la palabra, lo que hacía sentir raro a Héctor. Pen inventó una historia en la que la madre moría en el parto dejándole solo con un niño tan especial. Claro, el niño nunca había sabido la verdad.

—Una mentira puede ser necesaria.

—A veces lo son —convino Pen—. No creo que lo hubiera aceptado nada bien y podría haberle hecho buscar la muerte.

—Son tan especiales estas criaturas de Titre —dijo el Elegido acariciando la cabeza de Héctor—. hasta aquí puedo acompañaros. Pero este Guardia de la Ciudadela les franqueará la entrada en la ciudad.

—Muchísimas gracias, mi señor —agradeció Pen cogiendo a Héctor por los hombros para que saludara al Elegido—. No nos merecemos tanto por su parte.

—Oh, hijo, cree que si no hubiera sido por la providencia de Titre, tal vez tu hijo estaría muerto. Son tiempos extraños los que nos toca vivir.

Cuando se alejó, Héctor observó incapaz de disimular su asombro, como la muralla de la ciudad se alzaba desde el suelo hasta una altura que hacía echar atrás la cabeza para poder ver a los soldados que patrullaban las almenas. La puerta en sí misma eran dos: una externa, compuesta por un rastrillo que quedaba oculto por el muro dejando a la vista únicamente las afiladas puntas de los pinchos y otra más adelante de dos hojas, cada una tan gruesa cómo dos hombres. Entre las dos había espacio suficiente para que cincuenta soldados pudieran moverse sin dificultad, troneras para lanzar flechas por ellas a ambos lados y unos agujeros en la parte superior que, supuso Héctor, servían para dejar caer piedras o líquidos hirviendo sobre posibles enemigos... que debían

estar muy preparados o locos para asaltar esas puertas, pensó Héctor.

La muralla había ido creciendo con la ciudad, pero en lugar de construir fuera de los muros como sucedía en Elknok, aquí en Paukhorn se mantenían muy controladas las edificaciones que podían poner en peligro a la ciudad. Cuando era inevitable que, por la llegada de ciudadanos de otras áreas del Imperio, se construyeran casas o negocios nuevos, más alejados del centro, se ampliaba la muralla hacia esa zona, de forma que no tenía forma circular, si no que casi formaba un laberinto por el que los defensores pudieran desplazarse sin problema en caso de ataque por tierra y el ejército invasor no fuera capaz de orientarse.

Acompañados por el Guardia de la Ciudadela nadie les dio el alto ni trataron de comprobar su parecido con el del retrato que llevaban los soldados que vigilaban la puerta.

—Bienvenidos a Paukhorn —se despidió su guía al entrar en la ciudad y dejarles solos.

—Hemos llegado, chaval —dijo Pen asombrado mirando alrededor—. No lo creía posible.

—Y acompanyados por und guardia.

—En un rato te podrás quitar esa mierda.

—¡Yuju!

—Pero antes, alejémonos de esa puerta.

La ciudad les abrió los brazos envolviéndoles con ruido, olores y gente, sobre todo gente. Mucha más de la que Pen había visto nunca. Había estado en Elknok y se consideraba un hombre de mundo, pero se sentía abrumado. Fue el turno de Héctor para tranquilizarle, le puso un brazo sobre los hombros y con un gesto de la cabeza le indicó que anduvieran.

Tras un rato caminando en silencio y recibiendo codazos, empujones y miradas valorativas o de desprecio, con el disimulo que pudo, Héctor se quitó las tiras de cuero de la boca y nariz, dejando solamente el ojo y la piedra del zapato para luego.

—Si no hubiera sido —comenzó Héctor cuando llegaron a una plazoleta— por el Elegido, no sé si habríamos llegado.

—No sé si habríamos vivido. ¿Viste cuántos guardias y soldados?

—Y tenían mi retrato. Vi uno de los papeles y creo que era un dibujo bastante bueno.

—¿Por eso no te quitas lo del ojo?

—Sí. Pero creo que luego me pondré sencillamente un parche. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero sería buscar un sitio para descansar un rato.

—Je, je. ¡O dos ratos! Esto está lleno de lugares donde hacerlo.

—Ponte la capucha para que no te vean.

—¿Con tanta gente en este lugar crees que alguien se va a dar cuenta de que existo?

—Por si acaso. Ya que hemos llegado hasta aquí y tenemos algo de tiempo para intentar encontrar a tus hermanas...

—No intentar, Pen —le interrumpió Héctor—. Vamos a encontrarlas, llevarlas a casa y olvidarnos de todo esto.

—Si así fuera, ¿podrías llegar a olvidarlo?

—Creo que no.

—No. Esto va a acompañarte toda la vida, que espero que sea larga y próspera.

—Gracias. ¿Qué te pasa?

—Ni idea. Como si me hubiera dado un bajón de ánimo. Deben de ser los nervios por llegar hasta aquí.

—Pues distraigámonos un poco. ¡Bebamos!

—¿Cómo? —preguntó Pen asombrado— ¿Te olvidas de los años que tienes?

—Me da igual, creo que me lo he ganado.

—Sí. Entremos ahí mismo.

Con esfuerzo cruzaron la plaza llena de gente voceando sus artículos a pleno pulmón. Desde pollos vivos a mujeres, pasando por todos los artículos imaginables. Antes de llegar a la puerta, ésta se abrió dejando salir a un hombre que se tambaleaba al andar hasta caer cuan largo era. Entraron a un edificio de dos plantas con un gran salón en el centro donde había amontonadas mesas y sillas de forma que parecían una sola. El vocerío era ensordecedor y Chico se apretujó al fondo de la bolsa que llevaba Héctor. Encontraron sitio y se sentaron.

—Cuánta gente —gritó Pen para hacerse oír.

—Mucha más que en Elknok.

—Sería mejor que no hablaras de que has estado ahí.

—Ah, vale. Entonces ¿de dónde venimos?

—¿Qué va a ser? —preguntó la camarera, una mujer de mediana edad estropeada por el tiempo pasado sin ver la luz del día.

—Dos copas de vino, por favor.

—¿Especiado?

—No, gracias.

—¿Os apetece algo de comer? —preguntó sorprendida por la educación que mostraban.

—Por ahora, no.

La mujer se fue hacia donde los barriles se amontonaban sin orden. Llenó dos copas limpias y se las llevó.

—Una moneda —les dijo al dejarlas sobre la mesa—. No son de por aquí, ¿verdad?

—Mmm no —respondió Pen pagándole—. ¿Se nos nota?

—“Por favor” y “gracias” no se escucha mucho por aquí. Lamento lo de tu ojo.

—Gracias —respondió Héctor que no había escuchado lo anterior.

—Por eso. Si necesitáis algo, avisadme.

—¿Qué decía? —preguntó Héctor a Pen cuando se alejó.

—Que se nos nota que somos forasteros.

—¿Sabes? Tanto vendedor me recuerda a cuando voy con... Patrick a vender pan.

—Debe de ser un gran hombre.

—Sí lo es, sí —respondió con la mirada perdida.

—Me parece que tú necesitas un poco de distracción.

—¿Por qué?

—¿En serio? Mírate. Tienes ¿qué? Trece años o catorce; acabas de cruzar medio Imperio haciendo cosas increíbles y con una suerte del demonio. Entrás y sales de ciudades más vigiladas que el palacio de La Lanza ¡Y todo en menos de un mes!

—No es para tanto. He tenido ayuda.

—¡Eso es! Se me olvidaba: el viejo amigo de tu padre; los ambulantes que te llevaron a Elknok; yo, modestamente; el Elegido...

—y Burk.

—¿Quién?

—El padre de Penélope —suspiró—. El de la balsa.

—¡Eso es! —exclamó Pen buscando a la camarera con la mirada —. Espera aquí.

Se levantó y tras hablar con ella un rato mirando hacia Héctor y provocando alguna risa, llegaron a algún tipo de acuerdo. Pen levantó una nueva copa de vino desde allí como haciendo un brindis cuando una chica se le acercó.

—Acompáñame arriba —dijo la muchacha cogiendo a Héctor de la mano —. Tu amigo me ha explicado un poco quién eres y no debes preocuparte, que tu familia nunca sabrá que tu primera vez ha sido aquí.

—¿Mi familia? —preguntó Héctor subiendo las escaleras tras ella.

—Sí. Me ha dicho que por eso te ha disfrazado. ¿Cómo vas a casarte sin haber probado mujer al menos una vez?

—¿Probado?

—Sí. Probado mujer —repitió riendo mientras abría una puerta que apenas se sostenía para dar paso a una habitación con una pequeña ventana y una cama por todo mobiliario.

—Claro, claro... —tartamudeó él dejándose llevar hacia la cama.

—Y no te asustes que no te voy a hacer daño ni a comerte... por lo menos no todo —dijo ella riendo nuevamente mientras se soltaba el pelo dejándolo caer sobre los hombros hasta casi cubrirle los pechos.

—Yo... eh... no sé si...

—Sh —le hizo callar poniendo su dedo índice sobre los labios de Héctor —. No hables y déjame hacer a mí. Si te gusta ya sabes donde puedes encontrarme cuando me necesites, si tu nueva mujer... ya sabes...

Lentamente y con suavidad fue bajando el dedo por la mejilla y el cuello de Héctor haciéndole estremecer. Se acercó un poco más a él de forma que sus caderas se tocaron. Con mucho cuidado le soltó el primer botón de la camisa, lo que hizo que diera un pequeño salto provocando nuevamente la risa de la chica. Mientras le soltaba el segundo, se inclinó hacia él y apoyó los labios sobre su cuello dejando escapar lentamente el aire sobre la piel antes de besarle.

—Tranquilo —susurró en su oído—. No debes ponerte tan tenso, por lo menos de esta manera.

Le mordió el lóbulo de la oreja y luego lo acarició con la lengua mientras soltaba el tercer botón e introducía la mano para acariciarle. Con mucho cuidado pasó la mano por el pecho y el estómago de Héctor poniéndole la carne de gallina antes de arañarle delicadamente de abajo a arriba, lo que provocó un gemido que le salió de lo más profundo.

—Así, sí —le susurró nuevamente—. Eso me gusta más.

Volvió a besarle en el cuello pasando la otra mano por los cabellos para hacerle girar la cabeza. Pasó los labios por la garganta y le mordió la nuez a la vez que la acariciaba con la lengua. Otro botón quitado mientras la boca de ella subía por su barbilla. De ahí pasó a la comisura de sus labios y le besó en los dos lados, con mucho cuidado, dejando escapar el aliento antes de cada beso.

Héctor no sabía qué hacer con las manos, casi ni las sentía, pero deseaba sentir el aliento de la muchacha, por lo que entreabrió la boca.

—No, no —susurró ella rozando los labios con los suyos—. No seas chico malo que aún no es el momento.

Miró hacia abajo y vio que había soltado todos los botones, por lo que se incorporó a medias para quitarle la camisa besándole los ojos. Pasó las manos por los hombros de Héctor, recorrió su pecho sin dejar de mirar cómo tragaba saliva y se pasaba la lengua por los labios. Le cogió una de las manos y lentamente le besó los dedos y los recorrió con la lengua, sonriendo mientras lo hacía.

Despacio llevó las manos del chico a su culo tapado por una fina falda de gasa.

—No las muevas de ahí —le dijo.

Siguió besándole la cara cada vez más cerca de la boca hasta que con mucho cuidado posó sus labios sobre los de él una vez, dos, antes de dejarlos ahí unos segundos. Los entreabrió y con el extremo de la lengua recorrió los de él haciendo que, ahora sí, los abriera para dejarle entrar en su boca.

Cuando él sintió el aliento en su interior y cómo la lengua de ella le acariciaba, probó a responderle con la suya.

—Es pronto chico. Aún no sabes usarla pero aprenderás. De momento déjame a mí.

Le cogió la cara entre las manos y volvió a besarle disfrutando del sabor de esa boca joven e inexperta que intentaba responderle pero no sabía. Con las manos de él todavía en su culo, se colocó encima pasando las piernas sobre las caderas de Héctor.

—¡Oh vaya! —exclamó mirando hacia abajo—. ¿Qué es esto que se nota aquí? No cielo, tranquilo. Ni es malo ni debes avergonzarte —le acarició la cara nuevamente—. Vas a salir de aquí sabiendo un par de cosas sobre tu cuerpo.

Separó las piernas haciendo que el roce hiciera gemir de nuevo a Héctor y lo empujó sobre la cama quedando a horcajadas. Sonrió y se inclinó para besarle el pecho dejando que el pelo le acariciara a medida que le besaba.

—No creo que estés cómodo ahí abajo, ¿verdad? Parece que está algo... apretada. Vamos a ayudarla —sugirió volviendo a reír poniéndose en pie frente a él—. Pero antes...

Con movimientos deliberadamente lentos se pasó los tirantes del vestido sobre los hombros dejándolos bajar por los brazos antes de sacarlos, mientras movía las caderas de forma sugerente. Dejando a Héctor hipnotizado por los sensuales movimientos, liberó sus pechos aún firmes con oscuras aureolas y grandes pezones.

—Desde luego —dijo la muchacha sujetando el vestido un poco por debajo del ombligo— soy la primera mujer que ves desnuda.

—Ahá —balbuceó Héctor un poco incorporado y apoyado en los codos.

—Pues lo haremos inolvidable —afirmó ella dejando caer el vestido para mostrarse totalmente desnuda, sin ningún pudor, haciendo que la mirada de Héctor pasara de los pechos al oscuro pubis y de ahí a la sonrisa de ella una y otra vez.

Guiñándole el ojo se acercó lentamente al borde de la cama para hacer que volviera a tumbarse. Recorrió con las uñas el pecho y el vientre de Héctor llegando al nudo que sostenía el pantalón. Lo soltó sin dejar de mirarle a los ojos y en dos movimientos expertos se los sacó por los pies dejando expuesto el hinchado pene.

—Ahora, tal vez quieras cerrar los ojos —le susurró arrodillándose ante él

para después comenzar a acariciarle con sus expertas manos—. Como eres joven y es tu primera vez, voy a ser buena contigo.

Héctor cerró los ojos sintiendo cómo se secaba su garganta al tiempo que ella seguía masajeándole de arriba a abajo, primero despacio y rápidamente después. No podía contener los gemidos de placer y con las manos agarraba las sábanas en un desesperado intento de no retorcerse, ya que no quería dejar de sentir el contacto de esas manos. Entonces ella se detuvo y él se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y su corazón estaba a punto de estallar. Intentó incorporarse, pero le zumbaron los oídos y se dejó caer en la cama. ¿Por qué ha parado? Pensó preocupado. ¿Habré hecho algo mal? Pero justo cuando cogía fuerzas para preguntarle, comenzó a sentir los labios de ella sobre su muslo, primero besándole para pasar después a recorrerlo con la lengua, cada vez más cerca de la entrepierna. Tan cerca que sus labios la engulleron con fuerza haciendo que se arqueara en la cama. Era como con las manos pero mejor. No podía contener los sonidos que salían de su boca entreabierta y movía la cabeza de un lado a otro.

Empezó a sentir algo extraño. Se puso en tensión mientras algo cálido ascendía por él al ritmo que ella marcaba. Algo incontrolable, bueno. La muchacha pareció sentirlo y usó también la lengua al tiempo que hacía más fuerza con los labios. Muy bueno, nuevo para él. La muchacha usó una de sus manos para masajearle los testículos y algo se disparó dentro de él. Empujó las caderas hacia ella mientras la mayor euforia que había sentido nunca le inundaba con cada movimiento y se estremecía cada vez que ella le vaciaba.

Se tocó la cara y sintió las lágrimas en sus ojos aunque se sentía feliz. Feliz y muy cansado, sin respiración, con la boca seca y un agradable hormigueo le recorría el cuerpo mientras trataba de abrir los ojos. Cuando lo logró la vio delante, desnuda de espaldas a él, agachada para coger algo del suelo. Se fijó en las curvas de su culo y la mata de pelo que había entre las piernas. Parecía estar separada por algo rosa. Intentó fijarse bien pero ella se giró antes de poder hacerlo.

—Mmm ¿Qué mirabas? —le preguntó después de hacer gárgaras con un vaso de vino, esculpirlo en una palangana y beber otro.

—No lo sé —respondió Héctor incapaz de no sonreír.

Ella sonrió y se apartó el pelo de la cara antes de acercarse a él.

—¿Ves como no te iba a comer? Anda, ponte bien y hazme un sitio.

Él se arrastró como pudo por la cama hasta llegar a la almohada y ella se tendió junto a él con la mano sobre su pecho. Le llegaba el aliento con olor a vino y le parecía maravilloso.

—Ésta ha sido la lección uno —le dijo acariciando el vello que rodeaba su ombligo—. ¿Te ha gustado?

—Sí —fue lo único que pudo responder.

—Parece que tienes la boca seca. ¿Quieres un poco de vino? No es el mejor, pero te ayudará a recuperarte.

—Sí.

Sabiendo que Héctor la miraba, cuando se agachó a coger otro vaso de vino, usó sus dedos para apartar el pelo de su pubis y permitirle que viera su interior antes de introducir uno de sus dedos y gemir.

—Esto es ya parte de la lección dos —le susurró al sentarse en la cama. Bebió un pequeño sorbo y se inclinó hacia él para besarle e ir pasándole la bebida lentamente.

Como a él le supo a poco, introdujo la lengua en la boca de la muchacha para saborear el resto de la bebida que quedara. Ella se la sujetó con los dientes y la rozó con la suya antes de abrirlos y dejar a los dos libres para besarse.

—Mucho mejor —opinó la chica cuando se separaron—. Sigue entrenando así y besarás muy bien. Más de una te dará lo que le pidas, cualquier cosa, por un beso bien dado.

—Gracias... creo —estaba un poco mareado ya que el beso le había excitado de nuevo.

—Gracias a tu tío que me ha pagado para cuidarte. Esto es lo que me gusta de los jóvenes —dijo volviendo a cogerle el miembro nuevamente erecto—. Os recuperaréis enseguida.

Más nervioso que antes y sintiéndose tan torpe como un gato con calcetines, Héctor le devolvió la caricia en el vientre haciendo que la muchacha le mirara sorprendida. Bajó la mano hacia el pubis para hacer lo que había visto cuando se levantó a por el vino. A medida que ella movía la mano, sólo sentía ganas

de dejarle hacer y volverse a tumbar, pero usando su fuerza de voluntad se incorporó para, de forma insegura, besarle los pechos, mientras seguía bajando la mano. Intentando recordar cómo lo había hecho ella, mordisqueó suavemente los pezones al tiempo que sus dedos encontraban la entrada entre el vello. Ella suspiró sorprendida al tiempo que su pezón crecía en la boca de Héctor.

—Oh, vaya —dijo sorprendida con la respiración agitada—. Eso ha estado muy bien.

Héctor sintió cómo el calor rodeaba su dedo, la humedad y lo suave que era pero, con inseguridad, lo sacó y le acarició la parte de fuera.

—“Parece una boca —pensó— y la boca se besa, ¿no?”

Ahora fue él el que recorrió el cuerpo de ella con los labios, su barriga, sus costados y sus muslos hasta que llegó a su destino. El olor era extraño pero excitante y los pelos ásperos, así que con los dedos los separó y acercó la boca a los labios que había encontrado entre las piernas de ella.

Los besó por fuera encontrando una zona casi palpitante y más dura que el resto. Pensando que podía ser como otro pezón, lo rodeó con los labios succionando un poco. Ella se arqueó levemente y le puso la mano sobre la cabeza. Sintióse satisfecho por el resultado, acarició ese nuevo pezón con la lengua antes de introducirla entre los labios de su entrepierna. El sabor le excitó más todavía y cambió de postura para liberar su pene que se clavaba contra el colchón, momento que ella aprovechó para volver a sujetarlo y empezar a masajear. Presa de un deseo desconocido besó con más fuerza metiendo la lengua todo lo que podía. Necesitaba saborear ese mundo nuevo y ella aflojaba su mano para cogerle la cabeza con las dos. Movía las caderas arriba y abajo facilitando que Héctor llegara más lejos. Buscando algo más, movió sus manos bajo las caderas de ella y encontró las nalgas, de donde la sujetó haciéndola gemir nuevamente.

—Para un poco, chico, para un poco —dijo ella sin aliento.

—¿No está bien? —preguntó Héctor quitándose un pelo de la boca.

—Oh sí, muy pero que muy bien —aseguró ella—. Pero no me han pagado para esto por mucho que me guste. No creas que lo disfruto así todos los días. Por eso me gustáis los jóvenes inexpertos. Dais y recibís. Ahora tumbate boca arriba y te enseño algo diferente.

Ya no estaba asustado ni nervioso, deseaba aprender y sentir nuevamente lo que hacía un rato le había hecho disfrutar como nunca. Se tumbó como ella le dijo y sonriendo, siempre sonriendo, la muchacha se colocó sobre él. La sensación era similar a la que había sentido con el dedo pero mil veces mejor y volvió a gemir viendo como ella se mordía el labio con los ojos cerrados. Comenzó a moverse sobre él lentamente y Héctor trató de acompañar sus movimientos a los de ella. El deseo le podía y era incapaz de dejar de mirar la boca de ella. Quería besarla, lo necesitaba, por lo que separó un poco las piernas para incorporarse y llegar a ella. El placer le llegaba en oleadas mientras sentía la lengua contra la suya. Los gemidos de los dos se ahogaban contra los labios del otro. En ese momento ella se separó un poco de él arqueando la espalda y, como si hubiera sido una señal preparada, el éxtasis recorrió todo su cuerpo sintiendo cómo se vaciaba dentro de la muchacha, que ahogaba un grito clavando los dientes en su hombro.

Lentamente se separaron, sudorosos y se tumbaron en la cama tratando de recuperar la respiración.

—Antes de que puedas preguntar —dijo Héctor al fin— ¿Te ha gustado? ¿Lo he hecho bien? Te aseguro que a mí sí me ha gustado.

—¿Sí? A mí también. Creo que si tuviéramos más tiempo te podría enseñar unas cuántas cosas más.

—Y yo las aprendería encantado.

—Pero hoy no es posible —dijo ella levantándose—. Vamos abajo, que se ha terminado el tiempo.

Se recogió el pelo y se puso el vestido de espaldas a él, que la miraba extrañado, ya que no podía apartar a Penélope de sus pensamientos. ¿Cómo sería ella? ¿Sería como esta mujer? Tal vez nunca lo supiera, pero la duda estaba allí. Ahora entendía las cosas que había sentido con ella después del baño en el río.

—Un placer conocerte —le dijo guiñándole el ojo mientras salía de la habitación—. Date prisa en bajar no vaya a venir alguien y no le guste encontrarte aquí.

Héctor se vistió, bebió un poco de vino y salió de la habitación al fresco pasillo. Cuando llegaba a las escaleras, se cruzó con la muchacha que iba

acompañada de un soldado y no le dirigió ni una mirada. Pen le esperaba abajo y le hizo una señal con la mano.

—Debemos irnos —le dijo cuando llegó a su lado—. Hay demasiado gente y me pone nervioso que ahora no lleves el disfraz.

—¿Ahora te pone nervioso? Pues yo estoy muy relajado. Gracias, Pen.

—Je. igual ahora no te das cuenta, pero lo necesitabas. Con ésto y un buen sueño, mañana pensarás con más claridad.

—¿Sabes dónde dormir?

—Sí. La camarera me ha recomendado un sitio —respondió Pen mientras andaban por la calle.

—Vale, vamos.

—No.

—¿No?

—Debemos pasar inadvertidos. No es que no me fie de ella, pero cuanto menos rastro dejemos, mejor —rio—. Y tú ya has dejado rastros...

—¿Cómo? Shhh —gritó al comprenderle—. Y además dos veces.

—Buen estreno. Preguntemos ahí.

Tras regatear un rato consiguieron un cuarto cubierto de paja, dos rebanadas de pan y una jarra de agua. Según el que les acompañó hasta la puerta, de lo mejor que se podía conseguir en esos días.

Iluminados sólo por una vela y deseando ambos dormir, sin saberlo pensaban en lo mismo: ¿cómo encontrar el lugar donde atracaría el barco?

Rumbo a Paukhorn (4)

Si los vientos eran propicios, el viaje debería acabar en tres días, incluso menos. Pero el horizonte mostraba nubes que avanzaban hacia ellos.

—Seguro que nos cae toda esa agua encima —se lamentaba Mersha.

—¡Vamos! —le reprendió Lacuisha— ¿Dónde está tu espíritu de aventura?

—Sí eso, Mersha. Pareces un conejito asustado —convino Mahau ganándose un codazo de la dama de compañía.

—De todas formas, no creo que tengamos que preocuparnos.

—¿Por qué, alteza?

—¡Mahau, por favor! Llámame Lacuisha. Me conoces hace mucho tiempo. Ya llegará el momento de los formalismos cuando llegemos a puerto.

—Me resultará difícil... Lacuisha.

—Será sólo durante tres días, ¿vale?

—De acuerdo. Pero no le... te prometo nada.

—Por lo menos lo vas a intentar —suspiró—. Si no puedo contar con vosotros ahora... esto va a ser muy duro para mí.

—Eh... —balbuceó Mahau incómodo tratando de cambiar de tema—. ¿Por qué no deberíamos preocuparnos?

—El Elegido está rezando a su dios para que cambie el tiempo.

—¡Por el amor de...! ¡Lacuisha! —exclamó Mersha— No querrás que nos oiga, ¿verdad? Le prometiste a tu padre...

—Sé lo que le prometí. Por favor, permitidme ser yo misma con vosotros —suplicó—. Lo necesito... mucho.

Ante la mirada de reproche que le lanzó Mahau, Mersha abrazó a la princesa.

—Oh, mi niña —le susurró—. No hagas caso a esta vieja tonta que a veces olvida lo más importante de todo. Aunque seas una princesa no dejas, ni dejarás de ser mi pequeña. Claro que puedes contar conmigo para comportarte mal.

—¿Mal? —preguntó Lacuisha sorbiéndose la nariz.

—Dentro de un orden, claro.

—No te preocupes que nunca haría nada que pudiera poner en peligro mi misión.

—¿Tu misión? —preguntó Mahau.

—Así me lo tomo. Como cuando tú partes para hacer... lo que sea que te manda mi padre. Yo ahora estoy haciendo lo mismo.

—¡Eres imposible! —exclamó Mersha.

—Y adorable, no lo olvides.

—No lo hago, pero recuerda que le debes un gran respeto a esos... Elegidos y a las creencias que representan.

—Con vuestro permiso, mis señoras —interrumpió Mahau—. Voy a comprobar cómo están mis hombres. A más de uno no le gusta demasiado el mar.

—Pobrecillos —se lamentó la princesa—. Llevadles mis más gratos deseos de recuperación.

—Descuida —respondió Mahau haciendo una reverencia.

Quedaron las dos mujeres en la proa del barco viendo cómo las nubes, cada vez más oscuras, parecían adentrarse en tierra en lugar de continuar su avance por mar.

—Que las más altas bendiciones de Titre y toda su gracia caigan sobre vosotras este precioso día —dijo una voz suave tras ellas.

—Le deseo lo mismo, éste y todos los días de su vida —respondió Lacuisha girando hacia el Elegido.

—Habéis aprendido bien las fórmulas —admiró éste—. Ardo en deseos de que conozcáis a Su Pureza y al Emperador.

—También yo...

—Djavo —terminó él—. Olvidemos los formulismos mientras estemos en el barco. Mi nombre es Djavo.

—Entonces a mí puedes llamarme Lacuisha —respondió la princesa ante el asentimiento de Mersha.

—Un auténtico placer —dijo sonriente Djavo mientras le besaba la mano.

—También para nosotras. Ésta es mi dama de compañía y se llama...

—Mersha —le interrumpió el Elegido—. Oh, no te sorprendas. No me lo ha dicho él —dijo señalando al cielo—. Sólo tengo oídos y tenéis una voz preciosa y muy agradable de escuchar.

—Bien, gracias —cortó Mersha interponiéndose entre ellos—. Un placer igualmente...

—Djavo. Sobre estas maderas Djavo, si no me enfadaré y haré que las

lecciones que repasemos cada día sean una pesadilla —respondió con un guiño cómplice antes de darse la vuelta para saludar al capitán del navío e irse con él.

Volvieron a quedarse solas mirando cómo el paisaje costero cambiaba lentamente. Habían pasado de las agrestes costas de su reino a largas playas con solitarias aldeas de pescadores. Se cruzaban con barcos desde donde los pescadores les saludaban sin saber quiénes eran, aunque tampoco les importaba.

—Es agradable, ¿verdad?

—Perdona, ¿qué?

—Djavo, parece agradable.

—Oh sí. No se parece a los otros que he conocido.

—Y es joven y atractivo.

—¡Mersha!

—¿Qué? Sólo digo lo que veo.

—No deja de ser un Elegido —respondió Lacuisha—. Además, creía que tú y Mahau...

—¡Niña, por favor! —se escandalizó la dama de compañía.

—Venga, Mersha, si es por eso, hablé con mamá hace mucho tiempo. Si creías que era porque era un secreto... temo que lo sabe todo el reino.

—¡Oh, cielos! —exclamó Mersha tapándose la cara con las manos.

—Lo que no entiendo —siguió la princesa—, es por qué no estáis juntos. Me parecéis tan... tan... perfectos cuando os veo juntos.

—Cosas de la vida. Hace mucho que decidimos consagrarnos a nuestro trabajo. Yo vivo por y para ti. No, no pongas esa cara. Casi siempre es una labor maravillosa. Y Mahau, con su deber hacia tu padre. Nos costó algo de tiempo decidirnos, pero a día de hoy no me arrepiento de haberlo hecho así.

—¿Nunca?

—No —respondió Mersha—. Además, ahora estamos de viaje juntos —terminó haciendo un guiño.

—Al final vas a resultar ser una persona normal —le dijo Lacuisha cogiéndole la mano y volviéndose hacia el mar.

—Te voy a contar algo que luego jamás en mi vida reconoceré que sea cierto.

—¿Sí? —preguntó la princesa intrigada.

—Me enfadé muchísimo con tus padres cuando hablaron de tu boda por primera vez. Casi les abandoné en ese mismo momento, pero me miraste con esos preciosos ojos verdes y sentí que traspasabas mi cuerpo anclando mi corazón a tu lado. Para siempre.

—¡Oh, Mersha! —respondió Lacuisha— Mira mis ojos, me haces llorar y prometí a mi padre ser fuerte —la abrazó—. Perdóname por lo mal que te trato y el poco caso que te hago siempre. Te quiero muchísimo... eres como mi hermana mayor, casi una segunda madre.

—Lacuisha —susurró Mersha un rato después, todavía abrazándola—. Debes acudir a tus clases de religión.

—Sí, es cierto —respondió la princesa respirando con fuerza y pasándose las manos por la cara y el pelo—. ¿Se nota que he llorado?

—En absoluto, cielo.

—¿Me acompañas?

—Hasta la puerta. Dentro no puedo, ya lo sabes.

—Sí. Porque es una búsqueda espiritual...

—Y el Elegido tu guía —terminó Mersha.

Atravesaron el barco lentamente, disfrutando de la nueva intimidad que habían descubierto unos minutos antes. Saludaban y eran saludadas por los marineros con los que se cruzaban y a los que trataban de molestar e interrumpir lo menos posible. Al llegar a la puerta del Elegido, soltaron sus manos y Lacuisha llamó suavemente con los nudillos.

—Adelante —le respondió la voz suave y melodiosa de Djavo desde dentro.

—Hola...

—Djavo.

—Sí, Djavo —aceptó Lacuisha—. Me va a costar.

—¿Acostumbrarte ahora o desacostumbrarte después?

—Probablemente ambas. Eres el primer Elegido que conozco que me dice su nombre.

—Ya imagino. ¡Uf! Perdona mi descortesía —exclamó él palmeándose la frente—. Pasa y toma asiento. Son sillas bastante cómodas.

—Gracias, Djavo.

—¡Muy bien! ¿Ves qué fácil? ¿Por dónde quieres empezar? —preguntó sentándose al otro lado de la ordenada mesa.

—No lo sé. Llevo mucho estudiando vuestra religión —“extraña religión” pensó— tanto por cultura, dada mi posición como heredera, como por respeto y afecto hacia mi futuro esposo y su pueblo.

—¡Por Titre! —exclamó Djavo—. No estoy examinándote, Lacuisha. Sólo quiero poder responder a las posibles dudas que tengas.

—“Por si acaso” —pensó diciendo en voz alta— Debes comprender que me he criado en una sociedad sin más creencias que el que el sol salga por las mañanas, lleguen las lluvias y las montañas sigan produciendo minerales y piedras preciosas.

—Respetable, ¿pero? ¿Por qué sale el sol cada día? ¿Por qué salió el primer día? ¿Cómo se repite ese ciclo?

—Sencillamente lo aceptamos.

—Y ahora que conoces nuestras creencias.

—Me gustan y trato de entenderlas.

—Lacuisha —dijo Djavo con pena—, no debes convencerme, confía en mí. Mírame como a un amigo, no como a un Elegido —pronunció la última palabra con rimbombancia.

—Tal vez me resulte más fácil —opinó la princesa— si me vas preguntando cosas y yo te las respondo y así poder corregirme o explicarme las lagunas que pueda tener.

—No vas a cambiar de idea respecto a mí, ¿no? Como quieras entonces, te examinaré. Desde el principio, ¿quién es Titre?

—El padre y creador de todo y nada.

—Sigue.

—La nada al principio estaba llena de él, por lo que la nada es también Titre, por eso es lo de todo y nada. Imaginaba y creaba a su antojo deshaciendo las cosas que hacía porque no llegaba a gustarle lo que hacía, hasta que consideró buena idea dejar de estar solo y tener así otro punto de vista. De sí mismo creó a Gatral. Pero no igual que él, sino no habría diferencias. Al principio todo fue como Titre quería: entre los dos hacían grandes progresos relegando la nada, que eran ellos mismos, a pequeños rincones del todo. Más adelante crearon el mundo y la vida en él.

—¿Por qué existe el mal si Titre es bondad?

—Según me explicaron, como Gatral es Titre un poco diferente, empezó a pensar por su cuenta y al ver a la humanidad feliz, ocultándose a su cuasi padre-hermano, creó a los demonios que nos tientan y nos hacen ser malos.

—¿Qué hizo Titre entonces? —preguntó Djava.

—Se enfadó con Gatrál pero como no podía destruirlo ya que era como destruirse él, lo castigó y trató de encerrarlo en una oscura cueva dentro de las montañas. Pero Gatrál fue... listo y previéndolo dejó caminos preparados para acceder al mundo.

—Y si Gatrál tiene demonios ¿por qué no tiene Titre unos seres de igual naturaleza y poder?

—Buscó la auténtica bondad en el corazón de los hombres y encontró uno tan puro que había rechazado a los demonios de Gatrál mil veces. Era capaz de reconocerlos y se mantenía alejado de ellos ayudando a sus semejantes. Titre fue a él y ese hombre le reconoció como lo que era: su padre y creador. Desde ese momento se convirtió en la primera Lanza: portador de su palabra y superior de los Elegidos, con los que plantar cara a los demonios.

—¿Por qué contestas así? —le interrumpió Djava.

—No te entiendo —respondió extrañada Lacuisha—. tú has preguntado...

—Sé lo que he preguntado. ¿Por qué?

—Disculpa, creí que querías una respuesta literal. Titre no creó seres sobrenaturales de naturaleza bondadosa porque confió en su creación y no creyó necesario dar la razón a Gatrál.

—¿Cómo?

—Si Titre creaba... antidemonios o como se les llamara, sería reconocer que Gatrál había hecho algo, bueno o malo, por sí mismo sin contar con él. Reconocería que se había equivocado y había sido lento al dejarse sorprender por Gatrál.

—Hemos terminado por hoy princesa —le interrumpió Djava con la cara pálida.

—Pero...

—Sal. Mañana nos veremos.

Sorprendida, la princesa salió del camarote del Elegido poniendo cuidado de dejar bien cerrada la puerta tras ella. Djava vio cómo la puerta se cerraba lentamente, contó hasta donde pudo llegar con un grito al que no permitió pasar de su garganta, barrió con las manos todo lo que había sobre la mesa.

—Maldita bruja —murmuró—. A La Lanza no le va a gustar que piense, no le va a gustar nada.

* * * * *

—¿Cómo crees que me sienta? —preguntó mirándose al espejo.

—De fábula.

—¿No debería ser menos ostentoso?

—Hace juego con su porte.

—Y el pelo, así por el cuello. ¿No debería cortarlo?

—¡Oh, no! Realza el color de sus ojos.

—Chambelán.

—¿Señor?

—Si dijera que quiero limpiarme el culo con oro ¿me felicitarías? Te juro que los días que vienes en este plan... te daría con un palo hasta romperlo.

—Sí señor —respondió el aludido bajando la cabeza—. Pero sois...

—Ya. Si sé quién soy ¿O crees que lo olvido? ¿O qué necesito que todo el que tengo alrededor me haga la pelota? —preguntó haciendo un gesto a su alrededor con la mano.

—Me han comunicado que La Lanza quiere veros hoy.

—¡Oh! ¡Estupendo! —se lamentó—. Creo que hoy ya he tocado fondo.

—Pues apenas ha salido el sol.

—¡Arréglalo! ¿De parte de quién estás?

—De la suya hasta que muera, señor —respondió el chambelán.

—La pregunta es: ¿Hasta que muera quién?

—Lo dejo a su elección.

—Así sí —rio—. Por cosas como estas es por lo que te aprecio. ¿Qué se sabe del barco?

—La Lanza... —titubeó.

—No puedo con él. Es un paranoico —comenzó a andar por la estancia—. Todo peligro, enemigos, demonios, bla, bla... Tengo un límite, ¿sabes? Y ahora tiene bajo un cristal de aumento a la princesa.

—Llegará en un par de días.

—De qué me sirve ser el Emperador si no puedo tener una vida medio decente.

—Bueno, señor. Es la responsabilidad que va con el cargo.

—Fue responsabilidad de mi abuelo cuando logró unificar Reim bajo su mando y de mi padre que lo mantuvo. Yo debería poder disfrutar un poco, pero tengo que aguantar a ese gordo. ¡Es muy desagradable!

—¡Shartzar! —le recriminó el ayudante de cámara— Ten cuidado con esa lengua. Si llega a sus oídos... es cada vez más poderoso.

—Lo mismo me dice Emil.

—Confiad en él, sabe lo que se dice.

—Lo sé —asintió el Emperador—. Ayudó a mi padre hasta que murió y desde entonces me ha apoyado en todo. Y me encanta verles discutir. Pero entre los dos me ayudan con el gobierno. ¿Qué decías del barco? —preguntó cambiando de tema.

—Que salió ayer y posiblemente pasado mañana por la mañana estén aquí.

—Allí donde las montañas —recitó Shartzar— tocaron el mar, se dividieron en dos para dar cobijo a una pura estirpe de Luchadores. Allí se establecieron ya que el clima fue benigno con sus cosechas y las montañas se rindieron ante su espíritu, colmándoles de riquezas. Defendidos por tierra y mar prosperaron...

—Señor —le interrumpió Duiwel—, La Lanza espera. Ya sé que conocéis los libros sobre Axtara y queréis caer bien a la princesa, pero...

—Y aunque no quisiera. Es mi prometida —suspiró—. Hazle pasar pero, Duiwel, ten claro que si yo voy a pasarlo mal ahora, a ti te tocará luego.

* * * * *

—Algo le harías —afirmó Mersha sujetando la copa con fuerza por el movimiento del barco desde que había comenzado la tormenta.

—No, pesada —respondió Lacuisha por enésima vez—. Te lo llevo diciendo desde ayer. Cuando me hizo salir no había hecho más que contestar a sus preguntas. Yo no tengo la culpa de que no le gustaran.

—Por todo lo santo, Princesa. ¿No tienes la culpa? ¿Que no le gustaran? Sólo tienes que aceptar en lo que creen.

—Pero no puedo —se lamentó Lacuisha cogiendo un trozo de bizcocho—. Te juro que lo he intentado. La culpa ha sido de Djavo, me dio una confianza que no le gustó al hacer uso de ella.

—No debes fiarte de ellos, pequeña. Creí que lo sabías.

—Lo sé.

—¿Entonces? —preguntó Mersha que no lograba entender nada.

—Quise probarle —reconoció Lacuisha suspirando—. No me fiaba de él y su falsa confianza, así que le seguí el juego... y le dije algo que escuché en

palacio de pequeña.

—Molgard —dijo sin dudar la dama de compañía.

—Podría ser, no lo sé. El caso es que se lo dije.

—Y no le gustó. Ya sé lo que piensa ese cascarrabias sobre esos dioses. Y no le hagas hablar de Uhnoma.

—Mersha, te lo estás tomando muy bien y eso me preocupa.

—No puedo negar que el que fastidies a esos pomposos sabelotodos me llena de orgullo. Pero —añadió al ver la sonrisa que provocaba su comentario — eso no quita que cuando le veamos le pidamos las dos disculpas del más sentido modo.

—Pero eso sería mentir.

—¿Y? ¿Quieres que La Lanza sea enemigo tuyo desde el momento en que pongas el pie en Paukhorn? Ya tendrás tiempo de ganarte enemigos.

—Intentaré no hacérmelos.

—¡Ay, criatura! Todas las nobles de Reim te odian ya y aún no te han visto. Seguro que desean que la extranjera que les ha robado al mejor partido del Imperio sea fea, gorda y vieja.

—Jo Mersha, yo no quiero eso.

—Bienvenida al mundo del poder.

—Asqueroso.

—Y espera. No quiero asustarte, pero intentarán hacerte todo el daño posible.

—¿Estarás a mi lado?

—Siempre, cariño —respondió Mersha levantándose para abrazar el pequeño cuerpo tembloroso de la princesa.

El momento fue roto por pasos rápidos y desordenados sobre sus cabezas. Eso asustó a Mersha, pero no a la princesa que, olvidando sus preocupaciones, se dirigió hacia la puerta.

No hizo caso de los intentos de su dama de compañía por detenerla y la abrió para encontrarse con el contramaestre de bruces.

—¿Qué sucede? —preguntó la princesa gritando sobre el sonido del viento.

—No se preocupe, princesa —respondió Mahau adelantándose al capitán con una expresión en el rostro que Lacuisha jamás había visto—. Volved dentro.

—No, Capitán —respondió Lacuisha de forma automática al jefe de su

guardia sintiendo un extraño poder—. Si estamos en peligro debemos saberlo.

—El vigía asegura —respondió el marinero— que con uno de los rayos ha visto un barco completamente negro, velas incluídas.

—¿Piratas? —preguntó Lacuisha a Mahau.

—No en estas aguas tan cerca de Paukhorn —se volvió al contramaestre—. ¿Puede haber sido una falsa alarma?

—Lo... lo dudo señor —respondió éste palideciendo frente a la luz que salía del camarote—. Es de plena confianza y un experto en su puesto.

—¿Puedo subir?

—¿Ahí arriba? ¿Con este tiempo? Es su vida.

—Mersha —dijo Mahau soltando el cinto y la espada mirándole a los ojos.

—Descuida, la protejo —respondió ella cogiendo el arma.

El soldado, completamente mojado, llegó hasta la base del palo mayor donde se encontraba la cofia esquivando a marineros y a sus propios soldados que, en silencio y con las armas preparadas, se distribuían por el barco portando antorchas que temblaban por la acción del colérico viento. Levantó la vista, respiró hondo y comenzó la escalada ante la atenta mirada de las dos preocupadas mujeres. Con gran agilidad y mucha seguridad en cada uno de sus movimientos, llegó a su destino en pocos segundos.

Se acercó al vigía que le señaló un punto hacia delante y gesticuló algo que desde abajo no se pudo distinguir. Entonces dos rayos casi consecutivos convirtieron la noche en día durante unos instantes que los dos aprovecharon para otear el horizonte.

En la cubierta todos esperaban inmóviles aguardando a que sucediera algo, aunque nadie sabía qué podía ser. Lacuisha bajó la cabeza ya que le dolía el cuello de mirar hacia arriba y apretó la mano de Mersha.

—¿Crees que pueden ser de Zinos? —preguntó.

—Espero que sean unos pobres pescadores que no pudieron evitar la tormenta y traten de volver a casa.

—Esperar y creer es muy diferente Mersha. Dime lo que crees.

—Nada hasta que Mahau baje de ahí y nos diga qué ha visto.

Volvieron a quedarse en silencio mojándose bajo la lluvia sin saber cuánto tiempo había pasado cuando Mahau llegó junto a ellas.

—Sí que hay un barco —dijo— pero está muy lejos y parece no venir hacia

nosotros. Dice el vigía que va más allá de Paukhorn, pero que no lo reconoce como de Zinos o Reim.

—¿Lo has visto? —preguntó la princesa.

—¿Estamos a salvo? —preguntó a la vez Mersha.

—Sí y sí. Parecía ser realmente negro, pero con tan poca luz y tanta distancia cualquiera sabe. Y ahora —continuó pero cambiando el tono de voz — deberíais volver dentro y secaros. Mañana llegaremos a Paukhorn y no quiero que lo primero que vean vuestro sea una nariz llena de mocos.

* * * * *

—¿Ya está todo preparado? —preguntó Shartzar a Duiwel.

—Hace horas que lo está, señor —respondió el chambelán—. Si hubiéramos salido cuando le indiqué y supliqué, habríamos cruzado la ciudad sin paradas hasta el puerto.

—¿Ocultándome de mi propio pueblo? ¿Acaso les temo y no lo sabía?

—Desde luego que no. Pero está todo abarrotado por la celebración y tendremos...

—Deja ya de protestar —le cortó el Emperador—. Todo este... boato que hay organizado fue idea tuya y de mi padre cuando comprasteis a esa niña para mí.

—¿Cómo? —preguntó Duiwel boquiabierto.

—Pues lo que he dicho —afirmó Shartzar mirándose al espejo—. Negociasteis con Mikkel su boda conmigo a cambio de tratados, negocios y cosas por el estilo. Y ahora ni ella ni yo tenemos opción.

—Te aprecio mucho, Shar —dijo Duiwel usando el diminutivo que sólo él y su madre habían usado— pero eso que dices es una barbaridad y una ofensa a la memoria de tus padres, Titre los tenga en su gloria. Y como no quiero discutir contigo y menos hoy, te espero fuera.

—Eso, ve a hacer compañía a la parejita. Creo que es lo único bueno de hoy.

Duiwel no escuchó la última frase ya que había cerrado la puerta tras él. Con paso decidido entró en la cámara donde se encontraban sentados y en silencio Emil y Caleb. Las dos figuras, junto al Emperador, que ostentaban el poder en Reim.

—Buenos días nos de Titre —saludó al entrar.

—Sean venturosos también para ti —le respondió La Lanza.

—¿Le falta mucho? —preguntó el capitán de la Guardia Imperial visiblemente inquieto.

—Ya sabes cómo es —respondió Duiwel—. Le gusta ser el centro de atención.

—Por eso mismo te dije que saliéramos más pronto. Ya se distingue el barco de Axtara. Sólo faltaría ahora que se presentara tarde ante su prometida.

—Por eso descuidad, lo tiene todo demasiado calculado. Por cierto —dijo tratando de cambiar de tema—. ¿Cómo va la búsqueda del muchacho?

—Aún no sabemos nada de él, pero los caminos están llenos de soldados, en todas las tabernas tienen su imagen y dentro de la ciudad más de lo mismo.

—Titre mismo nos lo entregará. No os preocupéis por eso, pensad que hoy es un día de gran alegría para todo el Imperio. Van a conocer a la próxima Emperatriz.

Aunque Duiwel se esforzó por mantener la conversación viva, era a todas luces visible que esos dos no soportaban estar juntos en la misma habitación y mucho menos escucharse el uno la otro, por lo que optó por levantarse y pasear por la cámara hasta que el Emperador decidiera que había llegado la hora de salir a recibir a la princesa Lacuisha.

—¡Vaya caras! —sonó una voz con tono divertido—. No sé si irnos al puerto o quedarme aquí a miraros.

—Alteza —dijo Emil poniéndose en pie y cuadrándose en un solo movimiento—. Deberíamos haber salido hace horas.

—Ya, ya lo sé —respondió Shartzar agitando la mano con aire distraído—. Me ha dicho lo mismo Duiwel hace un rato y yo le he preguntado si debo ocultarme de mi pueblo. ¿Qué opinas tú?

—La carroza está lista mis señores —intervino el chambelán antes de que nadie pudiera responder y no se movieran de allí en un rato.

En comitiva, guiados por el chambelán y con otros diez guardias que les esperaban, llegaron a la carroza del Emperador. Tras ayudar a subir a los tres, Duiwel ascendió al pescante junto al cochero y con una señal, todos se pusieron en marcha. Al atravesar las puertas del Palacio, una impresionante multitud esperaba desde hacía horas para poder ver, por unos instantes, a los

gobernantes de sus vidas.

Para sorpresa de Duiwel, la masa de personas se apartaba al llegar ellos para volver a cerrarse a sus espaldas, por lo que pudieron avanzar a una velocidad bastante buena. Los vítores y aclamaciones eran ensordecedoras hasta llegar a la entrada del puerto, donde tanto Guardias de la Ciudadela como soldados del Imperio habían bloqueado el paso a todos excepto a la nobleza, que se encontraba esperando en unas coloridas y grandes tiendas escuchando las tonadas que interpretaban un sinnúmero de músicos.

Entre aplausos, la carroza se detuvo, los guardias bajaron de los caballos y formaron un pasillo hasta unas gradas decoradas con los colores de todas las familias importantes de Reim y por encima, extendido al máximo por el viento que venía desde el mar, el escudo que imperaba sobre todas ellas: la de Shartzar II Emperador de Reim por la gracia de Titre.

—¿Está listo, alteza? —preguntó Duiwel cuando al fin se encontraban todos en sus posiciones.

—Acabemos cuanto antes con ésta... como quieras llamarla —le respondió en voz lo suficientemente suave como para que nadie más a su alrededor le escuchara.

Duiwel hizo un asentimiento hacia Emil, que indicó a uno de sus oficiales que procediera. Éste izó en un pendón hasta ese momento vacío la bandera de Axtara hasta ponerla al mismo nivel que la del Emperador.

—¡Es la señal! —gritó el capitán del navío en respuesta al aviso del vigía dirigiendo la mirada hacia Lacuisha—. ¿Vamos?

—Claro —suspiró Lacuisha—. Terminemos rápido ésta... cosa.

—¡Princesa! —le recriminó Mersha mientras el barco tomaba rumbo al puerto de Paukhorn.

—Déjame mis últimos minutos de libertad —Lacuisha suspiró de nuevo observando cómo su futuro se hacía real en forma de banderas y tiendas de colores—. No os fallaré, padres.

Con paso decidido, la princesa avanzó hasta la proa del barco para ser recibida por su nuevo pueblo. Unos instantes después notó cómo Mersha, rozándole la mano se colocaba a su derecha y Mahau, con sus mejores galas, a la izquierda para que no le quedara duda de que no iba a estar nunca sola en esa tierra extraña.

Paukhorn (3)

—Bueno ¿qué? —preguntó Pen— ¿Piensas levantarte hoy?

—Uf —se quejó Héctor—. Me duelen hasta los pelillos de la nariz.

—Después de lo de ayer, no me extraña —opinó Pen divertido tirando del brazo de Héctor para sacarle de la cama—. pero es dolor agradable, ¿no?

—Sí, la verdad que sí. Oye, Pen, ¿hay algún sitio aquí para... aliviarme?

—Ahí fuera, a la derecha. Espero que aguantes sin respirar, porque parece que alguno de nuestros vecinos no tolera muy bien el alcohol.

Mientras Héctor salía, Pen recogió las pocas pertenencias que tenían y se quedó mirando un rato la daga del chaval y cómo seguía estando tan bien afilada. Al escuchar ruido al otro lado de la puerta la ocultó justo a tiempo ya que ésta se abrió de golpe para dejar ver al hombre que les había alquilado la habitación.

—Si pensáis quedaros —casi gritó con voz enronquecida— págame ya. Si no, largaros cuanto antes... y eso es ya.

—¿Qué sucede? —preguntó Héctor desde detrás del hombre.

—Nada, tranquilo Hec... chaval —respondió Pen evitando usar el nombre, por si acaso—. ¿Nos quedamos otra noche?

—Me parece bien. No conocemos otro sitio aquí.

—Pero hoy es el doble —negoció el dueño de la habitación con brillo de codicia en los ojos y la mano extendida—. Va a haber mucha más gente que ayer y aquí podría meter hasta cinco personas. No sé si me entiendes.

—Sí, claro que lo entiendo —aceptó Pen contando las monedas—. Pero esta noche cenaremos algo más que pan y agua, espero.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido el hombre.

—No te preocupes. Con que lo dejes por ahí tapado con un trapo para que no se lo coman todo las ratas, nos sirve.

—¿Por qué hay tanto jaleo? — quiso saber Héctor al sentirse en el suelo la vibración que producían los gritos de toda la ciudad.

—Hoy llega la princesa de Axtara —respondió el hombre con gesto despectivo—. Va a casarse con el Emperador. Como si no hubiera buenas mujeres aquí. Eso que oyes es el paso de la comitiva que le lleva a él, a La Lanza y a los demás mandamases al puerto.

—¿La Lanza? —inquirió Héctor echando la mano a la espalda sin encontrar la daga. Al mirar a Pen vio cómo éste le hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Sí, muchacho, sí. En carne y hueso —respondió el hombre—. Igual por esa ventana ves algo, aparte de cabezas.

El chico salió corriendo hacia donde le habían indicado dejando solos a los dos hombres.

—Aquí tienes —dijo Pen poniendo las monedas en la mano aún extendida del hombre.

—Gracias. Eh, ¿qué es eso?

—¿El qué...? Ah, el gato del chico.

—Te puedo hacer una buena rebaja en el precio de hoy y mañana si me lo das.

—¿Al gato?

—Hay mucha gente y poca comida —respondió el hombre guiñando un ojo—. Con ese bicho se puede hacer un buen guiso.

—Te agradezco la oferta, pero no. Le tiene mucho cariño.

—Bueno, los gatos tienden a escapar. Ya sabes, lo entendería. Pasa mucho en las ciudades con tanto ruido.

—Ya tiene el dinero para hoy. Váyase, por favor.

—Vale, vale. No te enfades. Pero si cambias de idea, dímelo —se despidió y salió de la habitación al tiempo que volvía Héctor.

—¿Has visto algo? —le preguntó Pen.

—Una carroza, soldados y toda una multitud aclamando.

—¿Nada más?

—Imposible ver nada más. ¿Mi daga?

—Debajo de las bolsas. Pero recuerda que ese no es tu enemigo. Si trataras de acercarte estarías muerto antes de darte cuenta.

—No soy idiota, Pen. Ha sido un acto reflejo.

—Vámonos ya a ver si nos enteramos de algo útil. No te olvides del gato.

—Claro que no ¿por qué?

—Digamos que le he cogido cariño —respondió Pen cogiendo las bolsas y dando por terminada la conversación.

Salieron a la calle, que ya se iba despejando un poco de la muchedumbre tras el paso de la comitiva. Unos volvían a sus casas y otros se dirigían a sus

quehaceres diarios. Mirando a uno y otro lado, buscando donde no hubiera guardias que pudieran reconocer a Héctor, que sólo llevaba la capucha para no ser reconocido, comenzaron a andar en la dirección convenida.

—¿Qué crees que debemos buscar? —preguntó Héctor.

—Vamos a ver si podemos llegar al puerto y ahí localizar a algún pescador con el que hablar.

—Casi mejor que lo que había pensado yo.

—¿Y era?

—Salir de la ciudad y ponernos a buscar un lugar apropiado.

—¿Así, a lo bestia? Con lo que nos costó entrar ¿verías normal salir?

—No —respondió Héctor a la defensiva—. por eso te lo digo, no te pongas así.

—Lo siento, discúlpame. Pero no me gusta esta ciudad y eso me afecta al humor.

—Es todo como... exagerado ¿no?

—¡Sí! Nunca he estado más de una noche en Elknok y ¡metido en la taberna!

—Son sólo unos días, Pen.

—Pero qué días ¿eh?

—Si no te importa, prefiero no pensar en ello —respondió Héctor jugando con la pulsera y con la mirada perdida.

—Me parece muy bien. No te muevas de aquí que voy a buscar el camino, si no acabaremos perdidos.

Dejando a Héctor solo, se metió en una panadería de donde salió un rato después con un trozo de pan recién hecho que compartieron.

—¿Ya sabes hacia dónde?

—Sí —respondió Pen—. Estaremos allí enseguida.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Hazlo.

—¿Cómo vamos de monedas?

—Vamos bien —mintió Pen—. No te preocupes por eso, que hay cosas más importantes.

—De acuerdo. No es malo este pan.

—Eso lo sabes mejor que yo. Tú eres panadero.

—Aprendiz, Pen. El panadero es Patrick.

—Tu padre.

—Me cuesta decirlo —reconoció Héctor—. Con mi madre no me pasa, pero a él... ¿Hemos tenido ya esta conversación?

—Creo que sí. Al final va a resultar que eres un pesado. ¿Qué harías para mejorar este pan?

—Meterle dentro un trozo de chorreante cerdo asado.

—Eres idiota, Héctor. Me refiero al sabor, la textura.

—No lo sé. Y si estás pensando que entre ahí a decirles cómo hacer su trabajo, no tengo la más mínima intención de hacerlo.

—¡Qué va! —mintió Pen pensando en el dinero—. Sólo era por saber cuánto sabes de pan.

—Suficiente como para no meterme en líos, que bastante mal lo tenemos de momento para enredarlo todo más. ¡Joder Pen! Que el crío soy yo, no tú.

—Te tomas las cosas a la tremenda. ¿Nos vamos?

—El camino lo conoces tú —reprochó Héctor— y si no te pones en marcha no hacemos nada.

—Deberíamos tranquilizarnos porque vamos a acabar discutiendo y no debemos llamar la atención.

—Perdona pero mientras comía el pan me ha dado un agobio terrible.

—No pasa nada. Vamos, que el tiempo es oro.

Comenzaron a andar de nuevo en la dirección que le habían indicado a Pen en la panadería atravesando la ciudad, ya que habían pasado la noche prácticamente en el otro extremo. A lo largo de todo el recorrido, siempre sobre ellos, se veía un halcón dorado inmenso, símbolo del poder de la iglesia en la ciudad.

—¿Lo has visto? —preguntó Pen.

—Es el gran Templo de Titre.

—¿Cómo lo sabes? No te he visto preguntar a nadie.

—No lo sé —respondió Héctor subiendo los hombros—. Pero lo sé.

—Me vuelves a asustar.

—¿Como en el camino?

—Sí Héctor, igual que ahí.

—De todas formas —opinó levantando la vista—. Es obvio lo que representa y no me parece tan especial ¿no?

—No lo sé. Pero todo este viaje está resultando de lo más extraño.

—¡Eh, eh! —exclamó Héctor cogiendo a Pen del brazo para detenerle—.

Ahora no vayas a decir que los dioses están interviniendo en esto o algo por el estilo.

—No te preocupes que no tengo intención de empezar a creer en ellos ahora.

—Pues entonces deja el tema, ¿vale?

Volvieron a ponerse en marcha y Héctor repitió a Pen la parte de su viaje con Douglas y Johanna, ya que tanto carro cargado le recordaba a esos días, y los recordaba con cariño.

—Cualquiera diría que hablas de hace años.

—Cierto —reconoció Héctor riendo—. Y sólo ha pasado una semana. Pero sí que me noto muy cambiado en comparación a cuando salí de casa de mis padres.

—¿Piensas en ellos?

—Bastante. Supongo que estarán asustados y preocupados, pero como no tengo forma de comunicarme con ellos, intento no hacerlo.

—¿En qué piensas para no pensar?

—En Penélope.

—Que esa es la de... —hizo memoria—. Donde te dormiste ¿no? Y te llevaron al río y luego fue lo de la balsa.

—Exacto.

—Y por la cara que pones al nombrarla cualquiera diría que estás enamorado de ella.

—No sé lo que siento pero, y no te rías, ayer pensé bastante en ella.

—Ah, pillín. ¿Con la puta? ¿Estando en faena o después?

—Después, después. Es que jugando con ella sentí cosas que... Oye cabrón, deja de sonreír de ese modo.

—No puedo evitarlo —se excusó Pen—. Cuando pones esa carita y hablas en ese tono veo al niño que eres realmente.

—No soy tan niño —protestó Héctor.

—Si lo piensas bien y quitas éste último mes de vida, ¿qué hay?

—Vale —concedió—. Soy un niño, de acuerdo.

—Aunque más maduro que muchos de los hombres que conozco.

—¿Te vas a poner de acuerdo contigo mismo? Al final me vas a volver loco.

—Sólo te falta eso para completar la escena.

—¿No te han dicho nunca que eres un poco cabrón?

—Tú, hace sólo un rato.

—Piensa en ello. Por algo será.

Sin darse cuenta y cruzándose cada vez con más gente, al fin llegaron al puerto que todavía seguía mostrando señales de la fiesta de recibimiento de la princesa Lacuisha, terminada hacía horas.

—Ha debido de ser sensacional —opinó Héctor.

—La verdad es que sí. ¿Te imaginas cuántos soldados habría por aquí hace un rato?

—Prefiero no pensarlo Pen, si no, echaré a correr.

—Sí, ya, seguro.

—Es impresionante, ¿verdad?

—¿El mar?

—Sí, es inmenso.

—Y bonito —reconoció Pen.

—Y por ahí —dijo Héctor al cabo de unos segundos— hay un barco que está viniendo a por mis hermanas. Malditos hijos de puta — maldijo con los dientes apretados.

—Bueno, veamos por dónde empezar. Si ese barco imagino que es el de la princesa y estos otros, los comerciantes... ¿Dónde están los pesqueros?

—Supongo que deberían de ser más pequeños. Pregunta a alguien.

—¿A quién? No veo a nadie.

—Allí hay un tipo —señaló Héctor—. Está pasando por detrás de esas jaulas tan raras.

—¡Uy, no! Mira el color de su piel. Seguro que no es de por aquí.

—¿Y qué sabemos? Nosotros tenemos el color de piel normal y tampoco somos de por aquí, como dices tú. ¡Perdona! —gritó yendo hacia el hombre—
¡Disculpa!

Pero el hombre de la piel oscura le miró extrañado y le respondió en un idioma que Héctor no comprendió. Un tipo de lenguaje brusco que el muchacho dudó que hasta entre ellos se entendieran.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Pen cuando volvía.

—No tengo ni puta idea —respondió Héctor riendo—. Creo que no era de por aquí.

—¡Vaya dos paletos!

—¿Qué hacen aquí? —preguntó una voz autoritaria tras ellos.

—Bu... buenos días —saludó Pen con la mirada baja recordando el encuentro con los soldados llegando a la capital—. Somos nuevos en la ciudad y he traído a mi hijo para que viera el mar.

—Es su primera vez ¿verdad? —preguntó revolviendo el pelo de Héctor. Puso las manos en la cintura y se volvió hacia la inmensidad azul—. Yo prácticamente nací en un bote pesquero y no me canso de mirarlo.

—¿Es usted pescador? —quiso saber Héctor.

—Ya no, hijo. Ya no. Soy muy mayor para esa vida. He perdido reflejos y estas manos ya no tienen la misma fuerza de antes. ¡Te habría partido en dos sin parpadear!

—No lo dudo —respondió Héctor mirando las manazas del hombre.

—¿Pero qué maleducado soy! Mi nombre es Kabba —se presentó.

—Yo soy Pen y éste es mi hijo Nestor —respondió mintiendo — y somos pastores, pero aprovechando la celebración hemos venido a la ciudad.

—No me extraña. Así podréis ver toda la grandeza de Titre en primera persona. Y para eso no hay nada como el mar.

—Sí que es casi increíble que exista algo así.

—¿Cómo se podría dar una vuelta por él? —preguntó Héctor, ganándose un codazo de Pen.

—Ja, ja, ja. Deja al chico. ¿O temes que cambie tus ovejas por los peces? No sería el primero. ¿Te gustaría navegar?

—¡Sí! —gritó el chico— ¿Tiene barco?

—Tengo dos —afirmó orgulloso Kabba—. Pero hasta mañana no vuelven. Si queréis, venid aquí mañana por la tarde y hablamos con mis hijos a ver qué se puede hacer.

—¿Cree que se podrá? —siguió preguntando Héctor.

—Los barcos son míos y los hijos que los llevan también. No habrá ningún problema.

—¡Muchísimas gracias, Kabba! —gritó Héctor casi dando saltos de entusiasmo bajo la divertida mirada del pescador.

—Se lo agradecemos mucho y si quiere que le paguemos algo...

—¡Por favor, Pen! —le interrumpió Kabba—. La alegría de este chaval es más que suficiente. Y ahora deberían ir a la zona del Templo, está todo precioso y mañana será imposible que puedan ver nada con toda la gente que

habrá por ahí.

—Hasta mañana entonces —se despidieron.

Dejaron a Kabba mirando el mar y volvieron sobre sus pasos en silencio hasta llegar a una distancia que Pen consideró prudente.

—¿Eres tonto o qué te pasa? —le preguntó al fin.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho ahora?

—¿Salir a pasear en su barco?

—Necesitábamos un pescador que nos llevara, ¿no? Pues ya lo tenemos y con mi “alegría infantil” —continuó, usando un tono burlón—, puedo preguntarle, hacer que nos lleve donde queramos y que nos muestre dónde hacer un desembarco ¿O has tenido una idea mejor?

—No, no. Lo siento. Estoy nervioso —respondió Pen abrumado—. No sé si conozco a alguien aquí. Llevo pensándolo hace días. Creo que sí, uno que se casó hace años y vino a vivir aquí, pero esto es inmenso, así que ni intentar recordar su nombre será útil.

—Pues vale ya ¿no? Se me acaba el tiempo y voy a hacer lo que sea preciso para recuperar a mis hermanas. Con tu ayuda o solo o utilizando al que sea. Y si tengo que volver a matar lo haré, o robaré me da igual. No me importa una mierda nada. Me quedan... horas, ya no cuento ni siquiera días.

—¡Cálmate, idiota! —le reprendió Pen empujándole contra una pared—. ¿Vas a gritar tus planes a toda la ciudad? Ya nos la estamos jugando sin que lleves ningún disfraz y hablando con ese pescador para que la fastidies ahora con esa boca.

“Me jodió mucho que Roy te trajera conmigo. Mataron a algunos amigos, buenos amigos y ahora estoy aquí contigo ¿no? Claro que va a ser con mi ayuda, estúpido. Ahora respira hondo y piensa un poco. Contamos con la ayuda de ese hombre —continuó Pen señalando hacia atrás con el pulgar izquierdo— que orgulloso le contará a sus hijos y a todo el que le pague una copa de vino que dos pastores quieren navegar. Mañana nos conocerán y te verán la puta cara. ¿Olvidas que tienen tu retrato? ¿Que el puerto era seguro solamente hoy? Salir y entrar, no volver aquí más, no dejar rastros.

—¿Cómo ayer que no dormimos donde te dijeron?

—Exacto. Hay que aprovechar que esta ciudad es enorme para pasar desapercibidos. Es que sólo te ha faltado limpiarte las uñas con ese cuchillo que llevas.

—Lo siento, Pen, me pareció una gran idea.

—Pues piensa, joder, piensa. Ahora no debemos, no podemos volver aquí.

Una vez bajada la emoción inicial de Héctor y con la reprimenda que le había caído encima, no pudo evitar que sus sentimientos le abrumaran. Y aunque intentó aguantarse, comenzó a llorar sintiendo como todo su cuerpo se sacudía por la intensidad. Suspirando, Pen le abrazó torpemente y le ayudó a sentarse en el suelo dejando que el ataque pasara solo. Creyó que era buena idea dejar que Héctor sacara de dentro todas las tensiones que durante el último mes se habían acumulado en su interior.

—No podemos fiarnos de nadie, ¿no? —preguntó Héctor al cabo de un rato.

—Lamentablemente, no. ¿Qué quieres hacer ahora?

—No sé por qué, pero me gustaría ir al Templo.

—¿Cómo? —gritó Pen— ¿No has oído nada de lo que te he dicho?

—Claro que sí y te lo agradezco —respondió Héctor poniéndose en pie—. Pero... no sé cómo explicarlo. Creo que tengo que ir allí.

—¿Crees? —resopló Pen—. Vamos, creo que es por ahí. Un placer haberte conocido.

Comenzó a andar a paso vivo seguido por Héctor, al que le costaba mantener el ritmo. Dejaron atrás la zona del puerto y el olor salado que les había rodeado desapareció en unos minutos. Ningún rastro quedaba en la cara del muchacho que demostrara lo que había llorado cuando al fin alcanzó a Pen y le obligó a detenerse.

—¡Pen! ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada y ¿a ti? Eres tú el que quiere ir al templo a dejarse ver.

—Por todo lo... ¿No ves que estamos rodeados de gente? Con la capucha soy sólo uno más entre la multitud. ¿Tan tonto me crees?

—No, pero no me esperaba que quisieras meterte en la boca del lobo ¿Qué crees que vas a encontrar ahí?

—Supongo que nada —respondió Héctor aliviado al ver que Pen se calmaba—. O sólo quiero demostrarme que no les tengo miedo.

—Al final voy a tener que llorar yo también para aliviar tensiones y tener las cosas claras.

—No te creas que te quedas tan a gusto.

—Por lo menos sí que parece decidido, así que esa cabeza sabe algo

aunque no te lo diga.

—Mmm. No me consuela ¿sabes lo que sí me consolaría?

—¿El qué?

—Comer algo caliente.

—Por aquí huele... —Pen husmeó el aire— a pescado frito.

—Me parece bien.

—Ala.

—Venga.

—Entra.

—Pagas.

—Mierda de crío —rio Pen dándose por vencido sujetando la puerta—. Tanto cambio de humor me va a volver loco.

La proximidad al puerto era evidente en cada centímetro del local, al que accedieron bajando unas escaleras de madera que habían conocido, sin duda, momentos mejores. Por la pared se mezclaban timones, redes de pesca y anclas de todo tipo y tamaño y en la atmósfera dominaba el olor del pescado, tanto crudo como cocinado.

Héctor y Pen se sentaron en una de las muchas mesas vacías y llamaron la atención de una chica con un gesto de la mano.

—Buenas tardes —saludó ésta.

—Hola —respondió Pen—. ¿Cuál es la especialidad de la casa?

—Guiso de pescado con arroz y patata.

—¿Frito?

—También —respondió ella dejando claro que no le importaba lo que pidieran.

—¿Con aceite o manteca? —preguntó Héctor.

—Con la grasa de otros pescados.

—Pon eso y cerveza.

—Enseguida —respondió la camarera dirigiéndose hacia la cocina.

—Un servicio exquisito, ¿no? —preguntó Pen sonriendo.

—Sí, pero hazme un favor.

—Claro Héctor, dime.

—No vayas a buscarme otra mujer para subir con ella.

—Ja, ja, ja —Pen rio con ganas— ¿No te gustó?

—Mucho, mucho. Pero me moría de la vergüenza.

—De acuerdo. Cuando quieras acostarte con una mujer, te la buscas tú solo.

—Trato hecho —suspiró y le cambió la expresión de la cara—. ¿Crees que me estarán buscando?

—Llevo todo el día pensando en ello, y no sé qué decirte. En la puerta de la ciudad sí que tenían tu retrato. Pero aquí, dentro de los muros... ni puñetera idea. Tienen mucho follón con toda la celebración y los mercaderes y eso...

—¿Quién os busca? —les interrumpió la camarera soltando la comida sobre la mesa—. Aquí no queremos problemas. Así que comed e iros.

—No te preocupes que tardaremos poco —le respondió Héctor levantando las manos en un intento de parecer inofensivo— y no volverás a vernos.

—Mientras no hagáis destrozos aquí... pero espero que sean los soldados.

—¿Y eso? —preguntó Héctor, que había tomado la iniciativa.

—Porque son casi inofensivos.

—Vale, pero... y ¿si fueran... los otros?

—Os recomendaría desaparecer lo antes posible.

—¿Peligrosos?

— Eso sería casi lo más dulce que se podría decir de ellos —respondió la camarera bajando la voz a casi un susurro—. Y según lo que digan de vosotros... Bueno, que no se corra la voz.

—Nos lo pones feo.

—Os lo pongo como es. Pagad, comed e idos.

Se quedaron solos en la mesa mirando los platos y sin decir nada ninguno de los dos. De forma mecánica comenzaron a comer, rápido y sin ganas para salir lo antes posible del local. De repente, todos los que les rodeaban se habían convertido en posibles enemigos y cada vez que se abría la puerta miraban aterrados.

—Vámonos Pen —dijo Héctor apurando la copa—. No aguanto un minuto más aquí dentro.

—Buena idea. ¿Sigues queriendo ir a...?

—Sí.

—¿Aún con lo que ha dicho?

—Sí, Pen. Lo siento. Si quieres quedarte, hazlo. De verdad que no pasa nada.

—Idiota —dijo el pastor dejando alguna moneda sobre la mesa—. Vámonos y no vuelvas otra vez con eso. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, Pen. Gracias.

—De nada... supongo.

—Como no quiero discutir, vamos a dejarlo ya y salgamos.

Con cierto temor, salieron a las calles abarrotadas de Paukhorn donde ahora veían peligros en cualquier esquina y trataban de evitar los grupos de Guardias de la Ciudadela que aumentaban a medida que se acercaban al Templo. Pen había desistido de intentar convencer a Héctor de la mala idea que era tratar de llegar allí, pero, sin darse cuenta, la corriente que formaban los fieles les engulló y sus movimientos dejaron de tener voluntad propia para convertirse en parte de un todo. Al contrario que su amigo, Héctor avanzaba con tranquilidad como si nada le preocupara y estuvieran allí como todos los demás.

Poco a poco, el brillo del sol les iluminó a todos tras reflejarse sobre la imponente figura del inmenso halcón que se encontraba situado sobre una cúpula de mármol blanco pulido que remataba un edificio del mismo material.

La gente, cada vez más nerviosa se iba deteniendo y alzaba la mirada hacia el Templo con los ojos rebosantes de deseo y devoción. Héctor, como esperando algo, miraba alrededor manteniendo cerca a Pen, que sufría temblores debido al pánico. Entonces, por uno de los lados de la gran plaza que rodeaba al Templo, fue haciéndose el silencio. Un silencio espeso que cayó sobre todos los presentes como una losa.

—Vámonos —dijo Héctor empujando a su amigo—. ¡Vámonos ya!

—La Lanza —susurró alguien cerca de él.

—Te sigo, Héctor.

—Sí. La Lanza.

Más y más voces se fueron uniendo, no ya en susurros si no en un clamor hipnótico. A contracorriente salieron pronto del grueso de fieles que dirigían sus manos hacia una silla cubierta que llevaban en hombros cuatro esclavos.

—¿Dónde vamos? ¿Ves cómo no era una buena idea?

—Eh... —dudó Héctor mirando alrededor—. Por allí no.

—¿Por dónde? ¿Por la carnicería?

—Lo he soñado.

—¿El qué?

—Todo —respondió Héctor deteniéndose—. Desde la piedra donde

encontré a Chico hasta ahora.

—¿Y?

—Por ese callejón vienen los soldados que nos atacaron en el camino.

—A ver, espera —le interrumpió Pen—. Todo esto lo soñaste ¿no? Y por eso querías venir aquí.

—¡No! Al ver la carnicería me ha venido todo de golpe.

—¿Y? —preguntó Pen totalmente desesperado.

—Algo doloroso y... terrible. Vámonos, por favor.

—Bien —aceptó el pastor mirando alrededor y soportando los empujones de los fieles—. ¿Qué tal por esa calle?

—Sí, vale —Héctor respondía de forma mecánica e inmóvil, era incapaz de dejar de mirar el callejón.

Veinte metros les separaban de la carnicería, pero para él era como estar en los dos lugares a la vez. Lentos pero con paso seguro y riendo, observó cómo llegaban hacia él y atravesaban una de sus dos presencias. Lo vio claramente, era el que había logrado huir corriendo. Cualquier duda que pudiera haber tenido quedó disipada con el apretón que le dio Pen en el brazo y le hizo volver a la realidad con un escalofrío.

—¿Es él? —preguntó el pastor con voz temblorosa.

—Sí —respondió Héctor en un susurro mirando al soldado que lentamente le devolvió la mirada y se detuvo—. Vamos, vamos.

Se dieron la vuelta en la dirección que había indicado Pen y, tratando de no llamar la atención, comenzaron a andar por otra calle. Con disimulo, Héctor se iba dando la vuelta para ver si les seguían y poco a poco fue calmándose. Cuando se lo fue a decir a Pen vio cómo se desplomaba ante su asombro a la vez que un golpe en la nuca le nubló la mirada haciéndole caer sin control.

* * * * *

—No puede ser él.

—Estoy seguro —dijo el soldado a sus compañeros—. No puedo olvidar ese rostro ni esa mirada... ni la daga que clavó en la espalda de Melk.

—¿Les seguimos?

—¡Puf! No sé por dónde se habrán ido. Hay demasiada gente. Pero sé lo

que debo hacer.

—¿El qué?

—Hablar directamente con La Lanza.

—Eso tú. Conmigo no cuentas.

—Ni conmigo —añadió otro levantando las manos—. La cagasteis vosotros, los aquí presentes no tuvimos nada que ver.

—Debo ir.

—Espera. ¿Vas a decirle a Su Pureza que dejaste escapar a ese muchacho?

—Ese muchacho —respondió mientras se acercaban a la entrada trasera del Templo— como tú lo llamas, animó a esos pastores para que nos devolvieran el ataque y yo sobreviví por la gracia de Titre.

A pesar de sus palabras, cada vez estaba más nervioso y preocupado. Le venían a la cabeza las historias que se contaban sobre desapariciones de oficiales y Elegidos que no cumplían con las expectativas del “jefe”. Le hicieron esperar en una habitación llena de ostentosos objetos de metales brillantes y piedras preciosas.

—¿Cuál es el motivo de tu visita? —le preguntó un Guardia de la Ciudadela.

—Tengo información importante para Su Pureza.

—Si no eres más claro, tardarás en pasar.

—Nos atacó a mitad de camino de Elknok hará una semana.

—¿Quién os atacó? Sé más preciso.

—Un muchacho con un cuchillo... especial.

—¡Uh! —exclamó el guardia cambiando el tono—. ¿Hace mucho de eso?

—Como una semana o por ahí. ¿Suficiente para que le avises?

Pero el guardia no le respondió porque ya no se encontraba allí. Al escuchar cuándo le habían visto y dónde, se dio la vuelta hacia el pasillo por el que había llegado. El soldado sorprendido por esa reacción, se inclinó hacia delante en el asiento y, cerrando los ojos, prestó atención por si escuchaba algo. Con dificultad pudo oír, pero no entender una serie de gritos, seguidos del golpe de una puerta y los apresurados pasos del guardia que, descompuesto, volvió a la habitación.

—Sígueme —le ordenó.

Sin esperar respuesta giró sobre sí mismo y avanzó por el pasillo iluminado con antorchas. Se cruzó con otros guardias que permanecieron inmutables. Antes de pasar junto a otra pareja, al otro extremo del corredor, su guía le indicó una puerta y dio dos golpes.

—¡Pasen! — Respondió una voz cargada de autoridad.

—Su Pureza —saludó el guardia— este es el...

—¡Ya! —le cortó La Lanza—. Ya has hablado suficiente. Titre sea contigo, hijo —saludó a recién llegado—. Cuéntame tu historia.

—Bien —respondió el que había atacado a los pastores sorprendido por el cambio de tono—. Hará unos casi diez días, no lo sé seguro, atacamos a un grupo de pastores cómo tantas veces. La diferencia fue que éstos nos devolvieron el ataque, azuzaron a sus perros y tenían a ese chaval que he visto hoy.

—¿Qué? —gritó Caleb—. Disculpa. ¿Has visto a quién?

—Al chaval.

—No lo creo ¿verdad? —preguntó mirando a su guardia—. ¿Dentro de la ciudad? ¿Esta ciudad?

—Sí —respondió el soldado aunque ninguno de los dos lo miraba.

—¿Era éste? —quiso saber La Lanza mostrándole un retrato que había cogido de la mesa.

—Sin ninguna duda. Asesinó por la espalda a mi compañero lanzándole un cuchillo decorado con un halcón.

El soldado parpadeaba en silencio sin saber si debía hablar o permanecer en callado. Vio cómo el guardia, mirando al suelo, daba unos pasos hacia atrás y Su Pureza se pasaba ambas manos por el cabello. Después de dejar caer las manos fue hacia la mesa y sacó una caja de madera negra decorada con un halcón de oro y, muy lentamente, la abrió sacando con sumo cuidado un arma que llevó hacia el soldado, quien se removió inquieto.

—Unos profesionales os enfrentasteis a un grupo de pastores y un niño y os ganaron ¿no? —preguntó La Lanza en un susurro ante él—. Un niño que me aseguraron que era imposible que saliera de Elknok e igualmente imposible que llegara a Paukhorn ¿verdad?

—¿Sí? —respondió el soldado intimidado por la cercanía de Caleb—. Pero... tenían armas.

—¿Era como ésta la que llevaba el chico? —preguntó mostrando su daga.

—Er... creo que sí. Paso todo muy rápido, pero apostaría mi vida a que sí.

—No apuestes lo que ¡no tienes! —terminó gritando La Lanza mientras clavaba la daga de abajo a arriba en la cabeza del soldado, con tanta fuerza que el extremo sobresalió por el cráneo mientras éste parpadeaba un par de veces antes de morir.

Sacó la daga y la limpió en su propia ropa antes de volver a guardarla en la caja de madera.

—Échale a los perros —dijo a su guardia—. Quema esa silla y que me traigan ropa limpia y reza, reza todo lo que sepas para que aparezca ese maldito niño, o tú serás el siguiente.

—Sí, Su Pureza —respondió el guardia saliendo al corredor para solicitar la ayuda de sus compañeros.

Caleb se quedó solo y volvió a su silla. Se sentó colocando la cabeza entre las manos durante unos momentos mientras elevaba una plegaria a Titre. Después se levantó, se quitó la ropa sucia y la lanzó al fuego. Sonaron unos golpes en la puerta y apareció una nueva doncella.

—Pasa hija —le invitó La Lanza sonriendo y sintiendo cómo la erección que había comenzado al matar al soldado, crecía nuevamente.

Paukhorn (4)

Mersha estaba ayudando a Lacuisha a ordenar sus pertenencias en las habitaciones que les habían asignado en el Palacio. Agobiada por el incesante parloteo de las doncellas que tenían a su disposición, la dama de compañía de la princesa las había despachado antes de que le reventara la cabeza, a pesar de las risueñas protestas de Lacuisha que encontró muy divertida la situación. Mirándola ahora asomada a la ventana, se sintió embargada por varias emociones: orgullo, admiración, sorpresa. Se sentó en el borde de la cama con mucho cuidado de no dejar marcas y recordó las primeras horas en Reim.

Recogiendo las velas y guiados por los seguros golpes de los remos, el barco de Axtara había enfilado la bocana del puerto y, con seguridad, atracó en su lugar. Colocada junto a Lacuisha y Mahau, esperó a que colocaran la pasarela para que el capitán de la guardia del Emperador, un hombre enorme llamado Emil, accediera al puente a presentar sus respetos a los recién llegados y poner sus armas y su honor al servicio de la futura Emperatriz.

Más allá de la palabrería ritual que todos habían memorizado, Mersha vio algo en los oscuros ojos de ese hombre que le inspiró confianza desde el primer momento y le dio la impresión de que, por la posición que adoptaba, a Mahau le sucedía lo mismo.

Una vez completados los rituales a bordo del barco, Emil hizo una señal a los hombres que tenía apostados entre las tiendas y, con acompañamiento de los cuernos, que inundaron el aire de notas solemnes, en todos los mástiles se izó la bandera de Axtara hasta ponerla al mismo nivel que la de Reim. Así se demostraba a toda la nobleza que oficialmente se reconocía y aceptaba a Lacuisha como futura esposa de Shartzar II.

Cada uno en su lugar, los futuros esposos estaban nerviosos. Mersha observaba cómo Lacuisha recolocaba cada pliegue de su vestido, cada mechón del cuidado peinado que llevaba para volver una y otra vez a retorcer los dedos mientras se mordía el labio.

—Cariño —le había dicho— tranquilízate o te vas a desmayar.

—¡Ay, Mersha! Estoy aterrada —había respondido—. Y por más que lo intento no veo nada.

—Ahora mismo Mahau y sus hombres están ante el Emperador ofreciendo

sus armas y su honor como han hecho ellos antes.

—Eso me lo explicó mi padre. Simboliza... una unión de nuestros ejércitos o algo así.

—Algo así, sí. Y ahora vendrá un grupo formado por la mitad de los nuestros y la otra mitad de los suyos.

—Sí. Los que me llevarán ante el Emperador.

—Exacto. De hecho, aquí vienen.

Las notas habían cambiado y entonces, con el acompañamiento de tambores, Mersha había sentido cómo le vibraba el pecho y no sólo por la emoción. Al frente de la comitiva que iba a llevarles ante el Emperador iban Mahau y Emil. Ellas se habían preparado y habían dado un par de pasos hacia la tabla que unía el barco con el puerto. Una vez allí, las primeras filas de asistentes habían podido ver por primera vez a su nueva Emperatriz. El sol se había reflejado en su cabello caoba, resaltando el tono verde de sus ojos. Había levantado una mano para apartar un mechón rebelde, lo que había sido tomado como un saludo a sus nuevos súbditos, que le habían correspondido con vítores y aplausos. La suave brisa marina había ceñido a su figura el vestido de gasa y algodón confeccionado con varias tonalidades de verde para destacar el tono mestizo de su piel. Sin saber qué hacer ante esa muestra de cariño, Lacuisha había sonreído y finalmente había saludado.

El grupo de soldados había llegado entre tanto hasta el barco y, formando a ambos lados de la pasarela, dejaron paso a los dos capitanes, que se habían arrodillado ante la Princesa hasta que les indicó que se levantaran. Emil había sonreído abiertamente ahora que estaba de espaldas al público y Mahau le había hecho un guiño señalando con la cabeza la posición del Emperador para hacer un gesto de aprobación, lo que había tranquilizado a Lacuisha.

Con un asentimiento y sujetándose fuertemente al brazo de Mersha, había comenzado a bajar por la pasarela mientras los guardias formaban en dos líneas paralelas, una cada lado de ellas, dirigidas por los capitanes. Con paso lento y saludando a ambos lados, se habían ido acercando a la mayor de las tiendas, sobre la que ondeaban, mayores y más altas, las banderas de los dos reinos.

Delante de ella y rodeadas por otros diez soldados, dos figuras habían permanecido en pie esperando su llegada en la sombra que les ofrecía el toldo que se extendía sobre ellos.

Mersha había tratado de fijarse en ellos con el mayor disimulo posible. Uno de ellos, joven bien vestido y bastante atractivo debía de ser Shartzar II, el Emperador y el otro, muy alto, gordo y con el pelo largo, vestido con una especie de camisión blanco con un halcón bordado en oro era, seguramente La Lanza. Otra persona había salido de la tienda para hablar brevemente con el Emperador y se había quedado detrás de ambos. Por la actitud que había adoptado, a Mersha le recordó a Molgard, lo que le llevó a suponer que era el ayudante personal del Emperador, Duiwel.

Al llegar a su presencia, los instrumentos, que no habían cesado en todo ese rato de sonar, habían callado haciendo que se escucharan los murmullos de la gente.

—Sed bienvenidas —había dicho La Lanza dando un paso adelante— por la gracia de Titre a este nuevo hogar. Podéis contar con este humilde servidor vuestro y de Titre para cualquier cosa.

—Os agradecemos vuestra bienvenida, Su Pureza —había respondido Lacuisha inclinándose—. Y no dudéis que tomaremos en consideración vuestras palabras.

Tras el saludo protocolario de ambos, La Lanza había dado un paso atrás para permitir que el Emperador pudiera colocarse ante ellas, mostrando a todos los nobles que la Iglesia iba por delante de la realeza.

—Deseo de todo corazón que hayáis tenido un buen viaje, Princesa Lacuisha y Mersha, de Axtara —había saludado Shartzar II hincando la rodilla ante ellas para asombro de todos los presentes—. Debo reconocer que es poco lo que conozco de vuestro reino entre las montañas y que nunca creí que este encuentro, ideado por nuestros padres, pudiera ir bien. Pero ahora que veo cómo Axtara me entrega su mayor y mejor tesoro me siento abrumado. Yo únicamente tengo un Imperio para vos, mientras que sólo con vuestra presencia me habéis hecho palidecer y desear ser vuestro más humilde y obediente esclavo hasta el día en que muera, espero que a vuestro lado —Duiwel había carraspeado tratando de llamar al orden a su pupilo, pero Shartzar no le había hecho caso—. Sabed que desde ahora, desde este preciso instante, sólo vivo por escuchar vuestra voz, sentir el aroma de vuestro cabello y poder rozar vuestra piel.

Mersha se había quedado anonadada por esa increíble salida del protocolo

por parte del Emperador y había podido comprobar cómo todos los presentes habían sufrido el mismo efecto. El ayudante del Emperador, con la cara descompuesta por la sorpresa había acompañado a Shartzar al interior de la tienda, donde un enfurecido Jefe de la Iglesia les había seguido. Únicamente Emil y Mahau habían parecido divertidos por esas palabras.

Mersha sacudió la cabeza para alejar los recuerdos y siguió mirando a Lacuisha que, con gesto distraído, se frotó los ojos.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí, Mersha —respondió— ¿No te ha parecido un gran detalle que nos den estas habitaciones orientadas hacia nuestro hogar?

—Me ha sorprendido, la verdad —respondió la dama de compañía levantándose—. Me han sorprendido muchas cosas, la verdad.

—Shartzar, ¿a que sí? —casi gritó Lacuisha girando de golpe hasta casi chocar con Mersha— ¡Uy, perdona! —se excusó sujetando a su amiga— Pero me siento extraña desde que he oído sus palabras. ¿Le has visto los ojos? ¡Le brillaban! Y no dejaba de mirar directamente a los míos.

—Lacuisha.

—He notado un calor muy agradable...

—Lacuisha.

—... dentro del pecho. Como si algo se colocara...

—Lacuisha.

—... en su lugar y prendiera un pequeño fuego...

—¡Lacuisha! —gritó Mersha al fin.

—¿Qué?

—¿Te estás escuchando? —le preguntó poniéndole la mano en el brazo—. Vamos a sentarnos en la cama, ¿vale? Y respira, ¡estás muy agitada!

—¿Qué sucede, Mersha?

—Cualquiera diría que estás enamorada.

* * * * *

—¿Te has fijado —preguntó Shartzar a Duiwel —en el reflejo del sol en su cabello? ¿Y en el brillo de sus ojos?

—Como amigo de tu familia —respondió éste, ayudándole a quitarse las ropas oficiales—, debo regañarte por tu salida de protocolo con la princesa

Lacuisha.

—Pero...

—¡No! No hay peros que valgan, Shartzar —le interrumpió—. ¿Su mayor tesoro? ¿Sólo vas a vivir por su voz, olor y piel? ¿Acaso olvidas cuál es tu papel? Eres el emperador.

—¡Exacto! —exclamó Shartzar — Lo soy. Y ella —suspiró— ha venido a casarse conmigo. Un acuerdo firmado por mi padre y el suyo hace muchos años. Su padre aún vive pero no el mío y estoy seguro de que se alegraría de ver... ¡coño, qué difícil! De al menos ver que estoy encantado.

—¿Encantado? Vamos, hombre. ¿A quién pretendes engañar? A mí desde luego no. Te conozco hace demasiado como para no darme cuenta de que, desde que la has visto acercarse, tus ojos han brillado como nunca y se te ha puesto una sonrisa inconfundible.

—¿A que sí?

—Pero lo más extraño es que no has alabado tu imagen ni una vez desde que hemos vuelto a palacio.

—¡Claro que no! —respondió Shartzar pasándose las manos por el cabello al tiempo que volvía a suspirar—. Mire lo que mire hasta el día de mi muerte... nada será comparable a ella.

—Esto es demasiado —resopló Duiwel exasperado.

—¿El qué?

—¡Estás enamorado!

—¿Tú crees?

—No lo dudes.

—Y ella —preguntó Shartzar cogiendo por los hombros a Duiwel y haciéndole girar—. ¿Habrá sentido lo mismo por mí?

—¡Por Titre! —exclamó el chambelán sentándose—. Soy mayor para estos ardores juveniles. Siéntate tú también que me estás poniendo nervioso.

—¡Oh, Duiwel! ¿Estás bien? ¿Quieres un poco de vino? Sí —respondió él mismo sirviendo dos copas—. ¿Qué sucede amigo mío? No te había visto nunca así.

—Gracias por la copa —respondió Duiwel. Por primera vez Shartzar pudo apreciar la edad que realmente tenía—. Y por sentarte. Verás, poco antes de morir tu padre hablamos sobre este día. Él estaba tremendamente orgulloso de ti. Alto, fuerte, de los mejores espadachines del Imperio, con una gran capacidad de aprendizaje en todos los temas que estudiabas... pero le

preocupaba otra cosa — se tomó un respiro para sorber un poco de vino —. Temía más que nada en el mundo que te volvieras cada vez más vanidoso por los halagos que todos los que te rodeaban no dejaban de darte. No me malinterpretes que mintieran, pero... ya me entiendes. Tú sabías que eras bueno y tu padre no quería un... cascarón vacío.

—Pero no lo soy —susurró Shartzar—, ¿no?

—Hasta hoy no estaba seguro. Pero no lo eres, no.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”?

—Lo de mi padre.

—Sí, perdona. Hablamos mucho sobre el tema y, bueno, esperaba que cuando conocieras a tu prometida, no estuvieras tan centrado en ti mismo que dificultaras el posible futuro.

—¿Esa imagen tenía de mí?

—¡No! Lo temía. Sabía que iba a morir y no iba a verte así, como estás ahora mismo.

—Gracias, Duiwel.

—¿Por qué?

—Por recordarme a mi padre y contármelo.

—Estaría feliz si te viera así.

* * * * *

—¿Y bien? —preguntó Caleb, quien a pesar de las horas transcurridas seguía de muy mal humor—. ¿Qué te ha parecido esa harpía?

—Su Pureza —respondió Djavo con nerviosismo—, al principio del viaje la princesa parecía una persona sencilla y manejable. Trataba de ser agradable y caer bien. Incluso parecía interesarse realmente por la Fe.

—¿Pero?

—Resultó tener ideas perturbadoras —respondió el Elegido bajando la voz—. Trató de convencerme de que Titre comete errores.

—Ya veo, ya veo. ¿Qué más?

—Pues —continuó Djavo más tranquilo al ver que Caleb no se enfadaba con él— vimos a lo lejos, mejor dicho, lo vieron el vigía y ese guardia que acompaña a la princesa, un barco negro.

—Es pronto —murmuró La Lanza.

—¿Perdón? No lo he entendido.

—¿Un barco negro?

—Sí, sí —prosiguió Djava—. Y no crea que la princesa se asustó, no. Estaba dispuesta a ponerse a luchar si hacía falta.

—¿Qué sucedió con el barco?

—Nada. Desapareció en la tormenta. Pero no creo que fuera realmente negro.

—Sí. Serían imaginaciones tuyas. ¿Entonces consideras que la princesa es un peligro?

—No sé si me atrevería a tanto, Su Pureza. Pero sí que debemos tener cuidado y tratar de... domar sus ideas. Tal vez una serie de charlas con usted dados sus mayores y mejores conocimientos resultaran útiles.

—Sí. Eso voy a tener que hacer —dijo Caleb recostándose en el sillón—. Ahora puedes retirarte a descansar.

—Muchas gracias, Su Pureza —respondió Djava, aliviado por dar por terminada la conversación tan rápido.

—¡Un momento! —gritó La Lanza golpeando la mesa con los dos puños—. ¿Estás seguro de que hiciste todo lo posible por controlar sus ideas?

—Sí, Su Pureza —respondió el Elegido pillado por sorpresa—. Y cuando vi que ya no tenía más capacidad de hacerlo... me retiré a un segundo plano.

—¡Sal de aquí!

Caleb sentía cómo la rabia lo consumía por dentro desde que había oído las patéticas palabras de Shartzar y la reacción de la Princesa al escucharlas. ¡Nadie le había prestado atención! Habían dejado de lado a Titre y a su representante terrenal. Una de las cosas que más le molestaban era que esos dos estúpidos pudieran enamorarse y más ahora que conocía la preocupación del Elegido que les había acompañado en el viaje. Debía tomar cartas en el asunto antes de lo pensado. Ya no sólo tenía la constante molestia de Emil, sino que, por así decirlo, aumentaba la familia.

Pero ¿cómo controlar a una persona, una salvaje criada en las montañas, por muy princesa que la llamen?

Los problemas se le acumulaban y en momentos puntuales no veía la solución a ninguno de ellos: Emil y la princesa; el maldito niño y los guardias encargados de acabar con sus padres de los que no sabía nada; preparar sus fuerzas para asaltar Zinos acusándolos de traición; los Tahn que llegaban de

nuevo a sus costas para llevarse nuevos esclavos a cambio de...

—Caleb ¿qué haces? —la voz le interrumpió sobresaltándolo.

—Oh, Gran Titre ¿eres tú?

—Te siento inquieto y con dudas. ¿Es eso posible? ¿No las habíamos desterrado de tu mente ya?

—Sí, así era —respondió Caleb con voz temblorosa debido al tono que usaba su dios—. Pero parece que cada día aparece un problema nuevo.

—¡Te lo advertí una vez y lo haré! —atronó en sus oídos haciéndole caer del sillón—. Si no me sirves, si no ves cómo la solución aparece ante tus ojos como si “alguien” te la ofreciera en bandeja... buscaré a otro.

—¡Oh, no! —suplicó Caleb gateando hasta el centro de la habitación— Gran Titre, me tienes a tu disposición, lo sabes, pero hay ocasiones en las que eres demasiado misterioso.

—O tal vez seas tú un miserable inútil sin capacidades, que sólo sabe arrastrarse como un gusano y lloriquear esperando que le resuelvan los problemas.

—No es así.

—¿Te has visto ahora mismo? Das pena. ¿Cómo pretendes hacerte respetar y llevar las riendas de un Imperio si no controlas ni tu orina?

—Pero... —balbuceó Caleb.

—¿Pero? Es lo mismo que si respondieras “es que”. ¡Excusas! ¿Qué ha cambiado en estos días? —gritó haciendo que las piernas de La Lanza no pudieran sostenerle.

—Ha llegado...

—¿Quién?

—... la princesa de Axtara...

—¿Y?

—... para unirse con Shartzar y así los dos reinos. Seguro que se alía con Emil...

—¿Sí?

—... y no creerá que los Zinotas le hayan matado porque no está tan metida en nuestras creencias...

—Ahá.

—Aunque —se quedó callado unos instantes y volvió a hablar muy despacio mientras se ponía en pie y saboreaba cada palabra— si la mataran a ella también, no costaría nada convencer a su padre de que nos dejara usar su

reino para atacar Zinos desde dentro. Incluso nos ayudaría a vengarla. La ciudad está llena de gente de muchísimos lugares y aunque es extraño ver Zinotas, los hay.

Se quedó callado esperando una respuesta que no llegó por parte de Titre. Sonriendo, volvió a sentarse en su sillón satisfecho por haber solucionado un problema sin defraudar a su Dios. Habían sido unos momentos angustiosos, ya que temía que, si era cierto que no le resultaba útil, Titre acabaría con él en un instante y sin dudarle.

Se relajó unos instantes calculando el momento de hacerlo, que debía ser pronto. Pasando la lengua por los labios, saboreó el momento de tener a la princesa entre sus manos.

* * * * *

Tras dejar a la princesa acostada por los nervios de la presentación ante la nobleza en la comida que se había celebrado en el palacio, Mersha había salido a pasear por las amplias terrazas desde las que se dominaba prácticamente toda la ciudad.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó una voz masculina tras ella.

—Hola, Duiwel —saludó ella volviéndose hacia él—. ¿A qué te refieres? ¿Al viaje? ¿A las habitaciones? ¿La comilona?

—No te hagas la loca, que sabes perfectamente a lo que me refiero —respondió Duiwel sonriente.

—Ja, ja —rio ella—. Si no me equivoco está loca por él. Deberías haberla oído esta mañana.

—¡A Shartzar le sucede lo mismo! Está enamorado desde que la vio acercarse. Bueno, ya escuchaste su salida del protocolo.

—No sabía si era ensayado o natural.

—¡Qué va! Totalmente espontáneo.

—Ya me pareció que a vuestra Lanza no le sentaba nada bien.

—Me he fijado, aunque en la comida ha estado muy tranquilo y comedido. Cosa que me extraña porque cuando Djavo ha salido de hablar con él, estaba terriblemente pálido.

—¿Sí? Es que no veas el repaso que le dio la niña a su fe en un momento. La regañe por ello y se disculpó, pero se lo habrá contado.

—No será suficiente con una disculpa —aseguró Duiwel apoyándose en el muro—. Ese capitán vuestro, Mahau, ¿es de fiar?

—Totalmente ¿por qué?

—La Lanza no lo es —se sinceró Duiwel—. Cada vez menos. Qué alivio decirlo en voz alta y que me creas. Porque con Shartzar no hay manera, no le entra en la cabeza y con Emil. ¿Sabes quién? Casi no puedo hablar. Y más ahora con la ciudad llena de gente. Y la mitad trabajan para ese... hombre. Unos por miedo y otros cegados por su fe.

—Esa religión vuestra sólo trae problemas.

—¡Calla, Mersha! —la regañó él— Sabes de sobra que aquí es peligroso hablar así.

—Me lo has dicho mil veces en tus correos.

—Y otras mil te lo repetiré, pero ni una más de palabra.

—Ya ves que ha salido todo bien. En todos estos años —continuó, bajando la voz— nadie ha sabido que hablábamos y sin que se den cuenta los hemos preparado para ser lo que son.

—De la manera que sus padres querían.

—No imaginas las veces que he quemado tus cartas pensando que si alguien me descubría me tacharían de traidora.

—¿Crees que yo no? Con Caleb siempre pendiente de todo, buscando debilidades y rastros de culpa en los ojos —suspiró—. En fin, me alegra que confíes en ese capitán.

—Le confiaría mi vida sin dudarlo.

—¿Y por la princesa?

—Daría la suya sin un parpadeo —Mersha se tomó un segundo para hacer la siguiente pregunta—. ¿Cómo de peligroso es? La Lanza, digo.

—Mucho —respondió Duiwel mirando alrededor—. Desde hace muchos años, pero muchos, cuando llegó a su cargo por la sorprendente muerte de su predecesor, ha estado creando su propio ejército. Claro que él no lo llama así, son sus Guardias de la Ciudadela. Su propia guardia personal. Lo ha ido enviando por todo el Imperio y aumentando su número sin cesar. Hay rumores, imposibles de confirmar, que apuntan a que tiene destacamentos ocultos por todas partes y cada vez más cerca de la frontera de Zinos.

—¿Para qué?

—Ojalá lo supiera. Tampoco sé si es verdad aunque no me cuesta creerlo. Y lo más peligroso de esos... soldados, es que confían en él ciegamente. Y

siguen sin dudar las indicaciones que éste les da. ¡Como si siguieran una misión sagrada!

—Vaya panorama me pintas.

—Lo que hay.

—Bueno, Duiwel —se despidió Mersha poniendo su mano sobre el brazo de él—. Tengo que irme. Tendremos cuidado y pondré a mis guardias sobre aviso.

—Cuídate, Mersha.

La vio marchar sintiéndose muy intranquilo. Al mirar hacia la ciudad, un escalofrío le recorrió la espalda y no pudo evitar recordar lo tranquilo que había estado Caleb durante toda la comida. Algo no encajaba y con los años que hacía que lo conocía, sabía que esa reacción no era la normal.

Paukhorn (5)

Dolor. Oscuridad. Ruido de conversaciones. Héctor trató de recordar pero le dolía la cabeza demasiado. Sin moverse trató de concentrarse y poco a poco volvió frente al Templo de Titre. Estaba con Pen y había recordado el sueño, por lo que huyeron de ahí... Ya no recordaba más. Trató de moverse pero no podía. Aterrado recordó el final del sueño.

—¿Estás despierto? —preguntó una voz con acento extraño.

—Creo que sí —respondió Héctor—. ¿Dónde está mi amigo?

—Las preguntas —dijo la voz al tiempo que le propinaban un golpe— las haré yo.

Dio una orden en un idioma extraño y sintió cómo era elevado en el aire y un terrible dolor le atravesaba los brazos haciéndole gritar y que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—¡Maldito seas tú y tu dios, Lanza! —consiguió balbucear.

—¿Héctor? —preguntó una voz a su lado transformándose en otro alarido.

Durante unos segundos sólo pudieron escuchar susurros en ese idioma extraño y pasos a su alrededor. Respondiendo a otra orden sus pies tocaron el suelo reduciendo un poco el dolor.

—Os dejaré tocar el suelo si permanecéis tranquilos —dijo la voz muy lentamente—. Si no os comportáis como me gusta, volveréis a subir hasta que me canse de escuchar vuestros gritos ¿sí? Bien. Ahora os van a quitar las capuchas.

La luz de unas pocas velas hizo que Héctor parpadeara molesto. Miró a su alrededor buscando a Pen que estaba con las manos en la espalda a un par de metros de él con sangre seca sobre la frente. Sin ganas de que le estiraran de nuevo con la cuerda que debía de tener a su espalda, hizo un gesto con la cabeza hacia él que Pen le respondió de igual modo. Un poco más tranquilo miró a su alrededor y la estancia le recordó a la casa de Roy. Buscó a los hombres de La Lanza, pero no veía a nadie.

Sintió un golpe en el costado que le recordó que estaba indefenso.

—¿Crees que somos... Elegidos? —preguntó la voz manteniéndose fuera de

la luz de las velas—. O tal vez Guardias de la Ciudadela.

—¿Qué si no? —preguntó Héctor, al que el miedo dejaba paso al enfado—. Nos tenéis atados como animales en este cuartucho.

—Pero no lo sois —dijo Pen—. De ser así y con la historia de este chico, esto serían unos calabozos... o estaríamos muertos.

—Tal vez —se escuchó a la voz.

—Y con tu acento no eres de aquí.

—Vamos a dejar eso de momento. ¿Cuál es tu historia?

—Calla, Pen. No les digas nada.

—Muy valiente para estar atado e indefenso —volvió a hablar la voz al tiempo que un golpe en el costado hacía doblarse a Héctor.

—Suéltame y lo sabrás.

—Ja, ja, ja —rio el hombre misterioso—. Sí que parece molesto.

—¿Molesto? Enfadado más bien. Da la cara.

—No, no. Quiero decir que eres molesto.

—¿Para tu maldito jefe? ¿Qué pretendes...? ¡Agh! —un nuevo golpe le interrumpió—. ¿Qué pretendes conseguir de mí? ¡Agh! —otros tres golpes le hicieron callar.

—Os lo he explicado ¿verdad? Estad tranquilos —dio una orden y Héctor sintió cómo la cuerda que ataba sus brazos a la espalda tiraba hacia arriba separándole del suelo y causándole mucho dolor. Apretó los dientes intentando no gritar. Unos segundos después otra orden los hizo bajar—. Eres valiente pero algo estúpido. Aunque no lo creas, no tengo intención de haceros daño.

—Gracias —escupió más que habló Héctor—. ¿Qué quieres entonces?

—Ya te lo he dicho. Ahora mismo me muero de ganas porque me cuentes tu historia.

—Antes respóndeme.

—¿A qué?

—Héctor —suplicó Pen—. Cuéntaselo.

—Haz caso a tu amigo... Héctor.

—¿Tienes algo que ver con La Lanza? Sé sincero, te lo suplico.

—Si tan importante es para ti que arriesgas tu vida por esa respuesta, no. No lo conozco, no lo sigo, no comparto sus creencias, ni soy de esta tierra. Pero al igual que él, te buscaba. Aunque sospecho que por motivos diferentes. Ahora veamos si tú tienes palabra.

—Estoy buscando a mis hermanas —respondió Héctor secamente, pero al

seguir el otro callado continuó—. Hace casi un mes alguien las secuestró y por una historia que me contó mi padre supe que habían sido unos hombres, los Tahn. Les ayudaba una vecina nuestra que hacía las veces de profesora. Salí de casa dejando allí a mis padres y ahora estoy atado aquí por no sé quién.

—Ahá —respondió la voz—. ¿Y qué más?

—¿Qué más de qué? —preguntó Héctor enfadado.

—Has resumido tu mes en tres segundos. Quiero saber más... y a poder ser por las buenas.

—Qué detalle por tu parte.

—¡Coño, Héctor! —gritó Pen colgando—. Haz lo que te dice, yo le creo. Deja tu orgullo a un lado.

—Eso estoy intentando —dijo la voz desde las sombras—, que confiéis en mí, por lo menos un poco. Pero este muchacho —rio con ganas— es, como vosotros decís un cabezota. ¿Tú hablarías?

—¡No, Pen! —gritó Héctor al borde del llanto.

—¿Por qué no le dejas? —preguntó la voz cambiando de tono.

—Porque... porque —tartamudeó Héctor— son mis hermanas. Y me aterra fallarles porque resulte verdad que sólo soy un crío. Y que habiendo llegado hasta aquí, pase como en mi sueño y ellas desaparezcan para siempre en la noche.

—Pero esto no es un sueño.

—Ya lo sé.

—Aunque lo crees.

—No, no. No es que lo crea, pero desde ayer se está cumpliendo todo lo que soñé.

—¿Es eso cierto... Pen?

—Aterradoramente cierto. Al principio lo dudaba, pero luego dijo que por un callejón iba a salir un soldado con el que nos habíamos encontrado. Y así fue. Escapamos como pudimos.

—Hasta que os encontramos nosotros. ¿De qué lo conocíais?

—Nos atacaron por el camino —respondió Héctor— cuando Pen me ayudó a escapar de Elknok. Pero no era por mí, era por sembrar el caos por los demonios de Gatrál.

—¿Escapar de Elknok? —preguntó sorprendido el dueño de la voz.

—Sí. Allí encontré a la puta que ayudó a llevarse a mis hermanas, pero me lanzó a la Guardia. La hubiera matado allí mismo con...

—¿Con qué Héctor? —quiso saber la voz.

—Con... nada.

—¿Ahora vas a mentirme?

—No tiene sentido ¿verdad? —reconoció Héctor dándose por vencido—. Con una daga que me dio mi padre.

Perdida toda resistencia, Héctor contó las dos historias con todos los detalles que pudo. Tanto la de Patrick como la suya. Los que los mantenían atados no le interrumpieron en ningún momento, si no que respetuosamente, dejaron que se desahogara y llorara cuando no resistía más.

—No te preocupes que tu daga la tengo yo y no voy a perderla. Ahora os vamos a volver a tapar la cabeza. Callad por favor —dijo la voz ante las protestas—. Os vamos a dejar en el suelo y con las manos delante. Os advierto que somos más que vosotros y armados. Dejadnos hacer sin problemas y podréis descansar.

Con una orden en su idioma les taparon la cabeza y les desataron un brazo, les ayudaron a tenderse en el suelo y volvieron a atarlos. Cuando pasado un rato ya no se oía nada, Héctor llamó a Pen y espero tenso un nuevo golpe en el costado. Como éste no llegó, se quitó la capucha y comprobó con asombro que les habían dejado al alcance de las manos unos platos con fruta, un par de jarras con agua y las velas encendidas.

—Pen —llamó tratando de no elevar la voz—. Me he quitado la capucha, estamos solos.

—¿Seguro? —preguntó asustado su amigo—. ¡Qué alivio! ¡Coño, comida! Espera, que puede estar envenenada.

—Si nos quisieran matar ya lo habrían hecho ¿no? ¡Además tengo hambre!

En silencio y con movimientos reducidos por las ataduras que los mantenían unidos al techo, comieron y compartieron las dudas que les surgían de esa misteriosa voz extranjera que les mantenía vivos y relativamente cómodos.

—El caso es que ese... esa forma de hablar, la he escuchado alguna vez.

—¿Dónde? —preguntó Pen comprobando cuánta agua les quedaba en las jarras—. A mí no me suena de nada.

—No consigo recordarlo.

—¿Puede ser parte de tu sueño?

—No, no. Ya te he dicho que en él es La Lanza el que me mantenía en el calabozo y... y...

—Tranquilo, Héctor. Si han sido ellos los que nos han cogido a los dos, lo del barco con ellas también puede no cumplirse, ¿no? ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? No he oído nada, no me asustes.

—No, Héctor —aseguró Pen tratando de incorporarse—. He oído un ruido. ¿Aquí habrá ratas?

—Venga ya, Pen. ¿Ratas? —se puso de rodillas tratando de ver a su alrededor a la luz de las velas— ¡Qué asco! Cómo sean ratas las voy a reventar a patadas. ¿Cómo era el ruido?

—Ahora ya no oigo nada. Era cómo “tap, tap”.

—No suena a rata.

—Malditas cuerdas.

—¿Qué más da? No podemos hacer nada —se compadeció Héctor—. Yo me voy a tumbar otra vez. Que sea lo que sea.

—No te rindas, Héctor.

—Me da igual. Estoy cansado y quiero dormir. Así lo que sea que hace ruido se entretendrá conmigo y tu tendrás tiempo de pensar algo.

—Venga, chaval, no quieres morir aquí.

—¿Aquí o allí? Qué más da.

—Pero... ¡Eh! —se sorprendió por algo que veía al borde de la zona iluminada—. No puedo creerlo.

—Vale.

—Ja, ja, ja. Esto tienes que verlo.

—Déjame tranquilo.

—Pero detrás de ti...

—¡Que me dejes!

—Vale, vale.

—Graciaaaa¡AH! —gritó Héctor asustado al notar algo en el cuello. Trató de levantarse pero se enredó con la cuerda lastimándose el brazo.

—¿Me crees ahora?

—¿¡Qué es!?! ¡Quítamelo!

—No lo tienes encima. Aunque sea extraño te mira desde allí —dijo Pen señalando con la cabeza—. Lo de este bicho no es normal.

—¡Chico! —llamó Héctor con lágrimas en los ojos dejándose caer de

rodillas en el suelo— ¿Cómo nos has encontrado?

Se tumbó y el gato corrió a su lado ronroneando para frotar el lomo contra su amigo, haciendo que poco a poco se tranquilizara.

—Descansad los dos —susurró Pen—. Creo que os lo habéis ganado. Ya vigilo yo, aunque no sé el qué. Como se gasten las velas me duermo yo también.

—¡Despertad! —gritó otra voz sin acento pero acostumbrada a mandar.

—Sé más delicado, están cansados.

—¡Bah! Arriba los dos y en silencio.

Con los corazones desbocados y sin saber dónde estaban, los dos amigos se levantaron como pudieron. Héctor trató de llevar la mano al hombro dolorido, pero las ataduras se lo impidieron.

—¿Tú eres el chaval...? —se interrumpió al ver cómo el gato se colocaba delante de su amigo con el lomo erizado para protegerlo.

—¿Es el gato de tu historia? —preguntó la voz que les había interrogado horas antes—. No puede ser verdad.

—Lo es —respondió Héctor con los dientes apretados por el dolor.

—¡Eh! Amiguito, ven aquí. No voy a hacerte nada —una mano oscura con dibujos rojos bajo la manga se adelantó para que Chico se acercara. Así lo hizo y se dejó acariciar. Después miró a la derecha y bufando volvió a su posición.

—¡En el puerto! —exclamó Héctor— El acento ese, Pen. Te acuerdas del hombre extraño con el que intenté hablar...

—Era uno de los míos —le interrumpió Micah dejándose ver por primera vez.

—¿Les das explicaciones? —preguntó la voz autoritaria.

—Calla, Emil. ¿Cómo estáis? —preguntó a los cautivos.

—Esto es lo último —comentó Emil sin que nadie le hiciera caso.

—Me he hecho daño en el hombro y ahora me duele horrores.

—Si te comportas te lo mira uno de mis hombres.

—Tienes mi palabra... no sé tu nombre.

—Soy Micah, embajador de Zinos, creyente de Uhnoma y defensor de mi pueblo.

A continuación, tras una serie de palabras en su idioma, a Héctor le sentaron cuidadosamente en el suelo para evaluar el estado de su hombro. El llamado Micah hablaba con su hombre hasta que, mirando a los ojos de Héctor, asintió. El otro cogió el brazo del muchacho, lo estiró y lo giró hacia atrás hasta que sonó un chasquido al encajar la articulación.

—Se te había salido el hombro. Lamento la brusquedad, pero era necesario.

—Gracias, Micah.

—Vale ya de tanta estupidez —interrumpió Emil—. Sin lugar a dudas eres el muchacho al que buscan en todo el Imperio y ahora te tengo frente a mí. ¿Algo que decir?

—No lo sé —respondió Héctor asustado al ver aparecer al soldado ante él.

—Emil —intervino Micah cogiéndole del brazo antes de que desenvainara la espada—. ¿Tienes tiempo para una buena historia?

—¿Para eso me haces venir aquí? ¿Estás loco? Sabía que era mala idea venir contigo y más ahora con los de Axtara aquí, la celebración de mañana y los espías de La Lanza. Pero ¿quieres que escuche un cuento? Claro que sí, por qué no.

—No es un cuento, es una historia en toda regla. Héctor —dijo girándose hacia el muchacho—. ¿Puedes contarle lo mismo que a mí?

—Sí, claro.

Y nuevamente revivió el último mes, incluso con más detalles que en la ocasión anterior. Ahora Micah le hacía preguntas en algunos puntos que no le habían quedado claros o parecían confusos. Al terminar de escuchar la narración, Emil se encontraba en cuclillas y sostenía la cabeza con las manos unidas sobre la boca. Micah y los demás se mantuvieron en silencio esperando su reacción, que tardó unos minutos.

—Entonces —dijo al fin— yo conocí a tu padre. Yo estuve en ese campamento para esa empresa que decían que era suicida. Sólo se supo de un hombre que volvió con vida y debe ser ese viejo que nombras...

—Roy.

—... que contaba historias sobre los secuestradores esos y la Iglesia. Nadie creyó la relación y acabó desapareciendo. Je, hubiera acabado muerto si no.

—Me salvó la vida.

—Eres consciente de que es imposible de creer ¿verdad? Vale —concedió — que lo de ese grupo lo sabía muy poca gente, pero destacamentos secretos de Guardias de la Ciudadela, ataques a comerciantes, relaciones con los Tahn. ¡Uf! O tienes la mente perturbada o realmente, y me jode decirlo, eres el demonio que dice Caleb.

—Puedo enseñarte algo que puede convencerte un poco de que hay otra posibilidad —dijo Micah sacando la funda de debajo de sus ropas—. Si te fijas en su espalda verás que lo ha llevado pegado a ella mucho tiempo — Héctor se giró para que Micah le levantara la camisa—. Y éste es el cuchillo que llevaba.

—¡Santo... todo! —exclamó Emil dando un paso atrás—. Desde luego es de los que llevaban en esa época. Ahora tiene piedras preciosas en los ojos y los grabados son más ricos. Pero antes no eran sólo de adorno. Si esto fuera cierto, y escucha bien Micah, si fuera cierto, debería ir sobre La Lanza ya mismo.

—No, amigo. Cuando dos elefantes luchan es la hierba la que sufre.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Si te enfrentas a él, iniciarás una guerra civil en la que quien más perdería sería tu pueblo.

—Es verdad —reconoció Emil—. Pero ¿si es todo cierto?

—Debes cultivar la paciencia.

—¿Nos vais a soltar? —preguntó Héctor con descaro—. Vosotros centraos en vuestras cosas del ejército y tal, pero yo debo salvar a mis hermanas.

—¡Ja, ja, ja! —rio Emil— Estás ahí, atado como un fardo, con un Imperio entero buscándote y ¿no quieres esconderte?

—¿De qué me valdría? Debo encontrar dónde desembarcarán y matarlos a todos.

—¿Crees que es lo correcto? —le preguntó Micah.

—¿Matarlos? Desde luego.

—Podrías perdonarlos.

—¿Cómo? —exclamaron a la vez Héctor, Pen y Emil.

—Porque perdonar es un favor que te haces a ti mismo —explicó Micah—, es una decisión, no algo espontáneo sino querido previamente. Es ver más allá de los límites de la personalidad de la otra persona. Es un camino, un proceso de cambio. Mirar de frente al mal, no justificarlo.

—No puedo perdonar a los que me han arrebatado a mis hermanas.

—¿Aunque no sepan que son tus hermanas?

—Me da igual eso. Tienen a las hermanas de otros.

—Muy bien. Céntrate en esas.

—¿Para qué?

—Hace muchos años llegó un viajero a nuestra tierra. Era muy sabio y viejo. Enseñó a nuestro rey muchas cosas sobre la naturaleza humana y una de ellas fueron los cuatro principios de su gente para ser fiel a uno mismo y que nosotros adoptamos. El primero es no suponer, ya que eso nos lleva a errores. El segundo es honrar tus palabras, así la gente confiará en ti. El tercero es que hagas siempre lo mejor, así no te equivocarás.

—Y ¿el cuarto? —preguntó Héctor intrigado.

—No te lo tomes como algo personal, te hará perder la perspectiva y cometer errores.

—Pero eso es muy difícil.

—Es una filosofía de vida. A lo largo de toda ella estamos condenados a tomar decisiones. Si crees que funcionará, verás oportunidades. Si no crees, sólo verás obstáculos.

—Así es como he llegado hasta aquí: siempre he creído, no me he dado por vencido.

—Exacto —afirmó Micah dando una orden en su lengua. Tres de sus hombres entraron al círculo de luz para desatarles.

—¿Qué haces? —gritó Emil, escandalizado.

—Perdonarlos y dejarles que continúen su historia. Es diferente a la tuya o la mía. Si no perdonas por amor, al menos hazlo por egoísmo, por tu propio bienestar. Si los detienes y les matan ¿qué ganas? Nada.

—Pero cumplo órdenes.

—¿Sí? —preguntó Micah— ¿De quién?

—Del Emperador, claro.

—¿Estás seguro de eso, Emil?

—Eh... ¿Sí? —respondió dubitativo el soldado ante la atónita mirada de Héctor y Pen que no entendían nada de lo que estaba pasando—. ¡No! El Emperador no sabe nada de todo esto porque La Lanza no quería molestarle con estos detalles. ¡Es cosa de esa rata!

—Así que si les dejas ir...

—No incumplo órdenes de nadie superior a mí... además de joder un poco

a Caleb, que siempre me hace un poco feliz.

—¿Nos vais a dejar ir? —preguntó Pen sorprendido acercándose a Héctor.

—Sí —respondió Micah—. Pero no vamos a poder ayudaros. Como ya te he dicho, son historias diferentes que han convergido en un punto, este punto pero ahora se separan. Lamento haberos hecho perder un día —continuó mientras Héctor comprobaba su pulsera— pero para algunos de nosotros ha sido muy revelador conocer tu historia.

—Yo... eh... creo que —titubeó Emil dudando aún de lo que estaba haciendo— que podría indicaros un lugar dónde los acantilados caen sobre el mar a plomo, pero una escollera mantiene el agua en calma. Una ensenada.

—¿Por dónde está? —preguntó Héctor masajeándose el hombro dolorido—. Por lo menos eso sí nos lo puedes decir, ¿verdad?

—Siguiendo la costa hacia el norte, como a medio día en barco. Pero os debo advertir una cosa: aquí y ahora no os conozco, pero si os veo otra vez, deberé cumplir con mi obligación.

Un tenso silencio cayó sobre todos mientras Héctor y Pen recogían sus cosas, incluida la daga y salían por donde les indicaba Micah con una sonrisa seguidos por el gato.

—¡Héctor! —llamó Emil—. En dos noches será luna nueva. Suerte.

—Gracias. Y espero no volver a verte —añadió saliendo a la calle.

Pasados unos minutos, Micah ofreció a Emil una copa de vino y le indicó unas sillas.

—¿Qué te parece? —preguntó el extranjero.

—¿El qué de todo? —respondió Emil suspirando—. La historia es... sorprendente, pero en lo que nos afecta a mi pueblo y a mí es aterradora... de ser cierta. Lo del muchacho es, no sé cómo decirlo. He visto a hombres curtidos en mil batallas derrumbarse con mucho menos, pero él tiene una fuerza, una determinación en la mirada...

—Parece que emana poder, ¿verdad?

—¡Sí! Poder y calma... paz.

—Porque cree en lo que hace y además es lo correcto y lo sabe.

—Micah.

—¿Qué?

—Están siendo días muy largos. No me empieces con filosofía.

—Disculpa, Emil.

—¿Cómo lo encontrasteis tan rápido? A nosotros se nos escurre entre los dedos constantemente.

—Podría decirse —respondió Micah volviendo a llenar la copa — que el destino lo trajo a nosotros. Andaba por el puerto buscando un barco que nos llevara a reconocer la costa y dio con uno de mis hombres. Éste les siguió y nos avisó.

—Es como si alguien lo protegiera.

—Da esa impresión. Pero sabiendo como es vuestra Lanza, temo por los padres del muchacho.

—Eso es otra cosa que no está en nuestras manos. No me mires así, Micah. No sabemos dónde viven y aun sabiéndolo, tardaríamos días en llegar allí. Tres o cuatro días a pleno galope. Ese malnacido nos lleva demasiada ventaja. Están en manos de Titre.

—Esas creencias ¿os resultan cómodas?

—¿El qué? —preguntó Emil.

—Culpar de todo a Titre o a Gatal. En nuestra fe, la verdadera, Uhunoma, tras crear el todo, nos dejó libres para elegir nuestro camino, sea bueno o malo. Él nos observa, claro, pero no interviene. Goza de los placeres que creó en su momento.

—¡Eh! Te he pedido que nada de filosofía. Debo volver al Palacio. Tenías razón en una cosa de las que has dicho al chaval.

—¿Sólo en una?

—Ha sido muy revelador. Espero que volvamos a vernos.

—Así será si nuestros destinos lo quieren, ya que por mucho que madrugamos, nuestro destino se habrá levantado antes. Cuídate.

—Tú también —respondió Emil estrechando la mano que Micah le ofrecía.

Emil salió dejando solos a los hombres de Zinos. A los pocos minutos, a un gesto de Micah, como si fueran un solo hombre, apagaron las velas y desaparecieron en la oscuridad de vuelta a la ciudad.

A cierta distancia del edificio donde habían estado retenidos, Pen y Héctor tomaban una copa de vino pendientes a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Ya no me fío de nada.

—Para hacerlo —respondió Pen— con lo que ha pasado estas últimas

horas.

—Por lo menos sabemos dónde...

—Pero no es seguro —le cortó el pastor—. Es sólo una posibilidad.

—Buena, ya. La única que tenemos.

—¿Cómo pretendes llegar hasta allí?

—Del modo que el destino nos ha puesto delante.

—¡No!

—Sí.

—Creía que eso estaba claro.

—¡Anda ya! —exclamó Héctor— En el mismo lugar que hemos conocido a uno de los negros que nos ha solucionado gran parte de las dudas, conocemos a un pescador con dos barcos que nos ofrece llevarnos de visita guiada.

—No lo veo claro, me da miedo.

—Y a mí me da rabia, y eso es lo que me hace seguir adelante. Y ya te dije que si hacía falta, lo haría solo.

—¡Ya vale! —gritó Pen golpeando la mesa—. No quiero volver a esas mierdas.

—Pues venga ¡Vámonos ya! —dijo Héctor poniéndose en pie.

—¡No sé por dónde! —gritó a su vez Pen saliendo por la puerta.

—¡Preguntamos!

—¡Vale!

—¡Vale!

—Parecemos idiotas —dijo Pen haciendo que los dos rieran.

Después de preguntar a bastantes personas, casi todos forasteros como ellos, encontraron el camino hacia el puerto y todavía riendo por el modo en el que habían salido de la taberna, comenzaron a notar el olor a pescado que precedía al sonido de las gaviotas. Al doblar una última esquina, vieron los primeros mástiles de los pequeños barcos pesqueros.

Colocándose con cuidado la capucha, Héctor buscó con la mirada a Kabba mientras avanzaba lentamente entre los muelles donde había amarrados botes de todo tipo, forma y color.

—¿Si robáramos uno? —preguntó Héctor.

—No sé tú —respondió Pen— pero yo nunca he navegado. No sé si tan siquiera sería capaz de meterme en uno de ellos.

—Sí, claro. Menos mal que estás conmigo. ¡Eh! —saludó con la mano a

alguien detrás de Pen—. Ahí está Kabba.

—Cuidado a partir de ahora.

—¡Hola, amigos! Aquí está mi nuevo aficionado al mar. ¿Qué tal la espera?

—Ha sido dura —respondió Héctor sin mentirle—. Pero aquí estamos.

—Y yo me alegro —rio Kabba golpeando a Héctor en la espalda—. ¿Qué te sucede?

—Se le salió el hombro en una mala caída... es muy joven para beber vino y a veces se me olvida —intervino Pen dejando que Héctor se masajeara el hombro sin dejar de sonreír al pescador—. ¿Y sus hijos?

—Vendrán ahora de la celebración. ¿Vosotros no habéis ido? —preguntó extrañado Kabba.

—Al final no he podido llevarle. Entre la resaca y el dolor de hombro... sólo le ha faltado probar mujer —respondió Pen con un guiño cómplice haciendo que el pescador volviera a reír.

—A mí me pasa algo parecido, estoy muy mayor para esas multitudes y he oído demasiadas veces las oraciones y las acciones de gracias de La Lanza. Y hoy además con esos de Axtara... ¡puf! Inaguantable. Pero mis hijos —continuó alegremente— son jóvenes y llenos de energía. Hace algunas horas que ha terminado todo, pero seguro que ellos si prueban mujer —dijo en voz baja a Pen golpeándole las costillas con el codo.

—Je, je. Qué envidia no tener sus años.

—Sí. Pasar de los cuarenta es una porquería —suspiró Kabba—. Y más si te has quedado solo.

—Vaya, lo siento.

—Hace años de eso, pero gracias. ¡Chaval! —llamó a Héctor—. ¿Quieres subir? Ese es uno de mis barcos.

—¡Sí claro! —respondió Héctor emocionado.

—Ten cuidado con el balanceo. Para el equilibrio mantén las piernas separadas y los brazos un poco extendidos, dentro de poco lo harás con más naturalidad. Así, muy bien. Acompasa el cuerpo... bien, de un lado al otro. Da un paso, ahora otro. ¿Ves? Es fácil.

—Siento un hormigueo en la tripa, Pen.

—Mmm. Tienes madera de navegante —opinó Kabba— o de aventurero. Ahora tú, Pen.

—Sí, pero voy directo a ese banco. No se enfadarán sus hijos porque hayamos subido, ¿no?

—Si es así, ya se les pasará, son mis barcos. Cuando muera que hagan lo que quieran. Además, ya saben que os esperaba... aunque no estaba seguro de que aparecierais.

—Para serle sincero, tampoco yo lo tenía muy claro. No me parecía buena idea.

—Amigo mío, ¿temes que tu hijo no siga tus pasos?

—Tal vez sea eso.

—¡Héctor! ¿Dónde quieres ir?

—No lo sé. Esto es fabuloso. Pero hablando con gente, me han dicho que hay una ensenada hacia el norte donde los acantilados son impresionantes.

—¿Sabéis qué? —pregunto Kabba.

—No —respondió Pen asustado por la mirada de excitación de Héctor.

—¡Nos vamos nosotros tres!

—Pero... pero ¿sus hijos? —preguntó alarmado Pen.

—Que hubieran venido. A estas horas estarán borrachos por ahí. Así este chaval aprende algo de estos barcos.

—¡Sí! —gritó Héctor—. A sus órdenes capitán.

—Suelte amarras, grumete. Es esa cuerda grande que está atada al pilón del muelle.

—Sí, señor.

Obedeciendo las órdenes que Kabba le iba dando y ante la resignada mirada de Pen, Héctor corría de punta a punta del barco largando velas, recogiendo un cabo y todo ello, riendo. A fin de cuentas era un niño, pensaba Pen y esto no dejaba de ser una especie de juego... ¡No! Estaba aprendiendo a llevar un barco. Era cierto que parecía que alguien o algo se preocupaba por él.

—Ese lugar del que te han hablado —dijo Kabba un rato después — está a unas horas de aquí y no llegaríamos con luz para verlo. Pero si vamos mar adentro, lo podrás ver desde lejos. Es igualmente impresionante.

—Sí, capitán —respondió Héctor sonriendo y sentándose junto a Pen—. ¿Has visto? Es fácil.

—Pero, Héctor, por fácil que te parezca ¿cómo piensas... hacerte con uno? Siempre habrá algún pescador o gente paseando o guardias. Y como nos sigan sin tener idea de navegar, estamos jodidos.

—Tengo una idea y te necesitaré. Pero primero debo ver cómo es ese lugar.

Confía en mí.

Volvió al lado de Kabba para preguntarle todo lo que se le iba ocurriendo sobre el manejo de un barco pequeño cómo ese. Sabía que era una locura plantearse la idea de intentar manejar uno mayor. Kabba, encantado por el entusiasmo del joven respondía lo mejor que sabía y le explicaba cosas que Héctor no le preguntaba. Vientos, corrientes, tipos de velas, nudos, aparejos de pesca... Todo lo absorbía el muchacho. Poco a poco llevó la conversación a los horarios de los pescadores, la vida en el puerto, la seguridad y todo lo necesario para llevar a cabo su plan.

—Recoge las velas grumete —ordenó Kabba divertido al cabo de un par de horas—. Mira allí, en la costa.

Siguiendo la dirección que le indicaba el pescador, Héctor vio la formación rocosa más impresionante que había tenido jamás ante los ojos. Desde una altura imponente caía a plomo sobre una pequeña playa reflejando los rayos del sol por toda su superficie. El mar a su alrededor rompía con olas enormes que lanzaban al cielo dedos de espuma que intentaban llegar hasta arriba, pero en la pequeña playa llegaban mansas tras romper unos metros antes contra un rompeolas natural.

—Es impresionante —consiguió decir al cabo de unos instantes.

—Debemos volver ya o será difícil atracar.

—Eso es —dijo Héctor— dejar el barco atado como cuando hemos salido.

—Exacto. A este paso —le comentó a Pen el pescador— no seguiré tus pasos.

—Créeme que hace mucho que lo pienso.

Con los últimos rayos de sol, ayudados por unos largos remos, volvieron a puerto donde unos jóvenes algo mayores que Héctor esperaban sesteando con la brisa nocturna.

—Esos gandules son mis hijos. Ahora me regañarán por llevar desconocidos en el barco y cosas por estilo.

—Lo lamentamos mucho —dijo Pen—. Podemos hablar con ellos.

—Que les jodan —respondió Kabba—. Vosotros bajáis del barco y os marcháis. Esos dos son asunto mío.

—¿Cómo podemos pagarle?

—La cara de satisfacción de tu hijo es suficiente. Sólo espero que no cambie sus planes y te abandone.

—Gracias Kabba —se despidió Héctor abrazando al pescador—. No sabe cuánto me ha ayudado a mí y a mi familia.

—Venga ya —dijo Kabba frotándose un ojo—. Tanta sal me lo ha irritado. Váyanse y que Titre os acompañe.

Caminaron despacio para no despertar a los hijos del pescador y se fueron alejando del puerto en silencio. Héctor andaba concentrado jugando con la pulsera y de vez en cuando asentía con la cabeza.

—Tengo hambre —dijo al poco.

—Después de todo este rato, ¿sólo dices eso? Llevo esperando que me cuentes ese plan tuyo desde que hemos bajado del barco.

—Ahora te lo cuento. Entramos aquí mismo y te lo explico.

Pasaron a una taberna casi vacía a esas horas y se sentaron en una esquina con Héctor de espaldas a la puerta para evitar que cualquiera pudiera reconocerlo. Una vez con los platos de pescado hervido y una jarra de vino sobre la mesa, explicó su plan.

—Lo primero, sé que es una locura. Pero es la única locura que veo con una mínima esperanza de éxito. Robaremos un barco como el de Kabba, o incluso ese mismo que ya sabemos cómo se maneja. Iremos bordeando la costa y cerca de esa ensenada me dejas y vuelves.

—¿Cómo? ¿Que te deje? ¿Que me vuelva?

—Sí —suspiró Héctor—. Aquí, como decía Micah, nuestros destinos se separarán. Debes dejarme allí para que me oculte en la playa y tú debes volver para evitar que salgan a buscarnos. Llevarás —siguió explicando— una botella de vino para justificarte. Si logras atracar en el puerto, genial. Desapareces y listo, pero si te pillan, bebes un buen trago y haces todo lo posible por hablar con Kabba y le acusas de que te he abandonado para vivir en el mar, que las ovejas son poco para mí y tal.

—Pero, tal vez, no sé, podríamos ir a lo alto del acantilado.

—Lo he pensado. No sabemos cuántos son, cómo van armados ni si es ese el lugar. Desde abajo puedo tener más suerte y como imagino... creo imaginar, que las bajarán atadas y les esperarán en una barca, puedo enfrentarme con pocos.

—Es una locura.

—Ya te lo he dicho.

—Pero Kabba ha dicho que se tarda horas en llegar.

—Sí. Debemos aprovechar el rato después del desayuno. Salen pocos barcos y los guardias están dormitando. Lo que hemos visto en los hijos de Kabba, según me ha contado el mismo, es la tónica general en ese puerto. Y ahora que ese príncipe o lo que sea ha llegado, están menos recelosos.

—Princesa —le corrigió Pen.

—¡Qué más da! ¿Cómo lo ves?

—Mal, cómo lo voy a ver. Y yo, ¿desaparezco de la escena? Vale que no estoy contigo desde el principio Héctor, pero confiaba en poder ayudarte más.

—¿Ayudarme más? —preguntó Héctor sonriendo—. Me sacaste de Elknok, aceptaste traerme a Paukhorn cuando nos atacaron y luego has venido conmigo. Tuya fue la idea del disfraz, me llevaste de putas, tienes que manejar el bote.

—Sí, bueno, algo he hecho, pero...

—¡Pen! —le interrumpió Héctor—. Te debo la vida.

—Pero...

—Pase lo que pase, jamás te lo podré agradecer lo suficiente.

—Entonces, ¿mañana?

—Mañana.

Paukhorn (6)

—Buenos días, señora —saludó Djavo tan servicial como al principio de la travesía—. Me envía el Emperador para entregarle un mensaje.

—También para ti, que Titre te bendiga —respondió Lacuisha—. Decidme entonces.

—Es... ejem... —Djavo miró a la dama de compañía— un tema delicado.

—Entiendo. Mersha, retírate. Te avisaré cuando te necesite —dijo la princesa a su amiga y esperó a que ésta saliera de la estancia—. Dime ahora Djavo ¿Cómo es que te envía el Emperador?

—Porque os espera en el Templo.

—¿Y eso? —preguntó Lacuisha sin poder reprimir un escalofrío de placer por volver a ver a Shartzar.

—No lo sé, mi señora —respondió Djavo—, pero me ha dicho que es algo privado entre ustedes y que lo entendería.

—¿Cuándo debo ir?

—Cuanto antes. Y debemos ser discretos —saludó educadamente y esperó en silencio.

—¿A qué te refieres?

—A ella.

—¿Mersha? ¿No puede acompañarme? Eso no estaría bien.

—Cumpló órdenes...

—Pero no puedo salir así como así del palacio.

—Yo te acompañaré y podríamos salir por un lugar que pocos conocen. Pero solos —recalcó.

—¡Mersha! —llamó la princesa tras meditar unos segundos—. Debo salir.

—Bien —respondió la dama de compañía—. ¿Puedo saber dónde vamos?

—A dar un paseo, al Templo.

—Estás nerviosa. ¿Qué sucede? ¿Qué quiere Djavo? —preguntó en voz baja.

—Nada, no te preocupes. Ponme el vestido verde.

—¿El cabello suelto o recogido?

—Algo fácil y rápido.

—Cualquiera diría —probó Mersha— que vais a una cita privada.

—¡No! —respondió Lacuisha demasiado rápido—. Es... una tontería.

—De acuerdo. ¿Cuándo volveremos? ¿Mando preparar la carroza?

—No. Iremos dando un paseo —“Está aquí cerca” pensó Lacuisha—. ¿Estoy bien?

—Preciosa como siempre.

—Gracias. ¿Puedes ir a avisar a Mahau para que venga con nosotras? —preguntó la princesa con timbre musical, sin olvidar la capa.

En cuanto Mersha se alejó de las habitaciones, Lacuisha siguiendo a Djavo con paso seguro y saludando a los guardias que respondían con educación, recorrió los pasillos del palacio intentando mantener la compostura mientras su cabeza bullía llena de ideas sobre lo que querría Shartzar citándola en secreto y en el Templo. Había que reconocer que el lugar era apropiado para un encuentro, ya que les alejaba de miradas indiscretas y comentarios. El día anterior se habían podido sentar juntos tras la celebración y cada vez que lograban rozar sus dedos, sentían ambos una descarga eléctrica que hacía a Lacuisha desear que llegara el momento de casarse y poder estar juntos. Hoy no le había podido ver por las obligaciones de su cargo y ella se había quedado esperando nada en sus dependencias con la única compañía de Mersha y, a ratos, Mahau.

Una vez en la calle, se ciñó la capa y apuró el paso para llegar lo antes posible al Templo. Levantó la vista y vio el colosal Halcón que vigilaba a toda la ciudad con su magnífica vista. Pensando en Shartzar, le daba la impresión de que andaba sin tocar el suelo.

* * * * *

Mersha se había quedado intranquila. No confiaba en Djavo y menos todavía en su superior. No le gustaba La Lanza: le parecía frío y vacío por lo que trataba de tener el mínimo trato con él. Suspirando decidió buscar a Mahau como le había pedido la princesa y para plantearle las dudas que tenía. Seguro que la cabeza más despejada del soldado vería todo más claro.

Salió de las dependencias que compartía con la princesa y miró el pasillo a izquierda y derecha. ¿Dónde podía estar? Sin tenerlo claro y con la mente puesta en Lacuisha comenzó a andar hacia la izquierda. ¿Por qué le había dicho que era privado? ¿Por qué el Emperador enviaría a un Elegido? Algo no iba bien. Algo no encajaba en todo eso, o tal vez era que ella no se fiaba y

todo estaba en su cabeza.

—¡Oh disculpe! —exclamó Duiwel chocando con ella en un esquina—
¿Dónde está el fuego?

—Hola, Duiwel ¿No habrás visto a Mahau?

—Hoy no —respondió— ¿Qué sucede?

—Lacuisha. Ha venido Djavo a entregarle un mensaje del Emperador y quiere que nos vayamos con él.

—Imposible.

—¿¡Cómo!?! —gritó Mersha cogiéndole la mano y arrastrándole hacia sus dependencias.

—Sí. Shartzar ha recibido una nota para reunirse con unos enviados de Zinos —respondió el chambelán sorprendido por la reacción—. Pero todo tan secreto que no sé dónde está.

—El mensaje de Djavo también era secreto. Me han hecho salir para poder dárselo... —se quedó en silencio al ver que la princesa no estaba.

—No, no, no. Eso no está bien ¿Dónde tenías que ir con ella? ¡Hay que encontrar a Emil!

—Al Templo.

—¡Caleb!

—Pero...

—¡Si les pasara algo se culparía a Zinos!

—Eso significaría la guerra.

—Claro —comprendió Duiwel mirando los pasillos—. Primero al Emperador lo citan los Zinotas y luego éste cita a la princesa siendo que está reunido... —se quedó callado un momento y la cogió de los hombros acercando su rostro al de ella—. Nos separaremos. Hay que enviar a alguien al Templo. Pero escucha —advirtió— únicamente a Emil o a Mahau. A cualquier otro sólo debemos preguntarles por ellos.

—Me estás asustando.

—Ya somos dos —afirmó Duiwel corriendo por el pasillo y dejando sola a Mersha.

* * * * *

La leve brisa marina y el oleaje mecían los barcos haciendo que golpearan los muelles y que el sonido de madera contra madera simulara el paso del

tiempo. Tras unos toneles, Héctor y Pen esperaban.

—Tenías razón, no hay nadie.

—¿Con este sol? El vigilante ya está dando cabezadas.

—¿Has elegido el que nos llevaremos? —quiso saber Pen sudando no sólo por el calor.

—El quinto. Ese de la vela con un nudo suelto.

—Entonces simplemente andamos hasta él, quitamos el nudo, subimos y si nos ve el guardia...

—Saludamos con la cabeza —concluyó Héctor.

Respirando hondo, salieron de su escondite y comenzaron a andar. Pen sentía cómo el corazón luchaba por salir de su pecho, pero ver la tranquilidad de Héctor le calmó un poco. “Ahí vamos” pensaba “lo que tenga que ser, será”.

* * * * *

—Princesa Lacuisha —saludó el guardia de la Ciudadela después de que Djavo se alejara—. El Emperador ha llegado hace unos minutos y he recibido órdenes de Su Pureza de hacerla pasar inmediatamente.

—Gracias —respondió ella—. Es la primera vez que estoy en esta zona del Templo.

—¿Sí? Es como... una puerta de servicio. Se usa en ocasiones especiales para que “ciertos invitados” de Su Pureza no sean vistos por ojos indiscretos.

Avanzaron por un pasillo con las paredes de mármol blanco decoradas con escenas religiosas, o eso creyó Lacuisha, donde se veían halcones dorados que atravesaban a enemigos con lanzas igualmente doradas. La luz del sol entrando por las ventanas que se abrían a gran altura reflejaban sobre las escenas deslumbrando a la princesa.

Tras unos cuantos giros que la desorientaron, el guardia se detuvo ante una puerta de roble oscuro.

—Aquí es —dijo antes de golpearla—. Le dejo con las bendiciones de Titre.

—Gracias —respondió la princesa—, lo mismo le deseo a usted.

—¡Pasa! —se escuchó desde el otro lado de la puerta.

* * * * *

—¿El capitán? —dudó el soldado— Acaba de salir ahora mismo. ¿A qué tanta prisa chambelán?

—Un recado importante del Emperador —respondió Duiwel sin aliento siguiendo la indicación del soldado.

Sin mantener ningún decoro y sólo deseando no tropezar, siguió corriendo en pos de Emil. Si no lo encontraba pronto le iban a reventar los pulmones. Ya estaba mayor para estas carreras. O eso, o se había acostumbrado a una vida más acomodada. Salvó de un salto los cuatro escalones que daban al patio y por fin vio a Emil subiendo a su caballo. Trató de llamarle pero necesitaba cada pizca de aire para mantener las piernas en movimiento, así que agitó los brazos para llamar la atención del escudero.

—Mi señor —dijo el escudero.

—¿Hum?

—Ese viejo, creo que quiere algo. ¿Le detengo?

—¿Quién? —preguntó volviendo la cabeza— ¡Duiwel!

Con un solo movimiento bajó del caballo y alcanzó al chambelán que ya se desplomaba.

—Prince... prin...

—Respira, amigo ¿Qué sucede?

—El... la... Caleb...

—No te entiendo ¡Tú! —gritó al escudero— Rápido, trae algo de beber.

—Sí, señor —respondió el joven sintiendo asco por los viejos que ya no podían ni correr.

—Ahora coge aire, Duiwel. No, no hables. Respira.

—¡Emil! —gritó el chambelán cogiéndole por la nuca— Están... están en peligro.

—¿Quién?

—Shartzar y Lacuisha... Caleb... Zinos...

—¿Qué dices?

—Un mensaje para Shartzar de Zinos y luego otro a la princesa del Emperador. La ha citado en el Templo.

—¿Zinotas? No lo creo —respondió pensando en Micah—. Lo sabría. ¿Al Templo has dicho?

—Sí —susurró Duiwel derrotado por el esfuerzo.

—Aguanta que este muchacho te ayudará —gritó Emil subiendo al caballo—. Voy al Templo. Reza para que no sea tarde.

Maldiciendo por no tener cerca a sus hombres de confianza para que le ayudaran y sabiendo que no había un segundo que perder, puso el caballo al galope hacia el Templo.

* * * * *

—¡No puedo! —gritó Pen presa del pánico.

—¡Por favor! Coge tú el timón que suelto yo ese cabo. No estés nervioso que lo más difícil, que era salir, ya está hecho.

Cuando habían subido al barco, nadie les había dicho nada. Ni tan siquiera el guardia había levantado la cabeza cuando pasaron delante de su garita.

—Ja, ja —rio Héctor—. Lo estabas apretando.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—No lo estoy —respondió—. Con este aire vamos rápidos, o es mejor que el de Kabba. ¿Sabrás volver?

—Sí. Estaré de vuelta antes de la puesta de sol. ¿Estás seguro del rumbo?

—Todo recto junto a la costa y, a poder ser, sin chocar con nada.

—¿Estás seguro de que no puedo quedarme contigo?

—No, amigo —contestó Héctor mirándole a los ojos—. Si sale bien encontraré el modo de volver, si no... —dejó la respuesta en el aire. A ninguno de los dos les gustaba pensar en esa posibilidad. Aunque ambos sabían que existía.

—¿Llevas el arma?

—Sí ¿Tú el vino?

—Claro. Y no creas que no estoy pensando en beberlo ya.

—Pues no lo hagas —le dijo Héctor comprobando que llevaba los odres con agua dulce y algo de comida por si salía bien.

—¿Ya te he dicho que no me gusta este plan?

—Este último rato no, pero algo me hace pensar que no tardarás. ¿Llevas

bien el timón?

—De momento es fácil.

—Cuando llegemos allí, le daré la vuelta y tú sólo tendrás que hacer lo mismo que ahora.

* * * * *

—Buenos días —saludó Lacuisha entrando en la habitación y cerrando tras ella con cuidado—. No os veo ¿Dónde es...

La pregunta murió en sus labios al tropezar con algo que había a sus pies. Al fijarse mejor vio que se trataba de una persona y se agachó para ayudarle. Con cuidado y llenando sus manos de sangre trató de incorporar a

—¡Shartzar!

que yacía en un charco de sangre que seguía manando de su cabeza. La princesa aterrorizada y sin saber qué hacer buscó con la mirada algo que pudiera servir para cubrir la herida. Se quitó la capa y la uso también como almohada para el herido.

—¡Oh cielos! ¿Qué ha ocurrido? Debo ir a pedir ayuda. Respóndeme.

—No va a hacerlo —dijo una voz junto a su oído. Alguien se había deslizado a su lado sin que se diera cuenta y después de hablar le golpeó en la mejilla con el revés de la mano—. Ni vas a ir a ninguna parte.

* * * * *

Al llegar al Templo, Emil saltó de su caballo y se dirigió a la puerta, donde un guardia de la Ciudadela le dio el alto.

—Aparta de mi camino — le advirtió Emil.

—¿Dónde crees que estás? Aquí tu autoridad no sirve. Éste es el Templo de Titre.

—Ya me disculparé después —dijo empujando al Guardia contra la puerta haciendo que se abriera y dejara ver al que había acompañado a la Princesa—. Ahora debo entrar.

—No puedo permitirlo —negó el segundo guardia ayudando a levantarse a su compañero para después sacar su arma.

—¿Por qué hacéis esto? Sólo busco a la Princesa.

—Ésta con el Emperador y Su Pureza. Esperad vuestro turno.

Cuando escuchó que el Emperador también estaba en el Templo, sus dudas se disiparon en un instante. Sacó la espada y se lanzó contra los dos guardias sin darse cuenta que la puerta quedaba abierta.

* * * * *

—¿No ha sido maravilloso que hayáis venido a Reim justo ahora? —preguntó Caleb agachándose junto a Lacuisha—. Para mí lo ha sido desde luego y más que lo va a ser.

La cogió de los cabellos y la obligó a incorporarse manteniéndole el cuello doblado.

—La primera vez que te vi, creí que serías un problema —prosiguió Caleb mientras recorría la habitación si soltar a su presa—, pero ahora he hablado con Titre y he recapacitado... ¡Es maravilloso!

—Acaba con ella —ordenó una voz diferente.

—No puedes hacerlo ¡Ayuda! —gritó Lacuisha.

—Grita todo lo que desees que fuera de esta puerta no puede oírte nadie ¿Puedo disfrutarla? —preguntó a alguien mientras Lacuisha trataba de colocarse de forma que no le doliera el cuello.

—Hazlo rápido. Pierdes demasiado tiempo —le respondió esa otra extraña voz—. Cuando estén los dos muertos podrás disfrutarla lo que quieras.

—Por favor, señor —suplicó Caleb lanzando a Lacuisha contra la mesa y sujetándola con su cuerpo—. Puedo... puedo hacer las dos cosas a la vez.

Lacuisha sintió cómo algo se endurecía contra sus muslos. Caleb le sujetaba la cabeza contra la mesa con mucha fuerza y con la otra mano trataba de subir su vestido. Aterrada y sin saber quién era la otra persona, giró la cabeza lo más rápido que pudo al tiempo que golpeaba con el talón la rodilla de Caleb. El movimiento la liberó unos instantes, pero se había roto la nariz con el movimiento. Como pudo se apartó de su agresor.

—Eso no te va a servir de nada, Princesa —aseguró Caleb sonriendo mientras pasaba sobre Shartzar y se colocaba ante la puerta—. De una forma u

otra, estarás muerta y yo te voy a disfrutar.

Asqueada y dolorida, Lacuisha escupió sangre hacia el suelo y buscó otra salida, pero no la había. En la habitación sólo había una mesa, una silla, ellos tres y estanterías con algunos libros. Se los fue lanzando a medida que Caleb se acercaba y escuchaba de nuevo esa voz

—¡Me vuelves a fallar, Caleb!

saliendo de la boca de La Lanza.

—No. Por favor, dame una oportunidad. No se me escapará.

—¿Crees que puedo fiarme de ti? No me has demostrado otra cosa que no sea meter tu polla en todos los agujeros.

—No lo haré, esta vez no. Perdóname —se suplicó a sí mismo.

—Haz como con Shartzar: ¡Mata!

—Estás muerta, ¿me oyes? —dijo dirigiéndose a Lacuisha—. Le has hecho enfadar y ahora duda de mi fe. ¡De mí! Su servidor más fiel. He hecho todo por él desde hace muchos años.

—Estás loco —susurró ella viendo cómo le miraba con los ojos vacíos de toda expresión mientras se le acercaba—. No sabes lo que haces.

—Lo sabemos. Titre y yo lo sabemos. Todo será nuestro. La guerra limpiará de impuros el mundo y en su nombre lo gobernaré.

Sorprendiendo a la Princesa, Caleb saltó sobre ella y la hizo golpearse la cabeza contra las estanterías. Dio unos pasos mareada y cayó sobre Shartzar, que seguía inmóvil.

* * * * *

Emil golpeaba y paraba y volvía a lanzar la espada, pero no ganaba más espacio. El pasillo era estrecho y no lograba romper las defensas de los guardias. Su intención era llegar al recodo y allí separarles para, con más movilidad, herirles. No quería matarlos, no todavía.

Los guardias no llegaban a estorbarse pero tampoco estaban cómodos. Sabían que el Capitán era mejor que ellos por separado, pero si lograban arrinconarle en la esquina lo tendrían a su merced, por lo que poco a poco, fueron retrocediendo.

Emil creyó que iba desgastando las fuerzas de sus rivales y se lanzó con más fuerza al ataque. Ellos le dejaron hacer y al llegar a la esquina, fintando uno y dando dos pasos otro, comenzaron a hacer valer sus espadas sorprendiendo a Emil que, con dificultad, iba parando los ataques. Tal vez se había equivocado creyendo que en la esquina tendría ventaja. Con un asomo de pánico notó como la espalda chocaba con la pared a la vez que llegaba otro guardia.

Al colocarse éste junto a sus compañeros, una sombra cayó sobre ellos golpeando con un mazo de acero la cabeza de uno de ellos.

—¡Salva a mi princesa! —gritó Mahau sujetando a otro.

Emil les dio la espalda y corrió por el pasillo.

* * * * *

Lacuisha se aferró al cuerpo inerte de Shartzar como si eso pudiera salvarle la vida. Vio desenfocado como Caleb llevaba en la mano un atizador de chimenea. Tal vez lo había llevado todo el tiempo pero ella no se había fijado. Sin fuerzas para moverse, cerró los ojos y se apoyó sobre el hombre al que amaba y se dispuso a esperar comenzando a llorar.

A la vez que Caleb levantaba la barra de hierro, la puerta se abrió de golpe y, tras una rápida mirada, Emil clavó su espada en el pecho de Caleb.

—¡Maldito seas! —gritaba al hacerlo.

La Lanza parpadeó tres veces y abrió la boca, miró a Emil, sacudió todo su cuerpo y cayó de espaldas soltando el atizador que rebotó en el suelo.

—Princesa ¿estáis bien? ¡Shartzar!

Se agachó junto a ellos y comprobó aliviado que ambos respiraban, aunque el Emperador muy débilmente.

—¿Vive? —preguntó Lacuisha.

—Sí, ahora debo ayudar a Mahau.

Cuando se disponía a salir, uno de los guardias de la Ciudadela cayó desplomado ante la puerta seguido de Mahau, que cubierto de sangre, le señalaba con la espada.

—No, piedad —suplicó escupiendo sangre desde el suelo.

—Tú —le dijo Emil fijándose en sus ropas— ¿Eres capitán?

—Sí — susurró entre toses.

—Ordena a tus hombres, si vienen, que suelten las armas. Ayúdame a incorporarle —pidió a Mahau—. ¿Qué planeaba La Lanza?

—No... no lo sé. ¿Voy a morir?

—La herida es muy fea —respondió Emil tras mirarle—, no te lo voy a negar. ¿Por qué quería matar La Lanza al Emperador y a la Princesa?

—No es posible, Su Pureza no...

—Míralo tú mismo —le dijo Mahau ayudándole a girarse para ver como la princesa acariciaba la cara del Emperador, que despertaba poco a poco.

—Perdonadme, os lo suplico —la tos le interrumpió y se formaron burbujas de sangre al respirar—. Necesito... que Titre me acepte.

—Ayúdanos para ser... puro a sus ojos —le animó Mahau mirando a Emil mientras levantaba los hombros.

—No sé qué hacía... pero... —tosió— hoy por... —tosió con sangre— la noche

—¿Sí?

—... un barco —se detuvieron las toses y las burbujas de sangre dejaron de formarse.

—¿Un barco? —insistió Emil— ¿Un barco qué?

—Emil —llamó Mahau—. Ha muerto.

—¡Capitán! —un grupo de soldados fieles a Emil llegaron por el pasillo con las armas preparadas para defenderlos.

—¿Qué sucede? —preguntó Shartzar mirando a todos—. Parece que me habéis salvado la vida.

—La Lanza tenía algo hoy con un barco. Pero este hombre ha muerto antes de decir más. Si hubiera dicho que era negro —dijo más para sí que para el resto.

—Nosotros vimos un barco negro la noche antes de llegar aquí —le informó Lacuisha mirando a Mahau quien asintió con la cabeza.

* * * * *

Con gran dificultad Pen maniobraba el barco por el puerto tratando de llegar al lugar de donde habían salido. En el último rato se había bebido la botella de vino y la había dejado tirada. Al diablo, había pensado. ¿Cómo le

había dejado allí a él solo? Recordó cómo se había despedido de él sonriente antes de saltar por la borda. Se sentía un traidor por más que Héctor hubiera decidido hacerlo de esa manera.

Dejando que el barco chocara con el muelle, levantó la mirada y encontró decenas de armas apuntándole.

La Playa

Tras haber saltado de la barca, Héctor siente cómo los músculos de todo su cuerpo se tensan con el contacto del agua fría. Tratando de hacer respiraciones cortas, para no perder el calor corporal, comienza a nadar hacia la playa.

A medida que se acerca, puede darse cuenta del tamaño del acantilado que tiene frente a él. Es más alto que los muros de Paukhorn, e incluso mayor que el halcón que coronaba el templo de Titre. Las dos cosas más altas que había conocido hasta entonces. Volviendo a mirar a la playa para no agobiarse, sigue braceando y, casi sin aliento, llega hasta ella.

Haciendo sombra con las manos otea el horizonte, pero el sol frente a él no le permite distinguir los detalles. Tal vez aquello sea un barco, o no... claro que este acantilado es enorme. ¿Cómo podrían bajar por él a los niños? Sintiendo que le embarga la pena y el miedo, decide dar un paseo para, de paso, secarse.

No es una playa muy grande. Unos cincuenta pasos de extremo a extremo con un agua muy tranquila. Aun así, el sonido de las olas chocando a ambos lados de la ensenada es ensordecedor. Hasta mucho rato después no se da cuenta del graznido de las aves que sobrevuelan su cabeza.

Comprueba que la comida: pan, queso y carne ahumada no se hayan estropeado y lo extiende a su lado sentándose mientras busca donde esconderse. No sabe si aparecerán tomando precauciones o tranquilos ocultos por la noche más oscura del mes; cuántos pueden ser o qué armas llevarán. Cediendo un segundo a la angustia piensa que incluso es probable que no aparezcan. No, eso no puede ser. Si confía en el destino y en las palabras de Micah, todo lo ha traído hasta esa playa. Los lugares que ha conocido, la gente con la que se ha cruzado, amigos o enemigos por así llamarlos, le han guiado hasta allí. Hasta empieza a dudar si habrá algo de verdad en lo que dicen los Elegidos...

Sacudiendo la cabeza recoge la bolsa y pasea por el extremo de las rocas que deshacían las olas, buscando dónde ocultarla. Encuentra un hueco más o menos seco y ahí lo introduce tapándolo con su camisa lo mejor posible, para que ni las aves ni los Tahn la puedan ver.

Saca la daga de la funda y realiza unos cuantos movimientos con ella. Corre un rato y hace ejercicios. Sabe que en ese momento, con el calor del sol es

fácil, pero por la noche, en frío, se moverá peor. Tiene que detenerse a los pocos minutos para tocarse el hombro. El dolor es tolerable pero muy molesto y no puede hacer los movimientos completos del brazo.

Cansado y sudoroso se mete en el agua y flotando deja que ésta le limpie. Cierra los ojos y se deja mecer durante unos minutos. Al faltar unas horas para que anochezca, busca un rincón donde no sea visible desde el mar y se tumba a descansar.

Un sonido le molesta. Algo que se cuele en sus sueños y le hace despertar rápidamente. Cubierto por la humedad del mar, gira sobre sí mismo y queda cubierto de arena. Trata de enfocar la vista en la oscuridad y ve como una gran barca de remos se acerca a la orilla.

—“¡Son ellos!” —piensa exultante— “Aguantad pequeñas que pronto os tendré a mi lado”.

Sus ojos se adaptan a la oscuridad y ve a dos personas que saltan de la barca y la arrastran sobre la arena. No entiende en que idioma hablan pero sabe que no es el que hablaba Micah con sus hombres. Éste suena... desagradable, como si arañara el oído. Con mucho cuidado busca una posición más cómoda y sigue observándolos.

Los dos hombres, una vez asegurada la barca dejándola paralela a la línea de arena ríen y uno de ellos silba una vez, otra y luego dos seguidas. Unos instantes después se escucha, lejano pero claro a pesar del sonido del mar, como le responden desde arriba. Los dos se retiran unos pasos y fijan su mirada en lo alto del acantilado, el lugar donde comienzan las estrellas. Héctor les imita sin saber qué quiere ver. Entonces dos objetos caen en la arena con golpes secos y los dos hombres se acercan a ellos. Cogen uno cada uno de ellos y Héctor alcanza a distinguir que son cuerdas como su muslo de anchas. Mientras ellos las llevan a la barca y aseguran con fuerza los extremos, Héctor cambia de lugar muy despacio. No cree que le oigan con los gruñidos que salen de sus gargantas, pero no se fía.

Desde su nueva posición ya puede distinguir los rostros barbudos de los hombres, su ropa negra y también ve cómo las cuerdas se pierden en el cielo. Mientras mira hacia lo alto acariciando su pulsera, escucha otro silbido desde la playa y oye cómo las cuerdas se tensan y arrastran unos centímetros la barca. Después de eso, los hombres se quedan sentados en el borde de la playa hablando su lengua.

Pasan los minutos y Héctor siente dolor por todo el cuerpo al no cambiar de postura, pero sabe que ahora no debe atacar porque puede perder la oportunidad de salvar a sus hermanas.

Un crujido de las cuerdas y el viento arrastra algo parecido a voces infantiles. Forzando la vista hacia lo alto del acantilado trata de ver algo, pero le cuesta al principio. Lentamente diferencia una sombra que se mueve, algo parecido a una cesta aunque no lo cree. Ahora sí, escucha claramente los lloros y siente como la ira lo intenta dominar. Aprieta los puños para no perder en control y se relaja.

Respirando profundamente ve cómo una jaula de madera baja guiada por las dos cuerdas, sujeta por una tercera. Dentro van tres cuerpos.

—“No es personal” —se repite Héctor—. “No son sólo mis hermanas”

Al llegar al suelo, los dos hombres sacan a los niños, atados de pies y manos y los dejan en el suelo, cierran la puerta de la jaula y vuelven a silbar. Unos segundos después la cuerda se tensa y el transporte comienza su ascenso. Uno de los hombres mira hacia el mar mientras el otro lanza a los niños dentro de la barca como si fueran fardos.

Héctor evalúa la situación y decide esperar. Si ataca ahora, los de arriba no mandarían más niños y a medida que vayan bajando, éstos harán más y más ruido, lo que le beneficiará.

Un silbido desde arriba, crujido de cuerdas y un rato después otros niños enjaulados. A Héctor le parece que han pasado horas, pero por la velocidad con que sube y baja la jaula sabe que no llevan demasiado. En la barca ya hay una veintena de cuerpecitos y otra está bajando con otros tres. Cierran la puerta y silban la respuesta. En esta ocasión son tres breves silbidos seguidos que hacen que los hombres se estiren y comprueben su mercancía. Del interior salen sollozos y de vez en cuando alguna voz preguntando por papá y mamá. Los Tahn intentan hacer callar a los niños, pero eso les hace llorar más todavía.

Un silbido largo llega desde arriba y los dos hombres desatan las cuerdas y silban, los dos a la vez, una nota larga y fuerte. Héctor los vigila y ve cómo observan desaparecer las cuerdas en lo alto del acantilado hablando entre ellos. La mezcla de ruido entre las olas y los niños es perfecta para él, por lo que sujetando la daga con fuerza se levanta y va hacia los Tahn. Dirige una rápida mirada al interior de la barca y cree reconocer unos ojos, aunque expulsa ese

pensamiento de su cabeza. Se encoge tras ellos y a la tercera inspiración salta sobre el de la derecha. Al mismo tiempo que le clava la daga entre las costillas hasta la empuñadura empuja al otro con las piernas para hacerle caer al suelo. Funciona. Pero los segundos que le cuesta extraer el arma del Tahn muerto son suficientes para que el otro se recupere y saque sus propias armas: una espada en la derecha y un puñal curvo en la izquierda. Separa las piernas y mira alrededor buscando más enemigos y al no verlos, ríe señalando a Héctor y le dice algo en su idioma. Para intentar igualar a lucha, Héctor saca la espada del muerto y se enfrentan.

El Tahn sonrío y mira hacia el mar mientras da vueltas alrededor de la barca sin dejar de hablar. Héctor trata de reducir la distancia pero no lo consigue y no puede saltar sobre la barca porque con tanto niño se caería. Para su desesperación el otro no trata de luchar y le hace gestos para que tire las armas, lo que hace que la furia recorra su cuerpo.

Ahora tiene el mar a su espalda y el Tahn sonrío con el acantilado de fondo. Dice algo en su lengua y señala detrás de Héctor. Incapaz de no mirar, se gira y ve como llega otra barca a la orilla. Ésta con seis hombres que hablan con el otro ¡El otro! Olvidado por unos segundos se le ha acercado y le golpea lanzándole contra la arena. Le quitan las armas y le atan lanzándole sobre su hombro herido dentro de la barca, lo que le hace gritar.

—¡Desgraciados! —grita con lágrimas en los ojos, mezcla de dolor, ira y frustración.

—¿Héctor? —pregunta una voz entre los sollozos.

—¡Ana! ¡Sofía! Soy yo.

—¡Héctor! —se escucha otra vez, pero uno de los Tahn le pone la pierna sobre el pecho y le pasa la espada a centímetros del cuello. Le dice algo en su lengua y le da una patada en las costillas que le deja retorcido mientras la barca es arrastrada hacia el agua.

—“¿Cómo puedo ser tan estúpido?” —piensa— “Dos para todos los niños es poco si alguno intenta saltar. Por eso los silbidos últimos. La otra barca estaba vigilando” —desde su posición ve cómo dos reman y otros dos vigilan a los niños con las armas en la mano, le faltan otros dos—. “Si intento algo ahora, no les costará nada deshacerse de mí. A fin de cuentas, sólo soy otro niño que les ha salido gratis”.

Nadie llora al muerto, sencillamente lo cargan en la otra barca y parten tras

la primera. El cansancio y el continuo mecer de la barca sobre las olas adormece a Héctor que lucha por no dejarse llevar aun creyendo que así pensará mejor luego.

Intenta no dormir y piensa en sus hermanas. Las tiene tan cerca que casi puede tocarlas... pero no ayudarlas. Escucha como le llaman entre sollozos. Ha estado tan cerca y ahora... ojalá hubiera muerto al caer de la balsa en el río o se hubiera cumplido su sueño y le hubiera cogido La Lanza. No hubiera salvado a sus hermanas pero no habría fracasado tan cerca del final. Un sabor amargo le sube por la garganta y reprime una arcada, lo que provoca más dolor en las costillas y el hombro. Ni siquiera está en condiciones de poder saltar al agua.

Cuando casi está dormido, una luz le deslumbra. Los Tahn han destapado unos faroles y gritan hacia el barco, o eso imagina Héctor. Dando todo por perdido, ve como un Tahn cae junto a él de espaldas.

* * * * *

—¡Quietos! —ordenó una voz—. Bajad las armas, conozco a ese hombre.

—Hola Emil —saludó Pen, mareado por el vino—. ¿Qué sucede?

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó el capitán ayudando al pastor a subir de la barca—. Apesta a vino.

—Es parte de su plan. Está en la ensenada.

—Puede que aún tengamos tiempo —dijo Emil mirando la posición del sol—. Y yo queriendo apresaros... —suspiró—. Parece ser que teníais razón con vuestra historia. ¡Sargento! —gritó— Coja a sus hombres y vaya a los acantilados que le he dicho antes. Silencio absoluto y espere la señal. Si hay algo por lo que esperar —y añadió—: Sin prisioneros.

—¡Sí, señor! —respondió el aludido que salió del muelle seguido de varios soldados.

—¡Vosotros! —siguió gritando Emil—. A los botes, ocultad las armas y corazas. Debéis dar la impresión ahí fuera de ser pescadores. ¡Vamos pandilla de holgazanes!

Cinco minutos después, una flota pesquera salió del puerto ante la atónita mirada de los auténticos pescadores que no sabían qué sucedía aunque comenzaban a correr rumores sobre la muerte de La Lanza, del Emperador y

de la princesa y todos trataban de establecer relaciones.

Pen subió en la misma barca que Emil y se sentó a su lado.

—Ese muchacho está loco ¿verdad?

—No, señor —respondió el pastor—. Es la persona más cuerda que conozco.

—¿Quedándose solo allí?

—Y si algo saliera mal, ¿quién iba a ocuparse de sus padres?

—En fin... debido a ... ciertas circunstancias que han sucedido en estas últimas horas, vuestra teoría sobre los secuestradores de niños...

—Los Tahn.

—Sí, lo sé. Ahora ha pasado a ser una prioridad. Así que basándome en vuestra historia y en ciertos testigos de fiar que vieron un barco negro por esta zona hace unos días, voy a actuar. Hay que poner punto final a esta historia.

—¿Qué vamos a hacer?

—Abordar el barco —respondió Emil con naturalidad.

—¿Cómo?

—Conociendo la ensenada y suponiendo que el traslado lo harán en barcas, podemos imaginar dónde esperará el barco y, dando un rodeo, llegar sin ser vistos. Si llegamos antes de que recojan su cargamento, nos los cargamos. Si no... nos los cargaremos.

—Pero... ¿los niños?

—Me gustaría salvarlos porque es mi obligación velar por mi pueblo, pero primero debo terminar con la amenaza.

—Pero luego pueden venir más de donde vinieron éstos.

—Es posible —respondió Emil sonriendo—. Por eso junto a Zinos y Axtara vamos a localizarles en su propia casa y destruirlos.

—Micah —dijo Pen— ¿no viene?

—Ese hombre hace como vosotros, aparece y desaparece a voluntad.

Unas horas después Pen seguía en la barca y esperaba el resultado de la lucha. Hacía un rato que saltaron los soldados para llegar al barco y abordarlo. Con el ruido del mar no pudieron escuchar nada, pero un par de veces le pareció ver caer un cuerpo al mar. Dos parpadeos de luz en cubierta, la señal para acercarse. Pen cogió los remos para llegar cuanto antes. Necesitaba saber si los niños estaban ya a bordo o no.

Alrededor del barco negro flotaban cuerpos inertes, indistinguibles y los

soldados los recogían para que no pudieran ser encontrados por casualidad.

—No están —informó Emil a Pen cuando lo vio a bordo—. Ha sido muy fácil.

—No os esperaban.

—Ni están acostumbrados a luchar. Tal vez antes sí —dijo mostrando una de las armas que había recogido del suelo—, pero ahora no. O por lo menos éstos no.

—¿Y ahora?

—Tengo dos docenas de hombres con arcos esperando que llegue la barca.

—Eso es peligroso para los niños, ¿no?

—Si no actuamos rápidos y contundentes, los pueden matar cuando vean lo que sucede.

—¿Iremos luego a la playa?

—¿Por Héctor?

—Por si acaso, sí.

—Dos barcas, señor —susurró uno de los arqueros, el más cercano a Emil.

—Vaya —exclamó el capitán—. Los de la izquierda, la barca de vuestra derecha. Los de la derecha, la de la izquierda. Esperad a distinguir algo.

Vieron cómo las barcas se acercaban. Con los ojos acostumbrados a la oscuridad, los arqueros distinguían los bultos apretados de los niños en uno de los botes del resto de Tahn. Pen escuchó cómo susurraban entre ellos para elegir blancos e incluso alguno apostaba con sus compañeros.

—Esperad un poco más —ordenó susurrando Emil.

Para sorpresa de todos, en las barcas dejaron al descubierto unos faroles que iluminaron los cuerpos como si fuera de día y llamaron a los del barco.

—¡Ahora! —gritó Emil lanzándose hacia delante para ver el resultado.

Los cuerpos cayeron en segundos sobre las barcas o al agua. Con otra orden de Emil, unos soldados saltaron hacia las embarcaciones mientras más flechas caían sobre los cuerpos sumergidos.

Pen esperaba ansioso que subieran a bordo a los niños. A cada uno de ellos les preguntaba si eran Ana o Sofía hasta que subieron y él mismo las desató y acunó en sus brazos hablándoles de su hermano para tranquilizarlas.

—Está en la barca —dijo una de ellas llorando.

—¡Emil! —llamó Pen—. Héctor está ahí.

Unos minutos después subieron su cuerpo. Fue Emil el que lo recogió y tendió en cubierta con una flecha en el pecho. Cogió una antorcha y la agitó con fuerza hacia la costa.

—Casi has terminado lo que empezó tu padre. Seguro que estará orgulloso de ti.

EPÍLOGO

Roy ya podía incorporarse aunque con dificultad. Esa tarde había probado a dar un paseo con Beth, pero se había cansado mucho y ella le había regañado. Patrick había vuelto hacía un rato del reparto y estaba fuera cortando leña para el horno.

—¡Beth! —llamó—. Sal, rápido.

—¿Qué sucede? —preguntó Roy renqueante tras ella, aunque no le hicieron caso.

—¿Son caballos?

—Muchos —respondió Patrick balanceando el hacha.

—¿Soldados? ¿Otra vez?

—Pero esta vez son más.

—¡Mierda! —exclamó Roy desde la puerta donde se apoyaba— ¡Dadme un arma!

—¿Qué haces aquí? No puedes estar de pie, vuelve dentro.

—¡Calla ya! No voy a morir tumbado.

—Parecen una treintena.

—Una vez más, amigo —dijo Roy colocándose junto a Patrick—. Terminemos nuestros días con honor.

Muy juntos, los tres veían como los soldados se encontraban cada vez más cerca, cada uno con lo que podía como arma en las manos.

—¿Se adelanta alguien? —preguntó Patrick.

—¡No es posible! ¡No es posible! —gritó Beth soltando su arma y comenzando a correr.

—¡Beth! ¡Beth! —llamaron Roy y Patrick paralizados por la sorpresa.

De los primeros caballos bajaron dos figuras que, corriendo, se adelantaron al resto que también desmontaban.

—¡Mamá! ¡Mamá!

FIN

Málaga, Zuera, Zaragoza